

Las ortigas florecen

Harry Martinson

PREMIO NOBEL DE LITERATURA 1974
PLAZA & JANES, S. A.
EDITORES

Título original:
NASSLORNA BLOMMA

Traducción de
ANN-CHRISTINE LUNDIN

Portada de
C. SANROMA
CI.

Primera edición: Enero, 1976

© Harry Martinson, 1935
© 1976, PLAZA & JANES, S. A., Editores
Virgen de Guadalupe, 21-33. Esplugas de Llobregat (Barcelona)
Este libro se ha publicado originalmente en sueco con el título de
NASSLORNA BLOMMA
(ISBN: 91-0-039864-0. Bonniers. Estocolmo. Ed. original.)
Printed in Spain - Impreso en España
ISBN: 84-01-30176-9 - Depósito Legal: B. 6.127-1976

ADVERTENCIA

Este archivo es una corrección, a partir de otro encontrado en la red, para compartirlo con un grupo reducido de amigos, por medios privados. Si llega a tus manos **DEBES SABER** que **NO DEBERÁS COLGARLO EN WEBS O REDES PÚBLICAS, NI HACER USO COMERCIAL DEL MISMO**. Que una vez leído se considera caducado el préstamo del mismo y deberá ser destruido.

En caso de incumplimiento de dicha advertencia, derivamos cualquier responsabilidad o acción legal a quienes la incumplieran.

Queremos dejar bien claro que nuestra intención es favorecer a aquellas personas, de entre nuestros compañeros, que por diversos motivos: económicos, de situación geográfica o discapacidades físicas, no tienen acceso a la literatura, o a bibliotecas públicas. Pagamos religiosamente todos los cánones impuestos por derechos de autor de diferentes soportes. No obtenemos ningún beneficio económico ni directa ni indirectamente (a través de publicidad). Por ello, no consideramos que nuestro acto sea de piratería, ni la apoyamos en ningún caso. Además, realizamos la siguiente...

RECOMENDACIÓN

Si te ha gustado esta lectura, recuerda que un libro es siempre el mejor de los regalos. Recomiéndalo para su compra y recuérdalo cuando tengas que adquirir un obsequio.

(Usando este buscador: <http://books.google.es/> encontrarás enlaces para comprar libros por internet, y podrás localizar las librerías más cercanas a tu domicilio.)

AGRADECIMIENTO A ESCRITORES

Sin escritores no hay literatura. Recuerden que el mayor agradecimiento sobre esta lectura la debemos a los autores de los libros.

PETICIÓN a EDITORES

Cualquier tipo de piratería surge de la escasez y el abuso de precios. Para acabar con ella... los lectores necesitamos **más oferta en libros digitales**, y sobre todo **que los precios sean razonables**.

PETICIÓN a DIGITALIZADORES

Si encontráis libros digitales a precios razonables rogamos encarecidamente:

NO COMPARTIR estos libros, sino animar a su compra.

Por el bien de la cultura y de todos, debemos incentivar la loable iniciativa que algunos escritores están tomando, publicando libros a precios muy asequibles.

Luchemos tan solo contra los abusos, o seremos también abusadores.

*Eran días de escucha cuando yo era niño.
Bocas sin dientes contaban en los tardíos otoños
historias relacionadas con los leprosos cereales de los pantanos y la amarga flor de
cornezuelo.
Me helaba de frío en el hogar de mi niñez.*

1

Debió de ser en el otoño de 1894. Olav Tomasson volvió a casa, después de once largos años, desde las más lejanas tierras del Sur. Había llegado una carta hasta sus manos, donde él, con sus gruesas tijeras, estaba esquilando la lana de las ovejas, en Tasmania:

Ven a casa, querido Olav, pues ya tenemos la herencia. Hanna y Wilgot.

Enjugó las tijeras de esquilar en la grasienta, oscura, casi aceitosa hierba de Tasmania y emprendió el largo camino de vuelta sobre el globo terráqueo.

Desde Melbourne escribió a casa: «Voy para ahí rápidamente» y en Wellington, Nueva Zelanda, se equipó bien. Debería haberlo hecho sólo en Londres, puesto que el viaje a casa era largo y fue un hombre con ropas un tanto usadas, de traje arrugado, el que en noviembre de aquel año abrió la puerta enrejada de Brednas. Pero, de todas formas, hubo alegría.

—Así que ya vienes, mi buen pardillo —dijo Hanna con su gran fantasía, aunque torpe—. ¡Desde tan lejos! Todo el camino desde las islas tasmánicas. Pero, ¿has cogido barco, o no?

—No, vine en una carretilla —se burló él.

Y así se abrazaron los tres: Olav, Wilgot y Hanna y se reían a causa de la misma gran risa, tal como se hace después de largo tiempo.

Y después acudieron a sus mentes todos los recuerdos. Tenían un pasado común, todo aquello que habían poseído, cogido y que en la memoria había aumentado.

En voz baja sacaron el recuerdo de lo más profundo de los tiempos y lo subieron, todos a la vez, hasta el vértice de la pirámide de la risa: Jo, jo, jo. Jo, jo, jo. ¡Oh, sí, qué tiempos aquéllos!

Hasta los mismos dolores se hicieron más ligeros y hasta casi parecían alegres en la cresta de la ola de la memoria.

Aquella noche se necesitó sólo un *poco* de aguardiente, sólo algunas pequeñas gotas calientes, lentamente ahogadas en la alegría. Y ningún violín tenía que cosquillarles con el rasgueo de sus cuerdas. Seguro que no. Duró toda aquella noche. Pues la alegría duró para sentirse bien: la bendita borrachera del encuentro.

Muy de mañana se quedaron dormidos como tres soñolientos niños, después de haber sentido, quizás, el más caluroso y más amplio regalo de la vida; no la alegría momentánea, sino la de haber adquirido experiencia, de estar lejos, arañado, arrojado y pataleado hasta allí lejos y, a pesar de todo, alegre.

Así fue su encuentro.

Y él vino de las islas de Tasmania, como dijo Hanna.

2

Después llegaron los días en que se discutió la herencia. Claro que mantuvieron la concordia, pero la herencia huele ella misma a desconfianza. Siempre hay que contar con enredo y vileza donde Dinero y Amor pasan por delante. La vida humana huele un poco a pellejo de lobo. Por eso se necesita con frecuencia ventilarla.

3

Sin embargo —en este caso— fueron dieciocho mil coronas para cada uno. Añádase a esto setecientas diecinueve libras esterlinas ahorradas en Tasmania y tenemos la suma con que Olav Tomasson empezó a comprar, comerciar, soñar y beber en la playa del lago Elmen.

Allí encontró él una noche, en los brezales, a la Mujer. Se unieron en amor y se entregaron mutuamente sus destinos. El cuerpo de ella empezó a hincharse y él se casó con ella un mes antes del nacimiento de su hija, Inez.

Pero ahora era la casa lo que hacía falta para todo aquello.

Pensó largamente, pero, de todas formas, demasiado poco, e hizo una compra extraña. Pertenecía a aquel tipo de personas que, habiendo alcanzado recientemente un nivel de clase media, despreciaban las labores del campo.

Fijó sus ojos en una casa grande, de pesada arquitectura, que había sido anteriormente la villa de un guarda mayor de caza, en el límite con los bosques estatales de Nite. Estaba en venta.

Bien, dijo Olav. (Pero no *estaba* bien.) Escribió al Patrimonio forestal; y, mal acostumbrado como estaba a las grandes praderas y espacios de Tasmania, compró este enorme castillo de cornejas y cuervos junto al lago Elmen.

Después empezó a arreglarla. Era toda una empresa. Nunca se terminaba de llenar completamente aquella casa. Las muchas y grandes habitaciones de las tres plantas absorbieron varias carretadas de muebles y objetos de decoración y junto con su ciego deseo de llenarlo todo, le influyó a dedicar la casa a tienda de ultramarinos y cosas diversas en las tres habitaciones del frontispicio en el piso bajo.

En la alta y vieja veranda, que parecía de terror, cuyo saledizo se llenó en todas las direcciones de cabezas de dragones nórdicos de mirada fija, estaba él sentado soñando después, tocando a veces una flauta, si bien nunca pudo completamente concentrarse y olvidar las grandes extensiones allí lejos, en Tasmania. No tenía ningún interés literario. Para él, el mundo era extenso y enormemente abierto, siempre *extendido*, nunca concentrado en algo —en un libro, en una canción o recogido en un acorde que se extendía más tarde. La mujer (ahora Madre) le había amado *aquí* y él la había amado también muy tiernamente *aquí* en la veranda, bajo la luna; pero siempre tuvo a cuestas la inquietud. Siempre existió un tercero, una especie de alma o espíritu o un *fantasma del mundo* que él nunca se esforzó en explicarse, pero que estaba allí, dándole palmadas en su hombro. No se preocupó por ello, pero sufría. Apartaba los presentimientos cuando se acercaban demasiado. Cuando Inez creció y empezó sus balbuceos, las cosas marcharon mejor. En aquel tiempo estaba la llamada tienda ya terminada y lista por los carpinteros y él se colocó

detrás del mostrador y esperó durante el día a los clientes. El letrero estaba colocado, azul claro con el nombre en amarillo, y las tazas de café y los cencerros para las vacas estaban colgados en cordeles en la ventana, tal como acostumbraban estar en una tienda del campo. En el suelo estaba el saco de café y la cuba de los arenques. En los estantes, las latas de caramelos de limón, en el almacén estaban sentados los sacos como traseros de parteras, estirados y redondos de harina, salvado, guisantes, judías, etc.; y en una ampliación de la casa separada con una falsa pared estaba sentado el barril de queroseno, panzudo y azul como una olorosa, grande y azulada cerda. En las bolsas de papel que Olav había hecho imprimir rezaba: «Casa Reginald Sterling.» Éste era el nombre que él había utilizado en Tasmania.

Las mercancías para la tienda fueron transportadas, lago Elmen arriba, en un pequeño buque de vapor llamado *Svea*. Venía una vez al día. El patrón, que nunca había conocido otras aguas que las de aquel lago, era un hombre amable, joven, con barba roja. La barba, en aquel tiempo, no era un atributo de los ancianos. Muchos, que bien podían llamarse jóvenes, tenían largas y extrañas barbas. Este capitán de nenúfar, el más solitario entre todos los capitanes, tenía, aparte su trabajo, un pequeño cultivo agrícola, que era cuidado por su mujer y su hija. Vivían bastante apartados junto a la gigantesca pared de abetos del bosque forestal, en el interior de una bahía de nenúfares, donde el buque de vapor muy bien hubiera podido entrar, pues no tenía un número determinado de pequeños viajes como para morir de cansancio. Pero, a pesar de todo, nunca entró entre los nenúfares. Como si no quisiera molestar.

Aquel sitio se llamaba Trollvik (Bahía de los duendes). Olav había hecho una petición de mano allí una vez, pero quedó en nada. El nombre Trollvik no era exactamente poco frecuente, pero resultaba muy bien allí. Como un muro de piel de marta estaba la pared de abetos y en la bahía negra, oscura como la noche, brillaban igual que la luz del día los nenúfares, como en un gigantesco ojo de terciopelo negro con sus lágrimas dentro.

Uno podía preguntarse de qué vivía aquella pequeña compañía que poseía el barco. Las bahías del lago penetraban en las tierras del Estado. Y el Patrimonio forestal mantenía aquí, mientras que el resto de Suecia casi vivía sin conocimiento de ello, uno de los más compactos y oscuros montes de duendes del país. Un auténtico bosque de cuentos, grueso de madera, murmurando, donde los urogallos volaban hacia arriba por cada décimo paso, de manera que todo el monte hacía ruido como de motores mucho antes de la época de los aviones, así como después de ésta. Las palomas del bosque estaban sentadas aquí en los gigantes abetos que habían permanecido de pie desde la época de Carlos X y que todavía daban piñas, que caían en lo más profundo de los abismos existentes entre sí y que estos mismos abetos habían creado con la altura de su crecimiento. No había allí muchos precipicios montañosos, pero había *precipicios de abeto*: bajadas oscuras y altas pirámides de *Cestius* de viva y creciente pinocha.

Y allí había pesadas, melancólicas pagodas; torres de melancolía.

En el interior de aquellos montes se podía a veces oír el entre melancólico y festivo canturreo de los gallos silvestres. Parecía como si duendes niños hubieran estado tendidos en un pequeño lago del bosque, haciendo burbujas y cantando con sus bocas al nivel del agua. Sí, era un paisaje muy particular.

En cuanto al pequeño vapor en el lago de los veinte kilómetros hay que decir que vivía durante los veranos principalmente de transportar hasta una cierta bahía turistas que se habían sentido aguijoneados por la botánica. Esto hizo que hasta el último ejemplar botánico silvestre existente en Suecia de la flor del lago que había sido abundante, la llamada *sjönöt* (*Trapa Natans*) o flor del lago Elmen desapareciera, extinguiéndose por culpa de tantos que querían anotarse puntos, secuestrando y exterminando la planta.

Poco a poco empezaron a venir los clientes a la tienda y Olav llegó a acostumbrarse a permanecer en su negocio mucho más tarde de la hora habitual de cerrar.

Siempre había clientes retrasados por la tarde; gentes que fabricaban cestos y que vivían en las tierras de los brezos del patrimonio forestal, en chozas. Como todos los que trabajaban en la artesanía sedentaria, aquellas gentes eran buenos narradores. Y ya que la costumbre era así dentro de su oficio, en esta región, todos habían estado en Pomerania. Cada uno de ellos tenía su característico apodo, del cual eran muy conscientes. Parecía que cuidaban la reputación que les había sido dada con aquellos apodos. Cada uno de ellos luchaba por completar la anécdota que estaba en boga y que se refería a él o a ella. De esta manera venían a interpretar una especie de papeles, llegando a vivir una vida anecdótica. Era algo muy extendido y recíproco la interpretación teatral en toda la tierra del brezo que se extiende hacia el Oeste. El juego duraba años y generaciones. Era muy complicado y, algunas veces feroz y otras festivo, o de oscuras y amargas características. Pero si se observaba durante años, se veía claramente cómo estas tribus nórdicas (hérulos y vendos) interpretaron su especial papel de tragicomedia en el tiempo y en el país.

Y en el interior de la tienda de «Reginald Sterling» se sentaban por las noches gentes de estos grupos de narradores enfermizos que hablaban de sus labores, de cestos de artesanía, sus supersticiones, sus vivencias y sus galanteos. Hablaban de sus mujeres, criadas con las que se entendían y las druidesas del bosque. No dejaron en ningún momento de abandonar la realidad, pues la realidad para ellos la constituía sus cesterías. Todo lo demás estaba más o menos clasificado bajo superstición y destino.

Olav los escuchaba con gusto, colocando la gran tabaquera de rapé en el mostrador; y algunas pequeñas golosinas si se hallaban mujeres también presentes. A veces, contagiado por las abultadas historias de ellos, intentó desquitarse contando algo de los pueblos laneros de Tasmania. Entonces, con

gusto, miró de soslayo hacia la pared donde estaban colgadas las grandes tijeras de esquilar de Tasmania, todavía relucientes por el sebo de las gordas ovejas de merino.

Pero, con el correr de los años, sucedieron más cosas. Hubo celos, deudas y aguardiente. Nuevos embarazos de Betty y un creciente número de niños. Antes de que Betty y él se hubieran dado cuenta, hormigueaban los niños a su alrededor; verdad es que eran solamente cinco todavía, pero se hacían notar bien con su hormiguelo. El alboroto y barullo retumbaban en la exagerada casa. Tuvo que esconder las tijeras de esquilar para que no cortaran papel con ellas y, a partir de entonces, fueron raras las veces en que pudo con tranquilidad tocar la flauta fuera, en la veranda de los dragones. Y sucedió también lo siguiente: Betty y él se volvieron muy exigentes en su amor. Cada uno pedía al otro, con oscuras e inexorables exigencias, cosas que de ningún modo se podían expresar, enormes milagros, el ideal paradisíaco, un eterno paraíso final de felicidad. Cuando esto no llegaba como una alfombra mágica, se golpeaban. Varias veces la apuntó con un tosco revólver, quedándose allí mucho tiempo apuntándola. En el otoño de 1906 dejó él una carta encima del escritorio y se fue. Había apuntado demasiado tiempo con el revólver, escribió. Tanto tiempo no se puede seguir apuntando a una persona a quien había llamado su amor. Se avergonzó, realmente. Ahora se marcharía unos años para calmarse. Cumpliría con sus obligaciones familiares.

Al principio ella lloró largas horas, corrió por todos los lados en todas las habitaciones de la gran casa, gritando su nombre. Cuando encontró las grandes tijeras de esquilar de Tasmania que él había escondido, se quedó más tranquila. No se había ido a Tasmania.

Recuperó la esperanza y se consoló pensando que él no había marchado demasiado lejos. Posiblemente a Inglaterra, creyó.

Contó por precaución sus hijos. Había seis niños. Por lo tanto, no se había llevado ninguno. Sintió un consuelo pensando que el menor era un niño. Ahora tenía dos años. Gracias a Dios que tú, mi pequeño Martin, fuiste niño, sollozó y lloró entre estornudos.

Las cartas que finalmente llegaron a la casa después de difíciles tiempos de espera, indicaron que él había marchado bastante lejos. Pero, de todas formas, gracias a Dios, pues servían aunque sólo fuera para saber que él vivía en algún lugar.

Llevaba dos años conduciendo un tranvía en una ciudad muy lejos del Pacífico. Resultaba difícil tenerlo tan lejos. Pero, sí, de todas formas, debían darse gracias a Dios.

Oh, Dios, si pudiéramos todos marcharnos por la Blanca línea de las estrellas, dijo ella a los niños, y ellos afirmaron inclinando sus cabezas, llorando o riéndose según su inteligencia y edad. Inez, la mayor, sentada sin moverse, miraba al suelo fijamente.

Wilgot y Hanna acudían allí a consolar, lo que ayudaba bastante en los

peores momentos. A veces se quedaban sentadas, leyendo en voz alta los periódicos a Betty y jugando al dominó o a alguna otra cosa; con frecuencia se jugaban nueces a los dados. Estas cosas ayudaban a pasar las largas noches, que, de otro modo, serían calladas, silenciosas, a partir de la hora que los niños se dormían y el silencio empezaba a sonar los años y los días en las grandes habitaciones con eco de aquella enorme casa.

Hanna tenía también mucho para contar. Era de carácter cariñoso y abierto. Podía adelantar el tiempo sin necesidad de hacer lo que llamamos matar el rato, el tiempo pasaba así volando y, puesto que la casa no tenía ningún libro ni otras cosas de interés, ella era una especie de libro: la chistosa, tan frecuente en las casas suecas pertenecientes a la baja clase media.

Hay cuatro tipos de clase media: 1) con educación y piano, 2) con educación, pero sin piano, 3) sin educación, pero con piano, 4) sin educación ni piano.

La familia de Nite pertenecía al cuarto grupo.

Pero las cartas no dejaban de llegar con frecuencia de Portland. Él no la había olvidado.

Lo que le preocupó era la desconfianza de él en el futuro, la base económica para continuar sus vidas en Nite. Él dijo odiar amargamente esta casa tan destartada, que había comprado cuando estaba influido por coñac de mala clase.

«Aquella vez, querida Betty, se cometió un grave error. Un sitio más pequeño y más claro que no hubiera sido tan condenadamente voraz como aquél, y nuestra vida habría sido más fácil. Y, además, tú quieres ser como un pavo real en el jardín, estar junto a la verja y mostrar tus pechos. Tienes que dejar de hacer eso...»

Enseñó la carta a su siempre confidente Hanna.

—Oh, ya conozco ese tono tuyo. Tú estate tranquila. Seguro que volverá pronto.

Y Hanna acertó en sus pronósticos. Conocía bien el paño, como se suele decir, puesto que, apenas había transcurrido medio mes, cuando él apareció en la puerta enrejada. Largos y rubios bigotes; ancho sombrero; semblante risueño.

Entonces volvió otra vez la felicidad por un corto tiempo.

Pero la felicidad se siente incómoda en un banquillo; tiene miedo a las corrientes y es sensible a todos los recuerdos. No hay que golpearla en el hombro demasiado duro, ni demasiado ligero. Quiere tener en su punto exacto de temperatura el destino, las oraciones y la cerveza.

Pronto empezaron a enzarzarse en una especie de vals de discusiones. Betty volvió a enseñar sus senos ante la verja. Después corrió hasta el rincón. Olav empezó a jugar con una muñeca que se llamó *Aguardiente*; empezó a ver el mundo por su torcido lente de aumento. La villa estaba situada tan lejos allá en

los montes forestales junto al lago Elmen. De nada servía que los pájaros cantaran y luciera el sol cuando la familia seguía una forma de vida tan estrafalaria.

En Bothult se abrió una tienda de la competencia. Fue construida por un hombre que tenía un gran imán para atraer clientes. Después podía ya resplandecer el sol y los pájaros cantar tanto como quisieran. Pues, mirad, se trata de colocarse en el sitio justo cerca de la miel. Nite, junto al lago Elmen, era una célula estéril dentro de la gran colmena del mundo. Debería haberse pensado en esto. Pero no fue así. Y, de esta forma, la casa «Reginald Sterling» tuvo el valor escaso de una libra esterlina ¹.

1 Juego de palabras, esterlina en sueco = sterling. (N. del T.)

MARTIN

1

El primer recuerdo es de una noche de verano. La carretera pasa seca y dura por delante de su puerta enrejada. Voces gritan y juegan en el jardín. Dentro de la glorieta cubierta de hojas de haya regañan dos hermanas, gritan insultos y se tiran de los pelos. Él mismo empieza a correr hacia abajo por el sendero de arena gruesa, donde los grandes, crespos, espinosos caracoles están tendidos tupidamente en el borde, hasta la puerta enrejada. Sus hermanas, tras él, le gritan que no se vaya. Pero él está cazando una mariposa de noche, amarilla, que está volando y aleteando sin parar. Se marcha tal como una hoja revoloteando de un árbol de otoño. No quiere entrar en el estómago de águila del sombrero de paja. Quiere huir del animal Niño, por el que la familia de las

mariposas siente gran horror. El niño es para la mariposa el tigre y cocodrilo. Así sigue la caza. Mariposa y niño pasan apresuradamente por delante de los caracoles egipcios de cien y noventa años y llegan hasta la verja. Allí la mariposa vuela fuera entre las tablillas. El niño se alza, veloz como un rayo, sobre los dedos de los pies y agarra el pestillo de hierro, colgando su peso de un tirón sobre él. La verja se abre de golpe. La mariposa ha tenido tiempo de pasar el camino. El niño se precipita riendo detrás, pero cae a cuatro patas con los dedos extendidos y las palmas de las manos sobre el camino. Una bicicleta pasa en aquel momento sobre sus manos y dedos con ambas ruedas y continúa su marcha seguida de insultos que salen del jardín. Martin se queda tendido en el camino, llorando. Los dedos se le hinchan y tiemblan de dolor. Entonces la madre sale del jardín y lo lleva adentro. Da alaridos y el cielo de la noche se mueve vagamente en la calinosa, salada lente de las lágrimas. Después de media hora todo ha pasado y está durmiendo con las manos envueltas en un húmedo pedazo de tela. Tiene tres años.

Así eran todos sus primeros recuerdos, algo que tenía relación con lo que hacía daño. Se corta toda la yema del pulgar jugando con una botella rota. El cielo está claro. El sol resplandece encima del jardín y de la lindante tierra de brezo. Hace viento esta primavera. Mira al cielo entre llantos y sangre. Debe llevar la mano vendada con un trapo blanco y no jugar con ella. Siente dolor allí dentro de la blanca tela. Querría con gusto quitárselo para ver el calor y dolor de allí dentro. Una mano quiere conocer la otra, pero entonces se le grita eh, eh, no tocar allí. Cuando la mano se va curando, poco a poco entra en el olvido. Después pasan meses de los que no recuerda nada. Cae por una escalera. Los escalones lo empujan como muchas malvadas cajas, que golpean su frente. Está callado. Primero viene el calambre callado, hasta que el llanto y los gritos se juntan. Después el susto deja caer su paralizado agarro alrededor de las cuerdas vocales y el grito desgarrador con tres incipientes golpes por la casa. Entonces llegan ellos. Las puertas se abren bruscamente. Es levantado y llevado al interior, meciéndolo. De la cocina viene un olor a mostaza recién molida. Estornuda entre gritos y llantos. Entonces se enfurece y, con alaridos, golpea alrededor con sus manos, intentando arañar a los otros.

En la frente aparece en seguida el chichón. Se lo recuerda como un bollo en la cabeza. «Es más grande que la nariz», dicen los que están alrededor mirándole.

Está acostumbrado a ver a las personas que le rodean, es una cosa natural para él. Estas personas están allí para levantarlo y recogerlo. Son los que vienen corriendo cuando él grita. Pero no siente nada por ellos, lo que más tarde en su vida llamará calor. Son hermanas en la manera de hablar. Se vuelve hacia su madre con enojosa exigencia de cuidado, apasionada e insolente. Le gusta cuando alguien canturrea, algo que sale de lo corriente. Quien le canturrea es para él el más cariñoso. Al terminar el canturreo, se hace más frío. Se encuentra en la etapa del niño de tres años, al mismo tiempo rudo y de sensible

irritabilidad, así como de egoísmo sin fondo. ¡Ahora grita! Ahora es el déspota con ojos claros que está en los brazos, la familia es su esclava con muchos brazos aburridos y con presentimiento de odio escondido ante su ruidosa aparición. Después de una hora, le dejan ver el chichón en un espejo que colocan ante él. Se mira y golpea su rostro en el espejo.

De cuando era aún menor no recuerda nada. Cuando se hizo adulto supo por qué: entonces era un órgano de la madre, un apéndice y una promesa. Un huevo bonito y rechoncho, con ojos claros, con movimiento, ojos, brazos, aberturas. Entonces era él algo vago, con ciego sentido de protección y voluptuoso sentido de nutrición. Entonces no había nada que quedara para pensar. Y nada había que constituyera una costumbre en sí misma y una forma cerrada de existencia. En esto residía el secreto de por qué el caracol fuera en la hierba más listo, independiente y más dueño de sí mismo que él.

A los tres años tuvo un pensamiento que después pudo recordar. Era la distancia. Sentía distancia. Distancia en el tiempo y el lugar. Entonces llegaron también a su ser el terror medio humano y la casi humana alegría, desapareciendo lo oscuro, inacabado, lo animal. El egoísmo aumentó, pero con una nueva naturaleza que lentamente se creó dentro, la de la elasticidad, la táctica, la primera actitud.

A los cuatro años bajó por el sendero de arena gruesa, se agazapó, escuchando, igual que sus hermanas, las caracolas egipcias, que no dejaron de susurrar. También podía ir él solo abajo para ver al «muchacho en el barco», una flor que crecía en el recuadro cerca de la puerta enrejada. Entonces surgió en él un pensamiento sobre la hierba y el redondel de la curva de recuadro, el espacio encima y el borde del bosque. Quizá fue aquél su primer razonamiento, su primera vaga meditación. Al mismo tiempo aspiró el aire por sus fosas nasales y sintió un agradable estado de embriaguez con el olor del aire a hierba húmeda, la noche y la tierra. Después de esto llegó un tiempo en que se volvió más tranquilo y no le gustó tanto el ruido. Aquella clase de temperamento se desarrolló rápidamente y pronto se manifestó en que no le gustaba cuando alguien, sin necesidad, se reía a grandes carcajadas.

De esta forma llegó a formar parte del ser humano que se cultiva a sí mismo e influye en su contorno.

2

Un tiempo después de haber estado abajo con el «muchacho en el barco», descubrió a Inez. Era la hermana mayor. Y empezó a tenerla por su mejor hermana. Ella hizo un gesto extenso con las manos y explicó lo grande que era el mundo. Dibujó un horizonte con las manos y sus ojos miraron muy, muy lejos.

La hierba, la arena gruesa, las mariposas absorbieron su atención. Dibujó en la arena la tierra redonda.

Después de esto empezó a hacer todas sus preguntas a Inez. Siempre que podía, contestaba, medía y explicaba. A veces se durmió en sus brazos. Contaba uno u otro cuento del cual él no entendió mucho. Casi todos eran cuentos de cuna.

A medida que fueron pasando las semanas del verano, se sintió más y más atraído hacia Inez, que era la más callada y sabía más. Ésta se convirtió en su verdadera madre y le prodigó toda clase de cuidados.

3

Inez era larguirucha. Su frente era amplia, pálida y reluciente y los ojos un poco saltones. Solía permanecer ensimismada. Sus piernas eran delgadas y feas. Siendo el primer niño y concebida antes de la boda, probablemente había sufrido diversos intentos de aborto y drogas; además había venido al mundo durante un difícil período de uso de corsé, cuando los fetos debían adaptarse a las madres. Tenía una espalda débil y, por eso, se empeñó siempre en ir muy derecha. Esto hacía que tuviera un porte raro al andar. Sus manos eran delgadas

y casi transparentes. Ni siquiera el agua de lavar ni los blanqueadores de ropa podían hacerlas enrojecer. Eran las manos de una niña delgada y enferma. Tenía una guitarra de madera de pino que le habían dado cuando tenía diez años. Había suplicado al hombre que venía a hacer trabajos a la casa que se la barnizara bien; ésta brillaba y reflejaba los dibujos de los papeles pintados de la pared, la media luz de la habitación y no le gustaba que nadie la tocara. Cuando esto ocurría, no dejaba de estar al lado observando temerosamente. De esto se reían sus otras hermanas. Pero a ella no le importaba. Quería tener su guitarra nueva. «Me la han regalado —dijo— y quizás es a mí a quien han dado menos. Cuando sea mayor y esté sola, por lo menos tendré eso para enseñar.» Era la mayor y veía más claro; por eso sabía más que los demás. Las dos que la seguían en edad miraron medio consternadas, medio orgullosas hacia su pálida cara. Estaba allí sentada con su guitarra encima, semejante a un hada pálida como la muerte. De esto nació una cierta curiosidad entre las hermanas. Ella hacía la vida más insegura. ¿Por qué andaba así, «pensando»?

Sin que Martin supiera cuándo ni más detalles, vivían en otro sitio.

—Vivimos más pobremente ahora —intentó explicar Inez. El campo se movió y tronó la tierra.

—Vivimos junto a una cantera —dijo ella.

—Estamos en quiebra.

—¿Puedo verla? —preguntó Martin.

—No se puede verla, no existe.

A falta de otra cosa, Martin se imaginó un sacacorchos ².

En sus existencias había aparecido un mundo completamente nuevo. Había nuevos sonidos y nuevos gritos, nuevos movimientos y nuevos días. Hombres de hundidos sombreros aparecían desde dentro de la tierra. Dondequiera que los niños fueran a jugar, se abrían canteras de profundos abismos con grupos negros de hombres, como hormigas, que llevaban dinamita en las manos. Sus bocas estaban llenas de blasfemias, canciones y aseveraciones enormes. Se hacía sentir la existencia de aquellos hombres. Andaban allí abajo en las gargantas de piedra, como los salteadores de las montañas Rocosas en el libro de Inez. Barrenaban con palos de hierro en la montaña; los derribaban con machos y así hacían las explosiones. «¡Barrenos en la montaña!» gritaban, reuniéndose en grupos en el desfiladero. Entonces retumbaba allí abajo y el pueblo junto a la estación se columpiaba. Así era cada día, todo el día. Estaba prohibido andar por cualquier sitio. El paisaje aparecía con grandes desniveles y agujeros. Las canteras estaban con sus bocas abiertas en los bosques. Olía a polvo de carbón y aceite, el vapor de las grúas se depositaba como nubes alrededor de las casas

2

Juego de palabras, *konkurs* = quiebra; *korkskruv* — sacacorchos. (N. del T.)

donde estaban éstas. Casi cada hombre gritaba: ¡Cuidado! ¡Cuidado!

La familia vivía ahora en una casa amarilla. Estaba colocada en el borde de una cantera llamada La Gran Siberia y, durante las explosiones más fuertes, hasta estaba expuesta a lluvias de piedras. Por esta razón tenían ahora postigos encima de las ventanas que daban a las canteras.

Se había hablado mucho de esa casa, se decía que debería ser demolida, pues se encontraba en una peligrosa situación desde que la cantera había aumentado hacia el Oeste con barrenos y desmoronamientos de tierra. Pero muchos pensaban que esto era exagerado. Por lo tanto, la casa estaría en pie tanto tiempo como la madera aguantara. Era tonto pensar que los barrenos y las extracciones de tierra la volcarían en las canteras. Pues entonces tendría que rodar varios metros hacia abajo por la cuesta antes de alcanzar el abismo y hundirse en la profundidad. No, no había ningún peligro con «El Armario amarillo» o «El Peligro amarillo». ¡Pues no! Está donde está, que Dios se queje del trasto.

Tanto hablar del peligro de la casa, hizo que su precio fuera barato. Al final se puso a la venta por una suma bastante pequeña.

Por esta razón, Martin fue llamado *el Chinito*. Pues, ¿cómo deberían llamar a un niño tan raro, cuyos padres se habían metido dentro del «Peligro amarillo»? Era la primera vez en su vida que Martin fue acosado por otros niños. Lo encontró magnífico. No lloró en absoluto. En lugar de esto, corrió radiante de alegría a casa, contándoselo a Inez.

—Les parecemos muy divertidos. Nos llaman chinos. Todos dicen chinos. Somos chinos, Inez.

—Tonto. —Inez estaba enjuagando una pequeña botella azul en un cubo con fenol. Después de haberla enjuagado, empezó a hervir la botella. Martin observó atentamente.

—¿Por qué está tan azul, Inez, por qué la hierves?

—No preguntes tanto —dijo Inez—. Es de papá. Sal y juega un poco más. Dentro de un rato comerás.

Tenía siempre prisa después de haber llegado aquí. ¿Por qué dijo eso? ¿Por qué no se preocupaba ya de él? Muy pensativo, salió y empezó a buscar a los otros niños. Los encontró a todos de pie, en un grupo, con los ojos muy abiertos al lado de una casa donde estaba una grúa alborotadora y jadeante de vapores. La gran polea de la grúa rugió. Arrastró un gran cable de hierro que descendió hasta el enorme agujero. ¡Arriba!, gritaron los hombres desde abajo, ¡arriba! Y, cuando miró hacia abajo, vio una enorme, angulosa piedra, grande como una casa, arrastrándose en el fondo cada vez que la máquina tiraba del cable de hierro. Los niños se miraron tontamente unos a otros, sonriéndose. Esto era un mundo nuevo para ellos. Intentaron explicarse aquello, pero no lo comprendían; eran como mariposas. Aquí había máquinas de hierro y granito.

—¡Cuidado, niños! ¡No estéis por aquí estorbando! —dijo el hombre que manejaba el winscher—. Aquí no tenéis nada que hacer. Pronto levantaremos la

bandera de peligro en aquella barra. ¡Entonces haremos la explosión!

Volvió de nuevo dentro de su cobertizo y se cubrió con el humo de vapor. El cable de hierro volvió a ser estirado y arrastró otro bloque. El grupo de niños del apacible lago Elmen, turbados por el sueño desde hacía semanas, se retiró torpemente a un arco alrededor de los abismos, intentando buscar un sitio donde no se gritara: ¡cuidado! Pero no, no se les permitía permanecer en ningún sitio. Siempre había algo de peligro que les indicaban los hombres de las montañas rocosas. Unas veces era la electricidad, otras el fuego o el vapor. Las grúas giraban en todas direcciones, como grandes bofetadas. Que Dios ayudara a aquel que se interpusiera en su camino. Al lado de uno de los mayores precipicios, estaba una central de vapor montada sobre ruedas. Tenía un pequeño trozo de raíl debajo, para no hundirse en la tierra. Retumbaba de manera terrible. Parecía una enorme botella. Del cuello de la botella de hierro salía humo negro como tinta. Un viejo con larga barba negra abrió la botella por un lado y encendió lumbre. ¡Cuidado!, gritó, ¡la grúa gira! Y así ocurrió; cuando ellos habían saltado fuera de allí, la grúa, que estaba sujeta a la botella, giró completamente en círculo, los perseguía; venía como un puente de hierro entero detrás de ellos. ¡Malditos niños!, gritó el hombre con la barba negra, sacudiendo una barra de hierro en el aire.

—Están enfadados con nosotros —dijo Viran, mordiéndose los labios—. Si nos acercamos demasiado a ellos nos matarán o nos harán otra cosa —añadió con voz ronca de niña—. Pero, de todas formas, diremos cómo son.

Miraron asustados hacia atrás, por si el hombre con la gran barba de hollín los perseguía corriendo para hacerles algo. Tenían ya todos un pie hacia delante, dispuestos para salir corriendo en el caso de que él intentara aparecer con la barra de hierro. Pero, en lugar de esto, empezó a cantar, encendiendo lumbre e introduciendo la larga barra de hierro en la enorme botella y, tomando la palanca, hizo girar hacia atrás la grúa. ¡Oh, cuánto humo salía del cuello de la botella! Era como nubes de tormenta.

El hambre los condujo de vuelta a la casa amarilla. Dieron un rodeo en el bosque para no encontrarse con nuevas botellas de hierro. Allí dentro había calma. Allí no había nadie que gritara ¡cuidado! Pero muchos árboles estaban despedazados y grandes cascotes de granito azul, finos como platos, estaban esparcidos sobre las matas de rojos arándanos. Habían sido arrojados allí por las explosiones. Un cascote, afilado como un cuchillo y grande como una fuente, se había introducido en un abedul y la savia corría blanca como saliva fuera de la herida y encima del cascote azul. Una pareja de niños estaban allí ya, contemplando el fenómeno. Ocurrió esta mañana, contestaron cuando preguntaron los de la familia de Olav. A los Olav les parecieron buenos chicos y decidieron darse a conocer, preguntando diversas cosas.

—Somos nuevos aquí —empezaron—. ¿Caen muchas piedras en este bosque?

—Sí, como podéis ver —respondieron en seguida los otros, indicando los

esparcidos cascos de granito que había por doquier, en los matorrales y en todas partes.

Y uno de ellos añadió:

—Una vez, a un anciano le cortaron la cabeza las piedras aquí mismo —se volvió al otro— el... Jan Grenberg, ¿sabes?, hace cinco años.

—En efecto —afirmó el otro pisando una mata de arándano encarnado y escupiendo después sobre la mata su blanca, infantil saliva—. Sí, os aseguro que fueron tiempos para los Grenberg.

—Sí, así pienso ciertamente —dijo su compañero, hablando como un viejo y escupiendo también.

Después, cada uno sacó su cajita de hojalata y se puso rapé en los labios, volviéndose luego para escupir de manera disimulada.

Los Olav los contemplaron con la boca abierta de asombro, tanto por el rapé como por lo de la decapitación.

—¿Murió? —tartamudeó Martin.

Los chicuelos de la cantera lo miraron con aires de paciencia bien imitada, propios de viejos.

—Sí, murió —dijo uno de los dos, mirando hacia el vacío.

Habló como dirigiéndose a las nubes que estaban flotando sobre las canteras y que parecían indicar lluvia.

—Qué horrible —dijeron los Olav, estremeciéndose.

El otro chico escupió un par de granos de rapé que se le habían quedado en la boca. Dijo:

—Sí, se ve que el trozo de piedra le quitó la cabeza.

—¡Qué horroroso! —dijeron otra vez los Olav, murmurando sorprendidos un largo rato—. Hay que ver, ¿y eso pasó aquí? ¿Llegó aquí la piedra afilada?

—Sí, exactamente, hasta aquí donde estamos llegó el casco silbando —dijo uno de los chicos—. Hizo zas y eso.

—¡Qué terrible! —exclamaron los Olav.

—Bueno —dijo el chico—. Son cosas que pasan. Hay que contar con eso.

Los miró con un aire de extraordinaria flema y, con el dorso de la mano, se secó los bigotes que tendría cuando fuera mayor.

—Pues, uno tiene siempre que contar con eso. Pero ya es hora de que volvamos a casa, tú, Nils. Me parece recordar que el viejo quería que le echáramos una mano en su turno libre.

El otro afirmó con la cabeza.

—Sí, pues tenemos que irnos —dijo como disculpándose, mirando a los Olav.

Y se fueron.

—Sí, pues, hasta pronto —dijeron—. Nos veremos si no ocurre nada.

—Sí... adiós, sí —tartamudearon todos los Olav a la vez, mirando con fijeza, como lenguados, a los dos hermanos.

Especialmente el hermano de Nils era algo nuevo, y durante el camino

hacia casa intentó Martin ser como él; miró hacia las nubes, derrochando toda su saliva para poder escupir continuamente a su alrededor por el azulado sendero de escoria de carbón.

—Vamos a decir que estás escupiendo así —dijo Viran.

Y después de un rato continuó—: Imita solamente a aquel chico. Vaya chicos, además.

—Son verdaderos viejos con el rapé —dijo Bodil.

Y siguieron discutiendo así. Martin no escupió más. La causa estaba descubierta. Habían llegado a su escalera, una escalera carcomida que llevaba a la casa amarilla, su nuevo hogar. Olía a comida de la más corriente: salado arenque frito, patatas y salsa de harina. Inez los encontró en la puerta.

—He fregado. ¡Haced el favor de secaros en el ramaje! Tú, Martin, te lavas y todos los demás lavaos las manos. Bodil, tú traerás la leña y Viran me ayudará con la masa.

No lo encontraban muy bien. Bodil y Viran se opusieron de manera mimosa. Ella con su agua y leña y masa y agua y leña. Le enseñaron la lengua, pero Inez se quedó controlándolos, con los brazos, el pelo y la nariz llenos de harina. Tenía las mejillas enfebrecidas y los ojos demasiado brillantes.

—Haced el favor de ser limpios —dijo—, padre está malo. —Sacó un pañuelo, tosiendo secamente en él.

Mientras tanto, se metieron en la cocina. Tosió y habló. La madre salió contemplándolos con mal humor.

—Quiere limón. ¿Tenemos alguno, Inez?

—No, ya sabe, mamá, que no lo tenemos —respondió Inez.

La madre miró fijamente a la hija. El tono de voz de Inez la irritó. Volvió dentro y salió en seguida.

—No seas tan respondona, Inez —dijo.

Inez le dirigió una larga mirada, pero no dijo nada. Se notaba, sin embargo, que deseaba haber dicho algo, de lo mucho que podría decir. La madre bajó la mirada. Inez la miró de arriba abajo severamente:

—Si tuviéramos algo de que desprendemos, podríamos mandar a buscar un par de limones.

—Oh, tan mala tampoco es la cosa —refunfuñó la madre, volviendo a ser arrogante—. Bodil, ponte un delantal limpio y vete a comprar unos tres o cuatro limones.

Contenta de no tener que traer la leña, Bodil siguió a la madre cuando ella entró.

—Ya está contenta esta tonta. Ha escapado del trabajo —dijo Viran con envidia.

Cogió la tapa arqueada de la artesa y palmoteó de mala gana con la mano la levantada masa.

—¡Palmotea, palmotea el estómago del niño! —exclamó riéndose torpemente, dirigiéndose a Inez, que estaba echando harina sobre la mesa. Pero

Inez estaba lejos con sus pensamientos, no oía.

—Tú eres una agría —dijo Viran y entonces sí que escuchó Inez.

—Y tú eres una boba —cortó ella—, pues piensas que todo es como antes. Eres como mamá. Pero, mirad a vuestro alrededor, pequeñas señoritas. Ahora vivimos en este viejo cobertizo amarillo, en el barranco de la cantera, en el castillo chino. Y padre está enfermo de muerte. Piensa cómo estamos.

Inez se enderezó y calló. Un rubor poco natural apareció en sus mejillas. La mirada era febril. Miró acusadora a Viran, la cual retrocedió y se calló con una risa ahogada. Las dos hermanas se contemplaron un largo rato. Nunca antes se habían mirado tan concienzudamente. Al final empezaron las lágrimas a humedecer los grandes ojos de Viran. Brillaban como lentes. La boca se abrió para decir algo. Pero cuando después fue dicho, era solamente un cuchicheo.

—¡Inez!

—¡Sí!

—¿Cómo está, di, Inez?

—Es el final —dijo—. Si no...

Fue interrumpida por la llegada de la madre. Las dos hermanas empezaron a canturrear y volvieron a sus ocupaciones. La madre se colocó al lado del hogar para calentar unas tenacillas de rizar el pelo, no dijo nada durante un rato. Las hermanas siguieron cantando a media voz. Cuando la madre había conseguido calentar las tenazas e iba a entrar, se volvió en la puerta, diciendo:

—La modista está aquí. Voy a probarme hoy. Ella está en la habitación de la parte delantera. Tú, Inez, dentro de un rato vienes con el té. Panecillos. ¿De acuerdo? —la madre habló en un tono mitad meditabundo, mitad indiferente.

—Pero mamá, mamá, no tenemos té.

Aquel pesado rubor volvió otra vez a cubrir sus mejillas. Esto la hizo parecer una persona madura.

—¿No es suficiente con café, ahora que somos tan pobres?

La madre dio unos pasos desde la puerta y volvió a colocar las tenacillas de rizar el pelo encima del calentador que ya había empezado a enfriarse. Puso las manos con delicadeza en las caderas y preguntó suavemente, como una sonámbula:

—¿Quién ha dicho que somos pobres?

Él murió en la noche que precedió al 3 de diciembre de 1910.

En la habitación del enfermo no había nadie. Lo habían visto dormir y, entonces, se habían retirado. Quizás estaría más fuerte a la mañana siguiente.

Pronto todo era silencio, hasta los susurros. El reloj dio la una.

Entonces Olav levantó su cabeza de la almohada, mirando alrededor de la habitación. ¡Los había engañado! La mirada estaba medio extinguida, oscura y cansada, como quemada por la fiebre. ¡Pero los había engañado! Ahora estaba él solo. Sin guardianes. Se retorció a uno de los lados. La herida producida al estar

en cama sobre una de las caderas lo atormentó todavía hasta el último momento...

Así permaneció, quieto, acostado y pensando, mirando las alfombras a lo largo del suelo que desaparecían en la oscuridad. La lámpara de noche alumbró sólo un trozo, el más cercano a la cama. El círculo iluminado se convirtió en una aureola sobre el suelo. Proyectaba su luz hacia el techo, de manera fija, como un ojo suave y superficial. Era el círculo en tomo del Solitario, alrededor del definitivo descubrimiento de que uno está solo, que la suerte es solitaria y helada, aunque viva en compañía, en familia.

Pasó un cuarto de hora durante el cual permaneció acostado allí, quieto, con ojos abiertos, en la posición en la cual se había retorcido, sin sueño, en la cercanía de su muerte. Esforzó su mirada para penetrar por el débil círculo de luz. Pero se le enturbió la vista. Veía peor ahora.

Lejos, en la habitación, oía el tictac del reloj. Tendió el brazo para coger el péndulo: ¡no, tú, para!, hace tanto daño. Pero el brazo cayó y la voz se extinguió. ¿Había gritado realmente? Sí, eso creyó. Frente a la eternidad que se abría ante él había salido, de todas formas, un grito dirigido al reloj para que no insistiera hasta el último momento y dejara a cada uno morir sin marcar el tiempo. Pero el reloj, el reloj de sobremesa de Nite, estaba más muerto que su mismo cuerpo casi muerto y su voluntad. Su péndulo se movía debido a su infinita y larga costumbre, la costumbre que había ordenado el relojero, como si le hiciera pasar por una esclusa de corrientes cada vez más débiles a la eternidad, a la Nada, a los espacios eternos de la incapacidad. Sin grandes pensamientos, sintió que la vida no tenía nada que ver con la muerte —y entonces vino a él, aunque demasiado tarde, la idea del Enigma; por ello tendió el brazo y murmuró: ¡Dios! ¡Dios!

Después vino una niebla en la que el espíritu, la voluntad, ordenó al cuerpo levantarse de entre los muertos, hunde los muertos.

Así tiene que haber sido, pues se le encontró vestido de manera desordenada, sentado en la mecedora, con el chaleco ridículamente mal abotonado, igual que la chaqueta, y con el sombrero de viaje puesto. Estaba encorvado, sentado, con las dos manos en el marco de la ventana. La ventana estaba abierta en la lluviosa mañana. Él la había abierto y había muerto en la plena huida de los muertos. Cuando Betty abrió la puerta, la corriente del viento voló el sombrero de su cabeza. Voló llevado por el viento hacia abajo, cerca del borde, cayendo a la cantera, la llamada La Gran Siberia. Dio un grito, pero él no se movió. La lluvia caía en su cabello.

Ahora la modista compró tres piezas de tela negra. Cinco metros de crespón negro. Satén negro y botones que parecían de carbón.

La lluvia siguió. Era diciembre. El pueblo olía a comida de Navidad. Junto a las ventanas brillaban las mesas donde se amasaba el pan y se levantaban masas, que parecían pasta de modelar para nuevos cuerpos, si hubiera existido un dios para hacerlo.

Desde la tienda de juguetes se oía cómo eran probadas trompetas, trompetas roncas de latón o vidrio.

Un día se llevó la madre a los hijos bajo los cinco paraguas de la casa. Iban por la calle del pueblo arriba.

Con los cinco negros techos de tela les cubría con su sombra como un cuervo. Iban silenciosos, pero, con frecuencia, mirando a su alrededor, turbados por la Muerte y la Navidad.

Llegaron pronto. La modista les dio la bienvenida con una sonrisa, les pidió que se quitaran sus abrigos y se sentaran. Mientras tomaba las medidas, lamentó que la Muerte hubiera llegado hasta ellos, arrebatándoles un ser estando tan próxima la fiesta. Con inconsciente sabiduría añadió: «Pero, para Dios, no existe el tiempo.» Más tarde, mientras probaba, tenía la boca llena de alfileres y, por eso, dejó de hablar. Era bueno el silencio. Los niños estaban sentados como *reposando*, mirando pacíficamente a los otros. Todos ellos habían llorado, con excepción de Martin y Hildur. Eran todavía demasiado pequeños y egoístas para comprender lo que los otros entendían. Inez tenía los ojos hinchados, rojos en los bordes. Se veía que la noche pasada había llamado a Dios en el cielo. La madre estaba probando la tela negra, pasando la mirada de uno a otro de los suyos, con una seriedad que dijo todo y nada. Su voz era oscura y suave, pero débil y cansada, difícil de entender como siempre, especialmente para los niños más pequeños. No la conocían tanto, estaban todavía demasiado cerca de ella y su relación de sangre con ella apenas había terminado. Las hermanas mayores la conocían mejor, más profundamente, de manera más irreconciliable, la veían con mayor claridad y dureza. Se notaba. Lo mostraban. Pero ellas eran también diferentes entre sí.

Dos de las mayores habían empezado a preocuparse de cómo les «sentaban» las ropas. Ellas mismas murmuraron indicaciones a la modista sobre la forma, en especial alrededor de las caderas. Se pasaban las manos disimuladamente y daban furtivos consejos en voz baja. Eran Iris y Viran. La penúltima fue Inez. No tenía ningún interés. Se notaba que había venido aquí contra su voluntad. Probó casi apáticamente su satén y su tela. Estaba de pie mirando infelizmente, dejándoles envolver la tela alrededor de su alto y delgado cuerpo como una bandera de luto. Miró a la madre, pero la madre evitó su mirada. La modista estaba de rodillas junto al dobladillo de la falda, con la boca llena de alfileres: una cuajada espuma de agujas de acero. Con opiniones pronunciadas de golpe, que generalmente fueron dichas nasalmente, dio consejos sobre la tela, el satén, las caderas y los pechos; sí, sobre la figura como dicen las modistas. La última fue la madre. Como repitiendo una letanía, hablaba con voz oculta y triste sobre sus caderas, sobre las sensuales y carnales formas curvas de su trasero, sus curvas e inclinación entre pantorrilla y empeine del pie, sobre el tornasolado satén de pantera en el monte de Venus y la perfecta forma de los pechos en el negro crespón.

La modista inclinaba la cabeza de vez en cuando y hacía sus observaciones.

Las dos estuvieron muy de acuerdo. Olvidaron la Muerte, la lluvia y los niños de su alrededor. Se extraviaron en el interior del bosque oscuro de la viuda con vestidos de luto.

Después de haberlos probado todos, volvieron a casa bajo la lluvia; los paraguas se columpiaban como cinco pabellones de luto en la calina que parecía humo de ramas de enebro. En las canteras sonaban las explosiones como cañonazos de saludo desde los interiores de la tierra. La calle del pueblo se tambaleaba y trozos de piedra se estrellaban contra la casa amarilla, en estado ruinoso.

El entierro fue tan simple como se pueda pensar. Los gastos de los trajes de luto suplantaron la comida, recibiendo los portadores solamente café y pan. Aparte el coche fúnebre, eran tres los carruajes con la familia y acompañantes. El cementerio estaba lleno de hienas, cuyas miradas se mantuvieron fijas en el ataúd, contando las tres coronas atadas de fabricación en serie de palmera del Yucatán en un baño brillante, que parecían gigantescas espinas de arenque retorcidas y deshollinadas. Toda la procesión se deslizó a través de una duna de desdentada insipidez, por un infierno de insultante pobreza de todas las formas.

Los seis portadores del ataúd lo llevaron sendero arriba con mucho cuidado. Su manera de dominarse ante las inoportunas hienas era heroica, bella, lo único bello del entierro.

Junto al borde de la tumba se produjo un completo estancamiento después de haber sido bajada la caja. De todos los rincones del mundo parecían surgir viejas, brujas y duendes de muertos. Martin fue empujado y cayó pesadamente sobre la tapa del ataúd en el interior de la tumba gritando de miedo. Esto fue interpretado en alta voz por la muchedumbre, como un mal augurio para el niño. Lo oyó y, después de haber sido levantado, corrió gritando fuera del hoyo de la tumba. En el portal de la iglesia fue alcanzado por Inez, pero él la pateó, golpeó y arañó, a ella, su mejor hermana, a la que, sin embargo, quería tan viva y verdaderamente. Al final consiguió hacerse con él, logrando traerle al camino para que no molestara más allí dentro junto a los muertos, pero, de repente, ella misma se enfureció, se puso de su parte y le acompañó a casa.

Después llegó aquel tiempo cuando empezó a ver visiones; ver cosas y movimientos que nadie más veía. La Navidad que se aproximó le resultó un tiempo de fantasmas. Inez fue quien lo comprendió mejor. Dejó sus deberes y lo acompañó por todas partes. Cuando las visiones venían y él empezaba a gritar, era ella quien estaba allí, consolándolo para que volviera. Ella explicó por qué los caballos gigantescos daban saltos por las nubes: eran las sombras de las cortinas. Y por qué se arrastraba por el suelo una serpiente negra; era la sombra del atizador de la chimenea.

Y por qué una de las alfombras de trapos de varios colores venía arrastrándose y centelleando hacia él como una temblante y gigantesca oruga: era el juego del sol invernal por las ventanas, que penetraba en el suelo.

Más difícil para ella fue poder explicar las voces que gritaban todo lo posible. Cuando lloró por ello, ella tenía que interpretar su papel, haciéndose responsable por la voz.

—¿No oíste que fui yo quien llamaba?

Y así se reían los dos.

Este tiempo con visiones y voces duró hasta el final del invierno, es decir, aproximadamente tres meses. La nieve se derritió en los rellanos de la ladera del bosque. Debajo de ellos surgió el granito azul oscuro y la tierra negra como un ataúd. La cantera de ochenta metros de profundidad se despertó con la primavera y los abedules jóvenes —con azules, agudos cascos de piedra en la corteza— se ruborizaban en su ramaje superior que murmuraban con los vientos de marzo sobre el abismo.

El granito de monumento sepulcral estaba colocado como para la inspección de primavera. El ingeniero, con paraguas en la mano, iba de coloso a coloso, de columna a columna. Aprobados. Después fueron exportados; a Holanda y Alemania, donde seguirían estando en posición de firmes en las ciudades de los muertos.

La cantera vivía de los muertos. Todo estaba allí bajo el signo de las tumbas y los monumentos sepulcrales.

Uno de estos días, cuando estaba sentado al lado de la ventana con Inez, le acarició más tiempo de costumbre en la mejilla y le pasó la mano por su cabello durante largo tiempo. Ciertamente, quería decirle algo. La miró a los ojos y su mirada significaba una nueva pregunta a las mil que le había hecho machaconamente durante el invierno.

Ella observó su mirada, siempre sabía leer lo que pensaba. Mientras que, otra vez, le pasaba la mano por los cabellos, dijo:

—Inez piensa que tiene que acostarse. Y ahora tienes que obedecerme si te digo que estarás con Iris durante el día.

Le cogió su mano y marcharon por todas las habitaciones hasta encontrar a Iris. Las dos hermanas se miraron e hicieron guiños, separándose unos pasos.

—Está completamente bien ahora —dijo Inez—. El lunes lo acompañarás a la escuela. Ya sabes que mamá se ha vuelto tan extraña. Y...

Se interrumpió ella misma para ver si Martin escuchaba. Cuando vio que jugaba con algo que había encontrado —era un cordero de yeso, sin cabeza— siguió silenciosamente:

—Estoy tan enferma, comprendes, Iris. Parece que nunca más podré estar de pie.

Por la tarde la acostaron en la cama. Los pájaros de primavera habían empezado a cantar en los árboles. Estaba en la cama escuchándolos, y deseaba hasta empezar a llorar calladamente por sí sola, que alguna vez tuviera una verdadera, verdadera primavera. Después se durmió, se hundió en las profundidades con la consciencia del tiempo y el lugar y se encontró sin fuerzas en la bochornosa fiebre dentro de la descomposición del país enemigo.

Después, todo descendió. Lo último del alma de la casa empezó a morir como debajo del bastón de un hada negra. Los últimos puntos de luz habían cesado, y después el destino se hizo más consecuente, más claro y más oscuro.

Iris hizo la confirmación con toda sencillez (sencillez necesaria). Y un día metió sus cosas en una maleta de mimbre. Estaba allí en la puerta vestida con sus mejores ropas. La madre y ella cambiaron algunas palabras en voz muy baja:

—Esperamos que el sanatorio tendrá sitio para ella antes de que sea demasiado tarde.

Echaron una mirada en la habitación donde se hallaba Inez en cama. Pero estaba ausente por la fiebre. Iris entró y la besó en la frente, como un adiós. Se mantuvo sencilla en sus maneras y no lloró. Después se marchó. (La tuberculosis pasó como una peste por la cantera durante los años 1910 y 1911.) Iris todavía llevaba trenzas. Los lazos brillaban en su nuca como dos mariposas que la acompañaron al salir de la habitación. Adiós. Adiós.

Acompañó a un grupo de chicas de los cesteros a Pomerania y nunca regresó.

La juventud huía de la tuberculosis.

Martin había empezado a ir a la escuela. Viran y Bodil eran su compañía de ahora. Hacía ya mucho tiempo que ellas iban a la escuela. Viran pronto dejaría de ir. Llevaban a Martin de la mano entre las dos cuando andaban por el camino, en la mañana de primavera, con los trinos de los pájaros.

—¿Sabes tu *a, b, c*? —se reían.

—*D, e, f, g* —dijo orgullosamente. Sí, lo sabía.

Hildur y Ninnie estaban en casa con la madre, pero la madre ya no era la misma Betty. Nadie podría decir cómo era ahora en su interior. Pero la mano que descomponía estaba en todas partes. Quizás inquietud, hasta mala salud, dolor que no tomó forma, pero que hacía desaparecer. Quizá la funesta facilidad de sangrar. O quizás estaba ya en el límite de algo distinto, en su febril país de pavos reales hechos pedazos, cuando una noche de abril se levantó, se vistió, se apretó el corsé y abrió sus polveras.

Se sentó ante el espejo como una reina malvada en decadencia. Miró su propia cara en el espejo. Todavía era bonita, como el día, aunque le hubieran sentado bien las arrugas. Pero la debilidad de carácter... Nadie sabía lo que pensaba.

El tren de la mañana había pasado ya a las cuatro y media. Inez se despertó y lo oyó marchar. Los vagones chirriaban y hacían ruido dentro del bosque de escaso y distinto arbolado. Sus cien ventanas volantes resplandecían en la oscuridad de la mañana de primavera, brillaban hasta dentro de las casas.

Después de la inexplicable huida de la madre, Betty, la fuerza volvió a Inez por unos días. O quizá fue la voluntad, la última voluntad dentro del alma de una chica de dieciséis años. Una voluntad para salvar una cierta dignidad. La ruina de la casa había sido turbadora. Se había marchitado de una manera fea y como hojas caídas hasta saltar a la vista como un rododendro.

Tambaleándose alrededor, con listeza de vieja, ingenua y delgada niña, quizá quería, hasta el último momento, intentar salvar la vida interior de la familia de la observación de la vecindad.

Pero luchó como un fantasma contra fantasmas.

Y durante estos días de primavera fue cuando ella murió. La tuberculosis la aplastó con su más pesado golpe de verdugo: la hemorragia.

Corrieron gritando en la casa alrededor de su cadáver.

—¡Habla, háblanos! ¡No estás muerta!

—¡Mamá! ¡Inez!

Pero ella yacía tranquila en la cama, sin saber que estaba muerta. No sabía que había existido ni vivido.

Un pariente de la madre los recogió durante un tiempo, un tiempo oscuro de guardilla con pocos recuerdos.

Después fueron ofrecidos con el martillo de la subasta al peor postor, es decir, aquellos que los acogían pidiendo la remuneración más baja por parte del ayuntamiento. Martin fue adjudicado a un lugar que se llamaba Vilmäs. La comunidad pagaría cinco coronas al mes y, por esta suma, la gente de Vilmäs se obligó a educarlo, mantenerlo en la escuela, vestirlo y alimentarlo, dejarlo trabajar y, por lo demás, tener la custodia de su destino en todos sus aspectos, hasta la próxima asamblea un año más tarde.

La parroquia le dio un saco floreado conteniendo calcetines de lana, zuecos y jabón. Gente amable le indicó un sendero que desaparecía dentro de un bosque.

Puesto que ahora tenía miedo por todas las personas y con el mayor miedo para la Comunidad —la cual se había imaginado como un ser horroroso— no le costó trabajo desaparecer en el sendero del bosque, donde pronto los abetos lo rodearon y el tímido ruido de los zuecos de madera desapareció con el susurro del bosque.

Los otros niños fueron mandados a otras direcciones con sus respectivos sacos.

EL PASO A LA PARROQUIA

A Vilnäs, a Vilnäs. Casi eran diez kilómetros para andar. El bosque forestal, abrió y cerró sus oscuros abismos de abetos por donde él pasó. Siguió un sendero que casi sólo eran raíces, relucientes como cobre recién pulido y que continuamente se conservaba enlucido por resbaladizos pies, la caída de las pinochas del abeto y montones movedizos de nieve. Había sido un invierno sin nieve y el suelo estaba más seco que en mayo ahora, al final de febrero. Tampoco cayó lluvia. Era el tiempo de invierno deseable. El bondadoso sol colocaba su lámpara en el bosque y la llevaba a casa por la noche. El musgo verde medraba en los bosques de piedras y en el amortiguado borde de la playa del pantano estaba contento el musgo blanco con su vida agradable alumbrado por el sol. En los tocones había una clase de setas que crecían en repisas una encima de la otra, una escalera para las creencias populares. «Nisse en el bosque.» Martin caminaba llorando. Por qué lloraba lo olvidaría más tarde, con el paso de los años, pero había dolor en el abeto y el pantano bien callaba sin rastro de pájaros y, además, había algo en el mundo que nunca volvería a ser lo mismo. Miró su saco con flores, pero no sirvió de alegría. Contenía solamente calcetines y pañuelos, una bufanda de lana, un par de zuecos y una pastilla de jabón; cosas que estaban bien para su cuerpo, pero que no brillaban en absoluto. Tampoco había pensado que tenía un cuerpo. Era un niño con zuecos y dientes de leche, sin ideas alegres ni tristes, con miedo de pillarse los dedos en trampas para ratas y en el fuego, con miedo a ser apuñalado por vagabundos. En el mundo existían los vagabundos. Eran estos que se veían en los periódicos. En la foto, junto al vagabundo, estaba siempre Armiro. El vagabundo apuntaba con un dedo, pero el dedo era una pistola. Así era la foto. Ellos existían en el mundo. Vivían en grandes casas y tenían sombreros y cuchillos. En cualquier

momento podían entrar en el bosque. Decían que querían veinticinco öres ³ y apuñalaban con sus cuchillos. Martin dejó de llorar. El miedo por Armiro lo llenó, ordenándole escuchar bien para que, en cualquier instante, pudiera saltar fuera del sendero y correr entre los abetos. No estaba bien gritar. Se tenía que correr silenciosamente, al principio haciendo curvas y después otra vez curvas. También pensó Martin que, si hubiera tenido los veinticinco öres, los podría haber tirado haciendo un arco hacia el vagabundo, pero teniendo buen cuidado de no hacerle daño con ellos y después gritar; «¡Amigo vagabundo! ¡Aquí tiene los veinticinco öres!» Pero casi seguro que no saldría bien. Uno no podía estar seguro, pues el vagabundo podría venir con el cuchillo de todos modos; a lo mejor pensaría que tenía otros veinticinco öres más.

Todos los vagabundos tenían bigotes. Si los que uno encontraba no tenían bigotes, no había necesidad de correr, pues entonces no eran peligrosos. Los que llevaban bigotes tenían cuchillos para apuñalar por la espalda y cuello.

Los que no tenían bigotes tenían navajas. Sacaban punta a los lápices y hacían silbatos y estaban sentados cortando un palo mientras hablaban. Todos los vagabundos tenían cuchillos, no navajas de muelles. Los policías eran peligrosos debido a que sabían tanto, pero también había oído que capturaban los vagabundos en algo que llamaban batida y también herían a los vagabundos con sables. Uno podía acercarse a los policías, eran peligrosos y fuertes, pero cuando éstos no veían y estaban luchando, entonces se sabía muy bien que estaban golpeando con sus sables. Una vez había visto un policía. Oh, no sabía qué hacer.

El policía lo miró, se acercó a él. Entonces se agarró a las faldas, gritando. A lo mejor querían también los policías los veinticinco öres.

Si un día consiguiera veinticinco öres, los mandaría a la casa de los Vagabundos, con una nota: «¡Queridos vagabundos! Me llamo Martin y aquí les envío veinticinco öres, para que no vengan a los bosques.»

Con los «bosques» trataba de referirse al bosque por el que él caminaba, el bosque forestal, el lago Hara. El resto era el Mundo. Fuera del lago Vem estaba el Mundo. En otro lugar, no sabía exactamente dónde, estaba el Atlántico, que era grande «y con olas altas como casas». Cuando uno había ido con barco en el Atlántico lejos y mucho tiempo aparecía América. Encima del Atlántico había una línea blanca y recta que estaba allí y que no desaparecía. Se llamaba la Blanca línea de las estrellas. Exactamente junto a aquella línea tenían que pasar los barcos para ir a América, porque... de lo contrario, no llegarían. En América había dos lugares, uno se llamaba Minesota y el otro California; en California hacía calor. Allí crecían golosinas de Navidad. Existía otro lugar, llamado Tjicago ⁴ y allí estaba el Agente. Tenía una mano blanca como la nieve, la blanca

3

Una corona = 100 öres. (N. del T.)

4 Error de ortografía intencionado.

mano de esclavo. Estaba sentado en una silla que era una silla eléctrica. Fuera de Tjicago había oro. El que encontraba oro, tenía que lavarlo en un río. Era como el río Babel de la escuela dominical, limpio en la sangre del Cordero. Jesús de Nazaret. Ella dio a luz al niño, lo fajó y lo colocó en un pesebre. De esto existía un grabado, era verdad. Había un grabado de la Blanca línea de las estrellas, menor que el otro; era un grabado de barco. Un barco que echaba humo pasaba exactamente por el centro de la raya de la Blanca línea de las estrellas «sólo cielo y agua».

Así era el mundo de Martin a los siete años, cuando empezó a ir a la escuela. Era un mundo que había sido más ancho y más rico el día que cumplió los cinco años, pero que se había encogido. Más tarde, con algunos años más, cuando contemplaba los recuerdos de su niñez, comprobó que era más torpe a los siete años que a los cinco y, sobre todo, más miedoso, mucho más miedoso.

Cuando llegó a Vilmäs, a los siete años, lo primero que encontró fue el perro. Salió hasta la verja y ladraba. Entonces dejó caer el pestillo, no se atrevió a abrir la puerta enrejada. Allí dentro se apartaron a un lado las cortinas y en la ventana aparecieron tres caras, después se abrió una puerta y alguien ruidosamente se puso los zuecos en el zaguán. Era una chica que doblaba en tamaño a Martin. Vino hacia la verja, chitando al perro, que se retiró avergonzado. Entonces abrió la verja.

—Tú tienes que ser Martin —dijo—, ¡qué pequeño eres!

Se reía. Tenía pecas y dos largas trenzas de color castaño, que estaban colocadas encima del hombro, llegándole por debajo de la cintura. Las coletas eran de tres gruesas trenzas. Tenía la nariz un tanto respingona, labios gruesos y ojos grandes. Eran oscuros, aunque no negros.

—Sí —dijo Martin.

Era tímido. La miró, sin todavía atreverse a entrar. Pensó decir: «Mi padre está muerto y mi madre está en California», pero no lo pronunció, pues el perro salió por la verja y se puso a olfatearlo. La chica se acercó y golpeó al perro.

—Muestra tu educación, tú, duende, ¡vete allí! ¡Pasa! ¡Pasa! —gritó a Martin.

Durante toda su vida pudo Martin oír esto en su memoria como un timbre: ¡Pasa! ¡Pasa! Entró, y ella cerró la verja.

—Yo cojo el saco de ropas —dijo—. Me llamo Berta. He estado aquí desde que tenía tres años, ahora tengo catorce. Son muy buenos aquí.

—¿Cómo se llama el perro? —preguntó Martin, que ya se sintió más seguro.

—*Lonna*; además, es perra. A veces roba huevos, así que puedes imaginarte cómo le pegamos.

Martin se estremeció y quería precipitarse hacia la verja. No sabía por qué, pero le dio miedo. Vio un bastón que golpeaba repetidas veces a animales y hombres, vio los golpes. Golpeó y golpeó, machacando el cuerpo. También aquello se llamaba paliza. Vio la paliza.

—¿Qué te pasa? —preguntó Berta—. ¿Te ha asustado tanto *Lonna*? Verás cómo os lleváis bien.

—Mi padre está muerto, y mi madre está en California —dijo Martin.

Esto era lo peor para *él*. Le habían hecho creer que esto era *lo peor* que le podía suceder, por eso lo dijo ahora. Berta puso una mano sobre su hombro, diciéndole:

—Sabemos todo de tu padre y de tu madre, pero no necesitas preocuparte por eso aquí en Vilmäs. Solamente me han pegado una vez y ahora soy como una hija de la casa.

Ahora habían llegado a la puerta. Abrió. Dejaron sus zuecos y entraron.

—¡Aquí está Martin! —anunció Berta, empujándolo delante de ella.

Estaba satisfecha de sí misma y orgullosa, como si le hubiera encontrado junto a una fuente.

—Bien venido —dijeron tanto el padre como la madre adoptivos desde el interior.

—Ésta es Hanna, el ama de la casa —dijo Berta, indicando a la mujer que, de pie, sonreía, mostrando su boca desdentada y tenía las manos sobre el vientre, las cuales eran huesudas y con venas muy marcadas. Sus negros y ralos cabellos parecían delgadas y gastadas cerdas; estaban partidos por una raya llena de caspa gris. Su gran nariz se prolongaba hasta los huesos del cráneo. Los ojos eran de tamaño normal y carecían por completo de meditación profunda, la profundidad que sale del interior, empujando a los ojos justamente allí donde el tallo se introduce en el alma. Por esta razón, el ojo vuelve a ser el ojo soñador que el bisturí del cirujano nunca puede curar y que la bayoneta del japonés nunca puede matar. Ella no tenía estos ojos. Su melancolía estaba dentro del corazón y aparecía en sus manos, las cuales se hallaban apoyadas sobre su ombligo, escondido bajo la vieja tela. Un delantal rayado caía desde la parte superior de su cintura, haciendo rayas de su cuerpo aguantado por la falda de un alegre color muaré rústico en la parte de abajo. Se balanceó a modo de saludo, sonriendo a Martin.

—Y éste es Sven, el padre de la casa —dijo Berta.

Martin estaba de pie todavía delante de Berta, como si fuera su niño, con las manos de ella encima de sus hombros. Sven sonrió, tendiendo la mano. La mano era seca como lana y ladrillo, y caliente. Tenía anchos y gruesos dedos. También Hanna le tendió la mano. Su mano sudaba de vieja angustia. Las uñas resplandecían como el blanco de los ojos.

—Bien venido a nosotros. ¡Siéntate aquí en el sofá!

Cruzó el suelo encima de las alfombras de trapos, que parecían como una continuación del delantal de Hanna: su cola de reina. Y se sentó en el sofá. Estaba sentado allí, pequeño, en el centro del sofá y los tres permanecían de pie, observándolo a él, que estaba allí sentado.

—Pronto te acostumbrarás a nosotros —dijo Hanna—, dormirás ahí también en el sofá.

Estaban de pie, observándolo. Después se acercó Sven y se puso a su lado. Se sentó despacio y con cuidado, sus posaderas querían sentarse amable, quietamente, como no queriendo asustar.

—Me pareces un auténtico enanito —dijo, mirando con una gran sonrisa a Martin. Se pasó las manos por los grandes bigotes negros y volvió a sonreír otra vez más.

Martin estaba sentado tieso. Él también se sonrió, pero lo hizo por miedo. Dentro de su cabeza y estómago sentía mucho miedo. ¿Moriría ahora? Dentro de su estómago sonaba la campana de su iglesia. Había que sonreír y estar sentado completamente quieto. ¡Si al menos hubiera tenido los veinticinco öres! Quizá Sven era un vagabundo que había penetrado en los bosques y capturado a Berta y Hanna.

El bigote se movía. Sven volvió a sonreír otra vez. Después colocó lentamente su mano encima del hombro de Martin. Martin iba a dar un grito, pero se contuvo. No *se atrevía* a tener miedo. El miedo cortó su grito, obligándolo al silencio. Estaba sentado con un terror mudo y sonreía al agricultor. Sven quitó su mano entre suspiros y sonrisas. Parecía desconcertado y asombrado. Hanna se acercó unos pasos, prudentemente, tal como si hubiera tenido miedo que saliera otro grito de Martin como hipo producido por la leche, con el menor movimiento, la menor corriente de aire. Apartó las manos de su estómago. El delantal era como una colina. Las posibilidades de la familia eran pequeñas, pero en ella eran grandes.

Berta se aproximó y se colocó a su lado. Una mujer doble. Pero ningún hombre doble. Sólo un agricultor de buena intención, torpe y aquello asustado que todavía ni siquiera era un niño.

El silencio eligió a Berta para que hablara. Avanzó unos pasos sobre la alfombra de trapos, levantó con su mano una de sus gruesas trenzas de color castaño y la sopesó como en señal de confianza. Martin miró la curva de la trenza encima de la mano y fue atraído, divertido, espío con sus ojos como un gato. Berta hizo una gran caracola del cabello de la parte inferior de la trenza. La mantuvo en la palma de su mano como un pastel de cabellos.

—Tú, Martin —dijo—. Martin, ¡no tengas miedo!

Escuchó atraído por la voz. Era dulce, sugerente y daba tranquilidad, como diciendo: ¡Pasa! ¡Pasa!, junto a la verja. Todavía mantuvo el caracol de su cabello en la mano.

—Somos buenas personas —dijo.

Y, por la voz, dedujo ahora Martin que eran buenas gentes. Se atrevió a mover las manos y tocar con ellas el sofá de madera, atreviéndose a volver la cabeza para ver las muestras del papel pintado: tres pollos debajo de una palmera y su pensamiento le indujo a creer que el campesino era *bueno*.

De repente bajó los ojos, siguiendo con la mirada una rendija del suelo, hasta llegar a la alfombra de trapos. Entonces levantó la vista y sus ojos ya no tenían miedo. Contempló a los tres y rió.

Así era Vilmäs. En el patio había un arce. Ahora el perro se había acostumbrado a él. Berta lo llevó por todos lados y le enseñó extraños bloques y árboles. Probó el sonido del eco en una pequeña montaña cercana. A veces volvía a él el pensamiento de que había sido abandonado: «Mi padre está muerto y mi madre en California», pero entonces Berta estaba cerca, secándole los ojos y limpiándole las narices. Un día sintió que esto «no era tan bueno», quería él mismo sonarse la nariz y apartó la mano de ella de un golpe. Entonces ella llevó sus manos a los ojos, meciéndose y aparentando llorar. Se quedó de pie mirándola y, más tarde, se fue hacia ella, dándole unos golpecitos cariñosos en la espalda. Rápidamente apartó sus manos de la cara, riéndose. Pensó que ella se había burlado mucho de él y, muy serio y murmurante, le arrojó una piedrecita. Ella fingió y se quejó. Entonces se convenció completamente de su llanto y él mismo rompió a llorar. Entonces fue ella quien tuvo que consolarlo.

Con el correr de los días le fue enseñando distintas cosas. Eso le abrió horizontes y le hizo «pensar». Jugaba en la playa del lago. Entonces intentó ella explicarle lo que era pleamar y bajamar. Dijo que existía en el océano Atlántico.

—En la raya blanca —dijo él.

¿En la Blanca línea de las estrellas? Pero ella no le entendió, sino que pensó que era una idea espontánea.

—Bajamar y pleamar —dijo, sentándose en un tocón—, dependen de la luna, ella atrae el agua, el agua sale de la tierra, se queda solamente el fondo del mar, uno puede recoger caracoles y pequeñas estrellas que se llaman estrellas de mar y que se arrastran. A veces en el fondo hay un barco que se ha hundido. Las gentes salen del barco y están muy contentas de que haya llegado la bajamar. Han permanecido dentro del barco, esperando. En la torre del faro se les ofrece café y cantan un salmo por su salvación. Exactamente cuando cantan el salmo, la luna suelta su presa; tú sabes, uno puede besar el cristal de una ventana y cuando se retira la boca, entonces suena, el cristal de la ventana se ha pegado un poco a la boca. —Berta enseña el beso del cristal de la ventana, besando a Martin en su mejilla—. Así es la luna cuando suelta el agua. La luna tiembla y el agua se esparce por la tierra. Los caracoles se ponen completamente llenos de agua y ésta sale, alto, alto. En Holanda se construyen murallas de tierra altas, altas murallas —ella, dibujaba con la mano— para que el agua no suba hasta el centeno. ¡Huy!, hay tantas cosas en el mundo.

Así explica un poco cada día.

—La letra B tiene dos tripas —dice y ambos se ríen por ello, pues están en la edad en que todo les divierte.

Cada noche sabe Martin tanto. En Vilmäs se enciende la lámpara tarde. Entonces habla Sven en el crepúsculo y Hanna está sentada, meciéndose. Sven cree en los duendes (la comarca está lejana y es supersticiosa, una especie de isla de la superstición, que se encuentra todavía en medio de la poblada

civilización que surge hacia delante) y lo mismo le sucede a Hanna. Berta cree solamente a medias en la existencia de los duendes y, ciertas noches, desaparece por completo este pensamiento, diciendo: «con certeza ya no existen duendes, tal vez existieron en los tiempos remotos».

Sven reconoce que son muy poco frecuentes, además están disfrazados y cambian de personalidad. Y cuenta cómo dos duendes se le acercaron en el atajo una vez, cuando estaba arando en el pantano. Parecían como mozas furiosamente soberbias y tenían bicicletas.

—Yo fingía, como si no supiera nada. Hablaban el sueco más correcto que se pueda hablar. Las expresiones más, más finas.

Martin estaba sentado y creía solamente a medias, como Berta. Se sentía atraído por Berta. Ella era la más segura y cariñosa para él. Al dudar ella, él también lo hizo. Muchas noches era como si no existieran los duendes en absoluto. El grupo habló de otras cosas, mundanas. La perra *Lonna* había vuelto a robar huevos y había probado el bastón de avellano de Hanna. Ahora estaba escondida en alguna parte de las dependencias de la casa, teniendo miedo a salir.

—Una vez más y está muerta —dijo Hanna—. Tiene que haber un límite.

—Sí, si lo vuelve a hacer, tendrá el tiro mortal de necesidad —opinó Sven.

Cuando, muchos años más tarde, volvió a pensar en ello, le pareció que todo el tiempo de su infancia, todos sus años de niño de parroquia habían sido una época de *escucha*. Pocas veces recordó haber dicho algo él mismo.

Y se acordó de las mil y una veces que él no se había *atrevido* a decir nada. Cuando, unos años más tarde, en su niñez iba a la escuela, se desquitó explicando sus lecciones hábilmente, hábilmente. Nunca falló. Sabía todos los puntos de ellas. Los sabía letra por letra. Nunca le disgustaron.

Los diferentes maestros y maestras en todas las escuelas a las que acudió durante su ambulante niñez, lo utilizaron siempre como ejemplo. Él era el obediente, irreprochable como una roca, recitando sus lecciones y siendo señalado por ellos; ¡miradlo! Los niños lo miraban. La mayoría lo odiaban.

Muchas veces, él mismo sintió disgusto de que la lección saliera por su boca exactamente como en el libro. Hubiera querido hacerlo peor, por solidaridad con los demás. Pero seguía fielmente la lección. Era el pequeño escudero del deber.

En Vlnäs no sucedían muchas cosas. Se trabajaba durante el día y se conversaba por la noche. Fueron viviendo, Sven, Hanna y Berta y la vida los ocupó en este seguir adelante. Ahora también tenían a Martin.

Hablaban de sus animales, de las vacas. Tenían dos vacas y una chota. A veces charlaban sobre éstas. Cada uno tenía su favorito entre los animales domésticos. Todos adoraban el caballo. Eran gentes limitadas y amables, un poco supersticiosas, pero atentas a los pequeños detalles, pues carecían de cosas grandes; lo único grande que tenían era un enorme arce que movía su preocupada copa en la tormenta de viento cuando tronaba.

Ciertamente tenían también a Dios. Creían en Dios sin hacerse preguntas sobre su existencia. Él *existía*. Pero, a veces, sucedía con él lo mismo que con los duendes, su existencia estaba tan limitada que no había que hablar de ello.

Para hacer desaparecer bastantes sombras pequeñas de sus conciencias, eran amables con los vagabundos y extraños, que, por otra parte, eran raros en la región. También recibieron amablemente algunos vendedores ambulantes, que, con exacta regularidad, acostumbraban visitar las casas de la tierra del brezo. Vilmäs estaba en un brezal.

Uno de estos caminantes era de Västergötland ⁵. Lo llamaban *Dudilidej* ⁶. Venía en otoño y primavera. Todos lo apreciaban mucho. Hacía la vida más ligera, haciendo desaparecer los problemas. Tenía un poco para cada uno. Picardías de todas clases. Dentro de sus alforjas llevaba montones de anécdotas de diferentes colores: cosas groseras para los mozos del campo, cosquillantes y rubias pequeñeces de verano para chicas, grandes frivolidades para las atrevidas y las embarazadas madres campesinas. Era el *dudilidej* de todos, un camaleón con su bolsa. Cuando se le daba la espalda parecía triste. No tenía nada que contarse a sí mismo.

«La vida tiene que ir por sí misma de prisa, mira», acostumbraba decir. Era la frase que siempre repetía. Era el principio y el fin.

Vendía telas, rayadas y floreadas. Extendía las piezas de tela en el suelo para criticar las alfombras de trapos. Vanidades de ojos de pavo real y florecientes campos de tela. Diferentes cosas y opuestas: santurriones puntas parecidas a témpanos de hielo para los calzones interiores de las tías y ligas de medias ferozmente brillantes con dibujos imitando piel de leopardo para blancos muslos de criadas en la edad del Sí. Era el *dudilidej* de todos. Proveía a cada actor lo que precisaba para su juego de la vida: para drama, para comedia. Cohetes de bengalas para comedia. Cuchillo de Mora (Delacarla) para drama.

Otro vendedor era cestero. Se llamaba *Preguntar no cuesta*. Cada vez que venía, decía:

—¡Qué, mi lirio del valle!

Esto significaba: ¿Qué, algún cesto? ¿Pequeños y finos, o de los grandes y fuertes?

Si le decían que no, entonces cambiaba el tratamiento:

—Bueno, tú canalla ⁷.

—Sí, *Preguntar no cuesta*.

Éstos eran sus modales. Nadie se molestaba con él, ni tampoco él asustaba a nadie. Allí donde él llegaba con sus claras canastas de virutas, colgadas alrededor de sus hombros, que incluso llegaban hasta sus rodillas, parecía un racimo ambulante. Como mejor se le veía era en el campo del brezo.

5 Región occidental de Suecia. (N. del T.)

6 Juego de palabras con los pronombres personales y posesivos, tu-ti-te. (N. del T.)

7 Juego de palabras: *konvalje* = lirio del valle; *kanalje* = canalla. (N. del T.)

Dibujándose con todo su negocio de cestos contra las colinas de picos alborotados de los brezos, vagabundeando a lo largo de los senderos y resplandeciendo a larga distancia como una mísera paloma de la artesanía. De vez en cuando dejó en tierra algunos cestos. Sobre todo cuando había frutas salvajes. Amaba la estación en que había bayas en el bosque. Entonces solía vender. Le gustaban los arándanos, especialmente los encarnados, si había muchos.

En el invierno estaba en su casa en el Pantano del Brezo, haciendo zuecos (los cestos los hacía en la primavera), eran pesados, rojos zuecos de aliso, los cuales machacó como melones. Parecían pobres barcos-casas que flotaban en los ríos de China. Por diez öres más colocaba una cincha de hojalata encima del empeine. *Preguntar no cuesta*. ¿Lo ponemos o no? Habitaba en una mala choza que estaba acurrucada, como un armario de prestidigitador, en una cesta de brezos.

Su mujer se llamaba *Chova azul*. Era mala como una granizada y su corazón era pequeño y helado, como un agrio arándano encarnado en el pecho. *Preguntar no cuesta* era, por lo tanto, más alegre cuando podía andar libremente por los poblados de alrededor con sus cestos. Los veranos vagabundeaba hasta las provincias de Halland y Småland. Era una enorme lejanía tanto para *Chova* como para él, aunque los dos una vez habían estado en Pomerania, aprendiendo la artesanía con las virutas. Pero Pomerania ya era también algo aparte. Había sido su *país de trabajo*. Por lo demás, contaban hasta Växjö como algo muy, muy lejano. En la ciudad de Estocolmo casi no se atrevían a pensar. La misma América estaba casi más cerca. Los bonitos colores de los carteles de publicidad de la Blanca línea de las estrellas estaban colgados en su choza. El enorme vapor *Teutonic* estaba en el grabado entrando en el puerto de Nevijärk ⁸, exactamente como si quisiera arrastrarse bajo las faldas de la Estatua de la Libertad, que estaba en pie esperando con una antorcha de alquitrán en la mano, iluminándole el Indian River arriba. También había un grabado del vapor *Teutonic* cuando ya estaba en el mar. Era grande y muy alto y el mar parecía pequeño y llano, sólo un poco de agua algo arrugada, que no daba miedo. La Blanca línea de las estrellas lo sabía. Sabía que no debía asustar a las muchachitas para que se quedaran en la casa, pintando olas demasiado altas. Al mar se le debe golpear. Tenía que sujetar su piel. Como corriente mar de emigración, tenía que estar como en el grabado, para poder atraer a las desnudas criadas que se bañaban en el lago Romme hasta la trata de blancas y los mormones. En el último caso se levantaron las sirvientas de sus baños perezosos, como rezaba el dicho, poniéndose agua de Colonia en las axilas, yéndose a Utah, al harén. Todos conocían estas habladurías.

8 Nueva York, mal escrito intencionadamente, según se pronuncia.

En Vilmäs estaba Hanna, desesperada. Ahora él se había vuelto a escapar, al igual que aquella vez de la tumba de Olav, aunque eso no lo sabía. Ahora estaba en el ancho mundo para buscar a su Gran-Betty en California.

En Vilmäs estaba Berta gritando: «¡Martin! ¡Martin!» Pero él se había ido corriendo y ella lloraba en la puerta.

Martin anduvo mucho tiempo por los brezos, pero cuando llegó el crepúsculo empezó a llorar ante la grande, enorme noche con todas sus estrellas que centelleaban encima de él como animales del cielo y jaspeados dragones.

En plena noche fue presa del pánico. Corrió gritando hacia la primera granja que vino a sus ojos.

¡Mamá! ¡Mamá!

¡Mamá! ¡Mamá!

Entonces un perro amaestrado de la casa salió de su perrera y lo derribó. La luna se rompió como un plato de porcelana en el cielo. Todo se volvió negro. Se desmayó. Un amable agricultor salió y lo llevó dentro. Le dieron limonada.

—Me llamo Berg —dijo el labrador—. ¿Estás sin casa?

—Sí, sí, sí —se quejó el chico—. Mi madre está en California. ¡No quiero volver a la casa! ¡Caaasa!

El agricultor se reía amablemente.

—Ah, quieres decir Betty, así que tú eres el chico... —empezó a representar y fingir como si él mismo se quejara—. ¡Sí! ¡Sí! ¡Sí!, se fue de nosotros, sí. Pero vamos a escribir, escribiremos... que venga, que venga. —El campesino balanceaba su cuerpo—. ¡Oooh! ¡Oooh! ¡Oooh! Estamos tan tristes todos. ¡Oooh! Lo sentimos, lo sentimos en Adelvik. Pero seguro que vamos a reprenderla, tú, y decirle que no se puede hacer cualquier cosa con el niño pequeño, no, no, ¡de ninguna manera!

Y Martin creyó en el gran actor en la enojada noche y el gran *Agricultor de corazón*, sin niños, lo colocó abajo en un sofá, otra vez en un nuevo sofá en el mundo lejano, pues Martin se había dormido en sus brazos.

Pero, por la mañana, echó a correr más adelante hacia California. Nadie, ninguno pudo detenerlo. Aunque todos los actores del mundo se hubieran reunido como sombras en el páramo e interpretado sus papeles para tranquilizarlo, de todas formas hubiera corrido, ahora hasta las tierras de California.

Y esta vez dependía sólo de haber elegido mala desviación del camino de las lejanas tierras de California. Corría toda la mañana y toda la tarde, descansando a veces sobre piedras. Pero, hacia el anochecer, oyó de todas formas la voz de Berta:

—¡Martin! ¡Martin! Mi pequeño enanito Martin.

—¡Ven, ven! ¡Sé bueno y ven!

—¡Vente! ¡Sé bueno y ven!

Y entonces, escuchando y dejando de llorar, fue bueno. Se apresuró hacia su grito, su lloroso grito. Abrió sus brazos como una cruz en la tierra y él se

apresuró a arrojarle en los brazos de la niña, los brazos tan delgados como los de Inez, tal como si fuera en California.

—Dios mío, pequeño enanito. Bueno, vamos a entrar a comer.

Vilnäs era una pobre casa de pequeños agricultores. Pero tenía algo del paraíso. Hanna poseía un jardín de flores o, como se decía en la región, un huerto. Estaba cercado por una empalizada de un metro y medio de altura. La empalizada tenía sesenta años y estaba de mil maneras marcada por musgo, madera carcomida y líquenes. Fuera estaba el bosque, con los senderos y el estrecho camino del poblado marcado por las ruedas. Dentro estaba plantado y completamente lleno de semillas, rellenando cada trozo de tierra entre las empalizadas con un encantador brotar de flores e hinchándose sobre los palos de la empalizada, como la espuma en un plato. Allí había, además de todas las plantas de los campesinos, también cosa más nuevas. El aire estaba lleno de etéreos gases nitrogenados. Por las noches estaba el jardín intolerable de aromas.

Dentro de esta cosa extraña, Hanna andaba como en una misa de fragante olor. Doce colmenas sonaban como un órgano para ella. Estaba embarazada y el feto se movía dentro de su vientre. Así estaba sentada una noche con ignorancia campesina moviendo su feto hasta que las flores empezaron a desvanecerse ante sus ojos y los dolores llegaron a su espalda como una reja de salientes pinchos.

Martin bajaba por el sendero. Berta se había ido al «próximo sitio». Ahora quería Martin acercarse demasiado a las colmenas donde estaban las abejas. Entonces le gritó Hanna, pero todavía no había sido picado por las abejas y no escuchó. Solamente el trueno podría haberle apartado del sendero del jardín arriba, más arriba donde Berta y él acababan de jugar, imaginándose que era el nacimiento del río Congo. Entonces abandonó su ángel de la guarda, cogió tres abejas que le picaron, una en la pantorrilla, otra en la frente y la tercera en la nuca. Sintió fuego en la piel por los cuatro puntos cardinales. Se precipitó aullando, hacia Hanna. Pero Hanna estaba extrañamente callada. Tenía torcida la cara. Mientras hacía un gesto, palpó hasta agarrar su mano y lo introdujo en la casa. Allí se dobló adelante y después hacia atrás y después se quedó tiesa. Él dejó de llorar y se colocó interrogante ante ella. Sentía calientes palpitaciones en la pantorrilla, en la nuca y la frente. No, no y se precipitó de nuevo en el llanto, en su egoísmo y su rematada y pueril tontería. Le dirigió una mirada casi de odio y se fue lentamente a lo largo del suelo, arrastrando los pies, tendiéndose angustiosamente en la cama y desabrochándose el vestido. Los ojos eran grandes, como se observa en la enfermedad de Basedow, las venas de las manos se hincharon.

Entró Sven. La inquietud se apoderó de él y anduvo en calcetines ⁹ arriba y abajo. Al final encontró remedio y colocó bien a Hanna, murmurando excitado y empujó a Martin, tirándole del banquillo donde estaba sentado aullando y que creía que la conmoción le había venido a causa de las picaduras de las abejas. Después de un rato se apresuró a aparecer en el camino el carruaje de ballestas con sus radios de las ruedas laqueados de amarillo, delante del camino del poblado, cubierto de hierba en la hermosa noche de verano. Caracoles que salieron de los matorrales fueron aplastados por cascos y ruedas. El látigo marcó rayas en el caballo y cortó sueltas hojas de fresno que temblaban por el viento. Berta salió a su encuentro. Él le gritó. Se apresuró hacia la casa, jadeando, tímida y acalorada; tropezó en la alfombra de trapos y alcanzó la cama, refrescó a Hanna, lavó a Martin con ácido bórico, colocó las ollas y buscó lienzos. El reloj de cuco marcó la hora e inclinó la cabeza. Ahora vendría un ser al mundo.

Por la noche estaba Martin acostado en el sofá de la cocina. El calor de las picaduras había terminado. La noche era clara como plata y nácar, pura como lo no pronunciado. Pero él estaba dentro de sí mismo, en su mundo infantil, egoísta. Escuchó sin sentimiento los gritos hasta que se durmió.

Dentro de la casa andaba la partera, gorda de cintura como un roble, arrullando y tranquilizando como una madre de las madres. Sven andaba sobre las punteras de los calcetines, lleno de inquietud paternal.

El verano pasaba con su correspondiente cambio. El nuevo Sven creció y gritó aún más fuerte. Al mismo tiempo, Martin se quedó más tranquilo y más despierto. A veces podía estar avergonzado por sí mismo y tuvo de repente capacidad para contemplarse él mismo como apartado de todo. Se calmó el desvarío de su ego egoísta. El ansia se había ido hacia dentro para más silencio y concentración: esto lo necesitaría en el interior de su alma. Y, al mismo tiempo que le ocurría todo esto, fue haciéndose más solitario. Todos tenían lo suyo y con ello se encerraban. Sven ya era padre. Todo había pasado bien, gracias a Dios. Ahora Martin ya no era para él como *antes*. Hanna se convirtió de madre adoptiva en madrastra, siendo irritada por su presencia y, por todas partes, enseñó su manera de ser madre. ¿Instinto de madre? Nada que hacer que no fuera para sus propios cachorros.

Berta también había cambiado. Había llegado a su pubertad, tenía ya nuevos mundos sentimentales y había encontrado su «sueño».

En dos meses todo se había hecho tan diferente. Y una noche, en el sofá, descubrió Martin que él mismo tenía una inquietud, una nueva ansia que antes no había notado. Una extraña inquietud que parecía vivir en el pulso, el pensamiento, el alma, por todas partes. Al principio era débil, pero, lentamente, fue tomando fuerza a su alrededor, le trajo nuevas ideas y penetró en sus miembros.

9 Los campesinos suecos acostumbran dejar sus zapatos en la entrada de la casa.

Después de pensar muchas noches, empezó un día, con tranquilidad y paciencia, a ir por el brezo para, muy lentamente, buscar el camino hacia California.

Esta vez Berta no fue detrás de él y, cuando no lo hizo, se dio la vuelta para mirar y escuchar.

Y, de repente, al caer la tarde, cuando por enésima vez se volvió para escuchar, entonces *quiso* oír la voz de ella. Fue entonces cuando *quiso* descansar en la piedra y esperar. Y cuando, a pesar de todo, no llamaba, no obstante lucían las estrellas, entonces juntó sus manos y gritó a su madre.

—¡Tuuú! Qué asco —escupiendo furiosamente en dirección a las tierras de California.

Entonces le vino al pensamiento un asesino del cual había leído, que había sido cazado por perros pastores en el páramo, y conmovido de infantil locura, empezó a correr, lejos del lugar donde había escupido. Corrió y corrió, despavorido de miedo, hasta caer extenuado y desmayado en el brezo. Cuando se despertó, oyó que alguien lo llamaba. Se incorporó y escuchó sentado.

¡Sí, efectivamente!

La *más hosca* voz de Berta cortó la noche con ronca voz de niña. Empezó a correr. Contestó con un alegre alarido a su grito.

Ella se acercó. Su cara estaba azul de ira. Ella misma había recibido una paliza de Hanna porque él se había ido.

Lo cogió en sus brazos y le pegó. Recibió una paliza como un perrito.

Agradecido, aguantó el remolino. Estaba de nuevo «en casa».

Berta había sido confirmada en la primavera. Desde entonces se creía mayor. En el verano adoptó estilo de mujer. Se peinó hacia arriba el pelo y se miraba en el espejo, poniéndose de varias posturas durante horas: se miraba en sus ojos. Fingía ser chico y se observaba a sí misma como chica en el espejo: ¡Te quiero! Y, lentamente, se besó ella misma en el cristal aquel. Se hizo vapor en el espejo y sus susurros y los labios besaron el agujero en el vapor.

—¿Estás espiándome? —dijo ella empujando a Martin—. ¡Fuera! ¡Fuera!

Hanna entró por otra puerta.

—¿Por qué estás mirándote al espejo todo el día? Te has vuelto orgullosa como un duende. ¡No, escuchad, llorones! ¡Venga, los dos a los nabos!

Así se arrastraron a lo largo de las tierras sembradas de nabos, limpiándolos al sol, entresacando las plantas de nabos que se colgaban detrás de ellos sucesivamente, tristes y marchitas, hasta que descubrieron que era mejor estar entresacadas y ralas. Pues entonces los nabos estiraban rectos sus tallos.

Se arrastraron entresacando fila arriba y abajo. Pronto les pareció que ya se habían arrastrado 100 km. No sentían ninguna alegría, sino un gran cansancio a causa del sol. Durante un rato estuvieron de acuerdo en que Hanna era una asquerosa. Al principio lo dijeron en voz alta, pero después lo susurraron, cuando descubrieron que Sven estaba arando con la yunta de caballos al lado en

el terreno dedicado a patatas.

Un poco después fueron llamados a casa para cenar. Comieron, tocino y patatas, pan de centeno y leche agria. Todos tenían buen hambre. A Martin le dijeron que hiciera ruidos al masticar. La sartén negra estaba colocada en el centro de la mesa en un pie de alambre. En la sartén había tocino y grasa y en la grasa caliente mojaban trozos de patatas y pan de centeno que después recogían con las puntas de sus cuchillos. Más tarde tomaron la leche agria de una fuente común, manteniéndose cada uno en su borde. De la misma manera comían también por las noches las gachas de avena.

Berta estaba acostumbrada a ello hace años, pero Martin apenas se había acostumbrado al débil sabor a rapé que, de vez en cuando, había en la leche alrededor de la cuchara de Sven. Lo mejor era comer puré de patatas. Pues entonces cada uno cavaba por su lado cuevas pequeñas con la cuchara; huecos que no tenían que encontrarse en la primera comida si la fuente estuviera bien llena. Cada uno tenía su cueva privada en el puré y la comida sabía mejor.

Cuando maduraban las enebrinas, se preparaba cerveza de enebro. Estaba buena para beber, lujosa. Sanaba como un sacramento y hacía que el alma se uniera al cuerpo densamente en la profunda exquisitez de la bebida. Era como beber del jarro de la omnipotencia. La enebrina, la peculiar pimienta de las landas nórdicas, reinaba en aquellas ocasiones sobre la gente.

Los acontecimientos externos eran pocos. Aún fueron menos cuando Berta, al final del verano, fue enviada a una escuela para aprender a tejer.

Martin echó de menos su compañía, a pesar de que ella, durante los últimos tiempos, había sido tan orgullosa con tonterías y cruel por pequeñeces, tal como él lo veía.

La falta de compañeros de juegos de su misma edad le hizo soñador. Debía estar ocupado en sí mismo y se inclinó a tener compasión de sí mismo y a la melancolía. «Pensaba» demasiado, pero tenía demasiada poca inteligencia.

Bajo estas circunstancias, casi fue una desgracia recibir de Berta el libro *Alicia en el país de las maravillas*. Su imaginación ya estaba bastante trastornada y hubiera necesitado un poquito de honradez y amor en lugar de cuentos.

Era muy cómodo, por parte de los adultos, comprar un poco de cariño, poniendo un libro de cuentos en las manos de aquel que las tendía hacia ellos. *Alicia* era un libro para niños mimados por el cariño y para mayores. Martin era demasiado influible, demasiado inclinado a los cuentos de ensueño. Darle cuentos de países maravillosos, era como darle un paquete de pólvora perfumada para su propia explosión. Leía el libro y, después, vagabundeaba por los brezos, no tenía a nadie con quien hablar. Mientras tanto, Hanna se convirtió más y más en madrastra, Sven más y más en padrastro. Le dijeron a la cara que hablaba tontamente y que tenía «infantil cháchara». No comprendían que esta «cháchara ingenua» era su manera y hasta su intento de levantarse sobre una confusión de cuentos que él no necesitaba. No lo comprendían.

No sabían que, mucho antes de poder leer, había visto visiones, visiones

que ningún otro veía, alfombras que habían llegado a tener vida y atizadores del fuego que se convertían en serpientes. No sabían que Inez le había tenido que vigilar contra esas imaginaciones que se apoderaban de sus piernas tan sólo cuando bailaban las más pequeñas manchas de luz. Todavía en este mismo momento podía oír a Inez gritando: «¡Sólo he sido yo quien ha gritado, no eran voces, no te asustes!»

Sí, todavía podía oírla. Pero, con mucha frecuencia, también veía la imagen de la muerte, grande y muda. Le vino a la mente aquel día, cuando ella estaba en la cama, fría y muda. Estaba en el helado, eterno y pequeño sueño con sus manos colocadas en forma de cruz encima del paño percedero del manto de la muerta.

—Es tan raro —dijo Sven a Hanna—, no sé si voy a tenerle después de año nuevo.

Hanna inclinó su cabeza, asintiendo rotundamente.

—No —dijo—. Tampoco crece nada. Es tan flaco y pequeño que pueden pensar que le hacemos pasar hambre.

—¿Quedamos entonces con que hasta el año nuevo?

—Sí, hasta el año nuevo —murmuró ella—, después que la comunidad le prepare algo nuevo.

—Trabaja bien, pero es demasiado infantil —concluyó Sven.

Y así decidieron esto: el niño era demasiado infantil.

Muy entrado el otoño... llegó la primera carta de la madre. Era un sentimental desorden de turbias confesiones de culpa que incluía frases del «Padrenuestro». La mayor parte de la carta era incomprensible para un niño. Era como si hubiera pedido al hijo que fuera su cura confesor.

La carta aumentó su confusión, aumentó la soledad e intensificó su propia compasión. Por suerte, ella no volvió nunca más a escribir semejantes «mensajes del alma». En su lugar, en un par de ocasiones, mandó paquetes con piezas de ropa, algo que, sin palabras, realmente ayudó también en el *alma*. Sentía un contacto que palabras o cartas no hubieran podido darle.

La escuela empezó en el otoño, en la época de costumbre.

Los niños de la escuela infantil se habían crecido durante el verano. Cada chicuelo y chiquilla había obtenido una nueva «manera»; todos estaban un poquito más cerca de alcanzar su madurez de lo que lo habían estado en la primavera.

El verano les había desarrollado o les había cortado las alas, es decir, el corte de alas significaba, más bien, el corte de una pluma después de otra. Pero, de todas formas, podían darse a conocer mejor entre ellos, se aproximaron entre sí una pizca más y tenían más necesidad de la compañía de los otros e interés. En pocas palabras: se habían hecho más humanos. Su egoísmo estaba siendo apagado por la Naturaleza. Se sentían contentos de volver a verse las caras y no tenían la misma timidez y miedo por la misma Escuela. Solamente Martin constituía una excepción. Estaba peor que en la primavera, estaba sentado con

mal humor en el banco, estaba quieto pero astuto, mirando de reojo, como buscando sacar ventajas. La maestra le preguntó si tenía dolor de oídos. No, no lo tenía. ¿Cómo podía pensar ella eso?

—Dolor de dientes —dijo.

—¿Tienes todavía los dientes de leche? —preguntó.

El muchacho repuso:

—Se me han empezado a caer ahora.

A ella le gustó eso, que él contestara con tanta claridad a todas las preguntas y pronunció las palabras bien, sin descuidarse. Pero la voz era dura y desconocida, tanto para él como para ella. Lanzó sus contestaciones como jabalinas, como si hubiera dicho: ¡aquí las tienes! ¡Te contestaré tanto como quieras!

Esto fue el primer día.

Pero el grupo de niños acabó haciéndolo más blando. Había un misterio para todos ellos. El misterio del grupo. Un amor que los reunía a todos ellos; indecible, pero como un milagro: viviente. Podían ser crueles de momento, pero se querían a la hora o al día. No podían pasar sin los otros. Cuando volvían a casa por las noches, uno a uno, chicuelos y chiquillas, entonces sentían venir la soledad, pero, en esas ocasiones, venía a su cara todo el recuerdo de la gran compañía del día y sentían que habían crecido, sí, casi querían probar en su cuerpo si él también había crecido, tal como el resto había hecho; la alegría y el amor que no habían llegado aún al diccionario, la alegría que ellos mismos nunca dieron un nombre o manosearon con pensamientos.

Así dependían de los otros, así dependían de aquello a lo que conjuntamente podían dar calor: darse ellos mismos a los otros. Y nunca notaron aquel milagro hasta que fueron mayores. Entonces vieron lo que una vez habían sido: una comitiva de corazones sin denominación, aunque cada uno por sí mismo fuera un pequeño burlón, llorón, con sus pequeñas cualidades, pequeños jugadores de fútbol.

Tú, escuela infantil. Tú, divina sensación de tierra. ¿Quién, en realidad, podía a la larga, con sus extrañas visiones ante los ojos (los ojos del recuerdo), escapar de sentir la más profunda fe ante las reservas de la vida que también son las del espíritu? A pesar de lo que ha sido.

Hasta la llegada de la Navidad, Martín no fue como antes. Era otro. Estaba con los otros y, cuando se encontró solo, se llevó consigo algo de los otros. Sven pudo dedicarse a sus cosas, así como Hanna. El pequeño Sven podía gritar contra el techo hasta que el pecho le tapara su boca. Pero Martín estaba pensando en el juego del grupo de mañana y cómo sería mañana. Y en los pensamientos de las solitarias noches allí, en Vilmäs, vivía él con los otros pequeños llorones, pequeños burlones, aquellos pequeños con sus particularidades, allí donde estaban esparcidos, sentados con su lección y lámpara en treinta casas distintas.

También amaba los libros de la escuela, lecciones, clases de aritmética, tizas,

la escritura de los chicos en la pizarra, a la maestra Alma. Sí, le gustaba la escuela. Cuando fue mayor sentía aún aquel amor igual de fuerte, sentía todavía más claro lo que era la escuela, un control del mundo de la luz sobre las cavernas, el búho observador, el siempre investigador pájaro del conocimiento, que cazaba las ratas de la mediocridad y protegía a la raza de la peste negra: la Tontería. Y si los tiranos tratantes en seres humanos y charlatanes no tiraran basura a los ojos del pájaro, su mirada de fuego terminaría por vencer.

La escuela infantil, ella era como un pequeño búho de nácar al pie de búhos más altos y cazadores de ratas. ¿Podría alguna vez olvidar qué refugio había constituido ella para él? ¡No! Y si los tiempos fueran malos y de ratas, había que saber su obligación y hacerlo justo con la central de protección de animales, la que coloca sus gentes ante los árboles de los búhos, de frente, y con la lanza contra la peste negra.

Cada mañana sacó Sven *Meditaciones* y leyó en voz alta. En el libro había un fragmento para cada día, corto o largo, dependiente de la importancia considerada del día por la leyenda, época de siembra, religión. Casi todas las veces eran trozos cortos; un puñado de religión antes del trabajo.

Cuando iba ahí a la estantería y tomaba el libro, todos sabían que la habitación tenía que estar en silencio. Nadie tenía que decirlo. Hanna se sentó quieta, desarrugando el delantal de varios colores, corrigiendo el claro pañuelo de cabeza de los días de trabajo y mirando abajo, hacia sus manos juntas, inquietas, ocupadas con los hilos del delantal. Tenía una manera de cavar con los meñiques en el delantal de muchos colores mientras duraba la oración. Esto era una pequeñez que siempre era observada por Martin, que estaba sentado en el sofá con las manos cerradas, rascándose con el índice en la palma de la mano. Era su manera de estar nervioso.

Sven siempre estaba sentado en la mecedora mientras leía. Sostenía el libro delante de sí, en las manos, tal como el viejo Simón sostenía al niño Jesús en el gran grabado. Leía con increíble lentitud. En cada punto colocaba los dedos del pie (cubierto con calcetín) en el suelo, dando un empuje de columpio a la silla. Si, en aquellas ocasiones empujaba demasiado fuerte, perdía la línea, dejando de leer algo o repitiendo lo que ya había leído. Cuando lo descubrió, dijo como disculpándose: Ah, sí, cierto, sí. Eso dijo a la omnipotencia que estaba presente en la habitación y que podía ser oído especialmente por el reloj. Por él se oía el gran Contador, que marchaba alrededor de la silla donde él estaba sentado, yendo alrededor y midiendo su alma, su conciencia, sus riñones, sí, también los órganos eternos de Hanna en este momento de control que la Eternidad mantenía con la hora y la mañana.

Martin estaba sentado al lado y era un niño. Su tarea en la Eternidad era, por lo pronto, la de escuchar, callada y atentamente, escuchar cómo se trataba a la Eternidad en la meditación. Estaba sentado extremadamente quieto. Era

necesario para el silencio. Hasta con los profundos suspiros chirriaba el sofá perecedero y molesto. Estaba sentado en su sofá de conciencia.

Cuando Sven cerró el libro se disolvió la presión que parecía asmática. Hanna suspiró al punto y se fueron todos los tres para tomar el café de la mañana mientras «la realidad» entraba como un torrente de nuevo en ellos y empezaba a hablar y refunfuñaban un poco y mantenían en voz baja pequeñas conversaciones corrientes y casi calurosamente, al menos tan calientes como el café en el fresco otoño de cristal. El vaho de café subió como espirales resplandecientes en azul encima de las tazas de café en la luz de la ventana. El camino a la escuela resplandeció. El blanco y plateado rocío de otoño estaba tendido en las mil telarañas de las hierbas en las cuales los rayos de luz de la mañana eran como cítaras con millones de vibraciones, sin ruido. Los zuecos dejaban verdes huellas en el rocío reluciente de estaño dentro de las sombras y al niño le pareció extraño que las sombras realmente salieran de los árboles de fuego tan amarillos, tan rubias nubes de hojas.

Con los libros bajo el brazo y con un sentimiento de libertad de haber salido al aire libre a él y los suyos, andaba por los bosques de oro del otoño. Había hojas de oro por todas partes y los matorrales de hierba brillaban como oropel de navidad. Una visión surgió de sus años más tempranos. Una persona que era *desnuda* y rubia estaba de pie en el centro de una soleada habitación, todo el cabello que tenía aquella persona relucía como oropel y fuego, por sí misma y por el sol. No sabía cuándo o dónde o quién era esa persona, pero, desde una puerta que surgió allí, en la memoria, oía a alguien gritar: ¡Hanna! ¡Hanna! Después se cerró la puerta de la memoria. Debía de haber sido hacía mucho tiempo.

El bonito otoño permaneció así de hermoso hasta la mitad de noviembre. De pronto, apareció la dura helada. Entonces se volvió gris el último verdor quemado.

Primero llegó durante algunos días la tranquila helada. Después empezaron vientos helados y fríos a soplar desde los páramos. El brezo marchito tiritó como la piel de un animal en el viento. Aulló como perro al que dan latigazos. Las chimeneas tomaban grandes aspiraciones desde el interior de las casas, de voz baja y rugiente. Las puertas del granero se abrían de par en par, dejando irrumpir la tormenta como un abrazo vacío, frío en la paja. Mientras tanto, silbaban todas las aberturas de las dependencias, espectral y desesperadamente, como si vibrantes cuerdas de angustia hubieran estado dentro de todas ellas. Varias cañas de los tejados salieron volando como flechas. Una vieja veleta que se había roto por la herrumbre se cayó como un hacha rota de bruja abajo, al centro del patio.

Pero el viento se hacía notar con mayor intensidad dentro de las casas. Se reunieron las personas dentro, escuchando con sospecha todos los ruidos de fuera. Estaban sentados, adivinando los diferentes sonidos del viento, mientras sus ojos estaban intentando penetrar por la oscuridad, que era como una pipa

atascada, silbando.

—¿Qué era eso? —preguntó alguien.

Todos prestaron atención.

—Ah, seguramente era algo que cayó del tejado.

Entonces se calmaron por un rato. Pero se incorporaron de nuevo al escuchar otro ruido. Escucharon y escucharon hasta tener una idea satisfactoria de todos los sonidos.

Una heredada prudencia de los antepasados surgió en ellos de esta manera. Se presentó de una forma natural y todos estaban de acuerdo, era como una clase de instinto.

Antiguamente, los salteadores solían avanzar a hurtadillas hasta las granjas, amparados por el viento, para asesinar. Desde entonces casi siempre la gente estaba sentada, escuchando si el viento llevaba a algún asesino envuelto en la tempestuosa capa de oscuridad y viento. Todos se quedaron un poco exaltados por el viento. Miraron al reloj. Él siguió sin inmutarse por el viento ceremoniosamente de aguja a aguja. No, probablemente esta noche nadie vendría para asesinarlos.

Como para motivar su opinión sobre lo tétrico, empezaron con gusto a acercarse todos para contar. Contaron sobre tres o cuatro generaciones de fantasmas del pueblo y espectros del lugar. Todos los fantasmas se mencionaron con nombre y año de su muerte y poniendo en estos datos especial cuidado. No se permitía hablar en el aire vacío.

Entre los fantasmas había una desdichada y pequeña anciana que prefería hacer brujerías solamente con su mano. Esa mano era una mano delgada, blanca de cadáver y estaba llena de rojos arándanos.

La explicación era simple.

Se había vendido al Diablo en el bosque Holje. A los setenta años se la llevaría.

Él llegó en el día previsto. Ella no estaba en casa, pero la buscó en el páramo de Ljungtava, donde estaba vagabundeando en los bordes, buscando arándanos encarnados.

En aquel tiempo no había nada en absoluto plantado allí, intercaló Sven en su cuento, que tradujo directamente de los cesteros ahí en el Tava.

Y el Diablo vino. Llegó con el bastón negro de Egipto en su mano. Aquel bastón era el peor que tenía, porque, en este caso, no servía de ayuda ni el libro negro ni el blanco. Dijo:

—Sissa, piensa dos veces, porque ahora estoy aquí.

Pero Sissa tomó el remedio de quejarse:

—Señor, ¿es que no hay ninguna solución?

El Diablo se echó a reír.

Dijo:

—Sí, una.

—Pues, ¿cuál? —preguntó Sissa.

El Diablo se rascó sus verrugas y dijo:

—Voy a contar hasta tres. Antes de que haya contado tres, tendrás que bañarte en los arándanos encarnados; de lo contrario, te quedarás torcida.

Sissa empezó a recoger los arándanos, pero había muy pocos en las matas. Por lento que contara el Diablo no le daría tiempo.

Cuando el Diablo pronunció tres, estaba ella con arándanos encarnados en su mano y desapareció. Solamente quedó la mano con los arándanos; sólo la mano derecha que tenía en los arándanos. En años de buena baya se puede ver cómo la mano va de mata en mata, recogiendo hasta llenarse de bayas de arándanos que después derrama en el campo.

—¡Qué repugnante! —exclamó Hanna.

Berta, que había vuelto de la escuela textil, dijo:

—Sí, se dice algo en la escuela.

Y estaba preparada para contar. Pero era más sencilla la historia.

Cuando todos habían contado la suya, se sentían de otra manera. Los cadáveres en las sepulturas los habían entretenido una noche ventosa. Habían recibido aquel escalofrío que necesitaban para sentirse seguros en la habitación junto al fuego. Por la noche Martin se ensució en la cama. No se había atrevido a salir. Cuando se despertó, los fantasmas habían entrado en la casa. Estaban en el suelo, mirándolo. Inez estaba entre ellos. Se quedó tieso y no podía moverse.

Cuando Inez notó que él estaba tan horrorizado, se acercó a él:

—No te asustes —dijo—. Sólo he sido yo quien ha gritado. Aquéllos —dijo, indicando a los fantasmas—, son solamente cortinas, sólo cortinas.

Después desapareció todo y se despertó.

Y, de todos modos, había soñado que se despertó. Pero ahora notaba lo que había pasado. Hasta ahora no se había despertado.

Mientras que meditaba el sueño, tembló de miedo y, simultáneamente, sintió la sábana helada, falta de cariño; todo el disgusto que le producía Vilmäs.

Berta no hizo en absoluto ya más caso de él. Solamente le reprendió agriamente por todo lo que preguntaba. No sabía que ella estaba enamorada y, por lo tanto, completamente sin cariño.

Tampoco entendía que Sven, en realidad, era demasiado simple como para tener otras afecciones sentimentales que aquellas fundamentales que existen en todos, en Per y Pal y en todos los animales. Era el bruto calor del oso. Allí faltaba algo.

De Hanna tampoco sabía mucho. Ciertamente, las personas se descubrieron con frecuencia. También un niño notaba las hendiduras abiertas en la bóveda de sus propias afirmaciones y consideraciones que abarcaban su vida. Sí, también un niño veía cómo escupían en sus propios pozos. Pero casi todo era así, hasta que se les había conocido, conocido el mundo de matorrales de las voluntades de los hombres. Aquellos diálogos que podrían haber aclarado mucho (tales diálogos, que se acostumbra colocar en la boca de grandiosas figuras de los libros), esos diálogos nunca fueron pronunciados. Solamente se iban allí,

pronunciando sus locuciones, teniendo frío. Solamente niños originales o locos del pueblo podían a veces deshelarlos de su calor medio bruto y dormido, que parecía frío. Así era en la mayor parte de las fincas que Martin recordaba, tanto Vilmäs, Norda como las otras. Pero también existían diferentes grados. Con su vaga elasticidad del alma los experimentó todos.

Y puesto que nunca, nunca ocurrió algo en las granjas, le dio suficiente tiempo para observar lo que no pasaba; todas las formas de la monotonía.

Con su inteligencia que todavía era demasiado pequeña, sumaba, deletreaba y enlazaba, deletreando hombre a hombre, recuerdo a recuerdo, día a noche. Juntaba las irresistibles preguntas con las respuestas ocasionales.

Así estaba allí sentado como niño de la comunidad en los huertos de agricultores. Sentado allí como un niño de la parroquia, escuchándolos por las noches; al principio tonto y demasiado egoísta pero, poco a poco, con oído más fino y con una viveza más irreconciliable. Al final causaban ellos más lástima.

«Llorad por vosotros mismos y vuestros hijos.»

Al final de noviembre se mató el cerdo, un verraco cebado, alimentado en exceso y trágico de tripas. Cortada la carne de cerdo del lado y espalda, fue dividido en cabeza e intestinos.

Le dejaron a Martin asistir para sujetar. A él le pareció todo horrible.

Durante el verano, él mismo había dado un nombre al cerdo: *Ruffe*, y cuando ninguno lo había visto, había dado a escondidas a *Ruffe* muchos trozos de comida.

Quizás él era el único de la finca que había llegado a tener un poco de afecto al cerdo. Ahora le parecía una desvergüenza matarlo.

Ahora bajaban y rascaban al cerdo en la espalda. Gruñendo tontamente, conmovido por el honor. Dijeron: Guiss, guiss. Siguió su gruñido, se puso un poco a balbucir. Se preguntó por qué se entraba de esta manera en el otoño, siendo tan buenos. Pero no le dio mucho tiempo a preguntarse. Después de haber rascado al cerdo hasta considerar que le habían dado lo que valía su muerte, lo agarraron y lo sacaron fuera. Entonces descubrió la traición y empezó a aullar como un tren expreso.

Excitados y sonrientes, arrastraron ahora adelante hasta el banco al animal cebado, que silbó de miedo. Allí clavaron un cuchillo a *Ruffe*. La sangre chorreaba humeando, cayendo al cubo con harina. Hanna removía la sangre con una caña. Tenía los brazos cubiertos de sangre hasta muy arriba. Martin estaba presente, sujetando. Lo hizo completamente horrorizado. El cerdo estaba ahora callado, pero coceaba terriblemente. Después de haber muerto, se le colocó abajo, en la artesa de escaldar, después de lo cual se vertió agua hirviendo encima de él. Después fue sacado. Se colocó de nuevo en el banco. Todo el enorme cerdo humeó caliente con blanco vapor. Ahora rascaban las cerdas con los bordes de unas latas. Tenía que hacerse rápido, antes de que se

enfriara el agua de esaldar. Martin también estaba allí, rascando con una lata. Rascó ansiosamente para ahogar su miedo en el trabajo. Lo hizo bastante bien y Sven le dijo hasta que era hábil.

—Has *nacido* para matarife —le consoló.

—Sí, bueno —Martin se rió torpemente y siguió rascando.

Después hubo café con frescos panecillos. Una cierta conformidad remaba en todos los que se habían reunido allí afuera y habían dado muerte a *Ruffe*. Martin estaba sentado después cuando ya todo había pasado y se sintió repuesto. El terror había pasado, pero algo le remordía la conciencia. Sin que los demás lo vieran, reflexionó sobre el asunto, pero no llegó a ninguna parte y dejó su intento.

La Navidad se aproximó bajo usual limpieza general y susurros. Los preparativos fueron rodeados, como de costumbre, con un cierto secreto. Se escondió algo. Quizás un par de calcetines de lana. Por lo general, los niños sabían exactamente lo que iba a ser, sin embargo, estaban de acuerdo con el juego: el bastante artificioso escondite de la Navidad.

Berta, que, como otras chicas, gustaba de los susurros, dijo:

—Tendré una bufanda de piel, lo sé. *Tú* vas a tener calcetines y pañuelos.

Tonteó, acariciando su propio cuello donde estaría colocada la bufanda, torciendo el trasero como una dama. A Martin le pareció que era tonta. Él había deseado una armónica. Pero, ¿para qué hablaban tanto? Pues ahora se acercaba la Navidad con los calcetines de lana que *él* tendría.

Estaba nevando un poco y la nieve se derritió. Los días pasaban. Surgía la mayor fiesta del materialismo popular. Por Nochebuena se heló el agua sucia en los caminos, los campos y los patios. El aire se quedó quieto. El cielo brilló violado por la helada. Por vez primera durante probablemente catorce días, Hanna hizo una pausa. Salió para mirar el tiempo: estaba de pie en la escalera, bebiendo unas copitas de aguardiente de aire helado. Desde los jóvenes pinos del soto subió un aroma que se dispersó también sin viento. Lo reconoció y le «hizo recordar» que también debería traerse adentro ramajes de pino. Suspirando, cogió sus zuecos y se iba rudamente abajo al soto de pino. Desde allí en el bosquecillo de pinos nuevos tenía entre las frescas, melancólicas e invernales cimas de pinos jóvenes una vista sobre los campos de brezo y los lagos. Las lejanas lomas del bosque se hicieron azuladas, frías cada una de ellas junto a un lago: el lago Damme, el lago Romme y el lago Hjort. La quietud estaba fría, no se movió ni una nube en Navidad. También el invierno descubierto se ponía bonito así al mediodía. Se quedó en el pinar hasta que sintió frío. Entonces volvió a lo suyo. Había estado olvidada de sí misma en el vacío, estando ausente un segundo en una liberación fresca, olvidada de todas las cosas de la Navidad, salchichas y cuentos.

Para ella la Navidad era un trabajo de esclava, un yugo festivo que ella llevaba ya que no se atrevía a otra cosa, ni sabía o había pensado en algo distinto. Si solamente se hubiera atrevido, hubiera aborrecido las mendicantes y

ávidas miradas de los niños durante la estrella (ahogándose en comida y guisos) de la Navidad. Si solamente se hubiera atrevido a pensar, sí, entonces hubiera escupido en la Navidad, el especial tiempo de esclavitud de las mujeres. Pero no se atrevía.

Cuando se fue hacia el patio con su brazada de brillante verdeazul ramaje de pino, tropezó con una rama alta y se golpeó fuertemente en su rodilla con la piedra. Enfurecida por el dolor, olvidó la paz.

—¡Diablos de piedra!

Y, con el zueco, pateó rabiosamente en la pila de ramas con la cual había tropezado.

La piedra se quedó inmóvil. No podía hacer nada.

Muy avanzada la noche, se fueron a la misa del gallo. Se fueron en carruaje. El carruaje de muelles daba saltos hacia delante en el quebrado camino del bosque, cuyos surcos marcados por las ruedas estaban cubiertos con un hielo blanco de porcelana, como un tintineo seco y fino como barquillos. Cuando se rompían al peso de las ruedas, tintineaban alrededor de las mismas como copas de hielo y platos chinos.

Martin estaba sentado, dormido con los otros, escuchando medio en sueño esta extraña canción de cítaras, que con pequeñas interrupciones duró cinco kilómetros y traía a la memoria los ángeles. También los otros escuchaban. Hanna dijo:

—Qué terrible barullo. El pequeño va a despertarse. —Estaba sentada con el pequeño en un lío de chales sin forma.

Pronto estuvieron fuera, en el camino grande y bueno. Allí las ruedas no saltaban y los encendidos faroles del carruaje dejaron de balancearse y humear. El coche empezó a ir lisamente y bien. Entonces se durmió Martin con la cabeza hacia Berta. Ella tenía sus brazos alrededor de él y él sintió soñoliento su calor. No se despertó hasta que llegaron a la iglesia.

—Ahora hemos llegado —dijo Berta. Ella lo levantó, poniéndole de pie en el fondo del carruaje. Estaba turbado por el sueño y ofuscado. Las piernas se le habían dormido.

Sven desató y colocó el caballo dentro de la cuadra de la iglesia. Allí estaban un montón de caballos conducidos con sudor e irritables de noche, que estiraban las cabezas, mordiendo a los otros.

—¡Ah, quita allá! ¡Podéis estar por lo menos de acuerdo por la mañana de Nochebuena! —exhortó Sven—. Esas yeguas de Norda son rabiosas de verdad —añadió, dando a las mencionadas yeguas un golpe con el lazo del látigo.

—¿Cómo está el pequeño, tiene frío?

Hanna se colocó en un rincón de la cuadra. Allí se desabotonó y dio al niño de mamar.

—No, frío no tiene —dijo como una verdadera madre.

Estaba dentro, bajo una oscura viga, donde no llegaba la luz del farol.

—Cuando hayas terminado, subimos —dijo Sven—. Va a empezar en

cualquier momento.

—Voy, voy —contestó desde el rincón.

La iglesia estaba situada majestuosamente en una larga e inclinada elevación del campo. Las largas iluminadas ventanas de arco alumbraban como diez dedos de Dios en cada lado de la nave principal. La cuesta de la iglesia hormigueaba de gente: agricultores con paletós y sombreros hongos, torpes mozos con trajes de hombros caídos y feas gorras deportivas de ocho puntas. Muchas de las mujeres llevaban pañuelos de cabeza, si bien igual número usaba sombrero. Era el año 1913. Los agricultores ya no se ponían trajes típicos. Ahora eran *el público* de las diferentes partes suecas del país, con excepción de los hombres de Delacarla, que se habían establecido como «los propios de Dios». Los grabados de las revistas navideñas siempre se ocuparon de ellos. Los niños fueron alimentados con Delacarla y Delacarla, de esta provincia del norte que vivía bien con el efecto que producía en el alma del pueblo.

Martin tenía una mujer de Rättvik como señal en su libro. Había estado en un caramelo de feria.

Ahora había terminado Hanna y el pequeño Sven y la compuesta familia de Vilnäs se marchó por la cuesta de la iglesia arriba, donde se mezcló con toda la gente.

Como antiguamente, la gente penetraba dentro del zaguán de la iglesia, la casa de las armas, pero ahora los campesinos ya no llevaban armas que depositar en aquella sala. Los tiempos antiguos habían pasado hacía mucho. En la actualidad, los agricultores ya un tanto instruidos se tenían que conformar con quitarse devotamente sus sombreros de hongo en la puerta de la casa de armas. El suelo de aquella sala acababa de ser reparado con cemento. Un par de escudos de armas un poco estropeados, colgaban de la pared como recuerdo de alguna casi o completa nobleza danesa. Quince pasos más hacia delante se veía la puerta de roble, que conducía a la iglesia, que estaba continuamente abriéndose y cerrándose.

—Nos sentamos en el coro, ¿o no? —susurró Hanna—. Allí el órgano apaga el ruido del niño si empieza a gritar.

—Sí, eso podemos hacer —opinó Sven—. Allí no molestará al cura.

Así lo hicieron; subieron por la escalera de caracol, de viejo olor. Encontraron en el pasillo a gente acalorada y oliendo a sudor; gente que había cambiado de idea al colocarse y que volvía sobre sus pasos para situarse en la nave del altar. Toda la iglesia retumbó con el movimiento de las gentes, siseos, murmullos y toses de personas que estaban ocupando sus sitios.

Sven y Hanna subieron primero. Detrás siguió Berta con Martin, muy agarrado a la falda. Tenía un poco de miedo.

Berta estaba muy amable hoy. Pacientemente le dejó agarrarse y se encorvó en la escalera para mantener el equilibrio de los dos, pues la escalera era muy inclinada.

Ahora estaban en la salida del coro.

—¿Estáis todos? —preguntó Sven, dando la vuelta hacia Berta y Martin, que lentamente salieron a tientas de la oscuridad de la escalera.

—Sí, estamos aquí —dijeron, mirando desacostumbradamente con los ojos medio cerrados contra la repentina y oscilante luz.

Por todas partes a su alrededor había velas encendidas, pero el techo era muy alto y por todas partes había cuadernas de apoyo, balaustradas y arquitrabes que dividían la luz en abismos. Acá y acullá se quedó a pesar de las luces un pesado crepúsculo negro y rojo.

Junto a una vela roja que había encendida, en el suelo de la escalera del coro que bajaba hacia la nave principal, estaba el hombre que pisaba el órgano, inclinado cerca de un salidizo del órgano. Era calvo y se limpió nerviosamente la cabeza con un pañuelo grande de flores, como intentando ocultar la calva de una floreada y permanente manera. Su cuello era delgado. Los ojos grandes y brillantes. La nariz larga. Las trompetas del órgano se levantaban delante de él como la parte trasera de una cueva basáltica. El hombre que pisaba el órgano, que en realidad era una persona nada mística con trivialidad de zapatero, revoloteaba allí en el suelo como una fiel corneja de ala rota, que cantara al pie de una montaña.

Cada vez que pisaba, se hundía medio metro en el suelo. Martin no podía quitar sus ojos de él. Pensó que parecía un molinero. Pues allí la iglesia junto al órgano parecía tanto un molino como una iglesia. Era sólo la harina lo que faltaba. Pero los molinos de Dios muelen lentamente.

Ahora empezó la montaña de Dios a temblar con un sonido débil y tintineante. Era el organista que probó un enojoso pito labial antes del preludio.

—Sí, hoy está mejor —se dijo a sí mismo—. Va a tono con el Señor.

Había que esperar que así fuera. Que sonara bien.

Ahora ponía sus manos en el blanco bosque de las teclas, empezando con manos y sentimiento a entonar el preludio que, poco a poco, empezó a hincharse, abriéndose paso y brillando hasta que, de repente, brusco como el mar, brotó como una cola de pavo real, llenando toda la iglesia. Un ligero gruñido y voluptuoso susto llegó hasta el alma de Martin. Desde los hombros hasta sus talones, sintió la voluptuosidad mientras su estómago temblaba de puro miedo, notando como una bola dentro.

Nunca había sentido algo tan extraño. Así era la iglesia. Le parecía que estaba a punto de ahogarse o reventar o ser elevado y romperse por siete sentimientos al mismo tiempo. El encuentro con el órgano le prometía una tempestuosa aventura, porque antes de saberlo estaba sentado con un horrible pensamiento clavado en la cabeza.

Y cuando aquel pensamiento ya estaba allí, gritó. Su penetrante y tembloroso llanto de temor se oía como una sucia, extraña voz por la tempestad del órgano. Tenía la sensación de que estaba sentado *dentro* de la comunidad de ayuntamiento. Que esto era la auténtica *Comunidad*.

Gritó tan alto que tres o cuatro agricultores lo oían a pesar del órgano. Lo

miraron malhumorados. Sven y Hanna le dirigieron también miradas de enfado y se notaba que Berta estaba completamente furiosa, pues llevó la cabeza de él junto a su boca, gritando en su oreja:

—¡Cállate! ¿Qué quieres?

Dirigió su oreja, roja de ira, hacia la boca de él, para oír la respuesta.

—¡Esto es la Comunidad! —gritó—. ¡Ayúdame! ¡Ayúdame!

Ella se encorvó.

—¡Basta ya! —gritó ella a su vez—. ¡Ahora nunca te ayudaré más! ¡Llorón!

Al verla enfurecida, él mismo se calmó.

Pero ahora se pasó del preludeo al salmo de Navidad «¡Sed alabados!». Entonces todos se levantaron y empezaron a cantar. Así hizo él también.

Después, como venganza, dio un puntapié a Berta en la espinilla, se levantó y se sintió seguro en medio de la gente. La multitud cantó. Él también cantó, o fingió cantar. La gente estaba de pie incorporada, pareciendo un bosque.

Y él estaba abajo en el bosque mirando a Berta, fingiendo que cantaba.

En la tercera estrofa empezó a arrepentirse de haberle dado el puntapié.

Estuvo persuadido de que le había hecho daño.

Llegó el año nuevo.

Había empezado a sentir más cariño hacia Vilmars.

Y ahora le comunicaron que debía marcharse. Sí, la vida era extraña.

Era como si hubiera dormido en una cama fría, difícil de calentar. Y ahora, cuando había llegado a acostumbrarse con un sentimiento de paz y calor, entonces le quitaban la manta.

Sven estaba sentado junto a él, en el mismo sofá en el que se sentó el día que llegara. Ahora el sofá era su sofá, el de su conciencia por las noches y todo había cambiado en muchas cosas. Todo, con excepción del crecimiento. Lo midieron y comprobaron que había crecido dos tercios de centímetro.

Hanna exclamó sonriendo:

—¡Ay, ay!

Nadie puede añadir una pulgada a su altura, decía la Biblia.

—Pero te has puesto un poco más fuerte, eso sí —dijo Sven, mirando hacia abajo amablemente, como despedida, al delgado cuerpo de Martin, que añoraba California.

—Ahora irás con gente casi un poco distinguida —continuó Sven.

Y Hanna estaba en pie, con las manos sobre el estómago, sonriendo, así como estuvo al principio de aquel día al comenzar la comuna y cuando el mundo estaba desierto y vacío.

Berta estaba sentada en la mecedora, intentando desechar un cierto sentimiento de pena que sentía en su joven alma. Parecía estar ausente y presente al mismo tiempo. Sus largas trenzas estaban ahora vueltas hacia arriba y su pequeña nuca era de dama, aunque hoy era de niña.

Dijo:

—Sí, me han dicho que son gentes educadas.

—¿Quiénes? —preguntó Sven, que estaba ausente con el pensamiento de la despedida.

—Aquellas gentes de Tollene, claro.

Cuando ella mencionó Tollene, Martin alzó la vista; miró el dibujo del papel pintado: tres pollos que todo el tiempo estaban picoteando bajo una palmera, pero que nunca crecían. Después vio una reproducción de un óleo de Baviera. Un cazador ideal de tez rosada había matado un ciervo al que ahora estaba acariciando. Un ventisquero de color lila brillaba amablemente detrás de él. Después miró Martin hacia Hanna, que, dolorosamente afectada, se retiraba sonriendo hacia atrás, allí al rincón, con el pequeño Sven.

—Sí, seguro que todo irá bien allí —dijo, inclinando su mirada hacia la cuna, donde el pequeño Sven estaba durmiendo, envuelto en mantas y cuidados maternos.

—Sí, claro que irá bien, claro que estarás bien —dijo Sven.

Así sentados repetían qué bien estaría en Tollene. Sus pensamientos se aferraron a esto y era como si no pudieran apartarse de la excelencia de allí.

—Ahora te sonrío la vida —dijo Berta desde la mecedora—. Has tenido suerte. Piensa qué *sitio*. Sí, sí, sí, ya verás cómo te van a *mimar*.

Sven empezó de nuevo:

—Sí, lo vas a estar, seguro que sí, que lo estarás.

Hanna no dijo nada. Solamente sonrió con amor maternal. Le sentaba bien el amor de madre. Era como si ella misma fuera quien estuviese en la cuna.

Por la tarde se marchó Martin. Berta lo acompañó más de cinco kilómetros. Cuando vislumbraron desde un alto las blancas casas de la finca en el paisaje azulado por la helada, se despidieron.

Cubiertos de lana (por lo menos no había tenido que pasar frío en Vilnäs) estuvieron un rato —con las manos cubiertas por los guantes, esperando salir de ellos para decir adiós— mirando hacia Tollene; hacia su eminente nuevo lugar, pintado de blanco, que estaba situado entre desnudos e invernales tilos, tan lejano que solamente brillaba como un huevo.

—Ves —dijo—, qué bonito es.

—Sí —contestó—. Sí.

Sintió agradecimiento hacia todos ellos, hacia Berta, Sven y Hanna. Seguramente habían trabajado sin descanso. Seguramente habían pensado en su porvenir en el ancho y salvaje mundo. Y cuando estaba allí pensando en tiempos pasados, entonces se sintió en seguida un poco mayor; y, desde alguna parte dentro de su memoria, surgió un poco de valor que le sirvió como apoyo.

Ahora Berta le tendió su guante con la mano dentro. Sus inteligentes ojos brillaban muy claros, quizás ingenuamente fríos. La mirada resplandecía mostrando su juicio precoz. ¿Qué pensaba esta chica de quince años? Ella, que también era niña de orfanato. Una semilla de Estocolmo, nacida en la casa de

los niños pobres y colocada aquí en la tierra de Göinge, justo entre Göinge y la provincia de Blekinge.

Una vez ella le había atraído hacia la puerta enrejada de Vilnäs. Ahora lo llevaba afuera. Su cabello estaba levantado y la trenza ya no descansaba más en su mano. Hoy había sido enviada por la conciencia de Vilnäs para aconsejarle su marcha, puesto que era ella quien le entendía y demás. Así era poco más o menos. Ella era la niña mayor y él el niño pequeño.

—Síí.

La miró y se despidieron durante mucho tiempo. No había nada que decir. Pero, en su calidad de ser *casi* niña, lo entendió como se entienden los niños, especialmente ahora, en la hora de la despedida.

De repente dijo:

—Un día seremos mayores, tú. ¡Entonces, tú, será otra cosa!

—Iremos al mundo auténtico, a Minesota, a Pomerania. Los años pasan rápidos. Saltan y saltan como las rodillas al andar. —Dio unas vueltas inclinada de rodillas alrededor de Martin, imitando cómo saltaban los años. Cerró las manos de un golpe.

—¡Y a la una, a las dos y a las tres! Y allí, estás como el marinero de la flota. ¿Verdad que sí? ¿Verdad que sí?

Con una pirueta se volvió hacia él, precisamente como si él hubiera tenido el buen sentido de aprobación y exclamado bravo. Pero cuando vio cómo, con la risa, en su boca se descubrían las rojas encías con los agujeros de los dientes de leche, se puso de todas formas contenta.

Se inclinó hacia delante y atrás, riéndose, riéndose, como un duende y se rió largamente como en los cuentos, se rió de la manera de ella al imitar con sus saltos el paso de los años hasta llegar a ser marinero de la flota.

—Síí, tú —dijo sonriendo en el frío—, una vez seré el marinero de la flota. Síí.

Y, en esta atmósfera, se despidieron. Le palmoteó reiterada y rápidamente en la espalda con los guantes de lana para que él no perdiera el estímulo y quisiera volver. Y, riéndose, comenzaron a marchar cada uno por su camino. ¿Lo había logrado? Berta se volvió hacia atrás de vez en cuando para ver si lo había conseguido. Sí, salió bien. Desde lo alto de la cumbre, cada uno bajó por la cuesta. Y, con un grito, ella lo vio desaparecer, tapado por la cumbre.

Entonces empezó ella a llorar por sí sola. Completamente por *sí sola*. Lo había conseguido con su pantomima.

Y, en esta misma hora, empezó el invierno. El auténtico invierno. Por el brezo pasó un viento temblón y empezó a nevar.

Las silenciosas fuentes en el cielo de la soledad dejaron caer tierna lana de hielo en las tierras desiertas de Göinge.

LA FINCA DE TOLLENE

Tollene era una finca bien cuidada, que había conseguido por ello no menos de seis diplomas. El hijo había estudiado en un instituto de agricultura. Se llamaba Wilhelm. Casi todo el mundo opinaba que, a su manera, era un fenómeno. Era una persona práctica y de ideas avanzadas, que, gracias a una beca, había hecho prácticas durante un año en una hacienda en Schleswig. Estaba encantado hablando de aquella temporada. Durante todas las comidas habló de tierra y tierra, de métodos de cultivo y clases de cereales. Mientras se enfriaba la comida en su plato, estaba él haciendo medio incomprensibles comentarios, en los cuales hormigueaban los términos técnicos. Estos comentarios, en los que se hacían referencia de Alnarp ¹⁰, los dirigió al padre, Gunnar, y siempre a él. Gunnar era, en estas ocasiones, el obediente padre de su hijo.

—¿Qué le parece si este año eligiera petkuser en lugar de brobsteier? ¹¹.

Gunnar retrasó la contestación, mientras intentaba comprender la conversación.

—¿No es suficiente con centeno de estrella? —preguntó humildemente.

—Las ventajas del brobsteier apenas se pueden apreciar demasiado —dijo Wilhelm, tal como lo había oído decir.

Y así siguió su alocución. Parecía ser dirigida exclusivamente al padre, pero dio la impresión de que si ninguno de los otros hubiera estado callado, escuchando, la conversación hubiera resultado más corta. Las dos hijas, Gunvor

10

Escuela de agricultura. (N. del T.)

11 Diferentes clases de centeno. (N. del T.)

y Hellvig, de las cuales Hellvig hacía de ama de casa después del fallecimiento de la madre, siempre estaban sentadas calladamente. Si hacían los menores ruidos con el servicio, inmediatamente Wilhelm les dirigía una mirada poco amable. Al extremo de la mesa estaba sentada una viruta tonta e ingenua de este mundo: Martin, el niño de la parroquia. Comía calladamente como un ratón. Los de Tollene eran «educados». Se tenía que ser muy «educado» en todo momento.

Habían pasado ya cinco meses en Tollene. Estos meses habían sido Alnarp y Waldenström ¹², un mundo completamente nuevo, que era claro prácticamente y cristiano americanamente. Por supuesto, no lo entendió, pero se sintió disgustado con estas expresiones. El espíritu de Alnarp, que estaba sentado allí en forma de Wilhelm, era como una regla de instrucciones continuamente expuesta al sol del verano. El espíritu de Waldenström iba muy bien allí. Alnarp representaba la tierra y Waldenström el cielo. A veces caían de las nubes grandes granizadas de Waldenström que parecían de porcelana.

Tollene era limpia y bonita. Había abundancia de pintura blanca y revoque de cal. El reloj de Delacarla estaba pintado de blanco y extraordinariamente alto y fino. Más bien parecía una alta y esbelta dama que una campesina de Delacarla. Dentro del delgado, fino estómago corría el péndulo. Parecía como si, cada hora, el reloj se llevara la mano al pecho, quejándose blandamente con un rasgado pingelping y ting, ting. Parecía una belleza tranquila. En la misma habitación había un piano. En su negra caoba reflejaba la dama del reloj. ¡Mírame! ¡Mírame! Marcaba tictac el reloj.

Así era Tollene, donde a pesar de su belleza y su brillo de blanca cal se notaba el buen orden y la falta de amor. Martin se refugió en la leyenda —lo contrario de lo que había hecho en Vilnäs— y le hubiera gustado mucho ver visiones otra vez; le hubiera gustado tanto acariciar a su dama del reloj en su panza de blanco sueño.

Sin embargo, nunca le permitieron entrar allí. Gunvor dijo:

—Ésta es la habitación de los huéspedes. Martin ha de atenerse a lo suyo, recuerde siempre eso.

Esté tranquilo, sí, *siempre* se acordaba de ello. El buen orden y la pequeña belleza junto con la amonestadora falta de cariño que siempre estaba presente y *persuadiendo*, esto no lo olvidaba nunca. Siempre había tanta claridad en aquella habitación, tan pintada de blanco. Era el recuerdo más claro de su niñez.

Ahora no se le tuteaba. En lugar de eso lo llamaban Martin y se dirigían a él en tercera persona: «Martin ha de atenerse a lo suyo, es la costumbre aquí, nunca olvide eso.»

Una vez oyó cómo, a la habitación de los invitados la llamaban en broma «el mar blanco». Ocurrió un día en que, sentados a la mesa para comer, Wilhelm, con sorpresa de todos, hizo una larga pausa en su alocución dirigida a

12 Teólogo y político suecos.

Gunnar sobre el trigo de granadjär, trigo de fylgia, trigo de iduna, avena amarilla de gran landa, avena de día de para, avena de ligovo, guisantes de concordia y —referencias a las remolachas forrajeras, nabos suecos y nabos— clases como de bangholm, eckendorfer, bortfelder, östersundom y tankard amarillo blanco.

Todos se reían discretamente de la broma. Martin también se reía. Aprovechó la ocasión, ya que, de todas formas, ahora estaba permitido echarse a reír.

Lo miraron. Las miradas de todos indicaban el interrogante de si, en realidad, estaba bien el reírse tanto del «mar blanco».

—Dígame, ¿le parece a Martin *tan* divertido? —preguntó Wilhelm, mostrando una sonrisa correcta y esforzándose en parecer persona culta.

Entonces Martin se quedó frío, e inmediatamente enmudeció. Se había restablecido el equilibrio.

Bien se podía comprobar que no habían recogido a este niño por amor, sino por motivos económicos. También se podría haber pensado que lo querían a distancia, antes de haberlo visto. Existía también la posibilidad de pensar así:

Que habiendo estado sentados al amor de la lumbre en el tardío otoño, por ejemplo Hellvig, podía haber dicho que sería divertido tener un chico que corriera por aquí, sonriendo y metiendo alboroto. También podría ser bastante *útil* para muchas cosas.

—Sí —podría haber dicho Gunvor—, no es mala idea. ¡Oh, sí, tú! ¡Cuando lo pienso, me parece de verdad bien!

Entonces Gunnar, posiblemente, podría haber dicho:

—Sííí, pues hay un chico que la parroquia ha anunciado en la asamblea. Será libre en el año nuevo.

Posiblemente Wilhelm había bostezado en aquella ocasión en la tardía noche, diciendo:

—Sí, por mi parte podríamos ver cómo nos va con él.

Todo había empezado —se podría suponer— alcanzando un sentimiento relativamente caliente y maternal en las mujeres, después de lo cual, entibiándose en Gunnar, hubiera descendido hasta el punto cero en Wilhelm. Todo podría haber sido algo que se les hubiera ocurrido, mientras el fuego estaba encendido; un pequeño estímulo en el ambiente al lado de la estufa de azulejos y bajo el retrato de Waldenström.

Las tareas de Martin eran de diferentes clases. Además de cuidar el establo, tenía que cortar la leña para el invierno. Serró y partió en trozos leña de abedul, levantándola en tres montones en el patio de la cuadra. Los montones llegaron a ser tan altos que tenía que utilizar la escalera para colocar la leña en lo alto. Durante varias semanas, antes de empezar a oxidarse la madera, brillaba como pan blanco.

Gunnar le enseñó a colocar el primer montón. Después sabía cómo hacerlos. Los montones quedaban bonitos. Era como construir.

Le gustó más esto que trabajar con el heno. Naturalmente, no servía de nada lo que él pudiera opinar en este caso, sólo debe hacerse constar aquí que le disgustaba trabajar con el heno.

En el libro de lectura estaba descrito el encanto de ir montado en un carro de heno. Eso era en el libro de lectura, en realidad no se iba muy lejos con el heno. No, se tenía que llevar por el camino más corto a casa y colocarlo en el granero. Este trabajo duraba siete veces más tiempo que el de conducirlo. Le disgustaba esta manera de hacer las cosas. Odiaba los secos, los pegajosos abrazos de los haces de heno alrededor de su cuerpo, bajo el caliente sol. El tirarlos arriba en la carreta era como luchar con gigantescas arañas. En todo el mundo no existía nada tan pesado y aburrido como el heno.

Una vez vino a trabajar con el heno una chica de diez años de una casita vecina. Ella y Martin fueron colocados dentro del henil para embalar. Las brazadas fueron introducidas con horcas, cayéndose desmelenadas y rascando alrededor de sus piernas desnudas. Martin las aplastaba con los pies brazada por brazada, con una especie de resentida alegría. De esta manera el heno quedó bien embalado. Odiaba el heno.

El montón de heno fue creciendo. Casi llegaba a tocar el techo. Entonces se le clavó a la chica una espina de cardo en su pie y Martin se ofreció a sacarla. Acercaba los ojos muy cerca de su concavidad de la planta del pie, pero en el agujero se produjo estancamiento.

Inmediatamente alguien gritó:

—¡Eh, eh!, ¿qué están haciendo allí arriba en el heno?

Era Wilhelm.

Volvió a gritar:

—¿Eh, eh, eh? ¿Estáis haciendo cosas feas en el heno?

Y, en el mismo momento, cerró el agujero. Ya no se podía ver más la espina de cardo.

Así era. Se creía que los niños podían hacer, poco más o menos, cualquier cosa. A los mayores no se les ocurría pensar que para hacer aquello en el heno, hubieran necesitado un considerable tiempo de preparación. Se tenía a los niños en observación, como a las ratas, que, por todas partes y en cualquier rincón, de manera escondida, pudieran roer la moralidad.

Pasaron muchas cosas entretanto, pero, a finales del verano, durante la recolección de los cereales, Martin se vengó: en Hellvig. Hizo como si se hubiera metido algo en un ojo y, al mismo tiempo, le tiró intencionadamente una gavilla a su cara, con la parte trasera del haz por delante.

—Oh, perdón, perdón, perdón —dijo, pero fingía.

Un día llegó su hermana Viran. ¡Ay!, ya casi había olvidado que tenía

hermanas. Ella ponía su ansiosa mirada con tracoma en todo lo bonito de la Naturaleza, que cualquier persona, de lo contrario, hubiera visto, y esto reanimó en él su propia compasión y lo ayudó en su ensimismamiento, ilusionándolo con juguetes y buenos tiempos.

Dijo que, por fin, había hecho la confirmación y estaba camino de California. La madre le había enviado un pasaje.

—Ella nos va a ayudar a todos para ir allí —dijo.

Sin embargo, esto había empezado a carecer de importancia para Martin. Ahora añoraba más bien a los indios que a Ella.

Viran fue naturalmente invitada a tomar café y Martin tuvo, gracias a ella, casi medio día libre. Estaban sentados en la habitación de los invitados, llena de sol de primavera, «el mar blanco» de Tollene. Una ventana estaba abierta y las cortinas aleteaban tal como los pañuelos de despedida al borde de los transatlánticos. Hellvig sirvió el café y se sentó juntamente con Gunvor en la fina y pequeña mesa. Viran fue tratada como si perteneciera a la misma clase que ellos; como una pequeña dama que marchaba lejos. Ya no era la niña de la parroquia. No. Y Martin disfrutó de la gracia de ser su hermano menor, sentándose y estando como un rey durante medio día, lo cual no impidió que Viran, ocupada en estar sentada «jactándose de una manera fina» con Hellvig y Gunvor, no se abstuviera de dedicarle un solo minuto.

Si bien él había heredado, aproximadamente, las mismas cualidades, pues empezó también a «jactarse finamente». En su laboriosa y firmemente mantenida miseria de Tollene, empezó a actuar como «un niño mimado». Se acercó al piano, tecleando tontamente, pues eso parecía que hacía «fino».

¡Pensar que él podía atreverse a hacer esto! ¿Qué pensaría Viran?

Hellvig parecía bastante molesta, pero no podía decirle nada en medio de aquella atmósfera de despedida.

Siguió tecleando y miró de vez en cuando hacia Viran para ver si observaba lo «mimado» que estaba. Por fin dejó el molesto tecleo y jugó con la silla del piano, dando vueltas. Profanó todo «el mar blanco», donde él, en circunstancias normales, ni siquiera podía mirar. Hellvig estaba sentada, roja como un pavo. El rubio pelo de avena se definió tan extrañamente contra su frente ruborizada de tomate. Gunvor estaba tiesa como un cadáver.

—¿Quieres otra taza? —preguntó disimuladamente, volviéndose hacia Viran.

—Sí, gracias —dijo Viran y tomaron otra taza.

Por fin, después de un largo rato, se levantó para despedirse. Estaba allí con sus quince años, haciendo intentos por parecer una dama. Vivaracha y agitada alegremente por el pensamiento del próximo viaje a California, tenía una figura tan graciosa como ridícula. Las miles de palabras que había cacareado «de una manera fina», mientras tomaban el café, fueron olvidadas en el momento mismo en que habían salido de su boca. Nunca hubiera podido repetirlas, pues eran mentira. Había estado sentada, mintiendo al decir qué bonita era la casa,

¡qué bonita!, mejorando el tiempo pasado.

Martin, que había dejado de jugar a los caballitos con la silla del piano, fue corriendo por el suelo hacia el grupo que se despedía. Con la creencia de haberlo hecho todo muy bien, sonreía tontamente.

Cuando fue mayor, Martin no quería gustosamente acordarse de nuevo de esta escena falsa en la habitación de los invitados en Tollene. Y, si lo hizo, nunca podía evitar el avergonzarse de sí mismo. Esta escena y la desencaminada afectación que había tenido una vez, se quedó como uno de los recuerdos más penosos de su vida.

La completa falta de contacto existente entre él y Viran terminó como se acostumbra hacer con la mano de despedida y el adiós y, naturalmente, con la última «jactancia fina» de Viran, la última palabra que oyó de ella:

—Te mandaré juguetes, caballitos, juguetes de construcciones, libros, sí, todo lo que quieras. Te enviaré libros y te escribiré cartas.

Y así se marchó. Se dijeron adiós con la mano. Adiós. Adiós.

Cuando ya se habían dicho adiós lo suficiente y ella se perdió de vista en la lejanía, empezaron Hellvig y Gunvor a *reprocharle*. Le reprocharon lo inoportuno que había estado con el piano y la silla.

Pues sí, no era otra cosa que lo que había sentido justamente en su infantil tontería. Había hecho una figura ridícula.

Pero esto no era todo. También había hecho una figura absurda, una figura falsa ante sí mismo y que, además, él mismo lo había notado antes de que se le *reprochara*. Para él no eran estas cosas bagatelas de lo «correcto» o «incorrecto». Después hubiera preferido recibir cien bofetadas en lugar de otra visita semejante de Viran.

Nunca envió ningún juguete ni escribió carta alguna. La hermana de Pomerania envió dos «afectuosos saludos». De la madre había recibido la última carta en octubre en Vilnäs y tampoco llegaría nunca alguna más. A veces en sueños, se le apareció Inez. Era la única que se preocupaba por él, a pesar de estar muerta.

En el alto de Gasta había un molino de viento. Estaba entre algunos robles. Antiquísimos robles que, ciertamente, pensaban ponerse tan gordos como el molino. Una vez habían estado colgados de sus ramas los guerrilleros, en filas, como arenques. Esto había ocurrido en tiempos crueles.

Pero aquellos tiempos crueles habían quedado ya muy lejos. Estaban ahora en Siberia, en Macedonia, en México, Congo y China. El molinero podía estar sentado dentro del molino, leyendo sobre esto y estremeciéndose. Podía estar sentado toda la noche y rascándose en la espalda con sus largas manos que tanto sabían de harina, inclinado sobre sus muchos libros en la cámara del molino, que había arreglado, quedando muy bonita. Era viudo desde hace muchos años. Su casa había ardido, pero el viento no se había dirigido hacia el

molino. Eran solamente algunas lenguas las que había lamido alrededor de sus caderas, pero, por lo demás, le habían respetado. Así que había dejado a Augusto quedarse con él y, dado que no disponía de medios para construirse una nueva casa, se quedó viviendo en el molino.

Ya tarde una noche, cuando el molino se dibujó contra la luna del cielo, Martin se fue allí, mandado por el agricultor, para decirle que trabajara un día. Tollene y el anciano del molino se habían puesto de acuerdo con cinco jornales de trabajo al año a cambio de que a August le dieran lo que anualmente necesitara de patatas y leche. Estas condiciones no eran malas y tampoco se quejó August; sus preocupaciones y temores se desviaban hacia un lado completamente diferente.

En primer lugar, la gente ya molía raras veces en su molino. Se iban, amablemente saludando, por delante de él, desviando abajo al molino de motor; una casa que en su fachada tenía dieciséis ventanas, en su trasera catorce, en el frontispicio del Norte ocho, en el frontispicio del Sur seis. Podía moler para todo el distrito y era dirigido casi como una fábrica. No se podía hablar de competencia en este caso. Más bien se podía decir, que Dios, en su nueva gracia eléctrica, se había complacido en llamar al molino de viento Molían del oeste, dejándolo allí como su propio monumento funerario en su colina.

A August le quedaban solamente seis o siete clientes, lo cual quería decir que eran sólo seis o siete los que se compadecían de él. Ya se veía raras veces el gigantesco pájaro de August aletear en el alto. Sin embargo, el dueño del molino de motor tenía ahora una brillante piel, lustrosa de leche, habiéndose inflado. Fue denominado maestro de molino. Él era el nuevo tiempo.

La comarca tenía tres torres.

La primera fue la de Möllan del oeste, una torre que estaba muriendo.

La segunda fue el alto motor de viento de Tollene, de chapa galvanizada, un tipo de torres que, desde la fábrica San Luis en Missouri, se había adelantado a todas las llanuras agrícolas del mundo.

La tercera era una torre de transformador —voltaje sumamente peligroso— que estaba colocada fuera, en un labrantío, pintada de rojo, alta, misteriosa de tiempo presente. Relinchaba como un caballo semental y tenía una diadema de blancos aisladores de porcelana alrededor de la frente. Los ingenieros desde fuera de allí, en el mundo, mandaban energía por hilos telefónicos. Eran las riendas.

Ahora Martin pasó dentro del molino.

—Buenas noches —dijo—. Traigo saludos de...

—Sí, comprendo —dijo el molinero—, es el jornal. Sí, díles que iré, pues estoy completamente sin nada. Gracias a Dios, si la asociación del pueblo tomara en serio lo que han hablado y me compraran todo el molino. Si me dieran setecientas al contado por todo, en total, yo las cogería.

Miró fijamente en el suelo, tal como meditando si le podía confiar su

infierno al chico. Y así lo hizo.

—Es el diablo del molino de motor, sabes. El maldito diablo de molinero de polenta, allí abajo, ese grosero fabricante que se daría al diablo si hubiera alguna justicia. ¿Qué dices?

Con su pequeña inteligencia, Martin intentó concebir que tal justicia no existía. Lo hizo por decir así:

—Sí, me parece que aquel molino de motor hace peor harina. —Lo cual era una cosa de la cual él, en realidad, no tenía la menor idea, aunque lo presumía.

—Sí, ¿no es el mismo diablo en el infierno? —preguntó August.

—Sí, lo es —admitió Martin tímidamente.

August puso delante una vieja silla.

—Siéntate un poco, señor —dijo—. Seguro que todavía salta la liebre. ¿Quieres un bocadillo? Tengo pan y mantequilla.

—No gracias, acabo de comer —dijo Martin.

—Pues bien, como quieras —dijo August—. Pero, de todas formas, puedes sentarte un rato y así te contaré cómo son de malos los condenados.

Martin se sentó. No se había asustado por August. Nadie podía dar menos temor que él con la desesperación de su molino en quiebra.

—Verás —dijo August, bajando la voz hasta alcanzar un tono confidencial y casi susurrando—, ese diablo, allí abajo, ha especulado en la Bolsa.

Lo último lo dijo con un tono tan misterioso que Martin se sobresaltó en la silla, pues, ¿no era eso lo que él había hecho a veces? Ocultó con una sonrisa el escalofrío que sentía. ¿Había él especulado en la Bolsa?

El molinero estaba allí sentado, contemplándolo con sus anteojos, uno de los cuales estaba roto. ¿Había notado cómo Martin había saltado en la silla? Martin se quedó tan avergonzado que sintió escalofríos.

—Sí, verás —dijo el molinero amablemente—, ese diablo ha jugado y especulado con papeles y acciones y sacado el dinero a los pobres. Así es como él ha conseguido lo *suyo*.

Martin recuperó inmediatamente su tranquilidad. Ahora comprendió que no podía ser *aquello*.

—¿De veras? —preguntó, tosiendo un poco—, sí, los ricos son horrorosos.

En realidad estaba haciendo el hipócrita, puesto que no le parecían horrorosos los ricos. Al contrario. Le pareció que los ricos eran finos y distinguidos, que eran los únicos nobles; limpios y bonitos, oliendo bien con las ropas más finas; siempre paseando en coches en los alrededores. Quizás alguna vez podría ir con los ricos.

En Tollene no eran ricos. Pero, según se decía, podrían serlo si seguían como habían empezado. Eso había oído.

Sí, quería a los ricos, sabía que los quería en el fondo.

—Demonios, es lo que son —siguió el molinero su pensamiento.

—Sí, deberían ser ahorcados —dijo Martin.

Esta frase la había oído pronunciar a un pobre. Ahora venía bien. Miró

atentamente al molinero para observar su aprobación.

Sin embargo, el honrado y blasfemo molinero contestó con una inclinación de cabeza.

—No, no se necesita llegar al extremo de ahorcarlos, pero el demonio debería de llevarse a la cárcel al maestro del motor de allí abajo.

Al final se despidieron, puestos de acuerdo en sus imaginaciones.

Martin se fue «hacia casa» en la débil luz de la luna de mayo.

Había andado ya un poco en el camino cuando oyó al molinero gritar:

—¿Lees?

—Sí.

Oyó su respuesta repercutir contra el molino condenado.

—Entonces puedes venir aquí una noche y elegir un libro.

—Sí, gracias.

De esta manera fue como Martin empezó a leer *El campo mortal de Siberia*, novela por entregas (1.200 páginas), *Su segunda mujer* (2.000 páginas), *La vida y los combates del valiente Juan Moreira* (traducción del castellano, abundantemente ilustrada) y *La novia de Oriente*, novela por entregas (1.400 páginas).

El mismo mes cumplió diez años.

Naturalmente nunca ocurrió nada.

Lo que pasó fue el trabajo, la costumbre, la falta de amor y la ocupación propia. La compasión propia de Martin se hizo su peor tirano y la ocupación propia de los otros se convirtió en su propio tedio.

Lloró con una monotonía sin límites, tal como las lluvias de noche, como si oyera el susurro de su llanto, mientras la lluvia caía y caía fuera de la ventana.

Así se perdieron varias noches entre los divinamente hermosos tilos, esos maravillosos árboles que, solos, pudieran haber dado origen a religiones y amor.

Pero fue como si hubiera tenido hebras de heno en los ojos. No podía ver sin que las personas demostraran que también *ellos* veían. Quería tener compañía para ver. Una amable, personal palabra de Wilhelm podría haber sido suficiente, pero el tratamiento personal del tuteo hablando sobre pequeñas cosas, como, por ejemplo, «¿cómo estás hoy?» o «¿qué opinas tú de la anémona?» o «¿por qué no el nabo de bortfelder?», eso nunca fue pronunciado. No se le ocurrió así a Wilhelm. Era honrado y correcto, no contaba con excesivamente pequeñas cosas... ni tampoco con extremadamente grandes, contaba con áreas, puntualidad, días y necesidad práctica. No hubiera resultado sorprendente que tuviese exactamente 49 áreas de honor y, justamente, tres hectáreas y media de creencia. Tenía una medida de metro con la cual medía a su padre, una medida de pie con la cual medía a sus hermanas, una medida de centímetro con que medir mozos, una medida de pulgar, para medir criadas y una medida de milímetro con la que medía niños de la comunidad. Era un

trágico y aborrecible individuo. Daba lástima. Carecía de calor. Tenía frío.

Pero, ¿qué entendía Martin de esto? Nada. Sólo sentía. Sentía y sentía que solamente lo *tenían* allí en Tollene. Lo tenían por desinterés, por un capricho completamente cuadrado. Y no lo entendieron. No le comprendieron más que como un cero entiende a otro cero.

En el sofá del desván leyó por las noches de verano las novelas por entregas, pertenecientes al molinero, sobre bribones y héroes vistos por los vidrios más vulgares. Unas 49 áreas de vileza sobre *La novia de Oriente*. Oh, leía rápidamente aquellas miles de páginas inmundas. Estremecido y apesadumbrado, se durmió; se hundió en el sofá, como un bribón abatido. Las pesadillas se ocuparon de su alma tan fácilmente asustada.

Otras noches volvió a estar tendido allí, llorando. Se arrastró su compasión propia por todos lados como una manta, que se llamaba «pobre de mí». Y miró a las estrellas. Estaba acostado aquí abajo en el mundo de la tierra y conocía el verbo secreto y los sustantivos secretos.

Y vio las estrellas. Orión estaba en el cielo como un diploma de agricultura para Wilhelm. El motor de viento estiró la nuca, serrando y serrando con su chapa galvanizada. Si hubieran llegado volando cisnes, les hubiera cortado sus cuellos.

El cestero que se llamaba *Preguntar no cuesta* llegó andando desde la tierra del brezo. Lo dejaron dormir por la noche en una viga del granero. Martin opinó para sí mismo que hubieran podido dejar dormir dentro al anciano. Pero así era. Todo aquí estaba peor que en Vilnäs. Ahora tenía algo con que comparar. Vilnäs había estado muy bien. ¡Dios, qué bien había estado allí! ¿Si iba a...?

Después de que hubo terminado el trabajo por la noche, salió vacilante por la puerta enrejada y empezó a caminar hacia Berta.

Wilhelm estaba en el patio.

— ¿Adónde vas? — gritó.

— A coger unas flores — respondió Martin, mientras se inclinó abajo, hacia la hierba del borde del camino, empezando a coger unas plantas polvorientas; sus mentiras siempre estaban preparadas en un abrir y cerrar de ojos.

— Estas cosas puedes hacerlas el domingo — dijo Wilhelm medio amable—. Ahora vamos a comer y, después, a la cama.

Martin volvió corriendo pesadamente. Guardó en la mano unas feas plantas de achicoria, rotas por el viento. Las soltó al lado de la puerta enrejada, dejándolas caer una a una en el polvo. Wilhelm estaba en la veranda, esperándolo. Vio que Martin se acercaba. Entonces entró. El molinero estaba ya comiendo junto con los otros. Wilhelm entró en la cocina a fin de dar órdenes para el día siguiente. El molinero inclinó la cabeza mientras masticaba como señal de haber entendido. Martin se sentó en la mesa, empezando a comer fingidamente.

A finales del verano le dieron a Martin un domingo libre.

Se le propuso en esta ocasión que visitara el nuevo lugar que le esperaba, es decir, la finca de Norda, que estaba apartada en las regiones cultivadas de bosques, más allá de dos lagos.

Le prepararon una pequeña cantidad de provisiones y se marchó muy temprano por la mañana, antes de que alguien de la casa se hubiera levantado. Se le había permitido usar el bote de la casa para cruzar el primero de los dos lagos. Por temor de no despertarse a tiempo no se había atrevido a dormirse en toda la noche, sino que permaneció en cama «pensando» hasta que el alba de setiembre empezó a aparecer débilmente por el Este. Entonces tuvo mucho sueño, pero se levantó rápidamente, encendió la cocina silenciosamente, andando de puntillas y recalentó el café que estaba en la cafetera. Le pareció no tener tiempo para dejar que se calentara completamente, sino que se lo bebió cuando todavía sólo estaba tibio y después se marchó. Se llevaba una armónica, que todavía no estaba muy desafinada, para dársela a su hermana. No quería ir con las manos completamente vacías, además pensaba tocar un poco la armónica allí en el lago.

La niebla estaba tendida rudamente en la hierba, igual que lana enferma, gris. Cubría las partes interiores de los árboles, girando fuera, encima del lago, como un banco de dragones. Allí estaba, en el agua, como un gigantesco mohó, esperando su bote.

«Suerte que me han dado nuevos calcetines de lana», pensó. Estaba de pie en el bote, sacando agua con un trozo doblado de hojalata, mirando sus rodillas, cubiertas por la lana negra y rayada. Le parecía que las rótulas de sus rodillas eran como dos bollos arrugados. La lana picaba molestando y, después, resultaba agradable y daba calor.

Estando allí, vino a sus pensamientos Viran. Pensó que ellos aquí empujaban hacia fuera su bote y allí en la piedra estaba él llorando.

Era como si hubiera remado todo el camino hasta América, pensó, y empezó a jugar con aquel pensamiento, empujando en seguida el bote hacia fuera, saltando dentro y empezando a remar.

—Aquí se va a remar a América. Aquí, por todos los diablos, que no vamos a hacernos viejos —dijo, dirigiéndose al bote.

Levantó los remos del agua un rato, deteniéndose y pensando en su idea. Le había dado la gana de blasfemar. Iba a blasfemar aquí y escuchar las palabras del diablo. Miró a su alrededor. Era suficiente claro. Era pleno día.

Y así blasfemó.

—Díaaa y diab y diabl y diablo y diaaaablo —y aún podía blasfemar mejor—, ¡qué diablos!¹³

Extendió la palabra diaaablo, como le pareció, hasta alcanzar algunos metros de longitud. El diablo se hizo como un fuelle sin límites, que se podía

13 Mencionar al diablo en Suecia es considerado como una de las mayores blasfemias. (N. del T.)

extender tanto como la respiración lo permitía; entonces hizo una pausa en medio entre la a de diablo, pues el diablo era todavía demasiado corto, siguiendo así hasta el momento principal del diablo: ab... Después siguió la cola del diablo: lo. De esta manera se podía hacer que el diablo viviera sin interrupción durante medio minuto. Martin lo dejó vivir dos o tres veces y siguió después con el remo. Tenía frío. Al principio remó con brusquedad y se acaloró mucho; después empezó a jugar remando absolutamente sin ruido. Le pareció deslizarse adelante, en silencio, como una bolita de algodón o como la niebla. Entró en ella. Entonces volvió a dar bruscos golpes de remo para entrar en ella. Pronto no vio tierra, no vio «su» finca, que pronto no sería «la suya»: la finca de Tollene. Golpeó la palabra al pensar en ella, la tiró tal como se quitan las patas y las alas a una mosca, hasta que se queda tendida como un grano de café inmóvil, jugando solamente con los ojos.

—Tollene, tolete, tontón, nulón ¹⁴. Sí, tu chusma rulona, si tu, diabólica gentuza de tontorrones. —De pronto se le ocurrió pensar en Hellvig. Entonces se calló. Se avergonzó un poco de sí mismo. «Diabólica gentuza de tontorrones, menos Hellvig», pensó en silencio.

Así empezó a cantar, sin elegir melodía, era solamente un canto con palabras confusas deslizándose:

¡Hellvig era buena! Hellvig es terriblemente buena. Sí, ¡muy buena! En la última buena puso voz de tiple. Allí se quebró como un silbato con saliva dentro. También excluyó un poco a Gunvor de aquella diabólica gentuza de tontorrones. ¡No, quizá no! A lo mejor era solamente por ser bonita. De todas formas, era mala con él, condescendiente, orgullosa, cruel en la mirada.

—¡No gracias! ¡No gracias! ¡No gracias! —gritó de repente enfurecido de suerte que toda la niebla de algodón bramó—. ¡Oh, no gracias, también lo es Hellvig! —Era ella quien le había echado en cara lo del piano aquella vez cuando Viran se marchó—. ¡No gracias, vosotros! ¡Locos de Tollene, diablos de Tollene!

Ahora salía el sol más allá de la niebla, tiñendo todo de un rojo que se movía. A medida que remaba salió lentamente y, en un abrir y cerrar de ojos, había desaparecido en el espacio del cielo. El sol calentaba bien en la espalda. Se le ocurrió pensar en chistes, que había oído o que él mismo había interpretado mal. Trabajo requiere dolor de mozo y siembra de otoño. Los pantalones están floreciendo y los cielos poniéndose azules, dijo el mozo, marchándose a Nueva York. Está piando en mi corazón, dijo el tonto cuando estaba escuchando pájaros. Y, después, sacó *su* refrán, que él mismo había inventado: ¿Qué pasa con el peso confundido?, preguntó el cangrejo en la olla. En pocas palabras, estaba riendo tontamente.

Se volvió y miró hacia la proa. Ahora pronto estaría en el otro lado.

De un tirón sacó la armónica, dejando los remos descansar sobre el agua,

14 Juego de palabras. (N. del T.)

tocó la melodía de la canción:

*En el otro lado,
en el otro lado
es tan delicioso y bonito estar allí.
Allí, mi Jesús, el maravilloso,
me regalará
el abrigo
espolvoreado de perlas.*

Se quitó la armónica de la boca y cantó una versión propia que, con mucho trabajo, había sacado de la canción:

*Al otro lado,
al otro lado,
allí florecen dientes de león y amargos nabos.
Allí mi campesino, el tonto Tollen,
por siempre recogerá cangrejos grises.*

Ahora el bote tocó el fondo. Subió a tierra, sujetó la cadena en un árbol y puso un candado. Después se marchó por una senda del bosque, que desaparecía dentro entre los árboles, muy usada y pisada por la gente que había corrido por la senda durante varios siglos. Casi todo el camino era un hoyo de una gran profundidad, acá y acullá se veían relucientes piedras blancas, afiladas por las pisadas de los zapatos de madera y los cambios de tiempo, acá y allá cruzada por viejas raíces, relucientes de negro, duras como hierro en barras. Martin se apresuró a seguir adelante, casi hundido hasta las rodillas en el hoyo de aquella senda. En los dos lados resplandecían las setas de principio del otoño, con mejillas abochornadas y fístulas blancas, que habían sido abiertas con mojaditas barrenas por los caracoles en la noche. Los bejines todavía no estaban muy maduros; solamente algunos de ellos echaron humo al ser pisados por los zapatos de madera de Martin, que aquel día especial llevaba en lugar de los corrientes zuecos de aliso —madera de aliso de dieciocho quilates. El resto de los bejines todavía estaban blancos como la nieve, cubiertos por puntos de harina, estando en grupos pomposos tal como concejos municipales cuando, después del culto divino, se reúnen en las subastas de niños de parroquia.

Al lado de un tocón, más allá había setas llamadas cantarelas, eran comida de gente distinguida. Miró al grupo, pero éste espantó con un movimiento de desvío: ¡Siga! ¡Siga! Aquí se trataba de gente distinguida, no de niños de parroquia, y así se lamentaron: ¿es que nunca vendrán las deliciosas bocas de las gentes distinguidas a besarnos los hocicos dorados?

Después llegaron a las manos que duran varios días, avergonzándose ellas mismas —no llegó ninguna persona distinguida con pronunciación francesa a

este bosque— y así se hundieron en la putrefacción. El caracol llegó a ellos como un negro coche fúnebre.

—Ahora viene el señor —dijo el amo de *Norda*, olfateando por el vidrio como el padre Lars en *El correo de Capricornio*.

Todos hacia las ventanas. El perro famélico, interminable y rayado por costillas, salió de la agria perrera, meneando con la muy cordial cola, tiesa como un bastón de pelo liso y bueno como una pata de liebre. Ahora el perro se concentró en el paquete de bocadillos que Martin llevaba bajo el brazo y, continuando con sus gruñidos, siguió dentro del zaguán.

—¿Se te cuenta como perro de caza, o no, a ti pobre escandaloso? —murmuró Martin—. Y a los perros de caza se les hace pasar hambre para que cacen bien. Pero aquí tienes, chuchito, por no haberme mordido. Buen chucho.

Dio los bocadillos al perro. «Seguro que me invitarán a comer aquí dentro —pensó—, pues es domingo.»

El perro se lanzó ciegameamente sobre los bocadillos, babeando, como en una especie de orgía canina. El perro fue metiendo los bocadillos en su flaco y largo cuerpo. Los empujaba con la lengua y los tragaba enteros.

Martin pensó: «Será mejor que me ponga detrás de la puerta, antes de que haya terminado, porque, después, empezará conmigo.» Dicho y hecho.

Llamó a la puerta y cuando alguien gargajeó «entra», levantó el pestillo. Se precipitó hacia fuera un poco de olor a comida enrarecida, desapareciendo en el mundo salvaje. En Tollene el olor a comida era más espeso. El tímido olor a tocino de este lugar era de mal agüero. Pero los niños de parroquia no eligen. Los niños de parroquia siguen el péndulo de la gracia de la asamblea parroquial, aunque sean también servicios de mozo para el conde Diablo.

—¡Buenos días! —(Estaban comiendo un poco)—. ¡Buen provecho!

—Buenos días y gracias. Se comprende que es Martin, el señor recién llegado, ¿verdad?

—Sí.

—Coloca una silla —dijo Joel, masticando.

La silla llegó. Huevos revueltos, pensó Martin, dejando que su mirada lamiera la fuente. Supongo que esto representa el desayuno, he llegado temprano.

—Tu hermana está en el establo, quitando porquería —dijo Joel—, pero creo que va a entrar pronto.

—Sí, bueno, he venido para ver mi nuevo lugar —dijo Martin, haciendo un gran intento de sonreír—. Me dieron un domingo libre y entonces decidí con gusto venir.

Martin quería decir exactamente lo que dijo, pues, en realidad, no tenía ningún otro sitio a donde ir.

—Sí, es que vas a venir aquí —dijo Joel, masticando—, fue decidido el

domingo pasado.

—Sí —dijo Martin.

Entonces recordó haber entrado por la puerta grande, en lugar de hacerlo por la cocina e inmediatamente, se sintió menos seguro. Tragó saliva unas cuantas veces. Le gustaban los huevos revueltos. A lo mejor hay más en la sartén, pensó, cuando notó cómo el contenido de la sartén disminuía gravemente. Ya escarbaban en el fondo, encallando la cuchara, pero el campesino, Paul, solamente suspiraba y comía. Joel, el hijo, tampoco era lento. Las más distinguidas comiendo eran las hijas, las cuales, al mismo tiempo que dieron de comer a sus niños de rodillas, echaban miradas medio maternales, medio escrutadoras hacia Martin, que estaba al lado de la puerta. Quien estaba sentada más silenciosa era Gunilla, la mujer de Paul, de sebosa gordura y mirada recogida. Parecía una gitana gruesa. Su pelo era negro azulado y liado en dos grandes trenzas, tan anchas que, puestas juntas, casi podrían haber ocultado una mano de hombre. Era el pelo más grande que Martin había visto. Debido al peso de las trenzas —porque seguramente era por eso— mantenía la cabeza alta. Su soñolienta, negra mirada parecía por esta razón tan extraña: una clase de orgullo soñoliento. Una disimulada vista hacia arriba. Martin observó que no comía del plato de los huevos revueltos, sino que lo empujó fuera cuando le fue ofrecido por las hijas. En cambio mojaba muchos trozos de pan moreno en el café negro, la mayor parte del cual era solamente café de centeno. Mientras tanto contempló al niño de parroquia al lado de la puerta, pero el niño de parroquia huía con la mirada, dirigiéndola hacia las vajillas de cobre de la pared y fijándose al final en una vieja fuente que se utilizaba para el pescado en las bodas, tan grande que, al mismo tiempo, pudiera haber albergado un barbo entero del lago Ivö. Se le ocurrió pensar en el barbo. Gunilla le recordaba un barbo. Sus ojos eran negros como barro sin fondo, llenos de una maldad indiferente, mirando y chupando, que le hizo a Martin retorcerse en la silla. Todavía cuando miró hacia la fuente de estaño, las miradas se pegaron en la memoria visual como hipnóticas manchas de alquitrán. Sí, era ella, Gunilla de Norda: todos habían hablado de ella y todos le habían prevenido de ella, como si fuera un profundo pantano del bosque. Allí estaba ahora sentada, comiendo pan moreno.

Cuando se hubo atrevido a mirarla algunas veces, se fue acostumbrando más. Seguramente los cuentos habían mentido un poco. Si se era precavido y cuidadoso, como debía de ser, bien pudiera resultar que ella también fuera un ser humano. ¿No había sido calumniada su propia madre? ¿No lo había sido también su propio padre? Sí, casi por todos los que conocía. Todavía podía oír las voces de la fiesta de los labriegos de Vilmäs: «La tía parece un hollín seboso. ¡Dios, qué cosas hace!» —«Sí, es negra como una olla, la malvada, y rezuma maldad, como una serpiente. Es atenta con los ricos hasta que éstos le dan la espalda y mala como el diablo con Paul. Se nota en todo. Antiguamente, Paul era un buen Labrador, mi alma, eso lo puedo testificar por juramento.» — «No,

seguramente Paul también ha bailado el vals con ella por su parte. Pues lo he visto yo mismo.» Y claro que después siguió una extraña narración, que era un solo grito de campesinos sobre los pechos de Gunilla. Martin recordó las palabras, avergonzado y con excitación.

Está sentado dentro de la puerta en la casa de Gunilla, pasando en el pensamiento toda su provisión de informes jactanciosos sobre esta Gunilla. El labriego que había relatado lo último era conocido como un verdadero y auténtico mentiroso. Si le daban una copita de aguardiente, mentía que daba gusto. Si veía una pluma, había matado un urogallo. Un huevo resultaba una veintena, una piedra era un montón de piedras. Un hilo de araña en el abrigo era un cabello de mujer. Inventaba verdaderamente. Todo tenía que ser diferente de como era. Así, los arándanos resultaban balas de plomo, se disparó el año pasado.

Martin también observó a las hijas de Gunilla. Una de ellas era tan parecida a ella, que era simplemente Gunilla misma llevada hacia atrás en el tiempo, como se dice, rejuvenecida veinte años. Era como si una mujer hubiera dado a luz su propia gemela. Se llamaba Karla. Al lado estaba sentada Klara. Las dos tenían niños en sus rodillas, pero ambos niños eran de Karla, se notaba muy bien, todo daba prueba de ello. Karla era corpulenta y con pelo negro, tenía los mismos negros ojos de Gunilla, pero más despiertos, penetrantes, rápidos y llenos de una rebeldía desdeñosa. Sus dos niños repetían sus características y color de cabello.

En cambio Klara tenía el pelo pardo claro, casi rojo. En el verano era rojo de oro, durante el invierno más oscuro. Tenía ojos azul oscuros. Cuando miraba al niño de parroquia, no se burlaba con la mirada como Karla. Karla solamente necesitaba contemplar a uno durante un solo segundo para sentirse tan mal que se hundía completamente. Es como si hubiera terminado con todo lo que veía. Resultaba insultante y hacía desaparecer el valor de uno.

«Seguramente ella no será fácil», pensó Martin. De esta manera estaba sentado, mirando a hurtadillas ora al uno ora al otro. Callaban y comían. Klara se levantó, después de haber colocado uno de los niños sobre uno de los gruesos muslos de Karla. Ahora Karla tenía uno en cada muslo, los besó en la coronilla, les olfateó el cabello sonriendo. Se notaba que se besaba a sí misma. «Eres como yo y estoy tan contenta conmigo», tal como decía Gussum-Kalle. Pues sí, sí. Klara fue a la cocina. Volvió con la fuente llena. Pues sí, había más huevos revueltos. Así volvieron a comer. Comieron más.

—Pues sí —dijo Paul—, pues sí.

Ninguno contestó. No quería decir nada con ello. Era un suspiro. Era pesado, pero, de todas formas, no fúnebre. A lo mejor pensaba que Karla daba a luz demasiados niños, pues dos más habían empezado a gritar en su cuna en la habitación de al lado.

Eran gemelos. Estaban en una cuna doble y se les veía por el agujero de la puerta. Uno había despertado al otro. Ahora cambiaban y gritaban cada uno un

rato. Karla colocó en el suelo sus otros dos. Tenían dos años, quizá tres, y también ellos eran gemelos. Puesto que ya estaban tan hartos que casi suspiraban como acababa de hacer Paul, se conformaron y empezaron a jugar con una muñeca hecha de trapos y una bola de madera. Dentro de un año serían tan fuertes que podrían levantar la bola y golpear a alguien en la cabeza con ella. Se veía que lo deseaban.

Ahora se arrastraban con la bola y la muñeca hecha de trapos hacia el suelo desierto —la habitación era extraordinariamente grande—; había bastante distancia hasta la nueva persona al lado de la puerta; andaban tambaleándose a cuál más hacia allí, llevando la bola un trozo de camino, pero, después, la abandonaban, avanzando y pegando al nuevo. No hacían ningún daño. Solamente le pegaban con las palmas de la mano en las piernas.

Martin les sonrió con amabilidad, riéndose torpemente cada vez que pegaban, como si quisiera animarlos, puesto que no hacían daño ni nada en absoluto. Pero, en el fondo, él estaba un poco molesto, pues los dos truhanes decían: «Boff tú, boff tú», y eso se dice al perro cuando uno es niño y tales cosas se dicen a eso que no tiene más valor que el perro, así que, seguramente, existía intención también en este caso y, con seguridad, era como decía Gussum-Kalle, que el diablo empezó cuando era niño y daba una gran satisfacción a su abuela.

Pero, al fin, dijo Joel algo a Gunilla y, entonces, ésta habló:

—¡Saque la silla, póngase aquí y coma un poco, mi señor!

Ahora estaba sentado a la mesa; llegó con la mirada dentro del horizonte de los huevos revueltos. Sí, quedaba un poco. Parecía que Gunilla sabía leer los pensamientos, pues dijo:

—Eso lo tienes que compartir con Hildur.

Movía el dedo en la fuente de los huevos revueltos para que no se produjera ninguna equivocación.

—Sí, gracias —dijo Martin.

Él tragó un poco de antemano ante los goces de la mesa. Cuando ponía mantequilla en el pan, miró a su alrededor. ¿Pensaban, a lo mejor, que ponía demasiada? No, no lo creo.

Ahora la mano avanzó a hurtadillas hacia el tocino, moviéndose como una vara de adivino alrededor de las tajadas de salchicha. Dio resultado. Se llevó una a casa.

Después le tocó el turno a los huevos revueltos. Tímidamente, tal como adolescente, que por primera vez busca en la camisa de señora, la mano avanzó hacia el plato, amarillo de narciso común y delicioso. La mirada acompañó para ver que los límites fueran justamente respetados: la mitad para cada uno. Y cuando el guiso llegó a salvo hasta el plato, el niño de parroquia empezó a comer «en una manera distinguida», con el tenedor en la boca, no con el cuchillo. Se miró alrededor. ¿Lo observaron? ¿Lo veían? ¿Observaron cómo era verdaderamente? Así las maneras de Tollene le habían entrado en la sangre. Del modo en que se come cuando, tal como él, uno ha sido educado así en este

ambiente. Sí, le parecía ver que lo notaban. Le parecía percibir su nimbo. Pero, puesto que tenía bastante hambre después de tanto remar y el viaje a pie, la costumbre de Tollene se quebrantó en algunas ocasiones y apareció algo la de Vilnäs: algunas veces dejó entrar el cuchillo en la boca.

Y cuando Gunilla empezó a hablar con él con la voz de la finca de Norda, respondió, a pesar suyo, con voz de Vilnäs que surgía de dentro de su alma, por encima del abismo de Tollene, con su excelente tiempo.

Gunilla no dijo mucho. Se limitó a explicar que los caminos en este tiempo del año eran buenos y duros, buenos para ir en ellos los domingos cuando se acudía a visitar a alguien. Claro que pensaba que diría algo y sería un poco amable el domingo con pequeños y pobres seres humanos.

—Sí —dijo—. Lo son. Así que no hay peligro con las carreteras, oh, no. De verdad no hay, no.

—Sí —dijo Gunilla—. Son verdaderamente buenas.

Inclinó la cabeza y la inclinación fue como de Tollene, una inclinación cortesana que, a veces, se acordaba hacer. En este caso significaba que los caminos eran excelentes.

Ahora entró Hildur. Era tan pequeña como Martin y un poco más joven. «Así que es ella», pensó. De este modo era ella. Una débil y temerosa ola de amor fraternal corría por su interior y le daba escalofríos en las raíces de sus cabellos. De alguna manera le pareció que era la primera vez que la veía. Sin embargo, se reconocieron —por un cierto parecido familiar como hermanos— e intentaron intercambiarse largas sonrisas que terminaron con las palabras de Gunilla: «Sí, éste es tu hermano, éste.» Se adelantó y presentó a ambos: en la fiesta de los huevos revueltos. A lo mejor parecía que tal medida fue necesaria. Los dos hermanos parecían bastante desconcertados.

Ahora Hildur se sentó a la mesa y empezó a comer la mitad de los huevos revueltos. Sin embargo, no se puso todo, sino que preguntó si Martin quería un poco más, a lo cual él, con agradecimiento, dijo que no. Después comieron. Pronto se fijó en que él comía «de una manera fina». Y entonces ella se sintió un poco avergonzada. Sin embargo, no podía ella misma inmediatamente empezar a comer «de una manera fina», así de golpe, pues está en la naturaleza infantil el no imitar en seguida, sino poco a poco, para que no parezca que se aprende de alguien. En la próxima comida ella empezaría a comer probablemente tan despacio: empezaría haciendo pequeños intentos, a tientes, para comer con el tenedor; después comería cada vez de manera más fina, hasta terminar utilizando solamente el tenedor. Entonces vencería la educación en su mundo y ella estaría allí sentada de la manera más educada de usar la alpaca. Martin era lo suficiente cruel como para hacer notar todo lo que sabía y comía educadamente siempre, con excepción de unas recaídas de Vilnäs que le dio cuando empezaron a hablar el uno con el otro. Pues empezaron a hablar, todo el tiempo tímidamente, mirando de soslayo hacia Gunilla. Querían ver si hablaban «correcto», para que a Gunilla no le pareciera que mantenían «una conversación

sin sentido».

Después de haber mencionado el tiempo, que había mejorado después de las difíciles lluvias de verano, las cuales habían causado que en el bosque hubiese tantas setas y tantas babosas, pasaron a hablar de las ciruelas ¹⁵, que se daban tan bien este año. Las ciruelas eran con otras palabras buenas, estaban colgadas en los árboles y eran muy buenas.

Después pasaron a hablar de los arándanos encarnados y Martin quiso saber:

—¿Te parece que saldrán algunos arándanos encarnados en las matas este año?

Hildur dijo que le parecía haberlo notado, que saldrían bastantes.

—Sí —dijo—, qué bien.

—Sí —dijo—. Está bien cuando salen muchos arándanos encarnados.

—Sí —dijo—, seguro que lo es. Es *único* con las bayas.

El viejo Gunnar en la finca de Tollene siempre decía *único*. «Qué nariz más única y grande tiene Gussum-Kalle.» O, si llovía largo tiempo, decía: «Hace un tiempo único.»

—¿Qué clase de nabos tenéis? —preguntó Martin, que mientras estaba en marcha parecía querer saltar de una clase de bayas a otras, de frutas a frutas.

—No sé —dijo Hildur—. Supongo que son las corrientes, no lo sé.

—En Tollene tenemos bortfelder —dijo—. También tenemos tankard y formosa. De centeno acostumbramos tener probsteier. Es un centeno buenísimo.

—¿Ah, sí?

—Pues sí. Muy bueno.

—Pensé que solamente existía una clase de centeno —dijo Hildur, aparentando sorpresa de una manera poco natural. Miró hacia Gunilla. Pero Gunilla no parecía conocer más que una clase de centeno.

—Sí —dijo—, hay montones de clases. Montones, verdaderos montones.

—Qué raro —dijo.

—Pues sí —opinó—, antes de acostumbrarse es un poco raro trabajar con tantas clases, pero después no.

Ella afirmó con la cabeza. Comprendió que después no fuera tan extraño y, al final, nada en absoluto.

Ahora se levantaron y dieron las gracias por la comida. Martin, como huésped, dio las gracias con un apretón de manos. Joel y Paul entraron en este momento, así que, sin contar a Gunilla, fueron dos más a los que hubo que dar las gracias, estrechando la mano. Joel era el que parecía ser más amo de la casa. Después parecía seguir Gunilla y, por último, Paul.

Visto con los ojos de un hombre adulto —y tales ojos los pueden también tener los niños en ciertos momentos, sin que los mayores lo sepan— Gunilla seguramente una vez había sido una mujer espléndida. Ahora su cuerpo estaba

15 Una clase de ciruelas (en latín *Institia*).

compuesto, en su mayor parte, por unos senos grandes como los mayores pucheros de Höganäs, así como por la zona interior del inflado estómago y por dos pantorrillas parecidas a cojines; una catástrofe de ensanche físico. Las enormes pero débiles piernas, que terminaban abajo metidas en un par de zapatillas planas, hechas con tela de saco, bastaban para aguantar aquella enormidad. Solamente el cabello era ya una leyenda. Su cuerpo podría haber sido rodeado por las negras, gigantescas trenzas alrededor de su cuerpo, tal como si lo hubiera sido por dos negras, gigantescas angulas de río de los tiempos primitivos. Dentro de aquel enorme cuerpo se escondía un mezcquino ratón como rey en el trono del alma, lo que más tarde, con el tiempo, se comprobaría. Su hija Karla, que ahora salió de una habitación interior, donde había dado de mamar a sus gemelos, era, como ya se ha dicho, el retrato de Gunilla, pero con un cuerpo de treinta y siete años que mostraba lo que una vez había sido Gunilla: parecida a una dríada, gigantescamente grande y bien formada, fantástica en su aparición; un muy hermoso animal de sexo lanzado desnudo de un lado a otro en su ardiente instinto. Quizás era uno de los más grandes cuerpos de dríada de los que habían desempeñado un papel en el drama del sexo. Martin nunca había visto una mujer tan grande ni tampoco la volvería a ver otra vez. Ella representó una excepción que en la memoria quedaba muy profundo en el abismo de su niñez, una cabeza más alta que otra gigante: Tyra, que era la directora de la casa-hogar para ancianos en Gadesjö. Por una extraña casualidad, las dos murieron durante la misma epidemia de fiebre tifoidea.

Sin embargo, ahora estaba allí en la finca de Norda, dando las gracias con un apretón de manos, de momento sólo con una de las manos de la gigante en la suya; con miedo por su cuerpo excesivamente pesado, calentado —en la manera que los niños se calientan— por su impresionante figura en su pesadez y oscuridad.

—Gracias por la comida —dijo tímidamente.

Antes la había visto sentada. Ahora estaba de pie en toda su altura. Había colocado sus negras trenzas como un cesto alrededor de su cabeza.

Se sonrió maliciosamente, pareciendo demostrar indiferencia. Se tomó asiento en una silla y empezó a trabajar, preparando algo para la comida más tarde en una fuente. La pareja de gemelos que eran lo suficientemente mayores para poder andar, se acercó alrededor de sus piernas con alboroto. Les empujó, apartándolos de su lado igual que había hecho con Martin hacía un momento con la mirada. Los gemelos intentaron de nuevo volver hacia ella, pero ella los empujó. Era como si, en aquel momento, a ella no le viniera en gana quererlos. Exactamente ahora tenía gana de odiarlos. El desesperado deseo de poder estar tranquila sin su fecundidad ni su corpachón animal.

—¡Condenados niños, apartaos de mis piernas, os estoy diciendo!

La gente del lugar decía: es una mujer gigantesca. Debería estar en un circo. Martin dio las gracias a Joel y Paul, agradeciéndoles de corazón, de una

manera infantil, los huevos revueltos. Joel, que ahora estaba en casa libre de la movilización durante unos días, dijo que «aquello no era nada para dar las gracias», como se acostumbra decir. Paul dijo, poco más o menos, lo mismo y añadió:

—Sí, ya has visto cómo es aquí en la casa. Ahora quizá quieras ver todo alrededor en los establos, cuadras y demás.

Las pobladas cejas se arqueaban sobre los ojos desleales de un azul nublado cuando hablaba. Dentro en el iris brillaba un pequeño rayo roto de inseguridad y cruda tristeza: la brusquedad de la catarata de claro azul.

Martin no observó en esta ocasión todo esto, pues no comprendía aún mucho de estas cosas. Apartó sólo su vista apresuradamente de la mirada del otro y dijo:

—Sí, gracias.

Paul, el de los ojos grises, gritó hacia alguien dentro de la habitación:

—¡Klara! Vete con este señor y enséñale las cosas por aquí y un poco cómo está todo.

—¡Sí! —se oyó desde la habitación.

Hildur había empezado a fregar. Y Klara, que acababa de salir, acompañó a Martin hasta la puerta donde estaban colocados los zuecos de madera de todos.

Cuando salieron y estaban ya en la alta escalera de piedra y taconeaban hacia abajo, bajo el brillo de sol del domingo, Klara dijo:

—De todas formas, qué bendito brillo del sol.

—Sí —dijo él—. Es un auténtico domingo.

Su pelo castaño rojizo brillaba completamente rojo bajo el sol. Por lo demás estaba pálida, con pequeñas pecas rojas que parecían flotar sobre la nariz y las mejillas como una red. Sus labios eran gruesos, pero descoloridos. Tenía una boca preocupada y ojos de azul profundo donde la melancolía había dado forma a su pesada y triste belladona. Seguramente no vio a Martin. Su mirada estaba perdida en la lejanía. Al igual que Martin, tenía la fiebre de los sueños. Esto la desolaba. Se notaba.

Atravesaron el patio y las gallinas que estaban allí huyeron hacia dentro entre las hileras de lilas muertas de otoño.

Abrió la puerta dividida horizontalmente en dos de una de las dependencias. Primero abrió la parte de arriba y miraron hacia dentro, después la parte inferior y penetraron en la casa. Algunos de los cerdos con grandes hocicos que allí había guiñaron los ojos a causa de la penetrante luz.

—Sí, éstos son los cerdos que no van a ser sacrificados este año —dijo—. Este otoño saldrán de bellotas.

Con un movimiento de mano apartó los cerdos del cercado para que se pudieran ver mejor.

Martin no había visto nunca cerdos de bellota. Le parecieron divertidos. Sus socarronas miradas de cerdo y sus largos, afilados hocicos le divertían tanto que le hicieron olvidar su torpeza. Sacó la armónica que llevaba consigo y dio

alaridos, jugando con ellos, siete tonos a lo ancho, bramidos alegres de un niño de la marca «Hohner». Los cerdos dieron un salto. Gluf, gluf, gruñeron. Klara se rió. Y ella no se puso seria como los otros, sino que dejó correr la risa, sonriendo hacia él a través de la melancolía. Martin se dio buena cuenta de esto y, en agradecimiento, volvió a dar algunos golpes más con aquel instrumento que, según él, sonaba tan bien. Una melodía vino a su recuerdo y la tocó. Le parecía que sonaba «triste» y bien. De manera infantil amaba lo triste, sentía escalofríos con el cortejo fúnebre de Blancanieves por el país de la infancia, le gustaba la muerte de los niños mártires y su propia muerte imaginada.

*Cuando mi hermanito
sea grande
lo acompañaré al cementerio.
Le enseñaré dónde vive mamá,
y el lugar bajo el cual descansa mamá.*

Después que Klara le hubo dejado plañir un poco con la armónica, caminaron hacia el redil, donde estaban las ovejas —el lugar se hallaba vacío, pues las ovejas estaban pastando a excepción de un cordero de un año, que había sido mordido por una serpiente y estaba acostado en un rincón, sobre sus rodillas, junto a un palo de gavillas de hojas, en el cual una gavilla de álamo temblón colgaba roída y medio comida. Dentro dominaba un olor ácido a hojas de álamo. Centenares de gavillas recogidas recientemente estaban colocadas en pilas en un surco encima del redil. El cordero que había sido mordido por una serpiente baló triste y débilmente, un sonido vibrante y conmovedor que llevó el pensamiento hasta los ángeles. Martin pensó en fábulas para sí mismo, mientras estaba de pie en la veranda, con Klara.

Se imaginó ángeles que habían errado por el camino y que penetraron en el redil de las ovejas durante otoños tempestuosos. Wilhelm no se preocupaba por ellos y los dejaban estar allí. Podían estar allí con sólo su túnica, gimiendo, mientras el perro ladraba y el mundo de fuera era tan malo, tan malo, tan malo. Entonces, cuando nadie viene, a pesar de que ellos tienen frío y pasan hambre, se transforman en corderos y empiezan a comer un poco de las gavillas. Los corderos de Dios tienen frío en la noche. «Mi padre está muerto y mi madre está en California.»

Mira hacia abajo, al cordero que había sido mordido por la serpiente. Mientras él «pensaba», Klara ha explicado que ha sido picado por una serpiente.

— Es un cordero muy bonito — dice.

Pero, en realidad, conoce la vida en diferentes planos, en más planos que en débiles pensamientos de melodrama. Sabe perfectamente que es un cordero vulgar. En realidad sabe bastantes cosas. Los mayores ignoran lo que él sabe. A veces es muy listo durante largos días completos y anda allí «estudiando» las

personas. De cierta manera se sabe que la gente coloca un dedo cariñoso en la forma de dulce cuento en la boca de los niños que gritan. Ciertamente hay días en que él no ve las leyendas como tontos engaños (excepción hecha, solamente, de los caballeros y Amazonas sobre inmensos, blancos caballos. Corren hacia las tumbas negras y soñolientas de los duendes de los bosques, y se abren camino por el mundo, por el bosque del ancho mundo. Los cazadores con las horcas del oso en Kungsör se van a juntar con ellos. Ese oso sale gruñendo del bosque, atacando a Carlos XII, con sombrero de tres picos e inmensas botas de montar. «Ésta será mi música en lo sucesivo.») Un día es esto y otro aquello. Todo cambia en él, duda y creencia.

Pero lo peor es verse libre del encanto de los indios. Esto no puede evitarlo todavía, de ninguna manera. Intenta pensar: No hay indios. También puede haber aventuras aquí en el país alguna vez, nuevos guerrilleros y algunos tipos como Nils Dacke (pues todavía, por dos o tres años, o quizá más, él estaría de parte de Gustavo Vasa y, en el pensamiento, estaría cazando al indefenso Dacke). Ahora surge otro problema. A lo mejor no surge el mismo día como lo de Dacke; más bien el mismo día que los indios. Es el problema de «los malos», «malvados» y «bandidos» y el problema de «matar», lo cual se distingue del problema de «fusilar». Todo esto se arregla de tal forma que se puede «disparar» en la «lejanía».

La aventura descansa sobre los pilares *malos y buenos, bandidos y no bandidos*. Aquí no hay malvado. Por lo tanto, en la lejanía. Aquí no podemos hacer ruido con disparos. Existe el peligro de dar a alguien. Por eso, disparar en la lejanía. De esta forma, la leyenda de los indios es como debe de ser y esto lo sabe bien. Martin siente nacer dentro de él la costumbre de disparar a los indios. No, no es eso. No, hay algo oscuro que él desconoce.

A veces los chicos de la escuela se van lejos, al bosque, para jugar a los indios. Pero, en lugar de eso, hacen otra cosa, olvidan a los indios.

*Levanta tu falda arriba al sol,
canta a la nieve que cayó el invierno pasado,
canta al misterio,
río, río, río;
sobre el bosque y el campo de matas
pica el pájaro de gran pico en la corteza del árbol.
El bosque silba a lo lejos
ven y tómanos, Ida.*

*Si te diéramos una serenata infantil
como suena en los bosques,
el hada de los libros de cuentos
mordería sus nudillos.
Muera, muera, muera la muerte.*

Muera, muera la muerte.

Muera, muera la muerte.

Muera, muera la muerte.

Klara dijo:

—Sí, es una lástima que le haya mordido una serpiente. Te puedes imaginar qué enfermas se ponen las ovejas, a pesar de que a *ellas* no les hace tanto daño como ocurre con las personas.

—Conozco un chico que fue mordido por una serpiente en un pie —dijo Martin, abriendo mucho los ojos y bajando la voz para indicar con una pantomima la gravedad del caso—. Oh, después le vi. Estaba a punto de morir. Estaba recostado en una silla. ¡Huy, huy!, qué pálido estaba.

—Sí, hijo —dijo Klara—. Así suele pasar.

—Ya lo creo. Ya lo creo. —Y miró hacia todos los rincones del redil donde estaban las ovejas, mientras su cara hacía consciente e inconscientemente pantomimas del peligro.

Ella lo entendió en parte.

Llegaron hasta el gallinero, la cuadra y el establo. El sol estaba alumbrando parte del techo. Brillaba frente a las ventanas de piedra, ya que, como era costumbre en esta parte del país, las cuadras y establos estaban contruidos con piedra. En los nichos zumbaban millones de moscas que deseaban salir de las arañas, las cuales, devoradoras, iban de un lado a otro de sus hilos de oro con la parte trasera de sus cuerpos hinchadas y grandes como bolas de jugar los niños.

Las vacas estaban pastando. En un lugar del rincón había un peludo toro de muchos colores rojizos que dejaba escapar un ronco susurro desde lo más profundo de su garganta antes de empezar a mugir, ronco y quejoso, persuasivo, amenazador. Con sus ojos rojizos fijos clavados en Martin, golpeando su atadura y mugiendo con mortales deseos. Describió movimientos circulares con los cuernos como hubiese hecho caso de estar libre. Describió cómo primero haría *así* y después *así*.

—Solamente finge —le aseguró Klara—. Es tranquilo como un cordero. Por otra parte, no es más que un ternero todavía. No lo usamos todavía. Al viejo lo matamos hace unos meses.

—¿Ah, sí?

—Sí. Cuando no son de raza, no merece la pena conservarlos.

—No, es verdad. En Tollene no tenemos ningún toro —dijo Martin—. Llevamos las vacas a una hacienda.

—Ah, sí. Claro, las haciendas siempre tienen ganado de raza.

Igual que cuando se hallaban en el redil de las ovejas, Klara estaba ausente al hablar. Y Martin estaba casi lo mismo. Hablaban concretamente y dejaban la realidad pasar como una obligación. Pero, otras veces, eran como gente que andaba en sueños.

A estas personas se las llama soñadoras. A menudo son las más infelices de

la tierra. El sueño es como una peste para ellas. Esto hace que piensen y mediten.

Más tarde llegaron a mirar el letrero donde estaba el nombre de cada vaca, la fecha en que había sido cubierta y cuándo calculaban que iba a parir. Todo estaba escrito muy claro con tiza.

—Es Joel quien escribe —dijo ella.

Los nombres eran bastante bonitos. *Teka. Draga. Rosalinda. Kunigunda. Alliandra. Dvina. Zebra.* Nombres que Joel había sacado de diversos sitios: Historia, Geografía, Historia Natural. Esto significaba que, alguna vez, él había tenido cierto interés, que después se había apagado por razón de la «marcha de la vida». Mientras estaban allí, salió el mismo Joel. Martin volvió a saludarlo. Joel no contestó, pero sonrió condescendentemente. De forma instintiva, Martin sintió llegar el frío allí donde él estaba bajo la mirada de suficiencia de Joel y sus ojos desprovistos de cariño. Martin vio en aquellos ojos fríos como la piedra gris a una persona indiferente. Los ojos mendigantes de cariño del niño encontraron las piedras grises: un hombre ácido como las serbas. Desde que el ambiente había detenido el alma de Joel y frenado su alegría natural que existe en lo que tiene vida, había él mismo premiado su propia tontería y, con arrogante compostura, se había tomado él mismo su propio enfriamiento. Todas las maneras de comportarse eran una grosera ayuda a sí mismo. Sus frases más corrientes eran «ah, no, por el diablo» y «no, diablo». Colocaba siempre el signo de restar después de todo. El signo de sumar lo colocaba sólo después de sus «diablos». Él llegaría a ser, más tarde, el más bajo de todos los que martirizaban a Martin, un perezoso e indiferente maestro de lo vacío, el odio y lo gris.

Martin sentía instintivamente asco y miedo, pero, al ser falso y cobarde, el asco y el miedo se convirtieron pronto en una risa acomodaticia.

Cuando se hizo mayor y retrocedió con el pensamiento, no había ninguna cosa que odiara tanto como esas sonrisas condescendientes con las cuales había rogado al vacío y la incomprensión durante toda su infancia. Sabía que esto era una enfermedad, no solamente de él, sino de todas las personas allí en el campo; su estéril amor propio sin fondo con la actitud exterior de un serba contra el débil que no se atrevía a entrar en argumentaciones sobre los valores de la vida; la lisonja al fuerte y el odio surgido del enfriamiento, se fue acrecentando y se hinchó en su pecho y sintió como si una garra le oprimiera alrededor del corazón con la uña de la putrefacción hasta que la mano agarró el ramaje, el bastón, *la rota*, el puñal, la espada, la granada de mano, el fusil «Mauser» y ¡buscaba los burros de carga, burros de carga, burros de carga! Entonces (de mayor) odió el odio mismo con furia desmayada, pero todos aquellos a quienes odiaba se le reían en la cara y sentía solamente dañada su digestión.

El odio era tan hiriente como un puñal. Siempre tenía las palabras más contundentes. Las leyendas islándicas, hinchadas por el escondido odio del poeta, eran muy hermosas. Cuando se rompió la cuerda del arco de Gunnar,

dijo a Hallgerd:

«Coge dos rizos de tus cabellos y, atándolos a mi madre, hazme una cuerda para mi arco.

»— ¿Está en juego algo? —preguntó Hallgerd.

»— Mi vida —contestó Gunnar.

»— Entonces me voy a recordar bien de la bofetada que me diste —dijo Hallgerd.

»Un rato más tarde Gunnar había caído.»

La leyenda sobre el odio siempre era hermosa. Los dramas del odio brillaban con un resplandor sin igual desde profundidades milenarias. ¿Por qué?

La cultura era una cultura de odio y, como cultura de odio, llegaría a morir, orgullosa y enorme.

«Casa el reposo con la canción de cuna de la espada.» Era una de las frases más criminales y hermosas que había sido escrita. La amaba y la odiaba.

I

*Queremos la pátina de los tiempos pasados.
Allí abajo de la retina duermen ruidos y combates.*

*Con ojos cerrados descansa el niño envuelto en encajes
y hachas de lucha terminan en una red,*

*que capturan la ciudad como una pez sangrante
para la gruesa mesa del mercado de la plebe de Lombardía.*

*Cuando la piedra musgosa era blanca y clara como el día y fría
el molino era amarillo como troncos de madera, deslizándose por la corriente:*

*la cubeta era torneada, nueva, de haya, pálidamente blanca
y la cuerda nueva y cruel en el gancho de la horca.*

*Cuando el ancla azul de hierro fue sacada de la herrería de anclas
y, odioso, el mozo entró en la fragua*

*la zanja estaba recién cavada, el puente de piedra sin liquen;
recién abierta, obtusa en el abismo la tumba del niño*

*y la muerte llegó tan dura a todos ellos
que vivían en la oscuridad de la fría casa plebeya.*

II

*El pesado barco que se había podrido entre las cañas,
hundido en la duna durante otoños de susto
estaba entonces tendido en la superficie donde da golpes el Lago de ciervos.
La campesina voló —pero con remos llenos de alquitrán—, el cuerpo frotó con su
asiento contra la madera de las bancadas
remando pesadamente en los años de brujas excitadas.
Buscando para salir del desierto resonante.
Intentando pensar si era posible la huida.
Intentando hablar a su propia herida.
La esperanza estaba encadenada como el cadáver del granero.
La ola se burló del grito del remo.
Caracol de luto se arrastró en el sol del lago del bosque.
Bahía de campanario.*

*Condenando pesado pueblo, que observa todo
envió una manada de perros a cazar en el agua.
Desde la orilla piaba la flauta engañosa del jugador.
Todo desapareció, cantando su pesada leyenda,
la campesina fue raptada por los espíritus de la montaña entre las rosas de la
brujería,
oscuras y pesadas por profundidades del destino
rojas de luto y clandestinas.
Oyó encima de la hoguera el grito de los remos.
Bahía de campanario.*

*Se juntaron vestidas de frisa
gentes de venganza y burla de bosques y valles
en lo más alto de la colina con cargas de paja.
Encendieron su hoguera alrededor del cuerpo odioso,
los pechos abovedados, los muslos grandes como hogueras.
Empezaron a rezar, mirando de soslayo hacia arriba
para ver los cuervos salir del humo.
La sangre para el juego chisporroteante de la venganza
se hinchó y se rompió en el juego murmurante.
Nadie comprendió, ninguno dio su corazón,
las miradas murieron contra el cielo lleno de arbustos.
La nube se vio remolinarse como paja de luto,
ennegrecida por las tormentas del destino de sangre.*

En la cosecha del otoño le dejaron a Martin conducir el rastrillo y rodillo. A

Martin le gustaba especialmente mucho el rodillo. Se hizo conciliar mucho con su terrible ruido. Conducía hacia arriba y abajo, de un lado a otro. Los jóvenes, desacostumbrados caballos tal como huían del fragor, aunque de todas siempre lo llevaban consigo. ¡Tjohej! Por fin la vida se movía un poquito. Estaba sentado dentro del rugido de hierro, cantando:

.....

*detrás de bonitas cortinas
estamos sentados entonces junto a la lámpara.*

Después fue tan silencioso como antes. Un silencio que solamente se quedó callándose llenó el otoño. La parte más alta de los bosquecillos había empezado a ponerse amarilla. Charcos de agua punteaban el paisaje. Se acercó el tiempo de las patatas.

—Ahora tendrás que recoger el follaje que todavía queda alrededor de los tocones en el soto de los fresnos —dijo Wilhelm.

—Sí —dijo Martin—, ¿lo voy a atar?

—Sí, para hacer gavillas para las ovejas. Aquí tienes un cuchillo que corta las hojas.

Martin se marchó. Cantaba en el camino por los bosquecillos. Aún se sentía excitado por el ruido del rodillo.

Tiró piedras, cogió grandes piedras. Las hizo caer a plomo en el charco, ¡tjohej! ¡tjohej! La ardilla hizo tic en el manzano agrio. Martin cogió una piedra. Tú, pequeñito, allí, te vamos a coger. No, no te acerté. ¿Pero quizá con ésta? ¿Ah, sí? No, te escabulliste. Saltó hacia abajo: ¡Tic, tic, tic! Ahora corría como el agua arriba hacia el tronco del fresno, se puso sobre una rama, cambiando después de árbol. Era como si dijera: ¡hihi, tú! ¡hihi, tú!

—¡Así que! ¿Pero a lo mejor con ésta?

Las piedras crepitaban en las copas de los fresnos. Martin cogió más piedras. Persiguió la ardilla toda la tarde. Llegó lejos, hasta más allá del molino, pasando por encima de varios setos. ¡Aquí!

Era como si todavía estuviera excitado por el bruto ruido del rodillo. Pero la ardilla saltó más y más adelante. Desapareció en alguna parte de la provincia de Blekinge, fuera en el mundo. Ahora había llegado tan lejos hasta estar abajo, junto al molino del motor, al lado del gran transformador. Estaba allí rojo y ancho en los labrados, con mugidos eléctricos en el silencioso otoño. Los aisladores estaban colgados como palomas de muerte alrededor de su frente. ¿Y si rompía una taza del transformador? ¿Romper una con una piedra? No, era eléctrico. Al pensarlo, sería tonto. No, era mejor no hacerlo. Se retiró de nuevo avergonzado al bosquecillo de los fresnos. Entonces estaba Wilhelm allí.

—¿Dónde has estado?

—Recogiendo hojas.

—Diablos, que no lo has hecho. Pero aquí te daré (bofetada) y aquí te daré (bofetada) y aquí te daré (las bofetadas chasqueaban).

Ahora todo el escaso barniz de Alnarp se rompió, y se convirtió en Wilhelm *el Grosero*, con el menor barniz de Waldenström, estremeciéndose también éste cada vez más por cada bofetada.

Así recibió Martin su primera gran paliza y, al final, un puntapié en el trasero.

Martin aulló y lloró. Wilhelm le cogió su oreja y lo llevó de esta manera hasta el interior de la casa. Hellvig y Gunvor salieron, preguntando.

—Sí, se ha obstinado —dijo Wilhelm— y a tales caballeros hay que domarlos cuando son pequeños.

Así conducía a Martin arriba hacia el desván, mientras Gunvor, dolorosamente afectada, se sonrió. Miró con ojos claros al fragmento de la comunidad, encadenado a Wilhelm.

Tal como una araña honrada arrastra una mosca deshonorada, llevó «el hombre de Alnarp», el «que deseaba el bien», escaleras arriba.

Allí arriba en el desván había *verdaderas* arañas, que huían hacia el interior de sus redes.

Oh, ¡qué tiempos más embrujados!

—Ahora te acuestas —dijo Wilhelm—. Esta noche no habrá ninguna cena para ti. Y mañana, verás, mañana. Había pensado darte un domingo libre, pero mañana vas a recoger hojas.

Martin le mordió la mano, pero recibió una bofetada y se hundió temblando en la cama. Allí empezó a llorar tan pronto como había salido Wilhelm; un largo, largo llanto, que duró muy entrada la noche.

Así terminó este día que había empezado tan bien con el alegre rodillo.

Dios es bueno. Había dado todo el castigo por una ardilla que no había sido acertada en absoluto.

Era extraño que Dios nunca tuviera a los mayores bajo su férula. No, seguramente los vigilaba también. Estaba presente por todos los sitios. Ahora se hallaba dentro de la habitación.

Mejor sería rezar.

Y así rezó, una oración larga y confundida. Más tarde no sabía lo que había dicho.

Es domingo. Con sol de otoño y bonito. Pero, para Martin, es el día de trabajo de castigo. En primer lugar se vengó en hacer ruido con los zuecos de madera, cuando andaba en la casa, dung, dung, después de salir de la comida.

El gato de la finca estaba sentado en la escalera, contemplándolo con ojos amarillos de miel. Ronroneaba cuando Martin pasó por delante de él.

Dung, dung, dung, repercutieron los pasos de los zuecos de madera contra el maderamen de la cuadra. Hoy se había puesto los zuecos de madera del domingo, los nuevos y claros. Brillaban en los pies como perreras recién construidas. Y eran pesados. Sí, lo eran —dung, dung, dung— bastante

pesados. Cada pie tenía en ellos su propio cautiverio. Ahora se iba a cosechar en el día del descanso. Wilhelm le había dicho: cuarenta gavillas de hojas y después estarás libre.

Dios le daría a Wilhelm la mitad del castigo por el día de descanso. De todas formas, constituía algún consuelo.

El sol reflejaba su oropel en las copas de los fresnos. Los pájaros cantaban tan disidentemente en todas las cimas. Martin cortó hojas alrededor de todos los tocones, los tallos de pocos años caían como hierba. Todavía en el otoño eran blandos y suaves en las hojas tal como en la primavera. Los ató a gavillas. Los echó en un montón, veintiuna, veintidós. Ya había trabajado dos horas.

«Mejor no hacerlas demasiado delgadas», pensó. Y, así, ató las gavillas por su cintura, tal como matronas, con una varilla de mimbre alrededor de cada una, como un corpiño.

«Mejor no hacerlas demasiado gordas», pensó. Entonces no se van a secar por dentro. Y así las hizo delgadas, casi delgadas. De esta manera resultaron desiguales. Las gavillas de la vacilación.

«Qué lástima cortar los árboles», pensó, deteniéndose con el cuchillo para pensar qué lástima daba.

También era lástima el dar miserable alimento a las ovejas. La lástima estaba contra la lástima. Treinta y siete. Se acercó el reluciente momento de la reconciliación. El cuchillo para cortar hojas cortó y cortó. Pensó cada vez más en claros pensamientos. Su ánimo empezó a ser, exactamente, como en un grabado por Jenny Nyström-Stopendal. Andaba como en un grabado de una revista de Navidad, cosechando hojas. Wilhelm casi era perdonado por él y casi perdonado por Dios.

¡Entonces pasó algo!

Sí, entonces ocurrió algo bajo la bóveda de luz de los fresnos, durante un tiempo, cuando todos los auténticos niños estaban sentados en la escuela dominical.

Uno de los terneros de pasto del vecino se había abierto paso, escondidamente, por una debilidad del seto. Ahora había llegado a las gavillas y, sin saber de todo lo malo que existía en los niños de parroquia, empezó a comer hojas. También hizo otra cosa más. Se ensució rudamente en el centro del montón de hojas.

Martin se volvió. Descubrió lo que había pasado. Con un grito de furia, llena de dolor, su alma se volvió mil años hacia atrás en el frío. Con un solo golpe del pesado cuchillo para cortar hojas, partió la cabeza del ternero. Se hundió. ¡Oh, oh! Con la sangre saliendo a chorros de la frente se cayó muerto, sin ruido.

¡Y ahora! Ahora bailaba alrededor del ternero. ¡No, no! Su desesperación solamente se expresó de esta manera.

Al principio lanzó gritos ahogados y porosos, tal como cuando un ratón de campo es pisado y se queja bajo una mata. Todo su cuerpo se heló de un terror

que fue en aumento. El corazón empezó a golpear, maltratándolo. Con los puños se pegó a sí mismo en la cara. Como un loco corrió en círculos alrededor del ternero muerto, gritando y gritando. ¡Dios! ¡Dios! ¡Dios!

Cuando dobló sus manos, se desmayó, cayéndose de bruces con las puntas de los zuecos de madera hacia la tierra. Los pájaros cantaban en los árboles rubios de otoño. Una urraca se le rió en su cara, cuando se levantó de la parálisis, aniquilado y con la misma excitación de sentimiento por dentro como la que sienten los asesinos después de su crimen.

Después de haber estado arrodillado, suplicando a Dios «la comprensión», surgió el problema de «esconder», esconder lo que había pasado.

Todo había ocurrido tan rápido, que casi no *había* ocurrido. Si no lo había notado por su terror y la excitación de su sangre, que palpitaba fuertemente, casi no lo hubiera creído, entonces no hubiera creído sus ojos. El bosquecillo era igual de claro. Pero el ternero estaba tendido allí. Sí, allí estaba: muerto. ¡Matado! Dios, Dios, Dios. ¡Tú, Dios! ¡Tú, Dios! ¿Me oyes, Dios?

En su confusión, habló con Dios exactamente como hubiera hablado con el vulgo. ¡Tú, Dios! ¡Ayúdame! ¡Tú, ayúdame! ¡Tú, ayúdame! ¿Qué? ¿Qué?

Llorando, cubrió el ternero con hojas y, temblando y atolondrado, empezó «a ocultar».

Avanzó a hurtadillas hacia el depósito de útiles. Gracias a Dios que no se podía ver el depósito desde la casa.

Sin ser observado, se fue de nuevo al bosquecillo. Ahora llevaba una pala en su mano.

No se podía perder ningún momento. Mientras tanto, con cuchicheos roncós, invocó a Dios para que no llegara nadie, y empezó a cavar entre un par de altos fresnos. Los pájaros estaban sentados tiesamente en las ramas de los árboles. Ellos lo sabían, sin duda lo sabían. ¡Mi Dios! Jadeó y pió como un pequeño animal que deseaba cavar en una pradera ardiente. No podía bajar suficientemente rápido. El sudor penetraba en sus ojos, mezclándose con el llanto que brotó bastante a menudo. ¡Dios en el mundo del cielo, ayúdame para que pueda esconderlo rápidamente! Para poder esconderlo rápidamente, ¡de lo contrario, me van a matar!

Y, como respuesta de su chillido lastimoso bajo los fresnos, Dios le dio bastante buen humus en que cavar, le dio suerte de no chocar con gruesas raíces y, por último, pero no de menor importancia, le dio frío en el ánimo para poder arrastrar el ternero hasta la caverna recién cavada. Lo último fue un pesado *trabajo*. Martin tenía que entenderlo como trabajo más bien que como una infamia o crimen. La ternera era pesada. Tres veces tuvo Martin que descansar, pero Dios le volvió a dar fuerza rápidamente. Por fin logró que el ternero quedara ajustado en la estrecha caverna excavada en la tierra. Cuando había llorado un poco, rezando a Dios para que lo comprendiera y había prometido a Dios confesarse tan pronto como fuera mayor, Dios le dio otra vez un poco de frío para poder llevar tierra con la pala encima del ternero.

Cuando lo hubo cubierto, sobró tierra. Pero no pudo evitar que quedara un montículo. Por esta razón se llevó la tierra, poniéndola encima de la sangre, en el suelo, al lado del montón de hojas. Cuando todo estaba allanado, cubrió el lugar de la sangre, así como la sepultura, con ramaje, hojas y hierba. Después se arrastró de rodillas alrededor de todos los fresnos, inspeccionando bien el suelo. Dios le dio frío para eso, le dio también suficiente reflexión para enjugar la sangre del cuchillo para cortar hojas. Los pájaros cantaban en los árboles.

Acababa apenas de colocar de nuevo la pala en el depósito de útiles y regresar al lugar de las hojas en el bosquecillo, cuando gritó Wilhelm.

—Síí —llegó la respuesta alegremente afectada desde el interior del bosquecillo.

—Comida —gritó Wilhelm.

—Síí, ¡gracias! —contestó la voz como un agudo toque de corneta.

Se apresuró a tirar las manchadas hojas dentro de un espeso matorral, donde las cubrió con ramaje viejo y hojas. Ahora le faltaban oficialmente ocho gavillas hasta haber cumplido las cuarenta fijadas. Por precaución gritó un Voy, ¡voy!, hacia el claro del bosque de árboles de grandes cúpulas y a Wilhelm. Después de terminar todo, se apresuró a ir hacia la finca. Hizo sol y claridad, miles de pájaros cantaban en los claros vallecitos de hojas, pareciendo muy contentos de haber terminado con huevos y pajaritos y los esfuerzos del verano. Junto a la puerta enrejada, se quedó de pie. Allí lejos, junto al Molino del oeste, en el alto, unas carretadas de gitanos se columpiaban perezosamente hacia la tierra del brezo. Sus carruajes saltaban como goletas de la pradera, mutilados y sin techos en un país careciente de aventura. A Martin le disgustaban los gitanos. Eran igual de falsos hacia la servidumbre y los niños como hacia los campesinos. Una vez un niño de aquellos gitanos le había hurtado una armónica muy buena. Tenía tres sonidos falsos, pero, por lo demás, era excelente. Naturalmente los gitanos no sabían nada sobre nada. Siempre regresaban por los mismos caminos. No se iban lejos con sus carruajes, nunca hicieron el Viaje al gran mundo, como a la Pradera y Himalaya, Penjab y Kilimanjaro, solamente conducían en círculos alrededor de los pueblos campesinos, siempre, siempre, siempre en círculos iguales para juntar trapos. Los campesinos decían que los gitanos siempre conducían en roscas, en ochos, grandes ochos, en roscas. Cuando fue mayor y un poco autodidacta, se enteró de que un ocho acostado es el signo de lo infinito, la eternidad. También estaba en el calendario, entre las indicaciones del tiempo, aunque allí significaba niebla seca. Sus amas de casa también hicieron el signo, pero en masas. Roscas amarillas. Pensó: «Haciendo una rosca de pan muy grande, Hellvig podría tenerla alrededor de sus pechos.» Se avergonzó de sí mismo al pensarlo. Con sus delgadas manos agarró fuertemente las tablillas de la puerta enrejada, considerando el viaje de las carretadas de gitanos. Odiaba a los gitanos porque nunca trabajaban. Eso tenía que hacerlo él. Los gitanos también fornicaban en los bosques. Era gente licenciosa. ¿Le disgustaba a él la fornicación? Pero,

¿ahora? Ahora se agarró a ello; intentando pensar lo peor, pues los pensamientos en el ternero empezaron a perseguirlo. Y abriendo la verja y entrando en el jardín, pensó en lo peor, lo peor concerniente a chicas de la escuela, lo peor con mujeres adultas, lo peor que se podía hacer. Escupió desesperadamente, sintiendo una contradictoria repugnancia por sí mismo, teniendo excitadas emociones de mareo. Eran tiempos de la sexta palabra divina. «¿Qué estáis haciendo allí arriba en el heno, eh?» Un pensamiento le surgió; dejó sus zuecos de madera al lado del umbral de la veranda, quedándose fuera en la veranda mientras lo pensó. Se acordó de una pequeña chica, que había dicho *six* en lugar de seis, fue compañera de su primera escuela, fue en el mismo año en que murió Inez. Los padres de la niña acababan de venir de América, ella había nacido en América, allí se decía *six*. A la maestra con las pecas oscuras —tenía pecas oscuras en la cara tal como si sangrara secamente por la piel— le pareció divertido eso de la niña, dejándole decir su *six*. A todos les parecía divertido. *Six*.

Suspiró. Sí, era en aquellos tiempos, pensó. Sí.

Ahora entró en la cocina. El tortuoso vapor de la comida subió de los platos del domingo que había sobre la mesa. Allí detrás estaba la ventana de sol. Las cortinas estaban colgadas como nieblas ocupadas, tan ligeras como las florecillas blancas de la primavera. El sol se reflejaba en el centro de una ventana, velludo de oro, quieto en la ventana, caluroso creando aureolas alrededor de todo, alrededor de la blusa de muselina translúcida de Gunvor y los cabellos de Hellvig. Las manos rubiamente velludas de Wilhelm brillaban bajo el sol con sus pelos erizados. Las tenía sobre la mesa. Las blancas, espesas cejas de Gunnar, sí, todo se convirtió en rayos y vapores de oro alrededor de los perfiles de los cuerpos. Martin se acercó a ellos, con el sol en medio de su cara, guiñando, mirando con los ojos medio cerrados, sonriéndose, y el sol le dio un pretexto para mirar de soslayo el ternero en la sepultura.

—Sí, por favor, siéntense ahora —dijo Hellvig.

Venía con otra fuente más de comida, de la cual salía vapor, una fuente de humo de sol.

Todos se sentaron, inclinando sus cabezas y esperando.

Y Martin pronunció el benedícite como tenía la costumbre de hacer por ellos. Su voz de niño tembló agudamente en el vapor de oro. Una oración corta, cuatro pequeñas líneas, la habitual del país. Y después: Amén.

Entonces subió lentamente la cresta de la ola de la oración, mirando dentro del vapor dorado que estaba bailando en las fuentes en remolinos, quietos en el sol. Los tenedores plateados, calientes por el sol, fueron metidos en patatas que echaban humo; la cuchara de alpaca en la mano rubiamente velluda se bajó, recogiendo de la fuente un trozo de la solloperca blanca como la nieve.

—A lo mejor estaría bien correr la cortina —dijo Gunnar con sus ojos débiles.

—Así, piensa papá eso —dijo Hellvig.

—Sí, lo pienso, comprendes —dijo amablemente.

—Entonces lo haremos —dijo Hellvig, levantándose.

En la luz del sol de la ventana palpó para hallar la cuerda. Cuando se extendió para ella, miró con los ojos medios cerrados en el disco del sol. Al bajar la cortina, la habitación quedó de un color azul claro. Martin hubiera preferido dejar que el sol se quedara en su cara. Ahora se sintió menos seguro. Miró al plato y descubrió un método para esconderse, inspeccionando el dibujo del hule, el dibujo del plato, las espinas, la solloperca. Partió la patata exageradamente lento con el tenedor de argéntán, contemplando cómo echaban humo ambas partes.

—No juegues así con la comida —dijo Hellvig.

Se estremeció. Entonces ella se sonrió un poco, débil, débilmente, sonriéndose hacia el niño, que saltó por la orden más sencilla, pero entonces surgió la voz de Wilhelm casi en son de chanza. Mantenía el tenedor de argéntán en la mano, levantó la mirada del plato y preguntó:

—¿Síí, Martin?

Con el tenedor machacó Martin sus mitades de las patatas, y lo hizo a conciencia, juntando con el cuchillo la apretada masa muy cerca del trozo de la solloperca. Después de haber hecho cálculos con los pensamientos de su conciencia durante algún segundo, dijo (y lo hizo de una manera alegre):

—Pues sí, he recogido treinta y dos gavillas; sólo me faltan ocho.

Levantó la vista alegre y descaradamente, mientras imitó inconscientemente el gesto que Wilhelm acababa de hacer: pesando en la mano el tenedor de argéntán y, al mismo tiempo, se pasó la mano hacia arriba, por el flequillo, rápida y nerviosamente, sonriéndose de una manera fresca y llena de sol, convirtiéndose la sonrisa en una risa estúpida, grande y enfermiza de conciencia. Y, mientras tanto, sintió por dentro el aborrecible proceso del miedo, el corazón que siempre estaba saltando cuando ocurría algo, la sensación que tiraba en el diafragma, el calor de mareo en las sienas. Se sonrió larga y nerviosamente hasta que Wilhelm, ignorando la profundidad, lo sacó del papel de niño del sol, espasmódicamente sonriente. Dijo:

—Bien, Martin. Pues con eso será suficiente. Y ahora tienes libre el resto del día.

—Sí, gracias.

—Pues no necesitas dar las gracias —dijo Wilhelm.

Afortunadamente empezaron en seguida a hablar de otras cosas; de algunos parientes, de la trilla y de si deberían comprar un rodillo combinado. Hellvig y Gunvor cuchicheaban por su parte sobre el próximo compromiso de Hellvig.

Martin sintió agradecimiento hacia la Providencia, por haberse iniciado una conversación en la mesa y él se escondió satisfecho en la charla, alegrándose de «estar evadido» y la conversación duró hasta terminar la comida, quedándose todos quietos y dándole señal de pronunciar el benedícite.

Lo leyó con un sentimiento *más propio* de lo que nunca había hecho aquí en Tollene. Dio algo de su alma en él. O, dicho de otra manera, lo envió honesta y privadamente arriba, a Dios, en agradecimiento por haber salido todo bien durante la comida. Mágicamente fortalecido por su gratitud, vertió su joven ser en el benedícite.

Alabado sea Dios por comida y bebida.

Enséñanos en la fe a cumplir tus palabras divinas.

Aquella tarde jugó con un chico que se llamaba Sten, un chico soñador, que fue uno de los más «sabios» de la escuela. El muchacho en cuestión era alto y delgado y había alcanzado la forma de ser medio hombre, acercándose a la muda de la voz. Tenía su hogar detrás de unos inmensos setos de endrino, en una choza extremadamente pobre. A Martin le dio siempre lástima de él. Probablemente tenía un lugar mucho más difícil y pobre en la Comunidad del que Martin nunca pudiera tener. Y mal podía florecer algún exceso de cariño en una choza, compuesta de una sola habitación, tan estrecha que los miembros de la familia estaban tan juntos como en una lata de sardinas.

Verdad es que fuera, en el pequeño huerto, existía la primera reconciliación en forma de flores y flores a centenares, pero el soñador y el condenado a la pobreza se convirtió con frecuencia en un tipo extraño, contemplando a través de las flores sin observarlas. El soñador, siendo un estorbo de pobreza, miró siempre «más allá», mientras sus pies tropezaban con el cercano caracol de la tranquilidad, el más próximo vecino entre el susurro de la noche. Él, verdaderamente pobre y soñador, era ciego para lo más cercano y así andaba allí, taconeando y teniendo compasión en su lejanía. Lo mismo ocurrió con tantas personas. Era la norma entre los soñadores. Miraron a través de todo sin ver nada, contemplando hacia la eternidad vacía. La escuela del vallecito tenía cinco o seis de estos hombrecitos con excesiva imaginación. Se reunían gustosamente y después permanecían sentados, mirando a través de los otros, como si ninguno de ellos hubiera existido. Solamente oyeron sus voces, llenas de «sentir lástima», hablando del Mohicano del Mar, del cuerpo de grumetes, de «Ählen & Holm», de California. En los libros infantiles estaba escrito, que estos cuerpos eran tan desenvueltos, y despiertos, que era la flor de la estirpe de chicos. Martin tenía una experiencia contraria en este sentido. Ya siendo mayor, pensó sin añoranza en aquel tiempo, cuando había estado sentado junto a otros chicos, en compañía de sus fantasías, fumando caña y ensuciándose con arándanos encamados alrededor de los ojos. No solamente las voces parecían vacías, sino toda la atmósfera era vacía, aunque, a veces, estaba suficientemente bien representada para poder engañarlos durante una hora.

Después de las reuniones de las fantasías, llegó la parte opuesta de las borracheras: el día de trabajo volvió bamboleándose como un saco de arena, en un estado aún peor, el trabajo en sí le parecía estar un poco más cerca del

diablo. Al final no podía hacer ni la cosa más sencilla y, al mismo tiempo, no podía mantener el trabajo por los pensamientos pasados. No, el pensamiento tenía que estar en el valle del Sacramento, allí, en un peligroso desfiladero de las montañas, siempre armado con un fusil «Winchester», siempre preparado, a menos que no estuviera paleando oro un poco más arriba, hacia el río Sacramento, o hubiera salido con el bote Maryat. Hasta salir los periódicos, los diarios —Dios los bendiga— dando a los pensamientos un trozo de *la realidad del mundo*, con descripciones de la batalla del país de los Santos. La realidad, como siempre, había pasado a los niños.

Sten y Martin estaban abajo, junto al lago Tolle. Cortaron unos barquitos de corteza, dejándolos flotar en las olas debajo de sus pies. Después estaban allí sentados, mirando fijamente. Era como si no supieran jugar. La flota derivó hacia dentro entre las piedras, yéndose a pique, mientras los almirantes estaban con el Mohicano y la Mujer. Ahora estaba allí otra vez, con ojos en la lejanía, no viendo nada, mirando fijamente a través de la flota recogida a toda prisa, que formó un montón de barreduras por el impulso de las olas, pero no la vieron. Lejos, fuera en la bahía, se deslizó un somorgujo por el aire —de repente se había oscurecido el cielo, llegando nubes grises y olas negras y azuladas—; el somormujo se zambulló. Él notó que el día de trabajo enjuagó su cuerpo. Él estaba de acuerdo con su continuo día de trabajo en el líquido elemento. Él no tenía sueños ni fantasías. En la playa estaban sentados dos soñadores que sentían lástima de sí mismos. No vieron el somorgujo, sino que enviaron largas ojeadas a California, hacia el horizonte por encima de la espalda del somorgujo.

El sol resplandecía en el temprano y bonito otoño y parecía verano. Las hojas de las patatas en los labrantíos estaban todavía completamente verdes. Era a mediados de setiembre. La siembra del otoño estaba terminada, pero las aguzanieves se quedaron. Estaban esperando el veranillo. Los nabos en el pantano del bosque de árboles cupulíferos intensamente cultivado crecían gordos como muslos de un niño. Eran de la clase tankard blanco-amarillo, la mitad de los cuerpos de los nabos se levantaron con frecuencia más de 0,30 m de altura encima de la superficie del pantano. A los niños que trabajaban con ellos nunca les dejaron llevar el pensamiento a la desnudez.

Wilhelm había contratado a un par de chicos que, juntamente con Martin, sacaron los nabos. En esta ocasión hicieron competencia en escoger los nabos «más desnudos», ejemplares torcidos y extraños o ejemplares con dos piernas.

Para los chicos, llamados Emil y Birger, no parecía existir ningún secreto. Solamente hablaron de asuntos sexuales y de los indios. Martin aprendió un poco de ellos, cosas que para él tenían valor variable.

—Ahora vamos a ser frescos en el hocico —dijeron.

Y así se sentaron. Dieron nombre a los nabos más extraños, les dieron nombres de chicas de la región. Pero Martin fue distraído. En sus pensamientos

le pesaba el ternero. Al cansarse con el juego de los nabos, los chicos volvieron a hablar de los indios. Pero Martin siguió distraído, de puntillas, sin hacer ruidos, él solamente pensaba en aquel rato, cuando se había arrastrado silenciosamente como la muerte allí dentro del bosquecillo, poniendo hojas encima de la sangre del ternero.

Cuánto tiempo podría... No se atrevió a pensarlo hasta terminar con su idea.

Por la tarde vino Wilhelm al pantano de los nabos. Le acompañó el agricultor vecino. El miedo que él tenía se quedó completamente quieto, escondido en Martin. Ninguno observó que él tenía miedo allí dentro, completamente quieto, completamente quieto. Con ojos pesados por fingida indiferencia y con grandes gestos de trabajo sacó los nabos de la tierra.

—¿Hay alguien de ustedes que haya visto a un ternero aquí cerca del pantano? —preguntó Wilhelm.

—Sí, pues es que se ha extraviado. Es que ustedes lo han visto por casualidad —dijo el agricultor vecino.

A Martin lo ayudaron los cabeceos y las voces de los otros dos, cuando él también hizo lo mismo con su cabeza, pronunciando un no.

—No, no le hemos visto, no. Por lo menos no ha estado por aquí.

El campesino miró a Wilhelm. Martin ocultó su temblor y excitación en los grandes movimientos que hizo al sacar los nabos, tirándolos en pilas. Afortunadamente trabajaron también los chicos al mismo ritmo. Ninguno podía distinguir su culpabilidad. El campesino vecino miraba a Wilhelm.

—Sí, creo que es como dije —manifestó él.

El corazón de Martin golpeó tan fuerte que estaba a punto de ahogarse. ¿Qué era lo que podría haber dicho el campesino? Sacó centenares de nabos. Dios se manifestó, dándole un poco de frío para también escuchar al agricultor.

—Sí, no son otros que los gitanos, claro —dijo el campesino—. Pues viste la chusma de gitanos que pasaron por aquí ayer, cinco carretadas.

—Sí, me dices algo —dijo Wilhelm—. Pues podría ser...

—Sí, ahora estoy seguro —dijo el campesino vecino. *Son* los diablos de los gitanos.

Ahora surgió la luz en el cerebro del campesino vecino y en el alma de Martin.

Blasfemando de los gitanos los dos agricultores se marcharon. Martin dio las gracias a Dios silenciosamente por existir gitanos en el mundo. Los chicos siguieron trabajando con los nabos, como si nada hubiera ocurrido. En la hora de cenar se marcharon a casa. Pero, durante varios días, casi todos los pensamientos de Martin se referían al ternero en la tumba.

—Tan claro y humilde pareces *tú* —dijo Hellvig.

Así que se notaba, por lo tanto, que él andaba allí dando muchas gracias a Dios en el cielo. Pero, debajo y encima sentía otro estado, que abolió y rechazó; recobró, abolió y rechazó. Todo estaba en movimiento dentro de él; todo el

mundo estaba en movimiento dentro de él.

Él mismo estaba entre la Vida y la Vida, entre el nacimiento y la madurez; en la inadmisibles media vida de la niñez solitaria. En el desierto.

En octubre se mudó a la finca de Norda. La despedida de Tollene no fue muy triste.

Martin tenía el presentimiento de que ninguno lo iba a echar de menos. El reloj en el «mar blanco» seguiría su marcha como antes. Cada hora tocaría sus flacas y campanilleadas campanadas. Todo sería como antes. Ninguno diría: Aquí, en el sofá, estaba acostado Martin y, en esta silla, estaba sentado por las noches, con sus codos sobre la mesa y los dedos metidos en las orejas, inclinado sobre sus deberes. No, se marcharía sin dejar ninguna fragancia. Sin surgir en la senda de arena gruesa como un fantasma en la hora de las lilas.

—Lo tendrás bien —dijo Wilhelm, tal como los otros—. Si te empeñas bien —añadió.

A Martin le pareció que lo dijo de una manera extraña. Lo dijo de una manera que parecía esconder un pensamiento.

Martin lo miró y, de repente, entendió todo. Lo habían preparado ellos. Lo mandaron a un sitio que sabían que no era bueno. ¡Lo enviaron de la ceniza al fuego! Nunca había entendido algo tan evidentemente claro como ahora al ver la cara de Wilhelm, contento de sí mismo: el que no sabía leer allí en la cara su porvenir más próximo, no sabía leer en absoluto.

Pues bien, si es así, pensó Martin, entonces puedo marcharme antes de la comida. No necesito que me den a mí ninguna comida. Bajó la vista hasta sus zuecos de madera. Lo único sobre lo que reflexionó fue en cómo iba a decirlo.

De repente lo dijo. Casi surgió un poco antes de lo que deseaba.

—Pues me voy ahora mismo. Quiero decir, que así llegaré allí a tiempo.

—Oh, no corre tanta prisa —sonrió Wilhelm, algo forzado— puedes quedarte a comer.

—Sí. Sí —dijo Martin, tragando la saliva—, pero no tengo... hambre... en absoluto.

Wilhelm le dirigió una mirada escrutadora.

—Así que no lo tienes. Bien, yo no voy a forzarte.

Martin se sintió aliviado. Fue un desahogo cuando Wilhelm apartó su mirada. Hellvig se acercó con el paquete que él se llevaría.

¡Aquí tienes! ¡El paquete! Lo contempló más detenidamente de lo que nunca se hubiera atrevido. Tenía lágrimas en los ojos y él no entendió por qué. «Tener lástima.» Sí, era por aquella razón. Él mismo se puso caluroso en los rincones de sus ojos y ahora lo notó. Tener lástima. Tener lástima del hijo de Tío Tom, ja, ja. Ahora en sus labios se dibujó una amplia y repentina sonrisa estúpida, que hizo retroceder a Hellvig. Un poco desagradada y herida, se retiró al hogar. Ting-ting, tocó el reloj alto desde allí dentro. Entonces se reanimó del

sueño y su espíritu volvió a Tollene, a ellos y empezaba a despedirse...

Fue de uno a otro. Se habían retirado al «mar blanco» y estaban sentados en sillas alrededor de la alfombra fina. Reinaba el silencio, con excepción de algunas amonestaciones. «Honradez es lo mejor a la larga» y «Con Dios en el pensamiento». El reloj blanco y alto hizo una reverencia, pero solamente a Martin, los otros no lo observaron. Lo vieron solamente estar allí, tieso, con el tictac del péndulo en su estómago. Desde el cuadro de la pared, Cristo contempló cómo su cordero andaba sobre la alfombra fina, igual que en una pradera cortada en el mundo de la buena amonestación. Oh, Cristo fue demasiado amable bajo su barniz de Nuremberg y estaba sudando como la miel. Primero Martin se acercó al viejo Gunnar, y le dio su mano. Nadie dijo nada, pero el silencio habló como representante de él. Adiós, viejo, gracias por las bofetadas que me diste. Gracias por haberme llamado eso y aquello. Espero que lo tendrás a bien.

Y Wilhelm, agricultor por la vía de Alnarp, tú, que vives una vida tan auténtica, que puedes ver el lunes en pleno domingo, tú, que tienes «lo mejor de Svalöv» en tu cabeza, te doy la mano. Gracias por aquella vez que me pegaste cuando estaba desnudo en la playa. Perdóname por haberle tenido miedo a la oscuridad, pero lo cierto es que ya me pegaste por ello. Sí, ¡adiós entonces! Espero que lo tendrás tan bien como puedas. Y tú, Gunvor. Que lo tengas bien. Y Hellvig. Guardaba muchos sentimientos hacia ti que ignoras, adiós.

Sí, y así había terminado. Sí, gracias a todos por este tiempo de Waldenström.

No decía nada de eso mientras se despedía. Casi ni siquiera lo pensaba, puesto que era «bueno». Atravesó la esquina de la alfombra en el «mar blanco», notando que todas las miradas se dirigían hacia él y, por los turbios sentimientos de la despedida, vacilaba.

Después volvió otra vez la sobria tarde del miércoles. Martin, el niño de la Comunidad, se dirigió hacia la puerta, con el paquete apoyado contra la cadera derecha, como una inmensa calabaza y con el brazo doblado, deslizándose en el liso papel marrón. Llegado a la puerta, se volvió hacia ellos, dirigiéndoles una mirada con ojos llenos de lágrimas. Vistos desde su calina de lágrimas, estaban sentados, sonriéndose. El hijo perdido salió. No había dicho nada del ternero. Lo había matado él mismo. Por lo tanto, el pecado mayor era el suyo. Ahora lo supo. Oh, si hubiera podido esconderse en la música del órgano. A lo mejor debía regresar a Wilhelm y contarle la verdad: «Yo maté el ternero. Sí, yo lo maté. No, no. Wilhelm me mataría. Por eso lo perdono todo, todas las bofetadas que me dio sin ninguna razón y el azote en la piel desnuda, en la playa.»

Iba a cerrar la puerta. Entonces se atropelló con la mirada del retrato de Waldenström, ¡que preguntaba y preguntaba!, poniéndose pálido, el pequeño asesino del ternero. El pecado lo oprimía desde el interior. Temblando, volvió a entreabrir la puerta casi cerrada, para decirles a todos, apagadamente y tiritando, tal como si tuviera la boca llena de lana seca:

—¡Que Dios los bendiga!

Surgió con toda congoja. ¿De dónde salió? Y todos en las sillas se pusieron las manos delante de los ojos, todos a excepción de Wilhelm, que todavía estaba inquiriendo. Era como si lloraran. Estaban sentados sin moverse. Pero no tenía más tiempo para quedarse aquí. Lentamente, cerró la puerta, avanzando a hurtadillas sobre el suelo del zaguán hasta llegar al umbral. Después se apresura a la veranda, saliendo al jardín, cuyo aroma, todavía en el otoño, saturaba el aire. Desde los setos se oían las melancólicas piadas de las gallinas de Guinea. La puerta enrejada dio un grito y la arena gruesa hizo ruido bajo los zuecos de madera. Se fue hacia Norda. ¡Que Dios los bendiga! ¡Que Dios los bendiga! ¡Que Dios los bendiga!, murmuraba a través del llanto.

Hoy tiene que andar todo el camino alrededor de los lagos. Será largo, ya lo creo.

Le da tiempo para concebir miles de pensamientos. Le da tiempo a juntarlos, juntar los pensamientos; y recuerda canciones que ha cantado.

Pero, primero, contempla un poco la guerra, que ahora está en marcha; estalló el verano pasado. Ha visto sus imágenes.

Ahora se imagina cómo corren adelante. Los guerreros corren adelante.

Los guerreros corren continuamente. Con toda seriedad. Se matan. Se matan unos a otros.

Piensa en el ternero. El Ternero y la Guerra están luchando en su alma mientras va adelante.

Ha escuchado a Gunvor, cuando habló con Wilhelm de la guerra. Es bastante extraño.

Al hablar los mayores, es exactamente como si uno consiguiera la inteligencia de ellos, mientras están hablando, sólo por escucharlos.

Al terminar de hablar, se pone más joven otra vez, entonces se vuelve a ser igual de pequeño que antes.

Martin va descubriendo, de una manera extraña, que el ente de la niñez es dilatado, que puede extenderse por delante de sí mismo, incluyendo las edades de los mayores. Hay días en que uno sabe mucho más que otros días. Existen días infantiles y ratos precoces. Si uno lograra recordarlo todo, entonces podría tener mente de adulto en un día.

Cuando alguien le habla, a Martin le parece como si tuviera la inteligencia de aquella persona que le habla.

Así es él ahora. Conoce la vida de diferentes maneras. Es difícil para los mayores engañarlo, pues nunca pueden saber lo que en realidad es él en aquel momento.

Cuando había hablado Hellvig con Gunvor de la cigüeña que le había llegado al vecino, él sabía que fue mentira. ¿Por qué, entonces, se cubrió la vaca? ¿Era porque entraría la cigüeña-vaca en el estómago? Ya cuando tenía siete

años, sabía que el niño salía de una manera, que la madre tenía que extender las piernas para deshacerse del niño.

Y sabía muchas otras cosas. En realidad sabía tanto como ellos. Sí, existían ratos en que él sabía más que ellos. Pero si andaba sólo por sí mismo, sin escuchar ni leer, entonces era como si se hundiera detrás en el tiempo, entonces sus conocimientos se hicieron peores.

Una semana sabía que *los trabajadores* eran peligrosos; que pensaban llegar un día para acabar con los ricos. A él le gustaban los ricos, *sabían* mucho, tenían todo. Ählen y Holm eran ricos. Parecían buenos y ricos en el retrato del catálogo.

Otra semana sabía que ni los trabajadores ni los ricos eran buenos. Era «la gente» la buena. Había tres clases: 1) los trabajadores 2) los ricos y 3) la gente corriente. La gente corriente era la mejor. Él mismo era una persona corriente, pero tenía la intención de hacerse rico; en realidad tenía la intención de hacerse una persona corriente y rico y ser marinero de la flota. Odió el trabajo. No quería trabajar. Opinó que eso ya lo había hecho demasiado. A Martin le disgustaban los trabajadores por trabajar. Hacían lo que él odiaba. ¿Por qué lo hacían? ¿No podían decir, que ya no *querían* trabajar más? Por su parte iba a trepar en el aparejo, tal como estaba haciendo el grumete en la imagen del libro de cuentos. Pero alguien tenía que trabajar, ¿no?

Andaba «pensando» y acertó y se equivocó. Cuando había andado un rato y se cansó, había olvidado tanto la guerra como los trabajadores y a la gente. Entonces sintió lástima de sí mismo, por ser niño de la parroquia. Este sentimiento duró cinco kilómetros. Mientras tanto, cantó la canción de la Chica mártir.

*Escuchen ahora, quiero contarles
de una pequeña, tierna mártir,
que en la escuela dominical aprendió
a querer a Jesús, el amigo de los niños.*

*El hogar estaba tan mal cuidado,
blasfemias y palabras bruscas,
sin casi nada de comer
y sin rastro de bienestar.*

*El padre, rabiando y bruto,
estaba bebiendo en todos los rincones.
A la mujer, ya muerta como joven,
casi no se la despide junto a la tumba.*

*Cuando, un día, la pequeña Anna
canta una canción sobre el amigo de los niños,*

*empieza el padre a blasfemar y reprenderla,
preguntando: ¿quién te la ha enseñado?*

*La he aprendido en la escuela dominical,
contesta alegremente la pequeña Anna.
Una vez Jesús me llevará
junto a su mano, a la ciudad del cielo.*

*Entonces se le acabó al padre la paciencia,
levantando la botella de aguardiente,
aplastando el cerebro de su hija,
aunque reinaba fiesta en la ciudad del cielo.*

*Eternamente está sentada la pequeña Anna
en la sala de perlas del cielo.
La canción suena en honor de Dios
entre estrellas sin discursos.*

*Pero del padre no se menciona nada
en el libro oficial del cielo,
perdiendo pronto su juicio
y muriendo en un rincón por infarto.*

*Así es la canción sobre Anna,
que fue llevada a casa por Jesús.
Fue corta pero aumentada
por Agnes Andersson.*

El pensamiento volvió a rozar un poco la guerra, la guerra de los grabados, donde nunca se hacía la paz. Una vez había visto los cañones de la artillería de Vendes. Aquella vez era muy pequeño, seguramente estaba fuera, dando un paseo con Inez. Entonces llegó una gran fila de aquellos cañones. Los guerreros estaban montados en caballos, fumando. Por la noche se bañaron en el lago todas las criadas. Cada criada tenía tanto pelo en el estómago como una ardilla entera. Estaban allí, tal como Dios las había creado, agitando con pañuelos a los guerreros en el otro lado del lago. Tales días fueron crueles para los niños. Había visto a una sirvienta pegar a un pastorcillo aquella noche. Se decía que estaba enamorada.

En el mismo año murió una mujer por causa de no poder extender suficientemente las piernas para que saliera el niño.

Los novios eran crueles. No se preocupaban más que por sí mismos y las lilas. Los que poseían mucho también eran crueles. Por las noches ladraban sus perros continuamente, continuamente.

La llama del alma de Martin flameó de un lado a otro bajo la pantalla del ego en el viento del mundo. Andaba allí en la senda de la vida, contradiciéndose él mismo de un día a otro. Pero no deseaba algo «malo» a ninguno. Hubiera podido acariciársele tal como un gato, pero con gran diferencia respecto al resultado. Un gato solamente hubiera ronroneado, adivinando un recipiente de leche en un rincón, pero a Martin lo hubiera creado Creencia, gran Creencia, dejando de aletear tanto con su alma, siendo dispensado de buscar tanto en todos los rincones, donde no había mucho en que buscar. Ahora estaba como una pequeña lámpara, llena de hollín, de toda la parroquia. Había muchas bocas que estaban soplando en su llama. Se inclinó de un lado a otro, aunque con frecuencia ensuciando el vidrio con el hollín.

A lo mejor era la razón por lo que él amaba la escuela. Dentro de la escuela estaba Suecia, allí estaba de visita el Mundo todos los días. En la escuela tenía su punto fijo, mientras los mimados tenían sus puntos fijos allí en casa de sus hogares. Ellos se dirigían desde la escuela *a casa* por las tardes. Él *se apartó* de la escuela. Hubiera querido vivir en una sala de la escuela por las noches. Sí, le hubiera gustado acostarse allí, aunque tuviera que ser en el suelo, ya que dentro de la escuela estaba el país de Suecia tanto de noche como de día, quedándose allí siempre el Mundo, sin apartarse de allí, ni dejarlo solo. Allí dentro vivían los Ríos de los Lagos, aunque estuviera el aire tan seco por el polvo de la tiza que sintiera necesidad de estornudar. Allí dentro estaba sentado Lutero, vestido de gris, tan lleno de mandamientos que nunca fue querido, y allí andaban Adán y Eva en su desnudez en el grabado de la enseñanza, agazapándose bajo la espada del ángel. ¿Qué habían hecho en realidad? Sí, habían comido del árbol de la ciencia del bien y del mal. Un enigma incomprensible. Las conjeturas susurraban como ratoncitos en los rincones.

De una manera también *odió* la escuela por decir tantas mentiras, mintiendo en un lenguaje distinguido, completamente incomprensible para los niños, pero siendo, de todas formas, su refugio e isla, amándola aún más durante las horas cuando representaba completamente la realidad, la geografía, la ciencia natural.

Era tarde cuando llegó a Norda. Ya habían encendido la luz y todas las ventanas de la fachada dando a la tierra del brezo resplandecían rojas de las cortinas de subir y bajar.

En «la calle», que entre la valla de piedra llevaba arriba a la finca, se quedó junto a un matorral de zarzamoras. Recogió unas bayas y se las comió. Oh, estaban buenas. La finca se dibujó como una oscura fortaleza de agricultores en el fondo de las flotantes nubes de la luna.

Dos veletas se torcieron chillonamente en el débil viento: ¡tal como en las leyendas de los castillos! Y la campana parecía tan pequeña como un mortero al revés hacia la media luna velada. La noche estaba demasiado benigna para ser otoño. El tiempo estaba tibio y enfermo.

El perro le envió un ladrido medio famélico en la noche. El ladrido se multiplicó por el eco entre los cuerpos de la casa.

Parecía como si la finca tuviera cien perros.

A gran altura se perseguían las nubes. Por debajo eran como plata y, por encima, terciopelo negro. En total era un cielo que sentaba mal a los soñadores, puesto que los que se consideran expulsados siempre están mirando hacia el cielo de noche. Martin estaba poniéndose nervioso. ¿Qué pasaría si no iba a aquella finca? ¿A lo mejor una paliza del cura? No, los curas nunca pegan. Se sentó en una piedra, junto al matorral de zarzamoras, para pensar, si posiblemente, pegarían en algunas ocasiones. No, no podía acertarlo. ¿Pero el concejo de la comunidad?

Se había enterado de que el concejo de la comunidad, por cierto, no pegó él mismo, pero envió a los que iban a ser pegados «más arriba del país», a dos viejos castillos, los cuales habían sido reconstruidos y convertidos en correccionales. Estaba bonito allí, cubierto por la hermosura del paisaje, aunque, de todas formas, eran castillos correccionales. Por cualquier cosa se les podía castigar a largos y difíciles años.

*Así, pasando muchos largos años
en el castillo de Rava
estaba sentado y pensando Gyllenhjelm,
sentado en bóvedas de los muros
y por todos lados reinaba la noche
sin centellear ninguna estrella.*

Hoy en día los campesinos no pegaban tanto a los niños de la parroquia como antes, sino que los enviaban «más arriba del país». Pero, por lo general, era suficiente describir cómo ejecutaban la disciplina allí «más arriba» y qué fácil era solamente ir a Holje, sacar el papel de la disciplina, telefoneando después. Entonces llegaron por ferrocarril los agentes del correccional en su busca. ¿Y después? ¡Sí, después sí; después sí!

Para alejar de sí aquellos desagradables pensamientos, Martin empezó a cantar. Sabía muchas, muchas canciones sobre cómo debería ser el hombre.

*Evita siempre las bebidas fuertes,
evita los delitos del alcohol.
La vida no es un baile sobre rosas,
aunque pueda resultar bastante agradable,
sólo si uno no se acerca a la botella.
Si uno no agarra la botella.
Evita el alcohol y el día
parecerá claro, aunque sea nublado.
Piensa que si los ejércitos de Alejandro,
en el desierto, hubieran llevado alcohol en
los cascos*

*y se lo hubieran bebido..., ¡qué crimen!
Alejandro sabía cómo salir
del desierto. ¡Valor sobrio!
Fue siempre el plan que tuvo,
cuando estaba en medio de héroes.*

Martin se comió algunas zarzamoras más, junto a las cuales estaba sentado, inmóvil, en el oscuro crepúsculo lunar. La noche era vagamente tibia y amable. No tenía el menor deseo de subir a la finca. Podía seguir sentado un poco, «meditando» sobre la vida que «pasa y pasa». «¡Qué extraña!», pensó, mirando una estrella.

Se acercaron unas terneras llenas de curiosidad, que no iban a ser sacrificadas aquel año y lo miraron fijamente por encima del ancho vallado de piedras. Seguían pastando por la noche, gracias al tibio otoño. Hundido en sus sueños y ahogado por las nubes, a Martin le costó un buen rato advertir la presencia de las terneras. Entonces estaba cantando una canción. La interrumpió, apartando su mirada de la estrella.

Se habían reunido varias terneras. Oh, ¡Dios mío! ¡Una, dos, tres, cuatro terneras! Lo miraron fijamente. Sííí, ¡lo miraron fijamente! ¡Y allí! ¡Otra más! Aspiró, intentando llenar sus pulmones con valor. En el mismo momento sintió gran somnolencia, pero se esforzó en mantener cerrados los labios por miedo a alterar su conciencia con bostezos o blasfemias, yéndose el bostezo hacia dentro, al pecho, esperando allí; ¡pues allí, junto a la valla, estaba el Ternero! Estaba allí, completamente quieto. Lo miró tan extrañamente. ¡Oh!

El claro de luna, amarillo como los camemoros, se reflejó en los ojos del joven animal. Todo el cielo estaba lleno de fantasmas. El ternero lo miró fijamente, como un gato. ¡Oh!

La voz de Martin se hizo lamentablemente infantil, como la voz de un niño de tres años colocada en la boca de la madre.

—¡Dios mío! Pequeño ternero. Mi ternerito de vaca. Qué pequeñito y heladito, andando en la hierba húmeda en la noche horrorosa. Dios mío. Dios mío.

Sin embargo, el ternero lo miró. Delante de este pequeño balbuciente sintió aún más curiosidad. También los otros terneros se amontonaron más cerca de la valla, tan cerca como podían llegar... Pronto estuvieron colocadas cómodamente cinco cabezas de terneros encima del muro de la valla, contemplándolo. La cabeza del ternero que estaba más hacia la izquierda era *el Ternero*.

Martin cruzó sus dedos. En Vilnäs se decía: «es mejor enfrentarse con un fantasma que apartarse de él». Pero no se atrevió ni a una cosa ni a la otra. Se quedó sentado en la piedra, solamente murmurando, balbuciendo al ternero, rezando al cielo, y casi persuadido de que no era ningún fantasma de ternero, aunque el miedo, al mismo tiempo, le contradijo lo que sabía, que era exactamente su Ternero.

Pero los animales no tienen ningún «alma». Se le ocurrió pensar en el día del otoño, cuando habían matado a *Ruffe*. No, «los animales no tienen ningún alma». ¿Si les iba a golpear? ¿Golpearlos con una piedra? No, no se atrevió. ¿No sería mejor, de todas formas, mandar una carta al concejo de la comunidad, explicando cómo podía ser? No, no, entonces solamente firmarían el papel del correccional. ¿Y después? «Mi padre está muerto y mi madre está en Cali...» ¡uf, aquéllos! Allí estaban los terneros y eso era una cosa mucho más seria. ¿Los golpearía de todas formas, para ver el resultado?

Ya tenía una piedra en la mano. La miró, dándole la vuelta varias veces, tal como uno hace cuando va a comprar un reloj. Desde el patio, allí arriba entre los cuerpos de la finca, fue lanzado el ladrido del perro como desde un gigantesco embudo, haciendo eco. Martin dio vueltas a la piedra muchas veces. El ladrido lo ayudó un poco, distrayendo sus nervios. Pero cuando lo examinó, los terneros todavía estaban allí. Sopesó la piedra en su mano. Pero, de repente, la dejó caer al suelo, sentándose rectamente sobre ella. Volvió a mirar hacia las nubes. Allí estaba todo el ancho océano y el mundo adonde se podía huir cuando se agolpaban insistentemente los pensamientos sobre el ternero, sobre su ternero. Ahora canturreó; canturreando hacia dentro, canturreando hacia fuera de sí. Y, con la espalda tiesa, cantó la canción sobre los paganos.

*Oigo sonar muchos miles de voces. En
alabanza a Dios, nuestro Señor; su sacrificio
trae a los paganos de país lejano mediante
alabanza de regocijo: Dios sea alabado por habernos dado
su luz brillante en la noche de la muerte. Sus palabras
nos han dado la redención. Su amor es nuestro mejor tesoro.*

*Desde China suena fuertemente su gloria, donde antiguamente
se adoraban troncos y piedras. El buen alma de Dios ha estado
presente, tocando poderosamente las piernas muertas. Dios,
¡envía a la tierra, mar y países victoriosamente tus
palabras de redención, informando sobre tu poder
tanto en el Sur como en el Norte y por todas partes.*

*La canción es llevada sobre las olas, y alcanza,
el pobre pueblo de las Indias, recibiendo
una respuesta gloriosa de muchas almas agobiadas y capturadas:
«Alabado sea Dios, que paz nos ha dado, así como
la esperanza de la gloria. Alabado por haber indultado a pecadores,
sacando nuestra vida de la tumba.»*

*¡Y escucha! Desde los oscuros hijos del Congo, la canción
pasa como un río inmenso. A Él se levantan*

*las oraciones de aquellos que las han rescatado con su sangre:
«Encomiéndale para que pronto se escuche
su mensaje de redención en todas las tierras. Nuestro redentor
ha nacido y, por eso, nuestra luz también debe resplandecer claramente.»*

*La canción suena extensamente en la pradera, donde anteriormente
se produjeron salvajes algazaras. Un grupo
lleno de devoción, está esperando y cada rodilla se ha doblado en oración: ¡Dios
eterno,
a ti el honor por haber enviado tu Hijo abajo a la tierra!
Del corazón te traemos la canción de alabanza. Solamente
tú eres Dios y ninguno más.*

*¡Silencio, escucha! Como un bramido de poderosa agua,
pasa una
canción más elevada alrededor del mundo. Cuando los trombones de
Dios, por la noche, nos anuncian años interminables de regocijo: Dios,
el Santo, tu pueblo te alaba desde mar a mar, desde playa a playa.
Tú, que en todo muestras tu poder. Tú eres
Rey en todos los países.*

Las mejillas de Martin resplandecían como peras frías y mojadas. Eran lágrimas.

¡Pobres negros paganos! En *La cabaña del Tío Tom* se comprobaba los malos tratos que recibían. Pero, apenas había terminado aquellas consideraciones con respecto a la canción de los paganos, cuando oyó zuecos haciendo ruido sobre la calle. Una sombra osciló en el suelo con un rojo brillo columpiante. Alguien se acercó, llevando una farola. En un segundo lo llenó una repentina alegría. Y entonces entró en él el atrevimiento. Cogió la piedra que acababa de dejar caer, lanzándola hacia los terneros. Horrorizados, desaparecieron por la gran pendiente hacia abajo.

No se asombró en absoluto; por el contrario, se sintió más bien aliviado. Eso era solamente lo que había esperado, sin atreverse a realizarlo.

Ahora la farola se acercó más y más. Estaba allí de pie, amando su luz y calentando verdaderamente su ánimo; sintió cariño por la finca que había allí arriba, en la cumbre. En este momento experimentó auténtica gratitud porque lo dejaron venir a la finca de Norda. Oyó el ruido de un cubo. La farola se columpió más cerca y más cerca. Y ahora notó el apagado susurro de faldas, tan tranquilizador para los niños. El círculo de luz lo alcanzó. Ahora estaba dentro de la caliente luz de aceite, que, susurrando, se dispersó de la lindamente encorvada farola que se parecía a un tarro de vidrio. Karla estaba allí, delante de él, alta y ancha como un muro protector y caliente. Él estaba en una bóveda. Era como si hubiera llegado a casa.

Ella bajaba caminando hacia la fuente del bosque.

—Así que eres tú, que vienes —dijo tranquilamente—. Sí, te esperábamos hoy o mañana.

—Sí —dijo él.

Lo alumbró un poco con la farola, para ver si había crecido algo. No, no era mucho.

—Sí, entonces será mejor que me acompañes a la fuente primero y que después entres conmigo.

—Sííí —dijo medio agradecido.

Y así se fueron, primero, a la fuente del bosque. El ladrido había cesado en el alto. Andaba como en un susurro de protección. Las faldas de Karla bramaron por los enérgicos movimientos de las piernas en el viento, más apagadas, más fuertes que el susurro de los árboles. La falda ahogó todo el bosque.

LA FINCA DE NORDA

Quitaron las hojas de los nabos en el pantano. Martin y Karla. ¡Qué alarmantemente grande era ella en la niebla de la noche! La niebla llegó dispersándose sobre el pantano. Quitaron las hojas bajo el silencio. Las hojas cayeron encima de sus zuecos. Las hojas eran afiladas y ortigaban las manos. ¡Qué grande era ella! Era como si creciera cada día. Su miedo a ella nunca desapareció por completo. Ya le había pegado algunas veces. Pegó fuerte. Ya le había pegado hoy. Por su descuido de haber esparcido paja de avena y no de centeno. Esas cosas eran imperdonables. Debería haberlo sabido. La paja de avena era la mejor paja de forraje después de la paja de guisante. Le había desabotonado y le había pegado en el trasero con sus manos. Todavía le dolía los golpes. Aún no se le había pasado la amargura.

«Tú, diabólica gran puta», pensó. Lo miró desde arriba. Seguramente notaba que él estaba pensando algo ahora. Su sonrisa maliciosa le afectó, haciendo que se sintiera inseguro. Mientras tanto siguieron quitando las hojas de los nabos en silencio. Ella sonrió varias veces. Era como si hubiera querido decir: «Tú, pequeña nuez. Tú, pequeñito miedoso. Te podría tener fácilmente dentro de mí. Te podría llevar sin dificultades en alguno de mis miles de estómagos y vientres.»

— ¿Cómo estás? — preguntó de repente, insensiblemente.

— Pues, bien — dijo Martin.

Estaba turbado. Todavía le dolía el trasero por las manos de ella.

Un brazo de la niebla nocturna los abrazó como una gigantesca y larga cortina. A causa de la niebla, ella se hizo aún más grande. Sus pesadas faldas se bambolearon como una campana al moverse. Siguieron quitando las hojas. Tip, tip, tip, sonó el cuchillo. Tip, tip. Y las hojas cayeron sobre sus zuecos. Pronto

hubieron quitado todas las hojas. Los nabos estaban allí tendidos en pilas, blancos como la desnudez.

Karla se fue para recoger el despertador que antes había colocado en la orilla del campo. En broma, acostumbraba llamarlo «mi niña». Ahora dijo:

—Coge eso, «mi niña».

Envolvió el despertador en un saco que habían traído, dándole a él el lío para que lo llevara.

—Ahora nos vamos a casa —dijo malhumoradamente.

—Sí —dijo él.

Y así entraron en la senda entre los dos pantanos. Ella iba delante. Alta y voluminosa, siguió el surco de la senda en la hierba. Él iba detrás de ella como una ripia sobre el torrente. Sus faldas susurraron apagadamente por su manera de andar.

Una vez se volvió por completo para ver cómo andaba él, su «niña», como ella dijo, el duendecillo, que la siguió sin propia voluntad.

Se fue hacia sus inmensos senos. Ella se levantaba más y más alto. Su calor corporal hacía que el aire alrededor de ella fuera cálido.

Él se paró para que ella se apartara. Entonces ella se volvió, siguiendo la marcha. Sus zuecos de madera golpearon sobre la tierra.

Joel estaba en casa, libre del servicio militar, después de haber sido movilizado durante el verano y el principio del otoño. El tricornio estaba colocado en la mejor percha, en la entrada de la veranda, brillando con sus tres coronas. El uniforme gris verdoso había sido colgado por Gunilla en un sitio bien visible. No era mucho, pero, de todas formas, fue un pequeño jirón de la seriedad de la guerra. Y todavía estaba la neutralidad muy insegura. *Podría* pasar cualquier cosa.

Sin embargo, cuando ya a finales del otoño no sucedió nada, Gunilla se quedó más tranquila. Joel contaba y pasaba la mano sobre el uniforme colgado en la percha de madera:

—Verá, madre, la guerra se ha estabilizado. Ahora seguramente ya no tendremos más guerra. —Lo dijo con sencillez, más o menos tal como era. No tenía ninguna imaginación sobre las cosas de la vida, lo que, en este caso, estaba bien, ya que así no veía la guerra de una manera exaltada ni rica de fantasías.

Si, en algunas ocasiones, él y Gunilla tocaron el asunto, él mostraba bastante sentido común en sus explicaciones.

—Verá, madre, hoy en día avanzan a hurtadillas como ratones grises, y, en la actualidad, la artillería es tan fuerte que solamente mata en bloque a compañías y regimientos.

—¡Oh, Dios mío! —exclamó Gunilla—. Me recuerda a los hombres y a los oficiales de Carlos XV, que estuvieron alojados en Bäckaskog durante mis mejores años.

—Aaah, eso es otra cosa —dijo Joel—. Cuando haya paz, la guerra mantendrá el domingo. Ahora...

No se preocupó en terminar la frase, pero, seguramente, quería decir que era absurdo comparar aquello con lo actual.

Así acababan siempre las pequeñas conversaciones sobre la guerra. Paul, el campesino, estaba sentado en un rincón, escuchando completamente distraído, con los pensamientos ocupados en otras cosas. No se preocupó en absoluto de la guerra. Ésta debería cuidar de sus propios asuntos y, diabólicamente, no meterse en los de él. Su sitio para sentarse en el mundo era el rincón del sofá, en su propia finca. Colocó una de las piernas encima del sofá, teniendo la otra en el suelo. De esta manera podía estar sentado durante varias horas a la caída de la tarde. Al que no le gustara que él se tirase pedos, tenía que buscar refugio en otras habitaciones.

Alguna vez por semana intercambiaban unas palabras él y Joel. Fuera de las blasfemias, las cuales pertenecían a las costumbres de la casa, no se decían más que sí y no. Los dos tenían un pésimo humor.

—¡Mierda!

—En un mes no he tenido ninguna noticia de ese cabrón del Estado que vino a mirar el bosque.

—Sí, en verdad es un cabrón del diablo —comentó Joel.

Siempre estaban de acuerdo en el sentido de que el diablo era el cabrón del demonio. Algo diferente era la conformidad entre Karla y él por todos los aspectos, también en cuanto a los cabellos entrecanos de Paul.

—Eres viejo y entrecano. Debes callarte —opinó ella al empezar él a hablar lascivamente.

—Tú, cadáver —dijo él.

—Tú, garrote —contestó ella.

Probablemente, ella se hizo con niños por pura venganza. Sin duda quería, con todo su corazón, llenar la totalidad de esta finca, que estaba en decadencia, con pequeños duendes de venganza, bamboleándose y comiendo por todas partes. Tenía un poco de rencor a su hermana Klara, virgen, que estaba allí como ansarera, mirando fijamente y buscando en el aire vacío «el amor que resiste», y «la blanca ansia del alma», como ella lo llamó. Karla se burló de Klara y Klara despreció a Karla, contestando raras veces a sus insinuaciones. Solamente una vez dijo:

—Una mujer no debe solamente hacer el amor con su estómago y amamantar.

—Eres una hipócrita —gritó Karla—. Lo querías hacer tú también, pero no tienes ningún hombre. Nunca tendrás ningún hombre.

Klara se puso pálida, cubriéndose el rostro con sus manos, pero sin decir nada.

Por las noches de verano vagabundeó hacia los pantanos. Ocurrió que se bañó abajo en el Lago de los ciervos y que, después, estuvo tendida,

contemplando su cuerpo, contenta con él, soñando con él y apreciándolo más y más.

Suecia es uno de los países más particulares y más melancólicos del mundo. Su alma está impregnada de cuentos populares. En este país hay algunos lagos escondidos, llenos de nenúfares, que solamente están cavilando cuentos y burbujeando esperanzas.

Quién sabe, si Klara del Lago de los ciervos no fue absorbida por sueños cada vez mayores, poniéndose su corazón mortalmente ingenuo. Temprano leyó los cuentos de los hermanos Grimm y otros cuentos populares suecos, supersticiones y leyendas, cuentos de Genoveva, de puertos de cisnes. Se podría suponer que estaba tendida desnuda junto al Lago de los ciervos, esperando a su hombre, todavía sin forma determinada, y el milagro del limo de nenúfares y cielos: el puerto de los cisnes, la blanca voluptuosidad de la pureza.

Sin embargo, la oscuridad es nuestra vida. Grande es nuestro desengaño innato —lo que hace que, en general, florezcan tantos cuentos en los bosques de Escandinavia—; melancólicamente se apaga, convirtiéndose en carbón, el hambriento fuego de nuestros corazones. Muchos se transforman en guardas de carboneras junto a su propia carbonera del sueño, escuchando cómo desaparece silbando. Existe tanto la profunda miseria del cuento como la de la vela. Klara estaba tendida junto a su propio lado, acariciándose, siendo su propia y sola confidente.

En Norda casi sólo se pronunciaban blasfemias.

—¡El diablo en el infierno! Oh, el diablo en el infierno.

A veces fueron interrumpidas por las risas maliciosas de Karla desde el pantano pasando a las palabras temerosas de Klara: «¡No te comportes como una moza impertinente, Karla!», terminando muy entrada la noche con los gritos de los gemelos, los secretillos del niño de la parroquia consigo mismo debajo de la manta y los gritos medio apagados de Klara en el sueño:

—Wilgot.

El que oyó el grito fue Paul y no perdió la ocasión para entenderlo en su doble sentido, antes de volver a dormirse.

—Da esperanzas, sí. Da esperanzas. Pero no traigas niños a casa tú también.

Después entró la noche silenciosamente. Karla dio su pecho a los labios, secos a fuerza de gritos, de los gemelos. En su sofá del rincón se quejó Martin en una pesadilla. La luna estaba llena, alumbrando como una cara lívida y picada de viruelas sobre los durmientes y los que daban de mamar.

Martin tenía diez años y ya estaba acostado en su quinto hogar, en su cuarto sofá. Su amo se llamó Paul —Wilhelm— Sven y tenía seis brazos. Una vez, sin saberlo todavía, tendría cuatro brazos más. Duerme, duerme.

Unos días más tarde volvió Hildur del hospital de enfermedades contagiosas, donde había estado en observación. Se había sospechado que tenía difteria, pero

resultaron ser anginas. Estaba más pálida que antes. La tostadura del sol que había conseguido durante el verano, había desaparecido. Volvió a su trabajo blanca por la estancia en el hospital. Después de algún tiempo se convirtió también la blancura en unas ojeras por desgana. Se sonrió apáticamente, sin tener nunca nada que decir o añadir a su sonrisa, ya que no existía ninguna alegría en Norda. Si no hubiera existido Karla, Martin hubiera pegado fuego a la finca. Los dos hermanos, ambos egoístas como todos los niños, sentían lástima de sí mismos y, de esta manera, no hicieron que la alegría se aumentara, sino que el infierno se dobló siete veces, tal como ocurre con toda compasión propia. Alguna vez en el establo o en los labrantíos cambiaron algunas palabras. Pero fueron solamente las frases corrientes, lo que habían oído decir a los mayores. Su curiosidad interior, sus conjeturas sobre el paso de la vida, sus reflexiones, nunca las comunicaban al otro. A pesar de ser de diferentes sexos, sus caras se parecían, como un huevo a otro. Hubiera sido como hablar consigo mismo. La relación entre ellos casi era helada. No se ayudaron en absoluto. Nunca hablaron de su casa, aunque cada uno por su lado soñaba con ella, el hogar de Nite, ahora por la memoria hermosea y embellecida, su despreocupación, sus días de mariposas. Intentaron pensar que, por lo menos, había sido un hogar. A veces surgió la memoria de Inez, mejorando sus vidas.

En octubre se llenó la finca de braceros para trabajar en la cosecha de patatas. Eran gentes de las chozas, éstas auténticas, antiguas chozas de la provincia de Blekinge, con la fachada orientada hacia una colina de arena o hacia un pequeño precipicio, haciendo que pareciera como si la choza acabara de chocar con la colina de la montaña. Había siete de aquellas chozas que estaban subordinadas a Norda, una clase de armarios de pobreza al aire libre, contruidos con piedras, aunque tenían sus pequeños huertos de Blekinge delante de sí, como un ramillete de protesta formado por salvia, espliego, hisopo, menta y espesos amarantos de color sangre; los últimos resplandecían tanto como crestas de gallo y plumas de avestruz de los caballeros hérulos. El país había tenido muchos dueños. A duras penas sabía a quién pertenecía. Allí había rasgos de todos: daneses, suecos, hérulos y vendels. La puerta de aquellas chozas era estrecha como un catecismo. Si uno saliera al mundo, poniéndose gordo, no podría entrar más en la casa, y otra entrada a la casa no existía.

El dueño de cada choza, con su pequeño huerto, tenía que realizar entre seis y quince días de trabajo al año para la finca, dependiente del tamaño del huerto. Arriba en el tejado de cada «armario» crecían malas hierbas, si dentro de la choza reinaba descuido. Por lo contrario crecían cebollas, una clase que se llamaba «Vida eterna». Los armarios eran tan bajos, que fácilmente se podía estar de pie abajo en la tierra, tocándolos con los dedos allí donde crecían en la barba del tejado. Los hijos que parecían crecer mucho, no podían quedarse a vivir indefinidamente en ellas, pues pronto sus cabezas se hubieran encontrado, atravesando el césped del tejado, junto a las cebollas «Vida eterna». La mayoría hubiera preferido salir por la puerta del catecismo, para, después de oler las

flores, marcharse hacia Pomerania o Minnesota. Existían excepciones, entrando unos en la flota, en los húsares de Malmö, en los dragones de Ystad o en los cañones de Vendes. Lo último no estaba solamente situado más cerca, sino también correspondía más a su manera de ser. Perteneían todos a la estirpe de vendel, siendo lentos durante los días de trabajo y alegres los domingos, frívolos, supersticiosos y versados en proverbios, educados y con oído fino.

Martin acompañó a los hombres que hicieron sus trabajos anuales durante la semana de la cosecha de patatas, arrastrándose junto a ellos en los laberintos. El otoño estaba ardiendo completamente con tonalidades amarillas. Los abedules echaban llamas por sus copas. Hacían que llovieran hojas amarillas sobre los surcos de las patatas. Martin se arrastró muy detrás de Karla, haciendo que el surco de ella siempre estuviera delante del suyo. Ella andaba acurrucada. Cuando se inclinó... Pero nunca llegó a ver nada.

Él era un poco sucio en sus pensamientos. Por lo menos así lo llaman los completamente limpios.

Pero existen también otras cosas, como suele decirse. Con ello, probablemente, se hace referencia al bonito otoño, que no podía resultar bonito para él, como él lo tenía. También se hace referencia al amor, que nunca le fue mostrado en Norda, así como al sol y las flores, como si la gente no tratara a los otros como diablos a pesar del sol, a pesar de las flores, helando mortalmente sus almas en el centro del sol y las flores.

Cuando fue mayor, pensó en los cadáveres que se entierran, ¡¡¡se les dan flores!!! ¡A los ya mortalmente helados se les dan flores! Ya no pueden protestar más contra la hipocresía del sol. Oh, los muertos son tan cómodos para tener, puesto que se callan.

Sí, eso pasó en aquel tiempo. En aquel antiguo y buen tiempo, cuando todavía solamente existía *la Primera Guerra Mundial*.

Estaban arrastrándose en los surcos de la finca de Norda. El otoño era bonito y la gente no comprendió que se necesita un poco de cariño, una caricia en la frente, una palabra. En pocas palabras, un poco de ternura para hacer el niño cariñoso, ayudándolo a salir de su descaminada vida de compasión propia.

Empezó una época en que veía las cosas con toda claridad. Vio todo lo que estaba cerca de él dolorosamente despejado. Vio lo que estaba ante sus ojos, los cuales quería cerrar, para no llenar su mente con exceso de imágenes. Pero tenía que oír los sonidos: el viento en el bosque, los mugidos de las vacas, los dolorosos balidos de las ovejas, las melancólicas quejas de los cerdos en la cochiguera. Oyó los malhumorados comentarios de Karla, haciendo referencia a la mala paja, también notó el ruido de los dientes de un caballo, con la boca llena de heno. El caballo sintió la melancolía del pesebre gastado. Cuando hubo comido su manojo de heno, se quedó pensando en la Vida. Nadie sabía *cómo* pensó. El chico dio el nabo a la vaca y ésta empezó a tragarlo. A veces el chico tenía el presentimiento de que todos los animales aquí dentro estaban allí,

dejando pasar el silencio, completamente conscientes de ser animales. De que solamente eran animales. A lo mejor llevaban dentro de sí un dolor interminable: la verdad descubierta por ellos mismos en el país de los establos y cuadras sobre el destino de los animales.

Recogió su estiércol de color rojo de hígado, llevándolo sobre el puentecillo a la loma del estiércol. Allí fuera había un álamo con sus raíces debajo del montón del estiércol, muerto hacía ocho años por envenenamiento de exceso de abono. En los árboles, llenos de ramas secas, estaban sentadas cornejas, contentas de que hubiera dejado de nevar. Miraron abajo, al montón del estiércol, que estaba envuelto por mantas de un ana de ancho de nieve. El duende-niño volcó el carro; manchó la paz de la nieve: ¡Plump!

Tenía ahora once años y, por fin, George Washington había cortado su peral. El primero de noviembre llegó un mozo a la finca, que se llamó Julius.

El sofá de la taberna había sido trasladado a la cámara de mozos y allí estaba ahora acostado Martin por las noches, escuchando al mozo de servicio, un sujeto joven, alegre y bruto del distrito de Willand: un representante para todo lo que se considera incorregible y sin esperanza en el país de Svea, Göte y Vende ¹⁶.

El mozo se llamaba Julius «porque nací bajo velas de navidad», explicó él ¹⁷. Y de verdad. Enseñando sus notas, grasientas y rotas por haber sido dobladas muchas veces, estaba escrito debajo de una mancha de grasa, que él había venido a este mundo en la misma fecha que el de Nazaret.

Mientras pasaba las manos por los cabellos rubios y crespos, se echó a reír, añadiendo:

—Y así tengo buena compañía. El propio Jesús, nuestro Señor y Amén.

A Martin le costaba un poco acostumbrarse a él. Tenía unas maneras tan extrañas. Pero siendo principios. Brutos y sencillos como la paja de centeno, pues, como dijo cuando se llevó a casa su «grito de guerra» (el litro de aguardiente):

—Aunque estuviera sentado sobre una piedra en el infierno, sería yo un trompeta.

*Porque el trabajar mucho es la suerte del mozo
—ocho cubos a través de Pomerania traerá—
recogiendo estiércol alrededor del castillo del conde
¡ja, ja!*

*Y el sacar con la bomba es la suerte del mozo
—ocho cubos a través de Pomerania traerá—*

16

La denominación antigua de Suecia.

17 En sueco, velas de navidad: *julljus*, parecido a Julius.

*cuando salta el dique junto al castillo del conde
ija, ja!*

*Y el tener frío es la suerte del mozo
—ocho cubos a través de Pomerania traerá—
vosotras campesinas con camisas de señora en el castillo del conde
ija, ja!*

*Y el emborracharse es la suerte del mozo
—ocho cubos a través de Pomerania traerá—
oh, muslos gruesos en el castillo del conde
ija, ja!*

*Y el morir por la muerte es la suerte del mozo
—ocho cubos a través del Pomerania traerá—
y marcharse a las guerras alemanas
ija, ja!*

Julius había venido aquí desde las grandes haciendas de la provincia de Escania. El último lugar donde había estado fue Rabelöv y el anterior fue Trolle-Ljungby.

—Llegué por diversión a este pequeño tonto campesino —se jactó—. Solamente para ver cómo se está aquí, ya que la calabaza quiere saber cómo se está entre los excrementos de los ratones. Pues me voy, ¿comprendes?, cuando me da la gana, porque, diablo, ¿no soy una persona libre? —Y como para demostrar eso, colocó una doble ración de rapé, siendo con ello la persona libre, sentado allí en el borde de su cama sucia, siendo una persona absolutamente libre junto a la lámpara de queroseno en el solitario, pequeño infierno de la noche tardía.

Y así estaba allí por diversión, trabajando como un esclavo, blindado por sus simples principios de paja de centeno, llenos de rapé, junto con una jactancia que reforzó la columna vertebral y un inmenso celo de palabras. Su ánimo, como el hielo, le traía al otro lado del pantano. Andaba por las atmósferas de las noches con sus botas de zuecos de madera. Dunk, dunk.

*Porque el trabajar mucho es la suerte del mozo
—ocho cubos a través de Pomerania traerá—
recogiendo estiércol alrededor del castillo del conde
ija, ja!*

Durante ciertas noches, cuando sintió una necesidad de «elevarse mediante la canción», sacó el libro de canciones, «copiado por él mismo», con negras tapas de hule. Empezando desde el principio, cantó concienzudamente todas

las canciones comprendidas en el libro, lo que resultó ser un poco de cada clase. Generalmente, las canciones temen el compás de polaco andando, con alegres descripciones sucias del acto carnal, tratándolo por diferentes ángulos ópticos. Los verbos y sustantivos secretos de la lengua saltaron como ranas en la forma masculina y femenina sobre el suelo de la cámara de mozos y los estribillos eran «la alegría» misma, una clase de clímax tarareada entre la depresión de los versos contruidos por oscuras palabras de celo e insultos a sí mismo.

Visserullan, rullan hallifalli ho.

Después de haber cantado todas las canciones del libro, era tiempo para dormir, después de una noche «alegre». Sobre el estante de la caja de margarina (el cajón de libros) estaban intactos para esta noche. *El hombre con los puños de acero* y *El hijo de Satanás*. El mozo se quitó los calcetines, contemplando sus dedos del pie.

—Uno canta del diablo hasta que los pies se convierten en pezuñas —dijo.

La noche estaba allí dentro de la habitación tan negra por pecado, que fue inútil que la lámpara estuviera encendida.

—Ahora solamente me queda hacerle a Karla gemelos —dijo el mozo, después de un rato— y después me marcharé.

Martin no contestó. Estaba acostado en su sofá, «pensando».

La realidad siempre se acercó hacia él en forma de utensilios (utensilios de trabajo) y órdenes. La realidad más cercana fue constituida por madera pesada: sus propios zuecos de madera. Su odio a los zuecos rebasó todos los límites.

La realidad estaba allí concretamente en sus propios pies, acompañándolo por todas partes. La razón por que odiaba los zuecos de madera se debió a las inflamadas heridas de los tobillos, continuamente lastimados por los zuecos, hasta sangrar y los zuecos fueron el primer pretexto fuerte para odiar la realidad. A todo el concepto de realidad le dio gustosamente la forma de un malvado zueco de terrón, al andar allí él solito, pensando en el especial estigma de los niños de Göinge: brillo lleno de sangre hecha costras.

Se sentía verdaderamente la pobreza. Un empuje, dung-dung. ¡Ay, ay! Diablo del zueco de madera.

De repente, al andar sonando el zueco le tocó a rebato contra el tobillo, tal como si quisiera decir: «¡Aquí tienes, perro, para que veas cómo está la vida!» Entonces profirió interminables blasfemias. ¡Cuántas blasfemias para escoger tenía, en realidad, el país de Svea, Göte y Vende!

Durante el verano era como si se dejara los pies salir al pastadero. Entonces los tobillos se curaron y el pájaro cantó en el bosque, porque, en aquel momento, reinó la paz para los pies. Al final de setiembre volvió otra vez el tiempo de los zuecos de madera y, a mediados de octubre, la herida causada por los zuecos estaba ya pateada, brillando en el otoño. Por las noches, el calcetín

estaba pegado al tobillo. Crucificado al lado de sus propios calcetines, Martin permanecía sentado haciendo muecas, casi sin atreverse a desnudarse por miedo al dolor. ¡Ay, ay, ay! ¡Ay, ay, ay!

—¡Al ser mayor te romperé el hocico, campesino! Te romperé el hocico hasta que el rapé salga a chorros, como de una fuente.

—Sí, deberían marcharse al infierno —dijo Julius, mostrándose de la misma opinión. Era Julius quien había enseñado a Martin la expresión «romper el hocico».

—Le debería romper su hocico hasta que el rapé le saliera a chorros, tal como hace el aceite desde aquellas torres, de México, o donde diabólicamente están.

—Sí, es verdad —manifestó Martin.

Después de un gemido, consiguió desprenderse los calcetines de las heridas de sus tobillos, echándose en seguida en el sofá. Fuera cayó la primera nieve. El resultado de ello sería que la nieve apelmazada se pegara debajo de los zuecos, notando a cada paso la pobreza. Un esfuerzo. Dung. ¡Ay, ay! Un esfuerzo. Dung.

Joel y Martin cortaron en el bosque madera de ripia. Cortaron pinos y abetos, serrando los delgados brazos de los bosques de la provincia de Småland, que se habían abierto paso hacia el norte de la provincia de Blekinge, andando allí a tuestas para conseguir un asidero y de esa manera poder estrangular los ojaranzos, tilos, fresnos, avellanos (los matorrales de bambú de Blekinge), ahuyentando los arbustos de las praderas de los árboles cupulíferos y poniendo en fuga los setos de zarzamoras de todos los montones de piedras, sofocando la silvestre rosa de pimpinela y después invadir con toda la pompa fúnebre de Småland, tal como un oso de pinocha con su pelo de cabra extendido y con la sombra de la monotonía por delante de él en las parroquias, hasta que este oso, en el centro del distrito de Lister, por fin tropezó con un guerrero del Sur que no cedió —el bosque de hayas, cuyas cortezas son como la piel de un hipopótamo, aunque, siendo sus copas tan claras que desde los miradores se las puede ver extenderse hacia el mar como una piel de oso cubierta por fuego en la primavera. Joel y Martin cortaron pinos y abetos, árboles oscuros como las martas que se han endurecido por sus viajes de diez mil años desde Siberia, quedándoles ahora solamente por conquistar algunos lugares más de la península escandinava.

—Cabrón, te vas sobre la sierra en lugar de serrar —dijo Joel.

Martin, que se había cansado al entrar la noche, aumentó el compás tanto como pudo. De esta manera, también Joel tenía que serrar más rápido. Pero tal consecuencia lo irritó, siguiendo a decir:

—Pero claro, no quería decir que tengas que desbocarte, cabrón.

Martin siempre fue llamado cabrón, acostumbrándose a ello al cabo del tiempo. Llegó a hacerse la palabra más corriente del murmullo del hábito, estando todos de acuerdo con ella. Le pareció que la palabra no era tan mala.

Pero existían diez mil tonos de la palabra. ¿Por qué no podían variar un poco al pronunciarla? Norda era una finca llena de odio. Tenía que haber pasado algo allí alguna vez. En realidad, Tollene era una finca buena. ¡Dios, qué bien estaba! Y Vilmäs era el paraíso del cielo. Algo tiene que haber pasado con Joel. El odio tiene que haber sido introducido por fuerza en él. Sus palabrotas eran siempre maliciosas como armas contundentes. El tono era tirante, tal como en defensa propia, lleno de odio. A veces decía «una broma».

—Nunca podrás llegar a ser nada en el mundo —dijo Joel al entrar la noche—, porque tienes un culo demasiado grande.

Martin se sonrió esforzadamente, porque no podía entender el chiste.

—Hace unos días, hablé con el maestro de la escuela —mintió Joel—; él dijo que eres dócil, pero entonces le contesté que, de todas formas, nunca podrás llegar a ser nada, ya que tienes un culo demasiado grande.

Martin no sabía exactamente si creerlo o no y tardó un poco antes de sonreírse. Esta vez fueron solamente las comisuras de los labios las que se movieron. Al mismo tiempo tragó. ¿De veras? Pero si fue así, el maestro de la escuela seguramente no se preocupó por las porquerías que tú dijiste, pensó, mirando indeterminadamente a Joel encima del caballete. Joel se sonrió con malicia, como de costumbre.

—Ahora nos vamos a casa —dijo, escondiendo la sierra detrás de un abeto—, ¿o quizá tienes ganas de hacer el trabajo nocturno?

Martin no contestó, pero tampoco se atrevió a parecer demasiado serio. En lugar de eso miró al suelo, haciendo el papel —medio sonriéndose— de niño indulgente.

—¿Qué dices? —preguntó Joel—. Bueno, entonces nos vamos primero a casa para comer y después regresamos aquí para trabajar esta noche. Sienta bien como ejercicio nocturno. Eso se debe hacer.

Al mismo tiempo empezó a irse hacia la finca, siguiéndolo Martin a unos metros de distancia. Lo último del trabajo nocturno, que había dicho Joel, era de verdad muy tonto, pensó Martin. A él no le preocupó. Intentó pensar que el resto de lo dicho por Joel tampoco le afectó un pito. Miró la nuca de Joel, pensando:

—¡Tú, holgazán! Tú eres demasiado perezoso para el trabajo nocturno, bota del diablo. Te debería meter una piedra en tu casco, imbécil.

Cuando habían andado un rato, tiró un urogallo al aire, que hizo un ruido similar a una pequeña trilladora, antes de extenderse en un amplio claro del bosque.

Se detuvieron, uniéndolos por un segundo el instinto de caza.

—¡Qué grande es el diablo! —exclamó Joel.

—Sí —dijo Martin, conteniendo el tono—, aquel...

Siguieron con sus ojos el pájaro hasta tomar otra dirección, desapareciendo entre los abetos; después todo se quedó como antes. Anduvieron sin hablar. Joel escupió de vez en cuando en el arándano y no habló más de urogallos.

Martin quería indicar algo, quería pararse para preguntar, pero Joel no demostró observar el apelado murmullo del chico detrás de su espalda. Solamente siguió adelante con pesados pasos, escupiendo.

Llegados a la finca, dejaron sus zuecos en el zaguán, entrando en calcetines en la cocina. Karla apartó una olla de hierro del fuego, cuya luz de llama lamió el crepúsculo de la cocina.

Sobre un alto estaba la escuela. Allí acudían cada día los niños tontos. Nunca sabían nada. Estaban sentados, mirando fijamente al maestro de la escuela, tal como percas muertas. Su apatía irritó tanto como adormeció. Todos se habían puesto apodos. Martin fue llamado *Dedo del pie*. No sabía por qué. Seguramente era porque todo tenía que ser igual de tonto. El maestro de la escuela era de la provincia de Västergötland, de una llanura desde la cual se divisaba hasta muy lejos. También aquí en la escuela estaba sentado, mirando hacia la lejanía. No pertenecía a este mundo. Era de Västergötland y se llamaba Stav.

Cuando Martin, algunos años más tarde, salió a lo que se llama la vida, se enteró por vías indirectas de que Stav había muerto. Ningún médico podía saber la causa de su muerte mejor que Martin. Stav había muerto de tedio. No hay nada que mate tan infaliblemente como la apatía y la torpeza. La torpeza siempre es fuerte. Está en mayoría entre la raza humana. Su táctica es matar desgastando, la tortura más china del Universo. A lo mejor Stav quería algo más que ser solamente maestro de escuela. No pedía solamente los deberes. Stav tenía su personalidad. Pero estaba condenado a muerte. Nadie podía tener personalidad. Un día intentó Stav explicar cosas que no estaban incluidas en los deberes. Era una clase de geografía. A Stav le impresionaba la asignatura, sonriéndose y conmoviéndose, esparciendo chistes, actuando, todo para demostrar y convencer que la tierra es grande y hermosa, que «en el tilo crecen hojas y las hojas se caen y la tierra da todos los bosques verdes». Después se quedó sonriendo. Sonreía tan ingenua y calurosamente (aunque con un fundamento vivo y por conocimiento detrás de lo ingenuo y caluroso). Sonrió como si hubiera querido decir: «¡Miren ahora! ¡Despiértense! ¡Les predico una anémona que brota en el desierto del alma!» Y después extendió los brazos, esperando. Pero los niños, sentados en los bancos gastados, parecían solamente distraídos. Las chicas (a la izquierda) hacían las hipócritas, mirando fijamente a Stav en un estado medio dormido. En los pensamientos daban calzoncillos a sus muñecas. Los chicos (a la derecha) se limpian las narices con sus dedos. En sus pensamientos estaban ya en el nido de la urraca y debajo de las faldas de las chicas. Así es. No merece la pena tratar de olvidarlo con mentiras, ya que, en el fondo, Stav lo sabe. Ha visto huevos machacados de urracas manando del tronco de un olmo. Y ha visto mucho más. Ha visto una rata crucificada.

Martin es como los otros, con excepción de algún grano de ansia muy dentro de la corteza de su cerebro. A lo mejor es el origen de una vena de

protestas, que un día va a inventariar toda la gran cantidad de maldiciones de las mentiras de su vida.

—¿Qué decía entonces Jesús? —preguntó Stav, entregando la pregunta a Martin mediante una señal.

Éste se sobresaltó, poniéndose de pie y mirando hacia el suelo.

—Dejad que los niños se acerquen a mí, porque de ellos es el reino de los cielos.

—Bien —dijo Stav—. Siéntate. Tú, Rudolf, ¡repítelo!

Martin se sentó. Al mismo tiempo, Rudolf lo repitió, pero atascándose y enredándose a causa de su gran torpeza, tal como un saltamontes en hierba mala, aun siendo hijo de agricultor, viviendo en casa alta y roja con una inmensa y brillante fachada de madera sangrienta, con ciento noventa mil coronas en el Banco.

—Siéntate —dijo Stav—. Hoy no parece que vas muy bien. Claro, es porque hace un excelente tiempo de primavera. Pero tened cuidado con el hielo si vais abajo, al lago, durante el recreo, puesto que el sol ha derretido su superficie. Pensad en eso, niños, ya que la temeridad no es ninguna valentía. ¡Levantaos! ¡Fuera, al pasillo! ¡Idos!

Así era Stav. No se podrían decir muchas cosas malas de él, pero, de todas formas, estaba el pueblo lleno de chismes odiosos. A Stav le encontraron muchas faltas. Él «habló» fuera de los deberes. A veces no se preocupó en absoluto en hacer interrogatorios, sino que «contó en lugar de eso». Claro que no debe estar «contando», si es maestro de la escuela y se cobra un elevado sueldo. ¡No, aquel-aquel!

Poco a poco se formaron dos partidos en el pueblo, a los que les gustaban los cuentos y los que luchaban contra ellos. Los últimos eran mayoría, pero al preguntarles, no sabían muy bien contra qué estaban luchando. Era solamente así, dijeron, «porque así tiene que ser». Gunilla, en Norda, era especialmente firme en aquel asunto. Preparó varios litros de café y reunió ocho mujeres campesinas, llegando en columnas debajo de agua nieve, envueltas en chales con largas franjas. Stav fue rechazado. En la finca de Norda su honor ya no tenía salvación. Al notar lo Martin, a éste le gustó mucho Stav. Ahora se puso más pesado para pedir vacaciones. Pero el hecho era que las vacaciones llegaron con más frecuencia. Aún más a menudo dijo Joel por las noches:

—Mañana tendrás que pedir unos días de vacaciones.

A Martin le pareció extraño observarse a sí mismo al pedir *sus vacaciones*. Se adelantó durante algún recreo, antes de que Stav hubiera tenido tiempo de salir de la sala.

—Pido permiso para hablar con usted —solía empezar, inclinándose.

Después solía exponer su petición, de una manera apenada y medio triste, pareciendo muy honrado visto desde fuera. Stav no tenía corazón para negar *sus vacaciones* a este chico tan trabajador y asiduo.

—Sí, mi niño, claro que te las doy.

Entonces este chico trabajador y asiduo se inclinó, sonriendo gallardamente, con los ojos brillantes, inclinándose de nuevo y saliendo briosamente de la sala, pero, por dentro, ardía de ansiedad y era consciente de su terrible hipocresía. Ya antes de llegar al umbral de la puerta, odió a Stav, que nunca le prohibió las malditas vacaciones; y se odió a sí mismo por haber hecho su papel de parte de Norda. Martin era cobarde, es decir, era hipócrita, es decir, se sentía sometido. Se sentía oprimido y sometido, un mentiroso en doble sentido, mintiendo por la mentira misma. Y Stav, en la creencia de hacerle un favor al darle los días de asueto, lo hizo gustosamente y de buena voluntad, con una redonda y suave mano de Cristo.

Cualquier día voy a pegar fuego a la finca. Un día lo haré. Oh, no. Dios mío, no.

Durante los días de asueto, Martin tenía que realizar aquellos trabajos que, por culpa de la escuela, se habían quedado atrasados, tales como cortar paja y limpiar la cuadra, así como traer agua a los tres grandes barriles del establo. Tenía que traer el agua en yugos desde la fuente que se llamaba Grotte, y que estaba situada mil quinientos metros hacia dentro del bosque, ya que el pozo de diecinueve metros de profundidad se había desmoronado, enterrando su vena al fundirse las nieves en la primavera. Norda era una finca grande, pero apática, donde todo, lentamente, se fue convirtiendo en ruinas. Durante el verano se notó más claramente, cuando las esquinas de la casa fueron abrazadas por millones de ortigas. También había ortigas dentro de la cuba del pozo. Al coger el tomo, para bajar la cuba, sujeta por una herrumbrosa cadena, ésta descendía por un bosque de ortigas y hierbas de la abertura del pozo, desapareciendo después debajo del bosque de ortigas. En cierto modo, este pozo era muy bonito. Hasta las acerderillas habían entrado allí y toda la piedra estaba cubierta de musgo, suave como la seda. También crecían allí grupos de helechos con raíces dulces, muy abajo de la pared del pozo. Apartando las ortigas y los hierbajos hasta descubrirse la boca del pozo, se podía ver todo esto allí abajo y, en el fondo, un ojo negro de agua, de cuya pupila sobresalió su propia imagen. Todas las hojas del pozo estaban goteando y el musgo medró. El pozo era muy antiguo y, con seguridad, había sido construido anteriormente mediante tierra compacta, antes de cambiarlo por una nueva estructura.

Como ya se ha dicho, ahora la fuente de Grotte tenía que ser el sustituto y estaba situada, como también se ha dicho, dentro del bosque. Para llegar allí, se tenía, en primer lugar, que ir por la calle de los patios que se extendía entre las ya mencionadas e inmensas vallas de piedra, estas obras de fortaleza de piedra berroqueña, construidas por los campesinos, que ahora, hormigueando de comadreas, contaron de la antigua fuerza e inmenso poder de la finca. Ahora solamente Karla y el musgo eran potentes junto con los millones de ortigas que azotaban los tobillos con veneno durante el verano. Karla era la última erupción

de la finca. Estaba allí desdeñosa y preparada para pegar en el montón de piedras de esta finca antiquísima, agitando una bandera de ortigas.

La fuente estaba situada junto a un precipicio, donde los helechos estaban haciendo un parque para las ramas de la fuente y su vena era tan fuerte que echó agua hasta la superficie, de manera que la propia fuente nunca se heló completamente en el invierno, sino que tenía un inmenso bollón tal como el vapor saliendo de una chimenea. Cuando hubo fuerte helada, la fuente aumentó en su parte inferior, construyendo alrededor de su bollón de fuente una chapa de coraza de hielo mucho más grande que un tablado para bailar. La fuente se hinchó e hinchó, la chapa se heló y heló, haciéndose como una escalera por sus diferentes capas y estratos. Por lo tanto se tenía que subir por escaleras de hielo al bollón de la fuente, tal como a una imagen de Buda en Japón (grabado).

Junto a la fuente le ocurrió un milagro.

Muy temprano, una mañana a fines del invierno, venía Martin a lo largo de la senda helada y tortuosa, turbado por el sueño y lleno de miedo a la oscuridad. Los cubos estaban haciendo fragor y tenía miedo por su ruido, que a él le parecía demasiado fuerte y provocativo en el bosque implacable y lleno de estrellas quietas. Cerró los ojos, pensando en todos sus pecados, tantos los secretos como los medio abiertos y los abiertos. Y, de repente, se asustó por TODO.

Todo el Universo se unió con su exaltado estado. Todo lo que el terror deseaba inventar existía en su lente del ojo.

Al principio pensaba marcharse corriendo. Correr a la finca, mintiendo. Mentir sobre algún animal, un alce o un árbol que estaba cayéndose. Hay que decir estas mentiras a las personas, ya que no quieren pensar que el terror mismo crea la peligrosidad. Pero, entonces, se le ocurrió pensar que un alce tiene que dejar sus huellas en la nieve y que para un árbol, que estaba cayéndose, se tiene que rendir cuenta del lugar donde cayó. Al mismo tiempo gritó una gigantesca voz invisible precisamente a su lado: ¡No debes mentir! Y, como un ventarrón, el miedo hizo caer el cuerpo y alma resbalantes que hacían ruidos como sus zuecos. Los cubos se cayeron con estruendo sobre la senda, golpeándole el yugo en su nuca, tal como un bofetón de madera de haya dado por el Invisible. Martin profirió un grito de dolor, pero antes de haberlo entendido para levantarse, llegó un gigantesco barril ardiendo por el espacio, de aspecto horrible. En el segundo cuando cayó, no existía el tiempo, pareciendo nunca cesar. Por fin cayó más allá de los bosques. Martin no oyó su estruendo por la voz del Invisible que le ordenó: ¡Vete a la fuente y trae el agua a casa!

Todavía temblando de miedo, Martin se levantó, cojeando hacia la fuente entre oraciones y benedícites murmurantes. Llegado allí, se quitó, temblando de frío, uno de sus zuecos, golpeando con él un agujero en el bullón de la fuente. Para ser dispensado de ver más milagros, cerró los ojos. Al haber llenado los

cubos, se marchó a casa, sin saber *cómo* se sentía completamente ausente por miedo y, alrededor de su garganta, se ató como un lazo por *nada*, frío como un alambre, semejante al frío del invierno. Al fin había llegado a la calle del patio. Allí reconoció la valla y la verja con sus catorce cuadros y eso le hizo sentir un alivio tan de repente que el llanto le salió a torrentes, caluroso y enjuagándole el rostro.

Era una suerte que, después de haber limpiado en la cuadra y haber hecho otros de sus trabajos de la mañana y le dieran café, pudiera marcharse a la escuela. Todo el día estuvo sentado serio, escuchando distraídamente a Stav, que hoy habló de la planta del café. El día pasó como en una embriaguez enferma por sus pensamientos. Durante el último recreo de la tarde se acercó a la cátedra, antes de salir Stav, pidiendo de nuevo un día de asueto según orden de Joel. Fue concedido y se marchó briosamente hacia la puerta. Ahora, después del episodio con el barril de fuego, tenía demasiado miedo para odiar a alguien, ni siquiera a Joel, que estaba forzándolo para pedir los días de asueto, ni a Stav que se los concedió. Briosamente cogió el tirador de la puerta, inclinó la cabeza e hizo una clase de sonrisa de alumno llena de sol hacia el siempre engañado y buen Stav. Hipocresía en todo. En blanco y negro. Al haber cerrado la puerta, volvió a ponerse su malhumorado, recogido aire. Sus ojos miraban fijamente hacia la nada. Buscó sus zuecos que alguien que lo odiaba, había pateado hacia fuera del suelo, estando allí al revés como trineos de Laponia volcados. Se le hizo humedecer sus ojos y le surgieron viejos, gastados y mil veces repetidos pensamientos: «Mi padre está muerto y mi madre está en California.» Después se precipitó con sus zuecos, haciendo ruido, por la escalera de piedra abajo, y fuera resbaló sobre el hielo entre los hijos de los campesinos, que patinaban alrededor de él en círculos arrogantes, tal como azores alrededor de un gallo de pelea deslizante, que no podía escaparse.

El barril de fuego en el espacio era un meteoro y, sin embargo, era un barril ardiente, porque así era, cuando la fantasía se hizo febril y el miedo o la imaginación creó monstruos.

Después se hizo otra vez la noche en el sofá corredizo. Julius se había marchado de la finca. Ahora Martin volvió a estar acostado en la taberna. Algunas estrellas resplandecían en la ventana. Martin estaba allí en su cama, intentando jugar con ellas. Puso su cabeza oblicuamente, mirando con los ojos medio cerrados hasta que las estrellas llegaron a balancear sobre las púas del cacto en la ventana. Torciendo la cabeza hasta llegar la línea de la mirada al punto exacto, podía hacer que un enjambre completo de estrellas estuviera colocado sobre las púas. Cuando se cansó, se durmió, pero antes había tenido tiempo para reflexionar «la eternidad» en todas sus direcciones y con todos los aspectos de su pequeña inteligencia, la mayor parte de ellos con índole de fábulas e imposibles de comprender según el sentido de los mayores, unos excelentemente buenos y otros tontos. Se preguntó quién lavaba los solemnes trajes blancos en el cielo y si podían a lo mejor, ser lavados en el infierno y,

después, enviados arriba. Durante un momento se le ocurrió pensar en la finca de Vilmäs. «Allí me sentía como en casa», pensó, también lo dijo, moviendo sus labios y formando las palabras sin emitir los sonidos.

«Pero aquí no me siento como en casa.»

«Y no lo hice en Tollene; no, allí tampoco. No, así es —añadió—, cuando *es* así.» Dijo eso sin sonido, pero, de todas formas, en dialecto, no en idioma nacional, mirando con los ojos medio cerrados hacia los mundos blancos, rojos y amarillos como mantequilla del espacio. Le parecía que una estrella era verde. Allí, seguramente, crecía mucha hierba. Entonces se convirtió su pensamiento en hierba, llegando a pensar en la tierra. El que era dueño de tierra.

El que poseía un trozo de tierra, lo poseía enteramente, hasta, claro es, la mitad. Después pertenecía al que vivía enfrente. Reflexionó si era un negro que vivía enfrente. ¿O a lo mejor un indio? Cualquiera que fuere, les pertenecía toda la tierra hasta llegar al centro, donde se encontraron los dos. Considerándolo, le parecía que aquéllos eran auténticos vecinos, pues eran vecinos del fondo. Pensó que, siendo vecinos de esta manera, podían escribir uno al otro. Se preguntó si tenían niños de parroquia allí también. Cuando se hiciera mayor, lo averiguaría.

Se durmió. Por la noche soñó en rosa. Todo el mundo era rosa y nada más. Había hierba color rosa y árboles rosa y animales rosa. Solamente él mismo no era rosa. Le dio miedo toda esta dulzura y se despertó agarrando de forma convulsa la manta de trapos.

Cuando consiguió volver a dormirse ya había amanecido. Todavía era de noche para la gente distinguida, claro, pero mañana para el que tenía que levantarse. Karla llegó, turbada por el sueño y enfadada, hinchada en sus ojos por el sueño. Martin miró con los párpados casi cerrados, fingiendo, al mismo tiempo, que estaba roncando. La manera de despertarse de un zorrillo. Un segundo más tarde ella había llegado al sofá, despertándolo. El segundo de dormir había terminado.

—Sííí —dijo, volviéndose de un lado a otro, sin atreverse a hacerlo durante largo rato, porque entonces hubieran dicho que «estaba echado perezosamente». Pronto estuvo sentado sobre el borde del sofá, poniéndose su pequeña lana. Estaba hecho en un momento. Después llegó el turno al algodón y al muletón. Los botones eran fríos como el hielo. Una vez Berta había hablado de un payaso del circo, que sabía tocar en sus botones del chaleco, pero seguramente no lo sabía hacer por la mañana. Sí, el circo. ¡Ah, ni siquiera merecía pensarlo! ¿Un elefante? Seguramente, si quisiera, podría demoler todo esto, toda la mierda. Pero no merecía la pena ni siquiera pensarlo.

Salió a la cocina todo lo sombrío que podía atreverse a serlo, donde Karla estaba haciendo el café. Desde otra habitación salió Hildur, ojerosa y delgada, aturdida por el sueño y con la boca apretada. Su piel estaba azulada como la leche agria. Las dos delgadas trenzas colgaban sobre sus hombros, fuertemente torcidas, como palitos, y gangueaba a causa del constipado. Tenía su cama en la

fría habitación interior más inmediata a «la sala». La estufa de azulejos de la habitación había sido rota durante muchos años y nadie la había arreglado. Así era; en Norda no se hacía nada; solamente las ortigas, las disputas y el círculo de fecundidad, cada dos años, de Karla.

Ahora la leche apretó y oprimió en los pechos de Karla, que por la mañana se hincharon cada vez más. Se quejó, preguntando a Hildur, pesada y enfadadamente, si los niños estaban durmiendo.

—Sí, todavía duermen —respondió Hildur con apatía.

En eso consistió toda la conversación de la mañana. No existían saludos en Norda más que cuando llegaban huéspedes. Ello se aprendió pronto. Estaba bien no tener que saludarlos, especialmente un día de asueto como hoy.

Miró hacia Karla. No, todavía no había preparado el café. De todas formas, conocía el comienzo y final de los días. Sabía con qué empezar. Primero salir con el cubo de la basura y después entrar con leña, leña de abedul. Sus zuecos hacían ruido sobre el patio, tronando su pesado trueno por el fondo de aliso en la quieta casa de la mañana; siete brazados de leña. No se atrevía a dejar caer la leña cuidadosamente en el cajón, haciendo ruido como el trueno, ya que por eso le habían pegado una vez. Entonces había despertado a los niños de Karla que estaban en las cunas. ¡Ay, ay, ay! Mejor flotar tan quietamente como se pueda. La bofetada de Karla puede hacer que un buey se siente.

Se pone furiosa quietamente, pegando sin palabras, tal como el manubrio del pozo cuando gira hacia atrás. Pero se trabaja bien en su compañía, dado que llena el ansia de uno.

Y, de todas formas: a veces surge la soledad completa y desierta; aquel vacío completo que jadea y grita. En aquellas ocasiones no ayuda que se vea a Karla o que ella esté cerca. En tales momentos, ella no protege. Entonces su respiración y el aire alrededor de ella no constituyen ya protección. Entonces se bambolea fuera del alma como una hoja en el otoño, quedándose un remolino de angustia fría.

A veces se despierta temprano antes de que lo despierte Karla y entonces se queda solo, sintiendo llegar la angustia. Si solamente pudiera silbar, entonces habría proferido un fuerte alarido. Hubiera sido más fácil. Pero el campesino está durmiendo y, seguramente, hubiera resultado en un gran jaleo. ¿Y gritando un poco? ¿Lanzando un largo, largo, largo grito? No, ni siquiera merece la pena pensarlo. Hubieran pensado que era una diablura.

No, se tenía que estar acostado, sólo pensando en los gritos. Dentro del pensamiento se pueden oír los gritos. Están gritando como criaturas en cien cunas. ¡Acúnalas entonces! Mécelas de un lado a otro, mientras las estrellas de la mañana contemplan con sus soñolientos ojos de ratoncitos y las alfombras de trapos desaparecen por los suelos en el crepúsculo de las estrellas.

Ahora, al estar allí arrodillado sobre el suelo, apilando en el cajón el séptimo brazado de leña, entonces surge ese sentimiento. Y ahora está completamente *en contra* de Karla. Se precipita hacia fuera, como un remolino,

siendo matada juntamente con los otros. Para comprobar que es así, mira hacia ella, odiándola con su mirada, odiándola tanto que le da la sensación de estar tambaleándose, odiando los pechos hasta que le parece que están temblando y columpiándose.

—El café está listo —dice Karla—. Bébelo.

—¿Sí? Gracias —dice, sentándose.

Hildur también se sienta, pero él no la mira.

Está gangueando. Tiene constipado. Claro, porque está durmiendo en la habitación interior, donde hace frío; *malditos campesinos*.

Sale vapor de humo y aroma. Huele bien a café, sí, de verdad que lo hace: huele a *casa*; hay que conceder que huele a verdaderos *recuerdos* de café. Pero este café está mezclado —*malditos campesinos*— con centeno quemado. Pero hay que beberlo y callarse.

Pausa en sus pensamientos; y entonces oye cómo Hildur está tomando el café a sorbos. Le da gana de exhortarla.

—Estás sorbiendo —dice—. Sabes que no podíamos sorber en casa.

Entonces los dos sienten un vínculo con su casa. Ella casi deja de sorber. Miran callados a la cara ansiosa y ojerosa del otro.

Están callados durante un minuto. Es como un silencioso minuto del parlamento al morir algún conspicuo elemento. Es como si pudieran oír el reloj de sobremesa de Nite y, en sus pensamientos, están bebiendo un café, tomado hace mucho tiempo.

El minuto se escurre, o mejor dicho, está cortado, ya que uno se pone mucho más enfadado, volviendo a la realidad en la cocina de Norda. Este café de centeno, *malditos campesinos*, se puede tomar como el agua.

Beber y pensar. Una mirada taimada encima del borde de la jarra. Paul Mänsson sale, dando doce pasos sobre el crujiente suelo hacia la puerta, para desaparecer fuera «con la intención de hacer un río». Después apareció Joel, saliendo para «contemplar el soto». Los ojos los siguieron para, después, volverse de nuevo a la mesa, pasando lentamente sobre el inmenso cuerpo de Karla, continuando a lo largo del desfile cubierto de verdín de las vasijas de cobre, hasta llegar al reloj. Cinco menos cinco. Sí, exactamente como de costumbre, dice el odio. El odio hace reflexiones, el odio toma el café, el odio va hacia dentro, convirtiéndose en dolor joven, calculando con sí mismo cómo posiblemente, posiblemente... posiblemente podría ser el morir. No, no morir, pero cortarse, cortarse un poco para ser vendado. Sí, exactamente así y después, quizás, estar a punto de morir. Karla pasa por delante de la mesa para llenar la jarra esmaltada. Después se sienta junto a la mesa, empezando a tomar el café. La jarra es grande. Recuelo. Pero el pillo se despierta. Voy a beber más y más y, de esta manera, puedo estar sentado más tiempo.

Paul, el sordo, vuelve de «hacer un río», coge una taza de café y se sienta junto a la esquina de la mesa.

—Después de haber limpiado en la cuadra, tendrás que cortar hoy la leña

en la dehesa —dice el sordo, mirando por encima de la taza y esperando la contestación, sí, del gemido del silencio.

—... Sí.

El café ya pierde su sabor. Busca su gorra, poniéndose sus zuecos que están junto a la puerta. Se apresura a cerrarla detrás de sí. Martin, lleno de odio, está sobre la escalera de la veranda con sus zuecos y calcetines atados que le pican. Baja la escalera con pies apáticos y hace ruidos con sus zuecos, dirigiéndose hacia el establo, limpiándose las narices y pensando en la azul California, entrando en el dolor y la gran «sentir lástima». Empiezan los ojos a rezumar, sin fijarse en la mañana, que pudiera contener mucha esperanza. Las orejas de todas las liebres no están cortadas. Todavía existe el arco iris protegido a lo largo de los veranos.

En el mes de marzo, el de los gatos, sale un buen muchacho al establo. El nombre del día es Adrian. El nombre de la guerra es la guerra santa, muy lejos. El vals del año es el vals de Koster, muy cerca. Corre el rumor de que la mantequilla, posiblemente, va a subir poco a poco, hasta ponerse a precio de oro.

La bisagra de la puerta del establo gritaba. Debería ser engrasada. El campesino pudiera pensar en ello. Y allí está la fila de las vacas, con el toro a la derecha. Las hijas de las chozas han llegado y ya están trabajando, ordeñando la leche de las vacas. Siempre existe este *ya*. Siempre es demasiado temprano.

—Hola, Martin —gritan—, corta unas remolachas a las vacas para que esos animales se estén quietos mientras se les ordeña.

—Sí, puedo hacerlo.

La puerta del almacén de remolachas del establo hace ruidos. Olor a ratas y a gato, gastados delantales para ordeñar, grasientos y con el olor agrio de la nata muerta. El olor de las esquinas olvidadas (sótanos con olor melancólico). Una ventana con tres vidrios. Jungla de telarañas con moscas. Siempre se oyen los pequeños zumbidos de terror de los capturados, aunque el buen sentido dice que uno no debe preocuparse por ello, ya que las personas no son arañas ni moscas. De todas formas, no recogen los tábanos. Ah, son unas tontas y medio desarrolladas esas arañas. Han tenido que cuidarse ellas mismas desde la creación y, después, no han podido desarrollarse. Los rincones huelen a viejo, viejo. ¿Existe un Dios? Las personas nunca se atreven a dejar el trabajo para jugar durante un día entero. Piensa, si jugaban un día completo, un martes, y las que tenían que ordeñar también jugaban un día entero, un miércoles. Sería divertido cortar las setas con una guadaña. Construir un tambor. Mumu, sí. No seáis tan impacientes con vuestros mugidos, bestias del estiércol.

En el centro del suelo de tierra estaba la máquina de la remolacha. Metió la mano abajo. Uno debería cortarse, ser vendado. Sería... no, seguramente que no daría resultado, sino que se tenía que trabajar de todas formas. Mumu, si, usteed, fuera maldiiii... Si, ahora empezamos y metemos los nabos dulces. Deberían llamarse nabos azules y azucarados. Bueno, ¡en marcha ya! Después

dijo el maestro de la escuela: «Ahora empezamos a cantar, niños.» «Y la chica está bailando, llevando rojas cintas de oro», *Agda*. Ella tenía blanca seda en sus trenzas esta Pascua. ¡Eso podíamos cantar! «¡Y Agda tenía seda en su trenza esta Pascua, y Agda tenía algo blanco en su trenza esta Pascua!» Mumu, si, usteed, ¿qué? Esta Pascua jugamos... No, no te preocupes, seguramente hay que trabajar. Nunca va a resultar en nada. Cras, cras, ¿qué era eso? Una piedra, maldito, te parecías tanto a un nabo gris de barro. ¡Vete a la pared para que salte la casucha, cerdo de soldado! Si tuviera una guitarra. Bien, ¿te clavé suficiente para que te calles? ¿O te vuelvo a coger para clavarte otra vez? Así, ¿de esta manera? ¿Piensas que puedes aguantar todo el tiempo? Mozo para ti, ¿o qué? ¡Volver a poner en marcha la rueda! ¿*Locomotora*? No, es otra cosa muy distinta. Cómo murmura, tan blanco y caluroso cuando la sartén de la locomotora marcha en la lluvia. Calina azul en California. La California azul. ¡Mumu, si, usteed, pronto terminado, cochinas vacas!

*Para jóvenes huérfanos y niños huérfanos,
canta y salta traleri,
canta y salta tralara,
y pegaré a cada uno cuando sea un hombre fuerte,
canta y salta la alegre ola.*

Así, eso es suficiente, tres hectolitros de nabos, vuestros bu-bu-bu, vuestros mu-muuuu, ¿o qué? ¿La guerra? ¿Con quién está Dios? Los generales miran por los prismáticos, avanzando. Los soldados avanzan en largas filas. No oyen los gritos por causa de los tiros. Mumu, ¿qué? Os estoy alimentando, o no, ¡malditos bueyes de hembras!

Va a lo largo del pesebre para repartir la comida. Las vacas están allí, en dos filas, con cuernos contra cuernos. Pasa entre las frentes estrelladas. Nota cómo los cuernos le rozan las pantorrillas. Un cuerno da contra su tobillo. Ten cuidado, bestia, ¿eh? Es amado por las vacas, que sienten por él un temeroso amor a causa del alimento que les da. Él está en sus retinas y sus órganos olfativos. El toro es testarudamente humilde y tiene que esperar hasta el final. Pronto todos están mascando sus nabos tajados, volviendo los morros hacia arriba, masticando bajo tiesas miradas fijas de animal. El establo está recién blanqueado con cal, hecha por Martin. «Eso lo hice yo —piensa, inspeccionando techos y paredes—, ¿no está brillante, eh?» Le hace pensar en la iglesia. El órgano está bien, piensa. Si no hubiera órgano, no existiría Dios. A veces le dan permiso para ir allí. Seguramente lo hacen porque Agda está preparando su confirmación. Eso da buena reputación a la finca. Probablemente por eso le dejan acompañarlos. No quieren ser peores que los padres de Agda. Trenzas y labios. *Agda*.

— Están quietas ahora, ¿eh?

— Sí, está bien, Martin.

—Sí, está bien, Martin — repite la otra moza, como un eco.

Las chicas están sentadas con los cubos apretados entre las piernas, inclinando sus frentes hacia las ubres de las vacas y mirando el descendente chorro de la leche, la blanca fuente entre las rodillas. Ah, ¡estáis quietas! Después murmuran otra cosa.

—¿Cuándo crees que llegarán los de Vendes? — pregunta una de las mozas.

No recibe contestación en seguida. Martin ha empezado a limpiar debajo de las vacas ya ordeñadas. Está escuchando. Vendes es el regimiento de artillería en la ciudad de K. Acostumbran venir con los cañones temprano en el otoño, pasando por el rastrojo del centeno, tronando en el bosque. Se les oye a una distancia de 50 km. Martin siente un odio admirativo hacia ellos, o la admiración del que odia. Sus amarillos botones, ¿verdad? Caballos y botas. Piensa en si, con otra persona, se podrían comprar cañones y uniformes, así como cuatro caballos. Después no hacía falta la guerra, ¿eh? Daban unas vueltas alrededor de los bosques, con los cañones, hacían algunos disparos o, a veces, lanzaban cañonazos contra una montaña especial. Se podía disparar contra la montaña de Tulinga, donde no vive nadie y el pantano se extiende muy, muy lejos. Después podían venir, aquellas personas tan importantes, ¿verdad? No, ellos no entienden el juego. Son idiotas. La gente no sabe jugar. No, hay que hacerse marinero. La gente en la tierra, la gente en el campo está loca, completamente loca, *completamente loca*.

—Los de Vendes llegarán el día diez de setiembre — contesta al fin la otra moza—. Entonces estaremos pendientes de ellos, tú, ¿o no?

—Sí, sí, ya lo sabes.

—¿Crees que acamparán aquí este año?

—Sí, claro que lo harán.

Martin empieza a colocar el contenido de los surcos en la carretilla. El puentecillo, que conduce sobre la zanja de hormigón, es estrecho. Aquí hay que balancearse, por las mañanas, en el invierno, al sentir la tentación de mirar fijamente a la Osa Mayor, se vuelca a veces abajo. Es la lucha eterna entre las estrellas y el estiércol. Uno debería tener un ojo en la parte superior de la frente, utilizándolo para ver las estrellas. No, a lo mejor no sería bueno.

Agda.

Con Agda, el mundo resulta hermoso.

A veces lleva sus trenzas sobre el pecho, así. Brillan y es como si vivieran. Es como si cada curva intentara reflejar la luz del día. No chispea, no, ni tampoco centellea. No, son los ojos los que centellean, aunque las trenzas relucen. Sí, exactamente, están reluciendo.

Martin vuelve con la carretilla a la tibia cueva del ganado. Está pensando en buscar algún pretexto esta navidad para entregar la cinta, la blanca cinta de seda, y después durante un rato, poder tener la trenza en su mano.

Sí, ¡ay!, dicen en la capilla, ¡ja, ja, ay! Allí no hay ningún órgano y tienen malos cantores. Allí no existe ningún Dios.

Está escuchando la conversación de las mozas, al hablar ellas de los de Vendes, interpretando los tonos y sonidos y haciendo conjeturas por sí mismo.

Siempre están ansiosas de los de Vendes. Y al haberse marchado los de Vendes:

—¿Por qué ha de combatir la gente?

—¿Por qué ha de verterse la sangre?

Las mozas salen a lo largo de la senda resbaladiza, se quitan los delantales de ordeñar y empiezan a colar la leche. Después se marchan y él se queda solo.

Está limpiando debajo de una vaca. Le parece que no se aparta con la suficiente rapidez, pegándole al pobre animal, primero con la pala ancha y, después, dándole un azote. Es Iván *el Terrible* quien está en el establo. Es el tiempo de la maldición, en perjuicio de los animales. Lloro con odio desfalleciente, pega a los animales nuevos azotes. Todos los azotes se rompen, pero su odio es duro. Su infantil y cruel maldición le resulta insoportable a sí mismo. Allí, dentro de la cocina, donde le dan de comer, sólo oye referir supersticiones y riñas. Esta finca nunca ha conocido un día verdaderamente amable. Este día, entre invierno y primavera, estaba a punto de hundirse por completo. Todo el sentido de la existencia se quebró a sus pies. Se cortó en su muñeca con un cuchillo embotado, que primero había afilado bien con una piedra de amolar. Le dolía. Se hizo solamente un pequeño corte, después se detuvo, pero sangraba abundantemente. Ahora mantenía la palma de su mano de una manera que la sangre se juntó en ella como en una fuente. Nada podía perderse. Era para enseñarlo en la cocina. Se fue lentamente hacia allí, para no derramarla. Abrió la puerta y entró con la mano llena de sangre. Pero Karla no estaba dentro. Gunilla se asustó a primera vista por la sangre, pero era a causa de *su* terror por la sangre, era por sí misma, no por *él*. La mano fue revelada al colocarla en la fuente para lavar, pues la sangre se mezcló con el agua, que se hizo rosada, quedándose el pequeño corte de la muñeca, de la cual corrió un poquitito de sangre. Muy poco. Después, a su espalda, ella cortó un trozo de lienzo. Después salió por la puerta, entrando de nuevo con tres hojas sacadas de una fuente húmeda, donde guardaba aquéllas, como un medicamento. Se acercó, cogiendo su mano y enjuagándola en el agua rosada. Después vendó la mano rápidamente. Las hojas refrescaron como hule.

—Se curará pronto. Eso no constituye ningún peligro.

Después no dijo más. La cocina estaba silenciosa. Desde la habitación grande se oía el reloj de Dalecarlia tañer su implacabilidad. Era como si un preso hubiera estado recogiendo guisantes negros en una cárcel (tema de conversación en el patio). Le hubiera gustado sentarse sobre una silla en la cocina. Alguien hubiera podido hacer algo para él. Alguien hubiera podido tocar para él o empezar a cantar. Gunilla hubiera podido prepararle café, contándole algo.

Salió otra vez, escuchando el ruido de sus zuecos, que siguió el implacable y muerto ritmo del reloj de Dalecarlia. Llegó al establo. Las vacas volvieron sus

morros y ojos hacia él, considerándolo un mal necesario.

Ahora lloró un poco. Las arañas estaban invernando. Las vacas mugieron para tener más nabos y remolacha. El llanto se hizo un poco más fuerte. Al final tenía que salir, haciendo ruidos. Las vacas siguieron mugiendo. Era el ruido de ellas. Entonces las cuerdas vocales se ponían tiesas y la garganta parecía gruesa; ahora salió el sonido *de él*. Bramando por un llanto horroroso y feo, hizo automáticamente sus trabajos y el día terminó poco a poco en el establo y fuera, en las dehesas, entre la leña. Era un día de asueto.

En marzo empezó el deshielo, en el día de Adrian. Hundido y arrodillado en un montón de nieve que todavía no se había derretido. Martin estaba rezando a Dios. «Perdóname, Dios mío que estás en los cielos. Pero ansío tanto irme de aquí y lo tengo tan difícil. Padre nuestro que estás en los cielos.»

—La costumbre constituye la mitad de la naturaleza, niños —dijo Stav, manteniendo una llave entre sus dedos.

»A pesar de tener mi hermana de visita, he quitado la llave como de costumbre y, por eso, la he encerrado. La costumbre es la mitad de la naturaleza.

Otra vez enseñó la llave, yéndose después fuera para abrir con llave la puerta de su hermana encerrada. Estuvo de vuelta antes de que los chicos hubieran tenido tiempo de disparar los proyectiles de goma de borrar, preparados a toda prisa. Las serpientes del paraíso centelleaban en sus ojos y los niños estaban sentados otra vez tranquilos como velas.

—¿Qué podemos aprender de un caso como éste? —siguió diciendo Stav, buscando en su chaleco tabaco de mascar. Saca un trozo, que hábilmente coloca a escondidas en su boca—. Sí, que la mayor parte de nuestra vida diaria sigue las leyes de la costumbre.

Stav se ajustó sus lentes, mirando amablemente a los niños.

—Por eso es importante que se añadan nuevas y buenas costumbres al mundo de la costumbre, porque, de esta manera, lo bueno viene por sí mismo, formando simplemente una nueva naturaleza. La costumbre es la mitad de la naturaleza.

Stav tomó asiento, se sonó las narices en su pañuelo floreado, limpió sus lentes con una parte de éste y empezó en seguida a leer el dictado.

«El pantano bonito allí lejos, donde el toro está trabado y el perro aúlla junto a la puerta enrejada, está situado maravillosamente al lado del hermoso y pequeño lago del bosque. El dueño del lugar es el hombre gordo con la horca grande en su mano. Está quemando alquitrán, ganando con eso más que un cazador furtivo, que está cazando urogallos por veintenas»¹⁸.

Los niños empezaron a escribir. De vez en cuando Martin lanzaba una

18 Ejercicio en las palabras que, en sueco, contienen las letras tj.

mirada furtiva a su alrededor para contemplar, con un goce secreto, cómo la mayoría se acongojaba, mascando los mangos de sus lápices. Por fin pudo distinguirse. Oh, es una hora bienaventurada. Silencio y calma. Es dispensado de limpiar en el establo y trabajar. Es solamente escribir correcto y eso no es nada difícil. Bendita escuela.

Durante toda la hora su alma está ronroneando y maneja la pluma de ortografía como un pequeño cetno. Es rey de los sonidos tj y príncipe de los sonidos äng. Si pudierais encontrar un solo sonido que... No.

Está acurrucándose con los hombros hundidos, regalándose con sus sonidos. Es como si el Consejo de Instrucción Pública le hubiera sentado sobre una almohada de plumón, colocando un pastel en su mano en lugar de una nuez, diciéndole: ¿Puedes cascar este pastel?

Ahora está sentado allí con sus sonidos, un Rockefeller del sonido tj. Sí, tal como una gallina, que alegremente lanza los bonitos y hermosos sonidos tj, cloqueando y machacando sobre la senda ¹⁹. Sí, yo sé. Éstos son unos sonidos tan fáciles. Pero hay gente atisbando. Por el momento, dirigen miradas muy cariñosas sobre el hombro del querido Martin. Al escribir, han cometido faltas por veintenas. Ahora han llegado a la palabra cazador furtivo, pero no saben escribirla con buena ortografía. Se inclinan hacia delante, con intención de robársela a Martin.

«No —piensa Martin, ocultando su escrito con el cuerpo—, no, queridos míos, no voy a dejaros mirar.» Están alrededor de él como una manada de lobos y se les hace la boca agua al ver a Martin poner en el papel los gordos, espléndidos tj. Pero él vela atentamente sus palabras. Sólo deja mirar al compañero de al lado, el cual, infinitamente agradecido, le da un trozo de chocolate. Después, los dos escriben sin faltas, en buena concordia y con tranquilidad, ayudándose a vigilar a «los lobos», que gimen por la angustia que les producen las letras, por sólo un pequeñito sonido de tj.

Así pasa la hora y llega el recreo, en el cual Martin acostumbra recibir una paliza. Pero, hoy, le apoya su compañero de al lado. Él es grande y fuerte, y por eso el ataque no es tan difícil hoy. Los lobos titubean un poco. Pero, de todas formas, le pegan un poco y, agarrándole el cuello, suenan los botones de los abrigos y la arena gruesa salta a causa de los zuecos y las narices.

En la escalera de al lado de la puerta hay tres chicas, tres princesas de la ortografía, con aspecto tranquilo e imparcial, mirando muy despreciablemente abajo, a la plebe de los sonidos tj, que está revolcándose en la arena.

Los niños se enteraron de la verdad —y de la mentira— por diferentes partes.

Los cuentos de los hermanos Grimm iban bien en la región y, por eso, los niños los dejaban vivir allí. Topelius ²⁰ iba bien con el brezo, y un buen perro, de

19 Varias frases conteniendo palabras con los sonidos tj y k.

20 Un escritor sueco. (*N. del T.*)

mirada inteligente, fue gustosamente llamado *Musti*.

Duerme pequeño y joven mimbre estaba junto a un arroyuelo, a lo largo del brezal, hacia el Norte. En el mismo lugar, debajo de un puente de piedra, había todos los ingredientes que existían en el cuento *Los tres machos cabríos Bruse*. Y, en el camino hacia Ljungtavan, había una choza quemada, cuyas chimeneas subían hacia arriba, tal como un dedo lleno de tiza y hollín. Delante de la chimenea en ruinas estaba el hogar casi intacto, manchado de cal y abarrotado de viejos azulejos. Las lluvias habían quitado el hollín del fuego, resplandeciendo en el brezo el resto de las ruinas, en los otoños. Allí Martin se imaginaba el altar, donde Abraham iba a sacrificar a Isaac. Como es sabido, Dios lo impidió y tuvo que utilizar un morueco que se había enredado en un matorral. También eso era exacto, ya que existían muchos endrinos alrededor de la ruina.

Un año más tarde, Martin encontró a la vieja de la choza, que todavía vivía. Era medio ciega y vivía en el asilo de caridad. Al enterarse de que él había vivido cerca de allí, le preguntó si conocía sus ruinas. Estaba muy tontamente contenta de su ruina. Al contarle que él tenía a Abraham allí, se asustó mucho, golpeando sobre sus rodillas.

—¿No es eso una blasfemia? —preguntó, poniéndose en la boca un poco de rapé—. ¿Está todavía el horno en el muro de la chimenea, verdad?

—Sí, allí tengo *Hansel y Greta* —dijo él.

—Dios mío, ¿tienes tantas cosas allí, en mi chimenea?

Lo amenazó con el dedo y no le agradó mucho que él tuviera todo lo posible allí en su mina.

—Por lo demás, ¿cómo está allí? —dijo—. A lo mejor es una pregunta tonta, ya que la luna sale y se pone, y el sol hace lo mismo, igual que en aquellos tiempos. El trueno fue el que rompió la chimenea —explicó—. Hace ya treinta y un años.

Ahora tenía ochenta y seis años y estaba sentada allí, pensando en aquel tiempo, cuando sólo había tenido cincuenta y cinco años. El trueno había aparecido en el cielo, como un brezal, grande y oscuro, detonando como los cañones de Vendes y lanzando su fuego abajo, a los pobres. Así era.

En todos los brezales y bosques tenía Martin semejantes depósitos y pies para sus cuentos, sentimientos y fantasías. Todos los lugares de la región tenían su misión para el mantenimiento de sus fantasías.

Pero el cuento también era peligroso, ya que partió la persona en dos partes. A veces tenía que tomar varios pasos hacia atrás, sobresaltándose.

En el lugar «Gran Ljunga» vivían pietistas, personas buenas y pobres, que dejaron salir un débil y asustado ronroneo al dejar Dios pasar el ventarrón sobre el alto del brezal. Eran metodistas y habían aprendido que el hombre sólo podía ser salvado una vez. Con una reincidencia era réprobo. Sentían gran temor ante la reincidencia, lo cual no era extraño. Eran los únicos de la comarca que sabían bien cuán rígida y difícil era la vida. Algunas veces venían a

visitarles otros metodistas, de muy lejos. Eran metodistas delgados y fanáticos. Una vez llegaron algunos desde América. Una de ellos se llamaba Miss Johannesson. Llevaba el pelo muy corto y tenía grandes orejas y ojos, pareciendo un chico que había crecido con demasiada rapidez. Cubierta por un extraño abrigo americano, andaba inclinada hacia delante por las sendas, bajo la lluvia, siendo la «Miss de Dios».

Los metodistas le prestaron a Martin *El viaje del cristiano*, con ilustraciones.

—Tienes que cuidarlo bien —dijeron los metodistas amablemente a su *alma*.

—Sííí —contestó su *alma*.

—Mejor sería envolverlo con papel —dijo un alma que estaba sentada en un rincón de la casita.

—Sí, sería mejor —dijeron las otras almas y la miss dirigió una amable sonrisa hacia Martin. Le insufló sus fantasías sin que ella lo notara. Figúrense, había recorrido todo el camino desde las Montañas Rocosas. Le dio una postal con una imagen de la escuela, donde trabajaba como maestra en la evasión del pecado, enseñando lo que era pecado y lo que no lo era. En la escuela se formaron misioneros. Era bonita y tenía centenares de ventanas. Estaba situada en un alto, sobre un valle con un paisaje muy hermoso. Parecía poder contener nueve parroquias en el inmenso agujero del valle.

Indicó que aquello parecía bonito.

—Sí, es la propia hermosura de Dios —dijo ella.

Le invitaron a tomar café, sentados, amables, alrededor de él, con miedo a reincidir. En la pared estaba colgado el cuadro *Las edades del hombre*. Un cuadro para el hombre y otro para la mujer. *El ser humano* se levantó de la cuna, empezando a subir por una escalera. En el primer escalón estaba vestido con pantalones cortos y una gorrita; tenía diez años. En el segundo llevaba traje de chaqueta, y en el tercero se casó, feliz y con bigote. A los cincuenta años estaba en el escalón más alto, vestido con sombrero de copa y con una muleta de plata, semejante a una interrogación junto a su costado, preguntando: ¿no soy fino? Probablemente tenía también un puro, guardado detrás de la espalda y fingiendo no fumar o fumar, careciendo aquel punto completamente de importancia.

Así estaba sobre la cumbre de la vida. Después todo iba hacia abajo. Se puso más y más desaliñado. Al final era casi mejor el poder ir a Dios.

Esto era el hombre del *ser humano*. Lo mismo estaba descrito de la mujer del *ser humano*, aunque tenía faldas. El cuadro «tenía que ser así». Las personas estaban sentadas, mirando en la lejanía, a través del vidrio y el cuadro, a través de las paredes. «Tenía que ser así.»

Y muchas cosas eran de esta manera. Kristina Nilsson ²¹ tenía que estar allí en las postales y Dios en el cielo.

Ahora se marchó «a casa» con *El viaje del cristiano* envuelto en un paquete.

21 Famosa cantante sueca. (N. del T.)

Los metodistas estaban sentados, contemplando cómo su alma, su alma humana y querida por Dios, desaparecía en la senda.

La noche del domingo oscureció y él se apresuró, parpadeante y acariciando en sus pensamientos la postal de las Montañas Rocosas. Era como una postal francesa de Dios. Y en el nicho de la ventana de piedra del establo, donde las moscas de primavera parecían gritar y pedir gracia en las telarañas, leyó él acerca del gigante «Desesperación».

Ahora llegó el verano y se hacía notar hasta en las esquinas de las casas; el tiempo más bonito del mundo. El roble Susanna, de mil años, fue adquiriendo su chal verde, que se puso en la parte más alta, tal como una peluca, quedando desnudo en su parte más baja. Era una Susanna nudosa y escabrosa en su baño, el baño de los vientos. El negro y reluciente escarabajo de los robles, grande como un jabón y negro como el ónice, hizo una peregrinación por el escabroso tronco de Susanna hacia arriba, llegando, en la puesta del sol, a una rama gigantesca, doblando después al oeste. Más tarde se hizo de noche, pero no era oscura, sino, como todos saben, solamente sombría y llena de colores, sosteniendo un ruiseñor sobre un ramo. La caja de música de este pájaro, fundada por la creación misma, cantó y cantó. Naturalmente, existían orejas que estaban escuchando eso. Por supuesto, existían orejas y canciones. La gente se fue a casa por la noche. La gente se marchó de la casa por la noche. La noche habló con ellos, convirtiéndose en su propio pensamiento.

Ciertas noches, Martin pensó de esta manera:

«Como tengo que levantarme tan temprano, ya a las cuatro de la mañana, ¿por qué entonces dormir? Igual sería estar sin dormir, contemplando la bonita noche.»

Al cruzar el soto empezó a silbar. Junto a una musgosa y pequeña pared de roca, escasamente más alta que el edificio de una tierra señorial, había un poco de niebla, tal como una colmena de algodón, encima de una fuente. Se acercó a la fuente, escuchando. Una rama, verde como el duende del verdor, saltó abajo, a la fuente, cayendo en el agua como una piedra. Abajo, en la fuente, el agua habló consigo misma a través de sus mil venas. La fuente creció abajo, tal como un árbol de agua con ramas llenas de agua plateada debajo de la hierba. Escuchando bien, se oía todo en la tranquila noche.

Todo era tímido y bonito en la noche. Él mismo volvió tímida y silenciosamente a la finca. En tales noches era cuando él vivía.

Una noche semejante se fue todo el camino hasta llegar a aquella bahía del brezal, que se llamaba Ljungtavan, donde la dirección forestal tenía un vivero en la frontera de la parroquia Ökensjö. Dentro de una bonita y roja verja crecían miles de plantas de abeto en estrictas y bien ordenadas filas. En los senderos había amarilla y bonita arena. De vez en cuando venía gente de la dirección forestal para controlar las plantas. Cada planta tenía que estar aquí esperando

dos años hasta poder ser colocada en el páramo. Estaba tan tranquilo aquí, que pudiera haber estado una capilla en un rincón. Martin estaba allí silencioso, eligiendo el lugar donde debería estar aquella capilla.

La paz y la soledad llevaron sus pensamientos al cementerio. Esto pudiera ser el cementerio de los niños. Solamente se dejarían dormir aquí a los niños y a Inez, a nadie más. Inez, por su parte dormía en Ökensjö. No, no quería pensar en ello, porque entonces el pensamiento llegó a la tumba, donde estaban ellos. Sabía que la tierra las destruía completamente. No, esto no era ningún cementerio, no, no. Era el lugar de las plantas para el pantano. Y esto le hizo llevar su pensamiento a los abetos. Dentro de algunos años las plantas flotarían lentamente de un lado para otro allí fuera, en el brezo, como altos y susurrantes abetos. Y, entonces, el páramo no existiría más. También en ello encontró algo triste. Quería llorar asimismo por esta razón. Sin saberlo, estaba allí, sintiendo el dolor del niño delante de *la muerte* de las causas. Los niños y los poetas no aman las cosas tanto como sus causas: el páramo eterno que quiere seguir siendo páramo para poder quejarse de su propia soledad.

Hundido en sueños de melancolía, siguió más adelante con sus vagos y sollozantes pensamientos, fiel a su páramo desierto. ¿Por qué no podían los abetos estar de esta manera, tan pequeños como eran, quedándose tristemente aquí dentro del bosque?

Entró en una senda, que desapareció en un vallecito con bosque de diferentes árboles y lo siguió. Después de un rato se acercó a una carretera con profundas rodadas en la hierba verde y clara. Allí había una verja que, a su lado, tenía un tablón. Junto al tablón había cinco mozos y seis mozas, mozos fuertes y mozas con el pecho alto. Estaban allí, ventilando su vocabulario, contando chistes e intentando entre todos reunir un poco de alegría en la noche. Martin se detuvo, demasiado tímido y cobarde para pasar delante de ellos sin más ni más. Entonces, uno de los mozos dijo:

—Acércate, tú, no tengas miedo.

Se acercó.

Cuando estaba a punto de pasar el tablón, dijo una de las mozas:

—¿No eres tú el chico de la parroquia que está en Norda?

—Sí —dijo Martin cobarde y tímidamente, quedándose a horcajadas sobre la valla con el tablón como un estribo por ambos lados.

—Dios mío —dijo la moza, apelando a los otros—, ¿verdad que es un pecado y una vergüenza dejar a los niños de esa manera?

Sí, todos estaban de acuerdo.

Y uno de los mozos dijo:

—A Paul le han multado por maltratar a los animales. Ha tenido que pagar la multa tres veces, pero por estas cosas no tiene que pagar.

—¿Y Joel? —preguntó otro chico.

—Sí, el cabrón, el cabrón —murmuraron todos los mozos.

A los ojos de las mozas acudió ahora el llanto. Martin se quedó sentado a

horcajadas sobre la huesosa espalda de la valla.

Todos inclinaron sus cabezas. Durante un largo rato estuvieron silenciosos y parecía como si contemplaran el asunto, dibujando con sus capuchones verdes líneas de agua en el rocío de la hierba. Las mozas estaban llenas de lágrimas y con sueños, quitando trozos de lava de la valla. Un mozo de deteriorado traje y torcida gorra deportiva rompió el silencio con una propuesta.

—Cuando se ofrezca la oportunidad, le daremos una bofetada a Joel, ¿no os parece? Creo que haría efecto.

Todos estaban de acuerdo. Era una propuesta buena.

El que tenía la gorra deportiva se la quitó, pasando frente a los otros cuatro chicos para hacer una pequeña colecta. La suma llegó a ser de ochenta y tres öre. Era todo lo que llevaban consigo. Con una risa estúpida, Martin recibió el tesoro que le fue ofrecido: un puñadito de monedas de cobre y unas escamas de arenque (diez öre).

Estaba sentado sobre la valla, levantando su gorra atentamente como un alumno, medio asustado y de una manera exagerada. Después saltó abajo de la valla, dándoles las gracias y tendiendo su mano a cada uno, mostrando su cortesía y agradecimiento a través de una torpeza inclinada y empujada. En su plena miseria le parecía que no era tan malo ser niño de la parroquia. ¡Ja, ja!

—Puedes comprar lo que diabólicamente te parezca de este dinero —dijo, alentador, el mozo de la gorra deportiva. Las mozas se sonreían a través de sus lágrimas.

Después pasó por encima del tablón donde le habían detenido. Le enviaron un adiós, mirando sus piernas desnudas que resplandecían blancas, a pesar de la sangre de las picaduras de mosquito, entre negros abedules ásperos y robles panzudos. Llegó a casa al tiempo justo para llevar las vacas desde el bosque a la dehesa, donde eran ordeñadas. Allí estaba sentada Karla, tabaleando con sus dedos contra un cubo vacío de leche, probablemente para tratar de espabilarse. Martin se había llenado el bolsillo de musgo para amortiguar el ruido de las moneditas de cobre.

Como de costumbre, no se saludaron. Él llevó las vacas a la posición de los ataderos y Karla empezó a ordeñar. Después de haber sido ordeñada una vaca, la soltó, cogiendo otra, la cual traía al atadero. De esta manera siguieron, sin palabras, hasta que todas las vacas estuvieron ordeñadas. Entonces ya resplandecía el sol en el borde de la niebla del prado. Karla estaba un poco más despierta y Martin un poco más soñoliento.

La familia que vivía en una de las chozas tenía un hijo en las filas de los húsares del príncipe heredero. Volvía a casa cada primavera y otoño, reluciendo en los bosques. Su uniforme, por delante, parecía una tablilla, o un ardiente guardafuego. «Nosotros, los húsares, lo llamamos costillas», dijo a la criada,

cuyo corazón estaba asando lentamente sobre su guardafuego de húsar. En setiembre llegó su última carta, en donde le dio algunas explicaciones llenas de frases de húsar. La carta estaba blanca y muerta como una piedra caliza. Al recibirla se ahogó. Fue sacada del lago el tres de octubre, hinchada como una boya por el feto y el proceso de la muerte. En la parroquia se habló del suceso de una manera extremadamente usual. La próxima vez, el húsar eligió un amor de Torup, ya que allí estaba la tierra seca por todas partes y no había lagos.

Una noche, al estar Martin en el camino para recoger las vacas, tropezó con Agda en el avellanar junto a Lyckorna. Es hija de la finca de Ljungtavan, con piel bonita, ojos claros y trenzas largas. Está estudiando para la confirmación. Le saluda con recato, pasando delante de él. Él saluda tímidamente con la cabeza, avergonzándose por sus zuecos y apresurándose hacia el interior de los avellanos.

Algunas noches más tarde la vio otra vez. Se saludaban como antes, ella con recato y él tímidamente. Nunca llegó a haber cosa alguna entre ellos, aunque él concebía fantasías sobre ella.

Al encontrarse más tarde con el hijo de los metodistas del brezal, miente y se jacta de los inmensos pecados que está cometiendo casi todos los días con la pobre chica.

El hijo de los metodistas escucha tímidamente. Pero, después de un rato, se entusiasma. No tarda mucho en contar, murmurando, que él mismo es un gran seductor. Indica varios lugares en el horizonte. Alrededor de toda la rosa de la brújula —si hubieran tenido una— ha estado seduciendo sin parar. Nunca ha hecho otra cosa que seducir, continuamente, continuamente.

Él representa lo negativo y todos los otros lo positivo. La única persona que él puede ignorar en todo el mundo es Hildur, y lo hace. Casi no existe para él. Ella no tiene ningún poder ni honor. Y, ¿qué es una persona entonces?

A él le gusta el poder y el honor, así como la conquista y la riqueza.

Sin haber visto estas cosas más que en el periódico *Illustra*, piensa que «él es la persona que *es*».

Ahora empieza un período de oscuridad y embuste, un tiempo de fermentación, mezclándose muchas materias, que son difíciles de distinguir.

La revista *Illustra* informa que existen átomos. También explica cómo son y que existen en todo.

No cesa de imaginar que ellos existen en *todo*. En Joel, Paul y en la flor. Sí, en todo. En todo lo bonito y en todo lo feo. Pero, ¿cómo puede, entonces, estar tal cual es en el mundo? Todavía cree un poco en Dios, especialmente cuando está tronando. Durante la tormenta, Dios se junta, quedando *espeso* y presente. El trueno rueda por el suelo del desván de una casa como una pesada bola de

hierro.

¿Será posible que Dios también esté compuesto de átomos? No, apenas. *Illustra*, que sale cada semana, informa de las nebulosas al final del verano. En este momento está entre las nebulosas y los átomos.

Ahora ve más profundo hacia dentro y más lejos hacia fuera, más lejos que a California y más profundo que a «la vida sexual». En el fondo de la vida sexual de Karla hay átomos. Sí, es extraño que existan átomos allí. ¡Oh, ustedes los mayores! No sean tan seguros, porque los niños los penetran, «especulando» sobre ustedes. Si les dejan andar solos sin cariño, sin una caricia en su frente, sin una pequeña palabra, sí, entonces penetran en ustedes, «especulando» sobre ustedes.

¿Han visto ustedes un niño de la parroquia andar «especulando»? Va con los dedos de sus pies vueltos hacia dentro, mezclando himnos y jácara, paja y sexo, heno y mujer, interpretando mal *Illustra*, la más moral de las revistas, convirtiéndolo casi en el libro «callado». No los ve a ustedes, solamente «especula» sobre ustedes.

Ahora ha estado en Norda casi un año, sin apenas haber visto a Paul, el cual, sin embargo, le ha pegado seis veces o quizá siete. Tampoco ha visto a Joel como ser humano. Tampoco se ha fijado en Karla, Klara ni Gunilla como seres humanos. Solamente les ha visto como el poder o la vida sexual. Ha estado «especulando».

Un domingo se va a los metodistas en su imperio del brezo. Tiene la intención de devolver el libro *El viaje del cristiano*. En el camino tropieza con algo que nunca ha visto anteriormente, pero de lo que le han hablado. Es un bachiller.

Ya de lejos ve al bachiller venir sobre el brezo, alto y delgado, parecido a un hilo por haber estudiado demasiado. Está flotando al viento como un narciso blanco. Se va acercando cada vez más por el sendero lleno de curvas.

—Buenos días, pastorcito —dice.

—Buenos días —dice Martin. El chico levanta su gorra tan asustado — respetuosamente y brusco— atentamente, que el bachiller se avergüenza, aunque Martin no lo nota.

—Parece como si me hubiera equivocado de camino —dice el bachiller.

Habla el sueco más correcto que se puede imaginar, el habla más fina de Estocolmo.

—¿Puedes indicarme el camino a Ljungtavan?

Martin piensa desesperadamente: «¿Cómo deben ser titulados aquéllos? No sé si es suficiente titularlo con el bachiller. No, seguramente será mejor llamarlo el Señor Bachiller.

—Sí, si el Señor Bachiller da la vuelta, yendo una cuarta legua y, después, dobla a la derecha en el primer camino, llegará el Señor Bachiller; sí, entonces llegará el Señor Bachiller directamente a Ljungtavan.

—Muchas gracias, excelente —dice el bachiller.

Éste levanta su gorra, blanca como la nata. En el centro de su cabeza, llena de estudios, tiene una raya, una raya blanca como el marfil. Ahora se pone otra vez la gorra. En la parte delantera de la gorra hay un punto, que se parece a la maya, la flor que se vende para tratar la tisis pulmonar, de la cual padecían Inez y su papá. Ahora se le ocurre pensar de repente que ellos duermen en el cementerio de Ökensjö. «Se dice que mi padre fue bastante rico una vez.» El pensamiento surge en la mente de Martin y piensa dejarlo, pero se queda clavado testarudamente allí. El bachiller se queda, contemplando la vista desde la colina del brezo.

¿Iba a decirlo? Decir que, en realidad, no era un pastorcillo «corriente», como él le había llamado, sino que había sido una persona bastante rica de pequeño. No, mejor no decírselo, porque entonces tendría que explicar cómo todo se vino abajo. No, mejor dejarlo. Ellos descansan en Ökensjö.

El bachiller se inclina, cogiendo un trozo del brezo, mirándolo.

—Hay aquí una verdaderamente magnífica corteza de brezo —dice, mostrando el trozo de brezo, al tiempo que aprecia y contempla el brezal, el cual se extiende casi diez kilómetros.

—Sí —dice Martin, alegrándose de haber tocado un tema del cual conoce un poco y sabe contestar e informar.

—Es bonito —la palabra magnífica la guarda para utilizarla más tarde—, pero es una lástima que vayan a plantar ahora aquí abetos y pinos.

—¿Ah, sí?

—Sí, lo van a hacer. Tenemos doce mil plantas ya preparadas en el vivero de Ökensjö. Sí, las tenemos.

Sin darse cuenta, dice «nosotros». Asume el gran e invisible abrigo de responsabilidades del paisaje, diciendo «nosotros», lo cual incluye la parte más arriba del distrito de Lister y la del nordeste de los distritos de Göinge.

—Sí, lo vamos a hacer. Un día habrá bosque aquí. Un bosque magnífico.

—Sí, ya lo creo —dice el bachiller—. Ya lo creo.

Martin entiende que así dicen más arriba del país, los que hablan el sueco más correcto. Dice:

—Sí, cualquier día se va a cambiar esto y plantarán aquí. Ya hemos empezado con quinientas plantas en Norremotavan.

—Ah, sí, ¿en Norra Motavan? —pregunta el bachiller, mirándolo—. Entonces me voy a ir para verlo.

Al mismo tiempo, encuentra un pretexto para marcharse, tendiendo su mano en la forma de una cabeza de corneja, con el pulgar como pico, sujetando una moneda de cincuenta öre.

Durante menos de un segundo se libra una lucha en el alma de Martin, eligiendo entre la generosidad y la tacañería, entre el paisaje y el chico, entre decir nosotros y el ego.

—No, gracias —dice—. No he hecho nada y, por eso, no quiero aceptarlo.

El bachiller sonrío, y deja que se deslice de nuevo la moneda en su bolsillo.

—Bueno, muchas gracias —dice ofreciendo su mano, que tiene la forma de una cabeza de corneja.

—¡No hay de qué! —contesta el «Paisaje».

El bachiller se marcha, mirando hacia el suelo y sonriendo silenciosamente, según costumbre de Uppsala, donde hasta la gente baja tiene mirada experta. Distinguido, y como una persona que haya estudiado demasiado, se va flotando sobre el brezo. Martin se queda, mirándolo.

Todo iba bien, piensa, exactamente como un anciano del cabildo municipal después de una visita del rey. Iba muy bien.

Nota que ha tenido un soplo de aire de la gran Suecia cerca de las esquinas de Norda.

Muy lejos, en el brezo, el bachiller desaparece. Ahora ha llegado tan lejos que se le ve flotar como una flor de algodón sobre el lejano y azul brezo.

Al desaparecer de repente el oropel de su gorra detrás de la colina junto a la bifurcación del camino, tal como un botón de nácar tirado a un lado, Martin prosigue su interrumpido viaje a los metodistas. De lejos ve resplandecer altos girasoles junto a la casa de los metodistas. El sendero corre adelante, como un arroyo gris en el azul brezo. A cada paso, los abejorros se mueven con un susurro sobre la piel rizada del brezo. Ahora no anda como si estuviera en los distritos de Lister y Göinge, sino como si estuviese en el país de la eternidad. Sueña que así se hallaría si estuviera muerto, pudiendo andar sobre una interminable manta de abejorros.

Ahora está muy cerca la casa baja, pero las almas de los metodistas no aparecen en la ventana. Solamente hay allí dos macetas, diciendo: «Que Dios proteja nuestra casa.» En la escalera está sentado un gato. Acaba de comer carne cruda, porque tiene ojos verdes como el musgo. Su pellejo es blanco y limpio, representando el pacífico gato blanco que, en los grabados, acostumbra traer ovillos por un hilo de lana, como un cordón umbilical, al amable regazo de la mujer, donde los calcetines están colgados en las manos y en el silencio, gesticulando las manos en el ritmo del reloj, juntamente con las relucientes agujas de los puntos cardinales.

Llama a la puerta. Es una puerta soberbia y fuerte de madera, de largas tablas.

—Entra —se oye desde el interior.

Lleva *El viaje del cristiano* debajo de su brazo izquierdo, mientras da una vuelta a la llave de hierro. La puerta se abre hacia dentro. Se halla ahora en un pequeño y estrecho zaguán, donde los zuecos de los metodistas están sobre el suelo, esperando el día de trabajo. La otra puerta está entreabierta y ahora pasa por ella, haciendo un ligero ruido en la paz. Hoy no necesita preocuparse por el ruido de sus zuecos, ya que va descalzo. Cierra las puertas detrás de sí, primero la que da al pequeño zaguán, después la interior, pintada de blanco.

Está solamente en casa Miss Johannesson. Como decía el bachiller: «Que suerte tengo con las mujeres, ¿verdad que sí?»

Miss Johannesson está sobre el borde de una alfombra de trapos, en el otro extremo de la habitación, tal como la mujer del tiempo, que está en el borde de su tablón bamboleante en el reloj, pronosticando el tiempo. Está allí alta y delgada y sus gafas centellean como dos relojes de bolsillo (de oro), gracias a un rayo de sol. El mismo rayo divide su alto cuerpo en dos partes, una clara y otra oscura. Todavía no ha dejado crecer su cabello, sino que lo lleva corto. En la parte izquierda de la cabeza tiene una raya de niño.

—Buenos días —dice Martin, quitándose su gorra y pasando sus dedos por el cabello.

Él piensa que debería haberse peinado un poco. Se parece al brezo.

—Buenos días, buenos días, siéntate —dice Miss Johannesson.

Ella sonríe amablemente, entre sus dientes, tres dientes relucientes de Alaska. Viene de las Montañas Quebradas. Y aunque los átomos se mueven como hormigas dentro de las Montañas Rocosas, ella, de todas formas, ha recorrido todo el camino desde las Montañas Quebradas, siendo un lugar con paisaje de gran hermosura.

Martin toma asiento, indeciso, sobre el borde extremo de una silla. Empieza a ponerse tímido como de costumbre. Sólo cuando está solo es verdaderamente atrevido.

Le han contado de los salones distinguidos, donde él se moriría. Su timidez lo estrangularía allí. En semejantes salones hay suelos de espejo, tan resbaladizos y lisos que uno puede deslizarse por ellos hasta llegar a los condes. Y, ¿quién se atrevería a deslizarse? No, se moriría por timidez. El corazón saltaría como un canario de un palito a otro en la jaula de la conciencia. Nunca se atrevería salir al suelo resbaladizo. Se nota cómo salta el corazón solamente por estar aquí delante de Miss Johannesson de los metodistas. Pero, seguramente, es porque viene de las Montañas Rocosas.

—Sí, querría... es que querría... devolver... este libro.

Se acerca, tendiéndole el libro y quedando a la espera.

—Ah, sí, sí —dice.

Y con las manos blancas, delgadas y sin pecado de las Montañas Rocosas, se encarga del libro, de una manera espiritual y metódica, inspeccionando el lomo y las cubiertas y colocándolo después en el pequeño estante junto a la Biblia.

La próxima vez que ella abra la boca es para hablar a su alma.

Todo lo que dice tiene primeramente que ser traducido al idioma del alma, a la lengua, en cuyo mundo no existen tales cuerpos que ha pintado Rubens en *Ilustra, la revista para la familia y la casa*, ya que en estos cuerpos existen los órganos que dan una parte de felicidad y nueve partes de infierno y cuyas raíces penetran en la profundidad de la conciencia. Karla tiene un cuerpo semejante. En la imagen se puede ver cómo está desnuda. Nunca necesita desnudarse. Se sabe todo de antemano.

Los hombres también tienen tales cuerpos. Cuerpos incómodos y pesados.

También los tienen los niños y, al descubrirlo, se sienten muy poco felices y sí desesperados.

Son esos cuerpos que van a la guerra, matan a otros cuerpos y, después, los echan en tumbas profundas. Los átomos de la revista *Illustra* están también allí abajo, en las tumbas podridas. Entonces nunca más hace falta el libro *Silencio*. Esto se llama la Muerte.

En cambio, el alma se parece a un velo que, según lo que dicen, se mantiene regularmente con arreglo a como estaba el cuerpo en aquel tiempo, cuando nació entre las extendidas piernas de la madre, la cual también tiene un cuerpo hasta aquel día, cuando se lo coloca en un ataúd, para no existir nunca más como cuerpo. Se ha dicho que el alma y Dios son «unos milagros que están por encima de todo lo comprensible». Gunilla lo había leído una noche, en voz alta, en «las meditaciones del domingo». Había estado sentada con su inmenso cuerpo en un rincón de la gran cocina, leyendo esto del alma y con el cuerpo de Karla a su lado.

Otra noche habían hablado de la Peste Negra. (Joel había sido entonces llamado a filas y Paul se había ido a la audiencia para un pleito de lindes, el cual no iba a celebrarse hasta el día siguiente, pero él quería estar allí a tiempo. Por esta razón, las mujeres, los niños y los de la parroquia estaban solos en casa por la noche, hablando de la Peste Negra.) Tenían miedo de que volviera la Peste Negra. Se decía que podría extenderse otra vez sobre el mundo.

Gunilla contó la leyenda de la campana musgosa, que una vez se había encontrado en el bosque. La iglesia de madera se había podrido, pero la campana se quedó en el bosque como una gigantesca y musgosa copa al pasar la Peste Negra.

A medida que habló Gunilla, todos mecieron sus cuerpos, acercándose al enigma de la muerte en los pesados pensamientos del miedo sobre la miseria de los próximos tiempos.

En la cocina estaba oscuro. Todos estaban sentados en la oscuridad. El fuego del hogar resplandecía a través de sus aberturas como rojas rayas del relámpago, lanzando reflejos arrastrados en las caras de todos. La imaginación más negra se conmovió en sus cerebros. Estaban sentados igual que componentes de una secta, celebrando una reunión en el nombre del pensamiento mortal, bajo la voz contralta y poco limpia de Gunilla, cantando misa.

De Martin se apoderó la idea de que todos los que estaban sentados allí habían muerto, que ya estaban muertos por la Peste Negra.

Al terminar Gunilla de contar su leyenda y los otros, con voces apagadas y humildes delante de la oscuridad, hubieron dicho lo suyo, permanecieron sentados y en silencio durante un rato. Oían el susurro de los árboles por fuera y el débil sonido de flauta de la chapa del hogar. Sus pensamientos se trasladaron a la pesada garganta de las imaginaciones. Se adormecieron en la profundidad de las tumbas en el Enigma; el enigma de ese *algo* que viene y sale

en los tiempos. Martin vio cómo Gunilla apoyó la cabeza en sus manos. Sus largas trenzas, negras como el carbón, colgaban hacia abajo sobre sus rodillas, como dos pesadas anguilas.

Martin humedeció sus labios con la lengua. Estaba sentado sobre la banqueta de uno de los gemelos. La aproximó más a Karla. El miedo le impulsaba a acercarse a ella. Y, de todas formas, no podía dejar, no podía dejar de pronunciar lo que estaba pensando.

—A lo mejor estamos muertos todos —dijo—. Nos hemos muerto en una vida y moriremos en otra. A lo mejor estamos muriéndonos ahora, muriéndonos, muriéndonos. ¡Oooh, oooh!

Se agarró a las rodillas de Karla. Estaba histérico. También Hildur empezó a llorar. Karla lo apartó de sí de un empujón y él se cayó pesadamente al suelo. Se arrastró, apoyándose en sus manos, alrededor de los pies de Karla.

—¡Déjame, niño! —gritó—. ¡Déjame!

Lo empujó con su pie, hasta hacerle rodar.

—Enciende una lámpara —gritó Karla—. En el nombre de Jesús, enciende una lámpara.

—Oh, Dios mío —dijo Gunilla—. Oh, Dios mío, ¿qué pasa, qué pasa?

—No lo sé —dijo Karla asustada.

Todos estaban exaltados y jadeaban excitados.

Entonces, Klara, sentada en su rincón, encendió una cerilla. Se fue a la mesa, prudentemente, para que la cerilla no se extinguiera, levantando la pantalla y encendiendo la lámpara de queroseno.

—¿Qué pasa? —preguntó turbada por el sueño—. Parece que me he dormido un poco. ¿Ha pasado algo?

—No, no ha pasado nada —dijo Karla, dando una bofetada a Martin al levantarse él a la luz de la lámpara.

—Tú, diablo humano —dijo Klara—, ¿estás pegando a un niño indefenso?

—Cállate tú, que has dormido —dijo Karla.

—Sí, es verdad —dijo Gunilla, excitada.

Los inmensos senos de Gunilla presionaron fuertemente contra la blusa, como dos jarros de piedra. Todavía estaba jadeando.

—Prefiero dormir a estar con vosotras —dijo Klara.

Todos la miraron. Ella empezó a desmontar la desnatadora, para lavarla.

Así terminó esta reunión de las imaginaciones. Junto al silencioso llanto de Martin y el murmullo disminuido de Karla, desembocó en la luz de la lámpara y el silencio. Hildur andaba disimuladamente, poniendo la mesa para la polenta de la noche, tácitamente aliada de Klara.

Todos los recuerdos de aquella noche surgen al estar allí en la luz solar del día, delante de Miss Johannesson. Habla a su alma, considerándolo solamente como un alma y queriendo ser considerada de la misma manera.

—Hoy no tendrás que pedir prestado, porque hoy te voy a *regalar* unas revistas.

—Gracias.

Estando en el centro de los amables ojos de su alma, era como si se convirtiera en una parte de *ella*.

—El destino del alma supera todos los demás destinos, mi niño, mi niño — dijo—. Al trabajar en la estación de Indraputra, tres de nuestros niños hindúes se murieron a consecuencia de mordeduras de cobra. Sin embargo, eso fue solamente su muerte corporal, ya que sus almas pronto estuvieron preparadas para otra cosa. Ni siquiera existe la muerte detrás de la mordedura de la cobra para el que cree.

—¿Puedo sentarme un poco? —preguntó Martin.

—Sí, por favor —dijo ella.

Él fue a sentarse, pero esta vez sobre todo el asiento. La timidez casi había desaparecido por completo y su corazón latía tranquilamente.

—¿Qué pasó al morder la cobra? —preguntó, cruel y perspicaz.

Sentía interés por todas las cobras que serpenteaban y hacían ruido entre los bambúes de Indraputra. Frotó sus manos sobre el asiento y encontró una irregularidad en el barniz, la cual empezó a rascar con la uña de su pulgar.

—Dígame, ¿cómo fue la mordedura?

Lo miró amable y seriamente, contemplando con un fanatismo ingenuo y suave el alma que le dio a su cuerpo la voz terrestre.

—Pasó como está destinado en las manos de Dios. Nuestro señor tiene mil caminos y todos llevan a su fin. Pregúnteme, en lugar de eso, si habían encontrado a su Dios, a su Salvador.

Al hablar pasó sus manos sobre los delgados hombros. Cruzó los brazos sobre la clavícula, enseñando sus puntiagudos codos.

—Pregúnteme sobre el alma, no sobre la cobra.

—Sí... —suspiró Martin, aspirando, confundido.

«Los átomos están también en ella», pensó, y en seguida quiso marcharse.

Se levantó de la silla, manoseando su gorra.

—Sí —dijo—, es extraño.

No sabía decir otra cosa. Se hizo una pequeña pausa. Ella se quedó con los brazos cruzados y las blancas, largas y delgadas manos sobre sus hombros.

—Creo que tengo que marcharme a casa ahora —dijo—. A lo mejor están preguntando por mí.

Ella dejó caer las manos de los hombros. Parecía una alta y delgada grulla humana.

—Sí —dijo con voz de maestra—, si te están preguntando, debes irte a casa. Pero antes —dijo, dirigiéndose al estante—, antes te daré las revistas. Son pequeñas traducciones hechas por mí del misionero Ward, el cual está trabajando en los campos de Uganda.

Las enumeró.

—Son seis —dijo—. Tómalas, mi niño.

Tendió sus manos, aceptando las seis delgadas publicaciones.

— Léelas y se aclarará mucho de lo que te ha resultado oscuro — dijo.

Cruzó el suelo con las revistas debajo del brazo.

— Muchas gracias y adiós — dijo.

— No me des las gracias a mí — dijo—. Da las gracias a Dios, el Salvador.

Cerró lentamente la puerta detrás de él.

Un momento más tarde estaba de nuevo en el brezo, el cual pronto se convertiría en bosque, bosque de buena madera de Göinge.

Dejó sus revistas debajo de una piedra, en el brezo de Varglyckan, siguiendo después adelante. Allí se quedaron, pudriéndose a causa del agua y los años. Por efecto de la lluvia y la nieve remolinante se convirtieron otra vez en celulosa hinchada y redonda y los vientos venían aquí desde el mar lejano, soplando su melancolía inmensa entre la delgada y temblorosa leña del brezo y sobre las plantas que un día llegarían a ser abetos.

A Joel le habían dado otra vez permiso de la guarnición de la costa. Ahora estaba recogiendo la cosecha en el ventoso fin del verano. El viento tiraba en las carretadas de cereal, cayéndose las garberas en los campos, estando tendidas en montones, tal como soldados caídos por el fuego de la ametralladora. Las noticias de los periódicos informaron de aún más fuertes combates fuera, en Europa. Las gentes de las chozas, que estaban haciendo sus trabajos como medianeros durante la cosecha, hablaron como ecos de noticia sobre las últimas matanzas en los campos. Sopló un viento muy fuerte. Tenían que gritar y repetir, cansándose y empezando a hablar de otras preocupaciones más cercanas, terminando con sus gritos a través del viento.

— ¡Con este viento ni siquiera se puede oír al diablo!

Karla estaba trabajando también. Andaba sobre los campos como la más fuerte. Solamente el viento era más fuerte, levantando su falda como una bandera de la pasión; sus muslos relampagueaban en el viento. Estaba allí, aleteando como una desesperada y gigantesca muñeca, con sus inmensos muslos abandonados al viento.

— ¡Al infierno! — gritó.

Era como la miel para todos los que solamente pensaban en *el cuerpo*. Durante esta cosecha volvió a quedar embarazada. Al descubrirlo, se puso más dura que nunca. Hasta la suave sonrisa maliciosa, con la que se había defendido, desapareció. Martin recibió ahora violentas bofetadas por el menor motivo, o por razones que ella misma inventó. Nunca más lo llamó «niña», sino que lo odió y lo persiguió como niño.

— Zopenco mimado — dijo—. Aquí no serás tan mimado.

Lloró con frecuencia, preguntando por qué no la odiaba. Ella le había pegado más que ninguno aquí en Norda. Klara *nunca* le había pegado.

Una vez, al entrar disimuladamente en la taberna, estaba sentada allí Klara, intentando tocar su armónica. Con una expresión de vergüenza, dejó de

hacerlo.

—¿Es un poco falso, no? —preguntó—. Probaba si podía sacar unos tonos, pero parece que no tengo dotes —añadió.

Una noche de domingo después de la recolección de la cosecha, vino Joel a casa. Martin estaba en el establo, dando de comer a los caballos. Joel estaba borracho. Apareció tambaleándose, resbalándose sobre los escurridizos guijarros grandes del sendero del establo. Uno de sus azules ojos estaba enrojecido.

Martin entendió en seguida que algo había pasado, retirándose instintivamente hacia la puerta. Al coger el tirador de la puerta para abrir, Joel le agarró su hombro, tirándolo al suelo.

—¿Por qué vas a los mozos de la hacienda de Ökensjö, pintándome como un diablo? ¡Contesta!

Le dio a Martin un puntapié. Martin se levantó, intentando huir al desván del heno. Estaba tan asustado que no podía gritar.

Joel fue detrás de él, lo levantó por el cabello y lo mantuvo así. Los ojos de Martin estaban paralizados por el horror. No sabía gritar. Con sus pequeñas manos palpaba aterrorizado delante de sí, intentando estrangular a Joel.

—Así, tú, diablo —gritó Joel, lanzándolo hacia la pared.

Todo se hizo oscuro y tranquilo, dejando de existir.

Al despertarse, notó que de la frente le manaba sangre. Encima del ojo izquierdo tenía una dolorosa herida, un chichón sangriento.

Los caballos se volvieron hacia él, y contemplaron cómo se levantaba. Parecía tranquilo y frío, siniestramente callado. En otras ocasiones los caballos siempre le oían blasfemar, hablar consigo mismo sobre el porvenir o cantar.

Ahora no cantó, ni pensaba tener ningún porvenir.

Entró en la ahora no usada cámara para mozos, la cual tenía una entrada por el establo. Buscó sobre los polvorientos y abandonados estantes de allí dentro. Sí, allí había una cajita.

La cogió y volvió al establo. Al moverse, las pocas cerillas hacían ruido en la cajita.

«Primero suelto los caballos», pensó.

Así lo hizo.

Abrió la puerta del establo. Después soltó los caballos. Se marcharon hacia fuera. Tres altos y serios animales. Los golpes de sus cascos sonaban acompañados sobre el sendero de grandes guijarros. Pensaban que era la hora de beber, yéndose abajo al arroyuelo. Se detuvieron junto al cercado, volviendo sus cabezas, llenas de tristeza por el trabajo, hacia él, pensando que acudiría a abrir.

Se quedó junto a la puerta del establo, mirando fijamente hacia la loma, donde el principio del otoño ya había empezado a guiñar con una o dos hojas amarillas en la piel del tardío verano. Una urraca emprendió el vuelo desde un aliso de arroyo, aleteando hacia fuera, centelleando en blanco-negro como una

mezcla asustada de blancas ropas inferiores y negra falda de luto. Los caballos estaban esperando al lado del cercado, pateando con los cascos delanteros y empezando impacientemente a morder con sus grandes, amarillos dientes en el cercado.

Se fue hacia abajo, abrió la barrera y ellos siguieron hacia abajo hasta el arroyuelo. Indeciso, fue tras ellos.

Al haber bebido, se quedaron como pensativos. Quieto principio del otoño. Después tomaron más agua. Bebieron varias veces. Martin sacó algo del bolsillo. El caballo percherón retrocedió, poniendo los cascos delanteros en el suelo. ¿Qué era lo que había centelleado? La amarilla etiqueta de una caja de cerillas de la marca «Westra», de Jönköping. Al ver el percherón que la caja se fue flotando sobre el arroyuelo de caracol, se calmó, bebiendo otra vez. La caja amarilla chocó contra algunas pajas, lo cual le hizo dar unas vueltas, yendo después abajo los alisos.

Dejó que los caballos se revolcaran en la hierba fuera del cercado, y él los esperó. Con sus pesados cuerpos extendían la paja por el suelo, juntaban las patas y dirigían las herraduras hacia el cielo, tal como unos brillantes cuños, bamboleándose hacia el Oeste y hacia el Este, levantándose pesadamente temblorosos, sacudiéndose bien y resoplando.

Volvieron al establo. Los golpes de los cascos adquirieron un ritmo lento, aunque fuerte, hacia el sendero de guijarros grandes. Cada uno haciendo ruido con sus cascos entró en su respectivo compartimiento. Les colocó a cada uno su cabestro, acariciándoles en sus pechos. Uno de ellos estaba herido por los jaeces y las moscas del otoño visitaron apáticamente la herida alquitranada en su cruz.

Lentamente cerró la puerta del establo detrás de sí y se marchó. Se fue lento e indeciso, como si no hubiera tenido ninguna prisa en llegar a ningún sitio. De vez en cuando volvía la cabeza como para mirar algo, pero no era así.

Se ha hecho otoño otra vez y él ha crecido.

Una hora más tarde empiezan a llamarlo. Karla está gritando junto al aliso del arroyuelo. Va a lo largo de él hasta llegar al roble de las cornejas, el cual, con sus quinientos años, sale torciéndose de la tierra, murmurando. Pero ella oye solamente su propio eco. En el arroyuelo, debajo de sus zuecos, está girando en un remolino una caja de cerillas.

Va en la otra dirección todo el camino hasta Varglyckan, llamando desde allí. Grita un largo rato, haciéndose su voz hosca y amenazadora. Pero en Varglyckan no existe ni siquiera el eco. Ninguno contesta. Ha desaparecido.

Murmurando, ella vuelve a la finca.

RESIDENCIA DE PIEDRA PARA ANCIANOS

A causa de haberse escapado, fue trasladado en el año 1916 a una residencia de piedra para ancianos, la cual había sido construida en el año 1912.

Tenía ahora once años y medio y, durante aquel año, había empezado a crecer, con lo cual ya nadie lo llamó «pequeño enanito». El día de su llegada a la residencia para ancianos había sido determinado por el concejo de la Comunidad. Sin embargo, nadie acudió a buscarlo a la estación de ferrocarril y, por lo tanto, tuvo que encontrar la casa él mismo. Y le resultó fácil, ya que la encontró en las afueras del pueblo: una casa inmensa, construida con granito y con toda la fachada revocada de blanco, pareciendo áspera como un rallador o como la piel de una estrella de mar. Tenía cuatro plantas; era la casa más alta que había visto en su vida. Dos chimeneas, grandes como cobertizos, echaban el negro y espeso humo de la comunidad, que casi era tan oscuro como el de la fábrica de Hjulfors. Cuanto más se acercó a la casa, tanto mayor le pareció. Entró por la puerta enrejada de hierro. Parecía como si hubiera sido tejida con juncos. La senda de arena gruesa, que desde la puerta enrejada formaba un recodo semejante a una gigantesca S hasta llegar a la casa, era ancha como una carretera. Todo era enormemente grande. Martin se fue por la senda arriba. La gruesa arena amarilla crujía. La casa estuvo más cerca. Miró arriba a lo largo de su blanco revoque. En el centro de la parte superior estaba escrito el año de construcción: 1912. Al mismo tiempo apareció la cabeza de una persona — desde la vertiginosa altura de la cuarta planta — y escupió hacia abajo, en broma. Martin miró, lleno de devoción, cómo caía el escupitajo, tal como una estrella, tardando un largo rato.

Él mismo estaba ahora con su pequeño baúl de ripia en la mano, situado en el centro de la gigantesca ese del sendero, pensando por qué camino debería entrar en la casa. No estaba familiarizado con su construcción. No había ninguna puerta con vidrios de colores, representando la entrada para huéspedes. No, aquí había tres altas escaleras de hormigón y todas eran iguales. ¿Cuál debería elegir? No se veía a ningún asilado. Estaban reunidos, tal como abejas invernaderas, dentro de la colmena de piedra y él estaba fuera, como un ladrón de miel delante de su triple piquera. Entonces, de repente, salió la abeja reina a la escalera central, representando realmente lo que casi había supuesto: una mujer gigantesca.

Llevaba un delantal blanco, que convenía al revoque de la casa y que iba desde sus hombros hasta las cañas de las piernas. Su nariz era larga y su negro pelo estaba peinado de manera que se parecía a una negra cebolla del tejado. ¡Qué grande era! Sin embargo, no era tan grande como Karla. ¡Y qué blanca! En este momento lo llamó, preguntando si él era el nuevo chico. Sí, indecisamente lo aceptó. Entonces bajó ella por la escalera, para saludarlo. Parecía amable y poderosa, y el respeto le hizo tan torpe que se equivocó varias veces al intentar agarrar el mango del baúl de ripia, subiéndolo en el aire vacío. Tenía la gorra en su mano, no atreviéndose a ponérsela de nuevo hasta que ella se lo dijera. Como no se lo dijo, siguió con la gorra en la mano. Después penetraron en la casa por la entrada para huéspedes. Dentro de la puerta exterior, a la izquierda, estaba la habitación de la señorita y allí le dejó colocar su baúl de ripia. A la derecha estaba la entrada de la cocina. Sin embargo, la habitación de la señorita era *demasiado* bonita, haciendo que su torpeza se convirtiera en miedo. Al notarlo la señorita, entraron inmediatamente en la cocina. La cocina era grande y la cocinera se llamaba María. Era mucho más pequeña que la señorita. Estaba preparando la comida: puré de nabos con tocino. Desde el interior de la casa se oía el rumor de los ancianos. María lo saludó. La señorita sonrió, acariciándole a Martin un hombro. Por un momento le dejó ver su mano. Le parecía que tenía las uñas demasiado largas; si bien pensó que en China las tenían más largas, pues recordó un grabado. Las tenían tan largas que se parecían a la grama en los labrantíos. Ahora la señorita abrió una puerta, empujándolo lentamente delante de sí.

Estaban ahora en el comedor. Era grande como una capilla y, en un rincón, había un órgano. La mesa estaba puesta con innumerables platos. A distancia, a través de todas las paredes, se oía susurrar a los ancianos.

—Falta una hora hasta la comida. Ponemos siempre la mesa a una hora adecuada. Así que tienes tiempo para bañarte antes —dijo la Gran Señorita, llevándole más adelante por un pasillo.

Éste era largo y oscuro y seguía la misma dirección que la carretera a Ede. Yendo hasta el final del pasillo, se llegaba bastante lejos en aquella dirección. Dentro se encontraron con los primeros ancianos. A Martin le parecía como si hubieran tropezado con salvajes y casi desconocidas tribus; sin embargo, al

mismo tiempo, Martin vio el *Eterno Jon* de la parte del norte de la parroquia. A él lo reconocía, por ser el ingeniero de la eternidad. Estaba trabajando con máquinas que funcionaban solas en la eternidad de las eternidades. Sin embargo, él no reconoció a Martin, sino que se escapó abriendo una puerta y desapareció tímida y calladamente. Ahora se oía de nuevo el susurro de los ancianos, pero parecía como si llegara desde arriba, desde las partes más altas de la vertiginosa casa. Los que estaban en el pasillo, guardaron silencio, avanzando de puntillas de un lado a otro con sus silenciosas zapatillas de fieltro. Estaban vestidos con ropas grises y oscuras, a excepción de uno de ellos, el cual llevaba puesto un chaleco nacional, rojo como el ardor, y ostentaba una cadena de plata sobre su estómago. Miró el reloj tres veces: ¡Bueno, ya sabía el chico que él tenía un reloj! La señorita lo saludó, llamándolo Anders.

—Vamos, Anders —dijo musicalmente.

Esta expresión era consuetudinaria, significando: «Vamos Anders, ¿cómo está? ¿Funciona el reloj? Creo que sí, no se retrasa, ¿verdad?»

—Estoy bien, señorita, todo va bien —dijo Anders.

—Así me gusta —dijo la señorita.

Era también una expresión usual.

Se encontraron ahora dentro de un viejo y débil remolino de ancianos. La señorita, con su blanco y enorme delantal, emergía por encima de todos como un faro. Ella hizo contraste con la oscuridad, compuesta de zapatillas, hilos y frisa, representando la blancura y delicadeza en contraposición a una urraca mudada.

—¿Cómo andamos, mis ancianos? —preguntó.

El hombre con el chaleco, rojo como el ardor, se había destacado, contestando en nombre de los otros, a lo mejor a causa de que brillaban su chaleco y la cadena de su reloj.

—Pues, así, así.

Martin había oído esta expresión anteriormente. También era una de las habituales. Miró al chaleco, rojo como el ardor, y a la cadena de plata, que en realidad era de níquel. Comprendió que este anciano con el chaleco era algo especial, a lo mejor más especial, a lo mejor el general de los ancianos. Sintió hacia él cierta antipatía.

La señorita continuó más adelante por el pasillo y Martin la siguió. El pasillo era infinito. Se oía cómo dentro de una habitación daban martillazos. Era el *perpetuum mobile* del *Eterno Jon*, que aún seguía rebelde. Martin pensó en Kristofer Polhelm, en su libro de lectura. «Sí, la vida es extraña», pensó precozmente, resultándole fácil pensar de esta manera, ya que también era una expresión habitual. Al final del pasillo, la señorita abrió una puerta, empujándolo a una habitación vacía en la que se veían varias perchas. Allí había un banco para sentarse y, debajo del banco, había un calorífero. Dentro estaba el cuarto de baño. Desde allí estaba susurrando y el susurro se mezcló con el susurro que le había parecido ser el rumor de los ancianos.

—Ahora te desnudas y entras allí —dijo la señorita—. Verás lo a gusto que te vas a sentir aquí en la Casa —añadió, al notar que Martin parecía tener un poco de miedo.

Empezó a desnudarse. Era tímido. Primeramente se quitó las ropas que no le descubrió, pero la señorita se quedó. Entonces se detuvo un poco, rascándose en los cabellos y sobre los hombros. Entonces le preguntó si tenía piojos. Titubeó un poco, pensando en la posibilidad y las consecuencias.

—No —dijo—, no lo creo, no, no tengo, no, estoy, estoy limpio.

—Así se debe contestar —dijo ella—. Sin defectos y limpio.

Sin defectos y limpio era una frase habitual. Significaba que uno tenía ropas remendadas y limpias las orejas.

Todavía no se atrevió a desnudarse completamente. Ahora tampoco podía rascarse. Reinó el silencio durante un minuto. Ella notó su embarazo, diciendo tranquilamente:

—Bueno, entonces voy para buscar a Lina. Y salió.

Él se quedó sentado, reflexionando acerca del problema de la desnudez. Tenía que mostrarse desnudo delante de ellos y eso lo atormentó. Se había puesto tímido y sentía miedo, ¿cómo había ocurrido eso? Seguramente era porque... Por haber crecido, sí. Y...

Intentó infundirse ánimos y se decidió a desnudarse completamente *antes* de que entrara Lina, porque si esperaba, le resultaría más difícil después.

Apenas había tenido tiempo de quitarse los pantalones, cuando Lina apareció en la puerta.

—¡Buenos días! —dijo francamente, ya que era intrépida y de cara colorada, con cuatro niños repartidos por la Comunidad—. Hay que entrar aquí de un salto —dijo, abriendo la puerta del cuarto de baño.

Entró temblando, inmediatamente seguido por Lina.

—Sí, entonces vamos a empezar —dijo Lina—, el agua es excelente.

Chapoteó con su mano en la bañera, formando pequeñas olas. Tan distinguido y heroico como era posible, levantó sus piernas encima del borde de la bañera, metiendo su joven cuerpo en el agua. Lina salió a fin de coger una sábana para el baño. Al regresar, él se había acostumbrado más y ya había empezado a familiarizarse con el agua, cogiendo puñados enteros de jabón blanco, haciéndolo espumarse sobre los brazos y las piernas. El agua se hizo ahora menos transparente. Lina cogió bruscamente el cepillo, pasándolo sobre el cuerpo de él en todas las direcciones. El cepillo rascaba fuertemente como un erizo, haciéndose, sin embargo, más blando a causa del agua.

—Así —dijo—, y ahora te colocas sobre el estómago y seguiremos con la espalda.

Y de este modo limpió su espalda desde los talones hasta el cráneo.

—Y ahora te levantas para ducharte.

Se levantó y, sin saberlo, estuvo debajo de la ducha. Lina lo sujetó con fuerza para que no se escapara. Cayeron las cataratas del Niágara. El agua salió

más fría, aquello parecía el polo norte.

—Uhuu.

—Uhu, sí —imitó Lina—, esto es bueno.

Uno - dos - tres - cuatro - cinco - seis, siete, ocho polos nortes. Después lo soltó y él se precipitó fuera como un relámpago. Estaba salvado.

Ahora lo envolvió en la sábana para el baño, como un vestido blanco que le llegó hasta el suelo, haciéndole parecerse al fantasma de la superstición, palmoteando y golpeándolo ligeramente.

—Así, sí, ¡y ahora te vistes!

Lina sacó el tapón de la bañera, marchándose el agua con la misma rapidez con que había entrado. Sobre el banco había colocadas limpias ropas interiores. Titubeó primeramente, pero después se las puso. Un minuto más tarde estaba fuera, en el pasillo. No vio a nadie, empezando a andar de un lado a otro, «pensando» en lo que había pasado y lo que iba a pasar. De repente entendió que su vida, ahora, después del baño, era diferente. No era el baño en sí lo que le había asustado, ya que, anteriormente, había solido zambullirse desde la cima del alto pino al lado del lago Halare. No, le había violentado otra cosa más que la entrada en un nuevo período de la suerte de su juventud, de la bifurcación del camino, tan difícil de comprender para un niño, del asilo de caridad. Estaba tan a punto de llorar que se echó a reír. Era otra persona ahora. Ya no era el hijo de Olof Tomasson, de Nite, o *el enanito*. Ahora era el más pequeño de los asilados, el pequeño asilado.

Se fue hacia el pasillo en dirección al comedor, lanzando un esputo en una de las escupideras colocadas en el suelo para este fin, ya que, de todas formas, era un asilado ahora. La campana que anunciaba la comida sonó y los ancianos llegaron con precipitación, bajando muy tiesos por las escaleras, procedentes de sus habitaciones. Se unió al grupo.

El mundo olía a puré de nabos.

Pasaron unos días y él notó cómo todo se contrastó, ya que su anterior vida como niño de la parroquia y los diferentes lugares y amos por los que había pasado contrastaron con la dolorosa paz del asilo de caridad.

—Este invierno pasará pronto —había dicho la señorita—; ahora irás a la escuela y, al llegar el verano, la Comunidad te escogerá un nuevo lugar. Verás que tendrás un hogar muy bueno.

Ella creía en hogares buenos, probablemente por ser bastante buena ella misma, ella, la señorita gigante. Se había deslizado en el interior de su vida con su blanco delantal de directora, semejante a una inmensa vela. Al estar ella ausente, sentía «entusiasmo» por ella. Tenía la vaga sensación de que ella, de alguna manera, lo «salvaría». Estaba muy solo en la inmensa parroquia del mundo. A veces lloraba.

En el quinto día después de su llegada a la casa, fue enviado a la escuela.

Por la noche regresó deshecho en llanto y ojeroso. Los otros chicos le habían pegado. No les gustó. Andaba «mirando con la boca abierta», decían. Además, no tenía patines, era una mierda. Como no tenía patines, se deslizó por el resbaladero con sus zuecos de madera. Por esta razón fue bautizado con el nombre de *el Resbaladizo*, llegando con este nombre «a casa» por la noche.

Era diferente, pero no divertido ser niño de la parroquia. A veces arriba, en las nubes, y a veces abajo, en el infierno. La Comunidad tenía derecho a columpiarlo de esta manera y todo el mundo, con sus buenos niños, tenía derecho a empujar el columpio de vez en cuando. En la finca de Norda se había dicho una cosa, en la finca de Vilnäs lo contrario de lo que se había ordenado en la finca de Tollene. ¿Qué diablos se podía creer?, como había dicho el chico sobre la suma. Sin embargo, no entró con la señorita para buscar consuelo. Tenía el presentimiento de que no se daba o no existía el consuelo. Había que esperar los años, llenos de rosas, del porvenir, pensando como decía el chico: «En verdad, en verdad os digo que llegarán los años en que serraréis vuestros propios palitos de aliso.» Y tenía que pensar, como decían los asilados al nacer o morir alguien: «todo tiene su tiempo». Uno tenía que pensar todo lo posible, porque si no, no podía seguir.

Martin se lavó el llanto bajo el grifo piriforme de la muy moderna tubería del agua del asilo de caridad. Después salió y bajó al río, el cual estaba a punto de deshacerse del último hielo. Saltó sobre un témpano de hielo, dejando que lo llevara un poco de camino hasta que encalló. Entonces saltó sobre otros témpanos. Era divertido y peligroso. De esta manera recorrió todo el camino hasta el molino. Allí corrió un rato alrededor sobre los viejos troncos, llenos de hielo, del resbaladizo dique en construcción, hasta que el molinero, que estaba preparando el molino para la primavera, le preguntó qué diablo de canalla era él, que estaba corriendo y haciendo diabluras en el molino. Entonces se fue lentamente «a casa» con sus zuecos de madera tan pesados como el dolor. Cerca del río, en la pendiente, tropezó con *Epilepsis* —o, como era su nombre, Lod-Lars—, el asilado epiléptico, y éste empezó a hablar de su enfermedad, excitándose tanto que, al llegar al pasillo, le dio realmente un ataque, empezando a rodar. Se le puso la cara azulada, saliendo espuma de su boca. Martin se fue para llamar a la puerta de la señorita, saliendo ella enormemente grande y blanca. Ella llamó al fuerte tonto Emanuel y a Lina, la mujer de faenas. Se llevaron a *Epilepsis* al comedor. Emanuel, el tonto, se rió torpemente. Esto era comida ordinaria para él. La señorita traía a Martin al pasillo, preguntándole cómo había salido en la escuela.

—Pues, bien —dijo Martin.

Después entró ella en su habitación. La vio apartarse, mirando su inmensa choza de cuerpo, su inmenso jarro, lleno de respeto, y sintió, al mismo tiempo, temor y «entusiasmo». Se le secó la boca, pareciendo su alma rota y llena de ramitas de enebro del infierno.

De esta manera ocurrió todo en el asilo de caridad. Aparecía, por ejemplo, un

asilado, un epiléptico, un tonto, un esquizoide, y estos asilados, epilépticos, sanos o esquizoides decían o hacían algo, marchándose después. De esta manera *pasó* su vida este invierno; en la escuela, donde los niños le dieron bofetadas, y en el pasillo del asilo de caridad, tanto el masculino como el femenino.

La desdichada Elida vagabundeaba todos los días por el pasillo de las mujeres, que era tan largo como el de los hombres. Ella se había destruido en el mar de las religiones y estaba condenada a su demencia a la edad de veintiséis años. En realidad estaba furiosa cinco días al mes, durante el tiempo de la menstruación. Entonces la encerraron en la celda, al final del pasillo femenino. A veces pasó Martin por allí, escuchó sus rabiosos gritos. Aulló como una tempestad de nieve, su llanto era espeso y parecía que estuviera a punto de ahogarse bajo un alud de lana. Al pasar sus días tempestuosos, la soltaron. Pero también el mar de fondo de su locura podía a veces ser difícil, dándole en ocasiones un acceso de la tempestad también a mediados de mes. A los que encontró, les dijo:

—Tengan cuidado con las ardientes flechas de Satanás, pasando durante el día; y sus carruajes negros, los cuales pasan por la noche.

Tenía un hijo, llamado Lennart, de siete años, que venía de vista. A él le dijo:

—Lennart, mi niño, mamá está peor ahora que el año pasado. No debes visitar a mamá más, ya que mamá no se encuentra bien.

Lo pronunció a varios metros de distancia, sin acercarse, y Lennart se fue llorando de allí, consolado por la señorita, que le dio unas pastas.

Así era la vida que llevaba Martin, el niño de la Comunidad, en el asilo de caridad. Veía cómo era la vida.

Anna la Choza era un puntal del asilo de caridad, del mismo modo que Paulus y Birgitta, la baldada con reumatismo. A pesar de ser ella misma una asilada, cuidaba de otros asilados. Dura como Moisés. Blanda como el brezo, no como la lana, ni el plumón. Martin tropezó con ella la primera vez en el pasillo del asilo, al llegar ella, llevando una paila de un enfermo. Se detuvo delante de él, preguntándole directamente si sabía algo de Dios.

Contestó evasivo y tímidamente. Entonces lo acosó. Ella creía en Dios tal como si hubiera sido el granito más eterno, siguiendo firmemente los diez mandamientos de Dios. Al que vacilaba, le pegaba con su bastón en el sagrado nombre de Dios. Así era.

La llamaban *Anna la Choza* por haber vivido toda su vida en una antigua choza de Elekinge en el yermo de la frontera, hacia el distrito de Villand. Sabía todo que pertenecía a la casa del pobre y su cuidado. Predicaba la firme suerte del humilde: trabajo, vela y oración.

Al pasar por el pasillo, retumbaba no solamente su bastón contra el suelo,

sino también ella misma a causa de su inmenso parecido a una choza, y su creencia. Sus ojos, de un gris de acero y devastados por la vista de setenta años, resplandecían de severidad e infalibilidad.

Se podría decir que tomó interés por Martin inmediatamente al llegar él al asilo, si el concepto interés no hubiera sido tan vago para ella, ya que ella nunca sintió interés, sino que exigió. Exigió por el poder de Dios en el cielo la oración de cada hombre, la seriedad de cada hombre y el trabajo de cada hombre en todo el vivo reino de Cristo. Donde llegó, oró. Su cara se parecía a la de Pío X. Su alma y su carácter se parecían a sí misma por el poder de Dios. Siempre llevaba la paila de los enfermos y la montura de hierro de sus gafas sobre la nariz, murmurando con quien se tropezaba o veía, siempre en primer lugar algo sobre el sencillo, único y viviente Dios. Después Martin con frecuencia estaba sentado en su habitación. Le gustaba escuchar, con escalofríos, sus estrofas de los cánticos, especialmente el himno de Lucidor, el cual pronunció con toda la bravura del infierno.

*Sobre las congojas que están sufriendo los condenados
pasarían tantos años
como hay estrellas en el horizonte claro
tal como hierba y hojas existentes en la tierra
les sería un consuelo delicioso
una vislumbre de esperanza, ser dispensado del infierno,
pero entonces la pena se repite otra vez
al haberse creído ser la mayor.*

Golpeó con la muleta en el suelo mientras estaba leyendo. Por precaución acostumbraba cerrar la puerta con llave, metiéndose ésta en el bolsillo, para que Martin no pudiera escabullirse. Tenía que aguantar lo que decía, sentado quietamente sobre la silla. De vez en cuando hacía una señal inequívoca con su bastón. Era el deber de cada hombre escuchar las palabras de Dios, haciéndose el propósito de vivir bajo su ley. Una vez Martin se echó a reír nerviosamente — era un niño —, pero entonces, ella se levantó. Al principio había pensado pegarle con su bastón, pero después lo dejó caer. Se notaba en sus ojos que estaba preparándose para otra cosa, algo de mayores dimensiones.

— ¿Sabes qué pasó con los chicos que estaban riéndose del profeta Elias, tu señor? Sí, como dice la Sagrada Escritura: Entonces se volvió Elias, reprendiéndolos en el nombre de Dios. ¿Y qué les pasó al reprenderlos en el nombre de Dios? Sí, como dice la Sagrada Escritura: Entonces salieron dos osas del bosque y mataron a cuarenta y tres chicos.

Anna *la Choza* era drástica, y buscó lo drástico en la religión. El príncipe de la paz no tenía demasiado sitio en ella. Adoraba el irreconciliable y exigente Dios, el de las grandes palabras, el Dios que asustaba los obstinados. Ella misma necesitaba este Dios para poder vivir, pues era demasiado vieja para

poder volver al caliente principio de la vida, la que no tenía bastón.

Un día a la señorita se le ocurrió pensar que Martin tenía algo dentro de sí que le pesaba. Antes de dormirse por la noche, reflexionó sobre ello, llegando a la conclusión de que existía un ladrillo, pesando sobre su corazón y del cual tenía que librarse.

El día siguiente lo llamó a su habitación, dejándole sentarse sobre una acolchada silla y le hizo algunas preguntas sobre su vida.

—Me llamo la señorita Tyra —dijo— y siempre deberás dirigirte a mí con este nombre.

—Sí —dijo.

—¿Cómo te ha ido antes de llegar aquí? —preguntó.

—Pues, sí, bien —dijo él.

Ella inclinó la cabeza al oír aquel dilatado «pues sí, bien». A lo mejor tenía ella intención de facilitarle la vida, haciéndole contestar un día con un «pues sí, bien» mucho más rápido, alegre y vivo.

—Y en la finca de Norda, ¿estabas bien allí? ¿Te sentiste a gusto allí?

—Pues sí.

—¿Por qué te escapaste de aquella finca?

Miró al suelo. No podía contestarle, ya que ella nunca lo entendería.

—Pues, no te voy a preguntar más. Sólo espero que no te escapes de aquí también.

—Pues sí —dijo.

Pero notó en seguida que había dicho una torpeza, y con la rapidez del relámpago dijo: «Noo, sí.» También estaba mal. Era una frase que no existía. Se puso en seguida más tímido e impío, enredando sus pensamientos como un sedal y sin atreverse a mirar hacia arriba. La alfombra sobre el suelo tenía dibujos de pájaros dorados. También había algo parecido a rastrillos y peines. Pasó su mano sobre la acolchada silla. Era como si hubiera estado sentado sobre el trasero de una persona, vuelto hacia arriba. Tal como el trasero de Gunilla. Se puso colorado, sintió miedo y quiso reírse torpemente. Apretó los dientes y los labios para impedirlo, sin atreverse a mirar hacia arriba.

Ella colocó la mano sobre la coronilla de Martin, columpiando débilmente su cabeza con la mano. Le gustaba, aunque seguramente salió de la Comunidad. Era la *parroquia* la que le acariciaba ahora, después de recibir bofetadas durante años.

—Cuéntame ahora —dijo ella— si es algo que te oprime. ¿A lo mejor has robado algo una vez?

Miró oblicuamente hacia la alfombra, sin verla e intentando recordar si había robado alguna vez. No, no podía recordarlo. Seguramente nunca había robado. ¿Así que se tenía que hacer eso también?

Se puso indeciso, considerándolo. A lo mejor tenía que decir que había robado un poco, que una vez había robado un... sí, ¿qué sería mejor haber robado?

—Una vez robé —dijo.

Tembló por su mentira. Levantó la vista y a ella le parecía que la miraba a ella. Sin embargo, era solamente su vista lejana que, por casualidad, se dirigía a través de su cara, saliendo del cesto de cabellos de su nuca, a la eternidad.

—Robé una gavilla —se oyó decir así, por las buenas.

Pasó su mano sobre la acolchada silla, frotando su blanda superficie. La señorita Tyra siguió con la caricia de la Comunidad sobre su cabello. En su imaginación se apresuró a dar forma a la gavilla, haciéndola amarilla y atada en una pértiga.

—Así que fue una gavilla —dijo la señorita Tyra amablemente, con una mirada escrutadora.

—Sí, de paja de avena —dijo, tragando saliva—. Estaba atada en una pértiga y la cogí. Ahora me arrepiento.

La señorita Tyra le apretó un poco más la coronilla con la mano; no era más cruel o más punible, pero sí un poco más físico.

—Bien, una gavilla de avena, pero eso no fue nada. A lo mejor tenías la intención de utilizarla para algo. ¿Pero, en realidad, nunca has *robado* alguna cosa o *dinero*?

Miró a uno de los brazos de ella, reflexionándolo. A lo mejor había robado dinero alguna vez, cuando era muy pequeño, y no lo recordaba. Podría haber pasado una vez cuando tenía *un hogar*. Sí, podría haber pasado. Miró al brazo de ella y a sus uñas, que le parecieron muy largas. Y así se decidió a confesar que había robado dinero.

—Una vez robé dinero, pero hace mucho, mucho tiempo —dijo.

Ahora le pasó la mano sobre su cabeza, para acariciarlo. Ahora había robado dinero.

—¿Cuánto fue? —preguntó ella.

Parpadeó durante un rato, mientras hacía rápidos cálculos mentales. Quizá podría decir once coronas.

—Robé once coronas, con las cuales compré postales y chocolate.

—¿Dónde están las postales? ¿Las tienes en tu baúl de ripia?

—Las tiré en un lago.

—¿Qué lago?

—El lago de Oden, desde el monte.

—¿Cuándo pasó eso?

—Hace muchos años.

—¿Hace muchos años? Pero tú no tienes tantos años.

—Sí, hace muchos años. Yo era muy, muy pequeño. Indicó con la mano lo pequeño que había sido, casi no había existido, siendo casi menor que el dinero robado. Su mano tembló al señalar lo pequeño que había sido.

La señorita Tyra quitó su mano de la cabeza de él. En lugar de eso cruzó sus dedos encima de una de sus rótulas, y se dio unos golpecitos en la rodilla.

—Vamos a aclarar eso poco a poco —dijo—. A lo mejor puedes alguna vez

devolver el dinero y quedarte con la conciencia limpia.

La oía decir *conciencia*, barrenando la vista en la alfombra. La conciencia tenía para él la forma de un ternero. Aquel ternero que había matado en la finca de Tollene, aquel domingo que iba a ser su día libre, pero que el ternero estropeó. Recordaba que aquello fue horroroso, pero nadie sabía que no era tan malo.

Tyra se levantó de la silla. Vio las manos confusas de él y su mirada lejana y trastocada.

—Podemos seguir hablando en otra ocasión —dijo y era casi como si se avergonzara. Le dio dos pastelitos de una fuente.

Se inclinó profundamente y anduvo de puntillas hacia atrás, hasta salir por la puerta, murmurando incomprensibles expresiones de agradecimiento. Ella misma cerró la puerta y él se fue. Al marcharse, miró fijamente las alfombras de trapos y el suelo. Todo su pecado estaba todavía completamente sin aclarar. ¿Podría alguna vez dominarlo?

Al entrar en el pasillo, donde «los fragmentos» de los ancianos vagabundeaban de un lado para otro, mascando sus recuerdos tal como rapé imperecedero, oía claramente cómo la conciencia del asilo de los ancianos, del cielo y del infierno gritó: ¡Una vez mataste un ternero!

Los ancianos notaban cómo se estremeció, apresurándose por el pasillo. Se equivocó de puerta, entrando donde estaba Jon *el Eterno*. La mirada llena de desprecio sin fondo que Jon le envió, le hizo retroceder y sobresaltarse, o, por lo menos, lo asustó de una nueva manera. ¿Cómo se atrevía el mocoso a penetrar en este lugar?

Huyó al aire libre. Allí había empezado la primavera. El sol de mediodía hizo que la humedad goteara de los tejados. El enormemente alto asilo de los ancianos dejaba caer la nieve de su tejado. Entre las tres escaleras de hormigón, florecían campanillas de nieve, haciendo que la vida pareciera una leyenda.

El año estaba en camino hacia un cambio a algo mejor: hacia la Pascua de los amarillos lirios.

El comedor era muy grande. La campana de la comida era un disco de hierro, algo semejante a una fuente, o a un pequeño escudo. A Martin le habían concedido el honor de tocarlo con un pequeño bastón de madera para llamar a los ancianos a las comidas. Con cierto aire de importancia estaba allí, siempre a tiempo, esperando la señal de la cocinera para «tocar». Los asilados, que tenían buen apetito, iban a hurtadillas de un lado a otro en los pasillos, los ancianos por su parte y las ancianas por la suya.

Los pasillos se extendían en dirección Oeste-Este. Del Este llegaron las ancianas y su forma de andar recordaba a los erizos, al avanzar éstos a hurtadillas hacia las casas. Del Oeste llegaron los ancianos. Avanzaban con más rapidez, llegando como *el batallón del rapé*. Aunque alguno de ellos no tomaba

rapé, se podía decir que el rapé, de todas formas, pasaba de uno a otro. Todos olían a rapé. De esta manera acudían a todas las comidas con sus miradas levantadas por el rapé, el haschisch del asilo de caridad, pero claro, no antes de que Martin hubiera dado la señal, dirigiendo éste severamente su batallón.

Con su pequeña importancia encima de los otros asilados, Martin no dejó de estudiarlos profundamente.

Los ancianos entraron rápidamente en el comedor, llegando los lisiados y tontos inmediatamente detrás. Los lisiados emplearon en estas ocasiones una vivacidad extraordinaria, funcionando las muletas como máquinas. Las muletas dobles tragaban los metros del suelo en unos pasos o, mejor dicho, en unos golpes, cortando y oscilando hacia las mesas. Lars *el Grande*, con su doble muleta, llegó primero. Entre cada golpe de la muleta lanzaba su cuerpo, como en un trapecio. Era el acróbata de todos los acróbatas en sus años de tiesura y miseria. Las muletas pequeñas y sencillas lo seguían como pequeños duendes. Los locos avanzaban, riéndose torpemente entre las muletas que se movían enérgicamente, cuyo ruido contra el suelo sonaba como golpes de cascos, patas de machos cabríos o muertas piernas de canteros. Los locos avanzaban, riéndose torpemente, habiéndose apagado sus almas completamente o hasta la mitad; se reían torpemente. Se reían de diferentes maneras. Los locos benignos y dichosos se reían de una manera bondadosa, mientras los graves se reían malvadamente.

Aparte sus sonrisas estúpidas, salía por las comisuras de sus párpados una maldición, una desilusión y miseria que forzaban a que uno los quisiera de una manera furiosa, conmoviéndose por su miseria. Era difícil ni siquiera *pensar* algo mal de ellos. El pensamiento clandestino no podía castigarlos, pensando de la manera siguiente: «Lo tienes difícil, pero ¡te lo deseo! ¡Te lo deseo!» No, había un límite, en el que la protesta humana se enfrentó con el Destino, un límite, donde empezó el Gran Amor. Seguramente era eso lo que Martin un día sintió al romper en llanto, saliendo de allí, llorando por *nada*.

¡Pero sigue la fila hasta llegar a las dos mesas con forma de herradura! Los lisiados y tontos están ya sentados allí. Ahora vienen los otros, los que tiemblan. También están los que parecen guiñar inútilmente, así como los jorobados, que siempre están mirando al suelo. Si hubiera dinero en el suelo, los corcovados lo descubrirían en seguida, siendo avezados a las grietas del suelo, así como sus nudos. También observan, a veces mediante cabeceos, las marcas de las entalladuras en la madera, hechas por las muletas de los lisiados, especialmente durante el invierno, al tener púas de hierro muchas de las muletas. Entre los corcovados y los que tiemblan se meten los diferentes hombres raros: Sven *el Pequeño*, que continuamente se humedece los labios. Johan *el Doble*, que se lava diecisiete veces al día. El herrero, que recoge trozos de hilos y astillas; probablemente su ansia siempre ha sido poder estar ocupado en algo flaco con que alternar su vida de herrero. Ahora está buscando pequeños, pequeños trozos de hilo, cabellos y pequeñas, pequeñas astillas sobre las alfombras. El

herrero es sutil.

Como debe ser, sigue la vida y como no debe ser, se mueven las pequeñas vidas en ella. Todos han tomado sus asientos. Martin mira al grupo con aire de importancia; yéndose después él mismo como la última persona a su asiento junto a la mesa de herradura de la vida, sentándose en su sitio enfrente del herrero. Éste intenta sonreír distinguidamente, pero no tiene dientes, se los ha sacado de la boca el gran herrero Dios, arriba en el cielo y, por lo tanto, su sonrisa no queda muy distinguida, sino, más bien, su boca parece una cueva. Martin devuelve la sonrisa aproximadamente como un oficial, ya que él es el asilado que toca la campana y el herrero le respeta. Lentamente, el herrero coge su cuchara, comiendo distinguidamente. Hoy tienen sopa de los martes. Comen en fuentes esmaltadas, bastante profundas. No se puede decir que exista tacañería de comida por parte de la Comunidad y, sin ironía ni odio seguramente se puede, con razón, llamar la escena «comida en la casa-hogar para ancianos, construida en el año 1912».

Aproximadamente a mediados de la comida entra la señorita Tyra. Directora de la cabeza a los pies. Su delantal, deslumbrantemente blanco, va desde los hombros hasta las cañas de las piernas, siendo la no escrita y blanca parte de la Comunidad, un fondo de mariscal intacto, una vista blanca y conmovedora. No se necesitan palabras. Se sabe lo que piensa cada uno: «¡Inmensa! ¡Tú allí! Si no hubieras existido, ¿qué existiría entonces?» El ruido de las cucharas cesa.

Entrega dos cartas y, después, se va. La puerta está santificada durante un corto rato por su imagen: un cuadro. Pero todavía se queda su voz de contralto en la habitación, porque ha dicho:

—Sven Jonsson y Anders Nilsson han recibido cartas.

La voz resuena y resuena. Sven Jonsson y Anders Nilsson comen su sopa llenos de devoción, sentados como cardenales. Sus cartas están colocadas recién planchadas y blancas, tal como las servilletas de los ricos, al lado de sus fuentes con sopa del martes. Todas las miradas se dirigen furtivamente hacia ellos. Sin embargo, los dos parecen comer tranquilamente, gozando por dentro. A lo mejor quieren desmayarse en su interior por la excitación de estar en primer plano.

Martin se siente solo. Desanimado, toma diecisiete cucharadas de la sopa del martes. Mira hacia los dos famosos. La voz de la señorita Tyra se ha ido extinguiendo. Ahora hacen ruido las cucharas otra vez, pero no tan fuerte, puesto que algo ha pasado. Pero Martin se da cuenta al notar ahora el intenso temblor que pasa por la gran cuchara de latón de Anders Nilsson, de que una de las cartas tiene orlas negras. ¿Ah...? Sin embargo, en la parte este de la mesa con forma de herradura ya lo han descubierto. La parte oeste de la mesa con las trabajadoras y ancianas verdad es que no lo han descubierto, pero están cuchicheando de una y otra cosa. Anders Nilsson deja la mitad del contenido de su sopa, se pone la carta de luto debajo de su brazo, coge sus muletas y

bamboleándose saca bruscamente su cuerpo fuera de la habitación. El herrero sonrío comprensiva y distinguidamente. Sven Jonsson se levanta también, marchándose con piernas sanas y aire rejuvenecido y orgulloso. Ahora todos los asilados se levantan irregularmente. En el comedor retumba el ruido de las muletas. Un murmullo de ancianos y ancianas que salen por las puertas dando «gracias a Dios por la comida». El comedor se vacía, quedándose una última muleta, un último pañuelo de cabeza. Así ha terminado esta comida. El loco Emanuel sale el último, con sus treinta y cuatro años, e inmenso como Hércules. Se sonrío de la vida, una sonrisa amable y comprensible de un loco.

Emanuel es redondo y ligeramente barbudo, como un diente de león al granar.

Martin se va a ayudar a Lina para quitar la mesa. Ahuyentan fuera a Emanuel, que está mirando demasiado a la trabajadora, cierran la puerta y lo dejan fuera. Después recogen las fuentes, llevándolas en altas pilas a Tyra, para lavarlas.

Aproximadamente así es y así era cada comida.

Sin embargo, a veces se producen acontecimientos notables alrededor de la mesa de herradura. Una de estas situaciones de felicidad se llama fréjoles colorados, los cuales, una vez a la semana, llenan la muy limitada alma de Emanuel. Este día acude Emanuel como a una fiesta, cruzando el suelo en alegres y grandes pasos. Sabe que hoy habrá algo extra, ya que va a sobrar, puesto que a muchos de los viejos no les convienen en absoluto las judías coloradas. La edad se ha colocado en sus delicados órganos interiores. La edad empieza con frecuencia en el estómago, enviando desde allí su fragilidad y desaliento por todo el cuerpo y alma del mundo. Entonces el hombre intenta comer menos de aquello que molesta a los órganos. Sin embargo, se puede oír, de todas formas, cómo la fragilidad completamente física vibra en el himno. «Así pasa otro día de nuestro tiempo y nunca volverá.»

¿Por qué nos ha dado Dios nuestros cuerpos? ¿Por qué nos ha dado Dios lo físico? No es extraño que soñaran en la Inmaculada Concepción o en la leyenda de espíritus y santos que nunca comían.

Por causa del cuerpo y los instintos, no se veía con frecuencia el sol en la pradera. Y, por un mezquino tumor canceroso, se entró en un caos de dolores, apagando el frágil fuego de la alegría también para los demás. Se podía leer que Napoleón tenía cáncer en el estómago y, por lo tanto, ¿era extraño que viviera como lo había hecho, intentando aliviarse con las batallas? Las ancianas decían: «Bien lo podemos entender. El hombre tenía el cáncer y el que lleva este cáncer dentro de sí, aunque esté solamente en su primera fase, nunca puede sentirse tranquilo.»

¿Y no contaban los periódicos que Rockefeller, en América, tenía mal su estómago? Y también quiere poseer más y más dinero, ¿o no?

Sí, las otras ancianas inclinaban sus cabezas.

La mujer que había hablado se llamaba *Ack-Ack-Ack* (apodo), del terrazgo

Trasebo, de poca estatura y escaso jugo gástrico. Hizo muecas a los fréjoles, los cuales en el plato esmaltado echaban vapor a su cara. En su delgado cuello de pájaro se movía la piel en mil arrugas al hablar con su voz aguda, en las pausas de sus dolores de estómago.

Ella seguramente sabía, lo sabía muy bien en el sentido físico. Su extremadamente pobre estómago padecía, ni más ni menos, de la sequedad de Rockefeller.

Ahora mira con sus ojos centelleantes, por los dolores de estómago, a uno y a otro, esperando una contestación, esperando una protesta contra los fréjoles colorados.

Entonces observa la mirada de Anna *la Choza*, cuyos ojos ahora, en la primavera, se han vuelto azules como conchas.

—Los ricos —dice Anna *la Choza*— se han apartado de Dios. Los grandes hombres piensan hoy en día que creer en Dios es vulgar.

Hace una pausa y, de parte de Dios, mira a los ojos de *Ack-Ack-Ack*, los cuales brillan azules como una piedra sepulcral, tan poco frecuente en la gente común.

—Pero el oro, ¿comprendes? —dice Anna *la Choza*—, nunca los ayudará.

—Va a —hace un gesto, como si ella fuera una mata, volcando un carro de heno— tumbarlos.

Después sigue la conversación, pasando de una anciana a otra alrededor del ala de la mesa, amasándose en el camino por las almas más diferentes y siguiendo más adelante como una conversación completamente nueva, en la cual todo ha disminuido, aumentado o cambiado, formándose un caos de palabras alrededor de la mesa. Los que tienen el estómago delicado salen poco a poco del comedor, dirigiéndose a sus habitaciones, llevando en las manos tocino y pan. Hoy hay muchos fréjoles para Emanuel, pero tiene que compartirlos con Johan *el Doble*, el cual vela por su interés. Los dos se miran mutuamente de soslayo, como si tuvieran que repartirse equitativamente la comida ante un tribunal. Al lado de ellos está sentado un cantero ciego: Sven *Siberia*. Es el que acostumbra decir: «Sí, uno ha cortado muchas piedras sepulcrales en su tiempo, de verdad que sí.» Al terminar su ración, llegando al desnudo esmalte del plato, parece como si quisiera un poco más, ya que está sentado, tragando como los que tienen apetito.

—Tengo apetito —piensa—. Todavía tengo apetito.

Pero es ciego e incapaz de ver cuántas alubias han dejado en realidad los que se han marchado y la reciente partición se ha efectuado silenciosamente. De vez en cuando parece como si Emanuel y Johan *el Doble* miraran hacia Sven, y a Johan *el Doble*, seguramente, le da un poco de lástima de él por ser ciego. Emanuel no es tan sensible. De todas formas, la idea de compartir las alubias sobrantes es todavía algo insoportable para los dos, ya que, para ellos, resulta difícil que sobre algo. ¿Cómo sería posible tener que repartirlo con otra persona más?

«Se necesita todo lo que se pueda conseguir», piensa Johan *el Doble*.

Hasta tiene una pequeña teoría propia y ésta es que Sven, que ya no ve con sus ojos, se alimenta un poco más fácilmente que los otros. No piensa en absoluto que se consumen muchas energías por el hecho de ser ciego. Él solamente argumenta que la vista gasta mucho, si aún se posee y se desea mantenerla clara y limpia. Quizá se gasta la mejor parte del alimento para los ojos. Está escrito que «El ojo es el espejo del alma».

Johan *el Doble* mira desabridamente a Emanuel, y, después, ya come más tranquilo. Sven *Siberia* está ya fuera de sus pensamientos. Cruza sus dedos de cantero de cincuenta y cuatro años, mirando un poco a su alrededor con su *oído*, pero no hay nada que ver, solamente cuchillos y tenedores. Mejor es mirar en los recuerdos.

En tiempos pasados subía todos los días las escaleras de la cantera «Gran Siberia», en Askmark, de ochenta metros de profundidad para comer su abundante y sólida comida en la bonita casa amarilla, que estaba situada muy cerca del precipicio. Después, con el tiempo, se hizo capataz de los explosivos. El destino se acercó, arrastrándose hacia aquel día, a las doce menos diez minutos, acabando con todo y sumiéndolo en la oscuridad.

Y, después, nunca más vio la casa amarilla sobre la colina. Solamente recuerda lo que dijo el destino: «Lo llevamos aquí dentro, y tú, Bengt, llamas, pues estás acostumbrado a hablar por teléfono.» Sven *Siberia* mira sin ojos hacia dentro de su alma, tragando y pensando en la comida y en los buenos años de trabajo y apetito. En aquella época llamábamos «mujeres a las piedras sepulcrales terminadas». Se decía que se había tallado una mujer.

En la primavera íbamos con las banderas alrededor de la cantera, tal como alrededor de un lago que no da reflejos, siendo velo de luto aquellas banderas, ya que siempre había uno o varios muertos por las grandes cargas explosivas allí abajo, en el fondo. Sí.

También piensa en aquella mujer, tan bella. Andaba con su pañuelo de cabeza como una *verdadera* mujer de cantero. Ahora llevan sombreros. Y la hierba y todos aquellos alrededores eran muy bonitos.

Sven se levanta de la mesa, empezando a andar a tientas hacia la puerta. En el pasillo oye el fuerte susurro de la falda de Tyra, haciéndose a un lado. Sabe que es Tyra. Conoce el apagado y decidido susurro de su falda.

«Es buena —piensa—. Anda por los pasillos con zapatos de fieltro para no hacer ruido con los tacones y despertar a los enfermos.»

Traga y traga, notando todavía un hambre pasado y presente de este mundo.

Después sube la escalera.

Decían al otro: «Sí, ahora está terminada "la mujer" ¿No es bella?» «Sí —decían—, "la mujer" es hermosísima.» Y al llegar el capataz, dando las órdenes, se preguntaban: «¿Cómo llamamos al muerto?»

Sí.

Durante aquella primavera se ahogó el epiléptico. Por la fusión de la nieve y el flujo del agua en los bosques y por las zanjas, que anualmente se forman en algunos pantanos, el riachuelo se había hinchado, era negro, profundo y con mucha corriente en el centro, desbordándose en sus bordes con frías olas en la hierba del año pasado. En la tierra pantanosa debajo de la pendiente se formaba en algunas partes un pequeño lago con remolinos. Alrededor de las matas había pequeñas olas espumosas, donde los barquitos de juguete se hundieron. Muchas personas padecían de anginas. La casa de baños, de color ceniciento, estaba a punto de caerse por las corrientes frías, que llegaban a oleadas debajo de la noble bóveda del viejo puente de piedra, cuyos musgosos labios estaban goteando.

Algunos pequeños trozos de hielo, que todavía no se habían convertido en agua del riachuelo, venían sobre el agua como cartas, pasando entre las temblorosas piernas del cobertizo de baños y saliendo en el otro lado.

Seis días después de Pascua, al haber subido el flujo casi a la marca más alta, los del asilo de caridad estaban lavando en el sótano y enjuagando en el riachuelo. El epiléptico llevaba las ropas lavadas en cestos. Allí estaba Lina recogiendo y enjuagándolas desde el puente. Sin mirar al epiléptico, recogía los cestos, los cuales parecían grandes panzas *sentadas* sobre el puente. Colocaba a su izquierda los cestos con las ropas lavadas y enjuagadas, donde *Epilepsis* los recogió para volver a llevarlos pendiente arriba.

Estuvieron lavando durante tres días. Desde el sótano del asilo de caridad salió el vapor de los agujeros y los mismos agujeros dejaban pasar, de vez en cuando, el ruido de los zuecos, charlas y canciones. Martin fue mandado abajo a veces para ayudar con algo, cuando no le mandaban recoger leña o hacer otras cosas. Su presencia sobre el suelo de cemento, allí bajo las nubes, amortiguaba la charla de las lavanderas, haciéndola discurrir de una manera más amable y menos tensa. Si bajaba Maria, la charla aún se hacía menos tensa. Al bajar la señorita Tyra, se oyó solamente un susurro tímido alrededor de los labios.

Una vez entró completamente oculto por los vapores del agua hirviendo. No tenía intención de entrar de manera furtiva, pero lo hizo. Lo que oía era un hervidero de voces de mujeres, hablando de la manera más clara sobre la profundidad de las noches y el secreto de la vida.

Salió a escondidas del lavadero, yéndose para preguntar si lo necesitaban para algo.

—Qué colorado te has puesto —dijo la señorita Tyra, preguntándole después si se encontraba mal.

Martin se fue a correos. Los hilos telefónicos llevaban una canción de primavera, una canción triste, profunda, interminable, que llegaba desde muy lejos, pasando por tierras y más tierras, como el sonido de una guitarra eterna. Corría a lo largo de los postes telefónicos, que cantaban en su interior, como si

en él estuvieran encerrados enjambres de abejas y nidos de hormigas enzarzados en zarabandas de canciones. Todo cantaba y todo asustaba con dulzura. Era como si quisiera comer el viento, como si quisiera trepar al espacio, el único e invencible lago que marchaba directo a California.

Sobre los alambres galvanizados estaban posados muchos pájaros, en especial gorriones. Después empezó él mismo a cantar, igual que los postes telefónicos, los alambres y el viento. Cantó, acercándose a la oficina de correos: paredes de ladrillo, letrero con un cuerno amarillo como la mantequilla, empleado silencioso. Cantó al regresar: casa-hogar de piedra para ancianos, construida en 1912.

Tyra recibió cinco cartas oficiales y una misiva ante la cual se puso súbitamente colorada, empezando a ordenar su ya ordenado pelo. Hizo un movimiento con su cabeza, sin decir palabra y él salió. Después llegó el crepúsculo, juntándose los pensamientos surgidos durante el día y ordenándose en un corral hirviente.

En el tercer día de lavado, a las tres de la tarde, cuando habían almorzado, a las doce, y ya no pesaba su comida, se cayó *Epilepsis* desde el puente, y el destino, que siempre antes le había dejado caer sobre tierra seca, hizo esta vez que sufriera su ataque en el agua. Flotó un trecho, pero después se fue rápido, y directamente al fondo, con dientes epilépticamente rechinantes y las manos cerradas sobre su pecho. Lina llamó para pedir socorro, repartiéndose el grito en todas las direcciones. La gente se precipitó pendiente abajo y también acudieron personas de una pequeña finca situada al otro lado del riachuelo. Asilados cojos y lisiados, así como locos de la comarca con mejillas enrojecidas, sin afeitar y con la mirada desvaída llegaron balanceándose y cojeando, como una horda de duendes buenos, bajando por la pendiente herbosa.

Tyra llegó también con un delantal limpio, que la cubría de arriba abajo. Los pechos extendieron el delantal, igual que el viento hace con la vela. Llegó como un barco blanco y horrorizado, apresurándose por delante de todos y ordenándoles que sacaran cuerdas y sogas de la casa de baños. Pero era demasiado tarde, ya que *Epilepsis* había desaparecido. Buscaron durante varias horas, llegando más y más gente de la comarca, y el médico estaba allí, esperando en la playa para volver a despertar al quizá todavía no completamente muerto, por si acaso lo encontraban. No.

Hasta el día siguiente no se encontró el cuerpo de *Epilepsis*, adherido a la esclusa del molino, más abajo. Tyra anduvo helada y febril en los pasillos del asilo de caridad. Se había resfriado en la búsqueda, pues se había mojado mucho. Las ropas limpias se pusieron a secar al temprano viento de primavera.

El asilo de caridad de la parroquia contigua, la parroquia vecina, era más sencillo y pobre. En cierto modo era mayor y tenía más asilados, pero estaba construido con madera, pintada de rojo. Era más *plano* y sólo tenía una planta.

Por lo tanto, era una ramificada casa-hogar para ancianos, un asilo de caridad con siete brazos. Allí había el rincón de las muletas, el rincón de los recipientes para enfermos, el rincón de los locos y de los reventados por su ansia, así como el rincón —a lo mejor el más melancólico de todos— de los viejos marineros, los cuales ya nunca más navegarían.

Tyra iba allí a saludar a su colega, la señorita del asilo con los siete brazos. Era a finales de abril. Se había llevado a Martin, para que la ayudara con algunos paquetes.

Iban en el tren de su estación a la siguiente. El viaje era miserablemente corto. Antes de tener tiempo para gozar del viaje, éste había terminado. Tyra estaba distraída y no habló mucho con Martin. Su espíritu parecía febril e inquieto. Ya no se sentía tan segura de sí misma como antes de haber representado *el cuadro*. Ahora parecía como aquella película que habían exhibido por veinticinco öre en el centro parroquial.

—Este verano nos vas a dejar, Matti —dijo, después de una larga pausa y con la vista dirigida hacia la lejanía. Él miró por la ventana y notó, con mucho pesar, que pronto llegarían. Sin embargo, se puso de repente eufórico y se alegró de que lo hubiera llamado Matti. Ella era la única que lo hacía y cada vez se puso igual de contento.

—Sí —contestó, mientras sus mejillas se encendían.

—Entonces te arreglas bien, para poder enorgullecerme de ti, ¿verdad?

—Sí, señorita Tyra.

Bajó su mirada y la tristeza quedó reflejada en su frente. Con sólo cerrar los ojos le hubiera brotado el llanto. Tragó saliva. Su mirada descansaba tranquila y humilde, fijada en la mano de ella. Al mover ella la mano, cambiándola de posición, se quedó la mirada en su falda de cheviot, sin atreverse a seguir la dirección de la mano. A lo mejor estaba esperando algo, aunque vago, esperando algo de la mano. Precisamente en este momento levantó ella su mano, acariciándole la mejilla. Entonces empezó él a soñar, invadiéndole una borrachera pesada, algo que a lo mejor se podría llamar agradecimiento. Sin embargo, no se atrevió a levantar la cabeza para mirarla. Tocó con su dedo la madera de su propio asiento, probando el tono mediante un pequeño golpe, pero era difícil sacar el tono. No creía que hubiera contestado la pregunta y dijo:

—Sí, señorita Tyra.

Al mismo tiempo experimentó un sentimiento que sólo figuraba, sin nombre, en el pequeño e ingenioso libro de su alma. Pensó así: «Me parece difícil decir señorita, ¡hambre, tengo hambre de dejar de decir señorita!» Justamente en este momento había llegado el tren a la estación y él recogió los paquetes de la redecilla, apresurándose los dos a bajar. El jefe de estación tenía la nariz roja; casi el mismo color que la bandera de señales. Miró a Tyra, examinándola con la mirada de un consumidor o comilón de mujeres. La señorita Tyra no notaba nada; siguió adelante enmarcada en su paisaje.

El tren se había marchado. Andaban por un camino, en un paisaje. El niño

Martin, la señorita Tyra, Martin y Tyra. Ella había dicho que quería ayudarlo con dos de los paquetes.

—No —dijo—, no pesa, es ligero y voy bien.

Siguió diciendo «buen camino», para hacerlo todo aún mejor. Después anduvieron un rato sin decir nada.

—Bonito día, Matti —dijo ella de repente—, seguramente tendremos una primavera hermosa y magnífica, mira, la hierba ya ha crecido y aquí hay tusílagos.

Martin miró la hierba, sí, ¡allí había tusílagos!

—¿Quieres... quiere usted, señorita Tyra, tener algunos?

—No, ¡déjalos! Son más bonitos donde están.

Martin contestó:

—Sí, son bonitos, pero uno, solamente uno, Ty... señorita Tyra.

Se inclinó rápidamente, cogiendo uno, pellizcando y tirando de él hasta arrancar la raíz y el tallo, con la flor.

—Pequeña sombrilla —dijo—, amarilla sombrilla de muñeca.

Le parecía tonto, pero, de todas formas, estaba más contento por decírselo a ella que a Gertrud. Si se lo hubiera dicho a Gertrud, las palabras se quedarían dentro de él, atormentando su vanidad. Ahora las palabras salían de él, sin volver.

Sonrió y su sonrisa contenía también un repentino, pequeño sonido de risa de cariño, una milésima parte de ternura, suelta de repente.

También se parece a una auténtica, pequeña cantarela, ¿sabe?, aquellas pequeñas setas del otoño.

—Sí, hay muchas cosas bonitas —dijo.

Y sintió alegría al decirlo. Hoy no se podía medirlo en öres, perlas o coronas. Entonces surgió el pensamiento de que Tyra era bonita, pero exactamente en el momento de haber dicho: «Sí, hay muchas cosas bonitas», había pensado en todo lo bonito del mundo, en nenúfares y Columbia de la geografía, el Ob y el Yeniséi, gacelas que corrían por África como corzos en los bosques estatales de Harasjö.

Ahora deseaba repetirlo. Quería decir: «Hay muchas cosas bonitas» y entonces, mientras lo pronunciaba, podría de verdad imaginarse el cuadro con Tyra delante de todos los demás. Si lo pensaba intensamente al pronunciarlo, a lo mejor ella notaría algo; a lo mejor podría notar que había algo especialmente bonito en el cuadro. Pero no podía solamente, por las buenas, decir: «Hay muchas cosas bonitas.» Primero ella tenía que decir algo y, a lo mejor, ella entonces mencionara algo para poder repetirlo: «Hay muchas cosas bonitas.» Esperaba. Pasaron por delante de unas casas pintadas de blanco. Pasaron por delante de un roble anciano, de grueso tronco. Pasaron por delante de un álamo y un perro bonito, el cual estaba enmarcado por la redonda abertura de la perrera, sentado allí y mirándolos con ojos claros y grandes. Pasaron por delante de una loma, poco cubierta de hayas, y en los bordes de la loma había

anémonas, tal como azules gotitas, a lo largo del borde de un labrantío, en el cual había un barril de agua, pintado de verde, sobre ruedas y con los varaes apoyados en el suelo. Sobre el camino había alguien derramando cal, semejante a un mapa blanco, el cual, a su vez, se parecía a Celebes. Sin embargo, Tyra no dijo más y, por lo tanto, no podía decirlo. En lugar de eso se desviaron a un camino a través de una verja roja. Habían llegado. Vieron un grupo de asustados y tímidos asilados que se amontonaron para contemplarlos. Escrutaban con sus miradas a los dos que venían por el sendero de arena gruesa, durante todo el tiempo que se atrevieron a hacerlo. Se atrevieron a quedarse hasta el último momento, miedosos y tímidos, desapareciendo al final en el interior de todas las dependencias, cuando ya era casi demasiado tarde. Eran los asilados de otra parroquia, casi extranjeros. La señorita, a la cual Tyra en seguida, con una exclamación, llamó «Querida Edit», salió a la escalera del asilo de caridad, que estaba compuesta por siete brazos. Se estrecharon la mano, se acariciaron y besaron la frente y mejillas, uno para la colega, otro para la compañera y el tercero para la amiga.

—¡Querida! ¡Pasa, pasa! Y traes un niño. Sí, aquí tenemos niños con quienes puedes jugar, mientras nosotras las directoras, hablamos de algunas cosas. Sí, bien, bien. ¡Ve junto a Stig y a Sigrid, mi niño, y juega con ellos! Abrió la puerta de un zaguán, que conducía a un pasillo, oscuro como una tabaquera y largo como una cordelería. Suavemente, empujó a Martin hacia dentro, cerrando bruscamente la puerta después de haber cogido los paquetes. Martin vio y notó que Tyra quería decir algo, pero no le dio tiempo. Cascadas de «mi querida», «Dios mío» y «por todos los santos» llegaban demasiado a menudo. Las oyó entrar en la habitación de la señorita Edit, probablemente dos o tres habitaciones más allá, ya que sus voces se fueron perdiendo gradualmente. Martin se fue tristemente en el crepúsculo de rapé del largo pasillo. De vez en cuando salió la cabeza de un asilado por alguna de las muchas puertas; estaba en la sección de los ancianos. Asomaban sus cabezas calvas y con flequillos blancos como la nieve. Ojos humildes, ojos dulces, ojos piadosos, ojos tontos y ojos malvados miraron al chicuelo que pasaba por delante de ellos en el pasillo y que, de mala gana y lentamente, se iba para buscar a uno que se llamaba Stig y otra que se llamaba Sigrid.

—Es el que venía con la gran señorita —dijo de repente uno de los ancianos—. ¿Lo van a traer aquí? ¿A lo mejor es un niño ilegítimo?

Martin pasaba por delante de ellos sin mirarlos. Al final del pasillo tomó por un nuevo pasillo, igual de largo, y allí se detuvo un poco para pensar.

La habían llamado gran señorita. Por lo tanto, no era solamente él quien opinaba que era grande e inmensa. Sin embargo, a ellos de todas formas quizá no les parecía que era *tan* grande. A lo mejor él pensó que era mayor. ¿Qué sabían ellos de una gran señorita? Sonrió maliciosamente, diciéndose a sí mismo en la oscuridad: ¡Qué tontos sois!

¡Como si este asilo fuera algo! Contempló desdeñosamente, palmo a palmo,

el suelo del pasillo, dejando que su mirada burlona pasara oblicuamente, varias veces, sobre cada ripia en la pared de la entabladura. Cuanto más torva se hizo su mirada —llegó un momento en que los ojos parecían salirse de las órbitas— tanto más desdeñosamente miraba a su alrededor.

Miró las puertas de las habitaciones de los ancianos, y empezó a hacer comparaciones entre *su* asilo de caridad y éste. ¡Qué asco de asilo! Otra vez clavó sus burlones ojos en el suelo, tabla por tabla, siguiendo después hasta el final del pasillo, orgulloso de *su* asilo de caridad.

Al final del pasillo había una especie de salón. Allí se veían unos bancos, un par de escabeles para los pies, y en una estufa de azulejos ardía un débil fuego. Bañadas por la luz del asilo de caridad había tres macetas con cactus de acericos, semejantes a erizos, y un gato viejo y soñoliento estaba en el alféizar de la ventana, mirando al fuego, sin maullar ni moverse.

Martin se sentó en uno de los bancos. Empezaba a oscurecer y el crepúsculo corría por los pasillos, como el espíritu del rapé. Se sentó, mirando fijamente al fuego, igual que el gato. Entonces el gato empezó a ronronear, como un gato sabio de las Indias o un gato del libro de los hermanos Grimm, con cuentos de brujas montadas en escobas y músicos que iban camino de Bremen. El crepúsculo se convirtió en oscuridad. A lo mejor en este asilo de caridad la gente se juntaba al lado del fuego, en el crepúsculo, o quizás acudiría alguien para calentar su reumatismo entre murmullos y quejas.

Pasó un cuarto de hora, o un rato largo, y él se quedó tranquilo junto al fuego y al viejo gato que ronroneaba en la ventana. A veces pensaba en la gran señorita, en Tyra. Sí, ella ocupaba sus pensamientos borrando la figura de la señorita Edit, con su templo de rapé, su viejo, oscuro y ramificado asilo de caridad. ¡Qué cueva de pobreza con sus auténticos y viejos túneles de rapé! ¡Tyra! ¡Gran Tyra!

Mientras estaba sentado allí en el crepúsculo, que ahora se había convertido en oscuridad, salían unos asilados de un pasillo, sentándose en uno de los bancos. Ni siquiera miraron hacia donde él estaba sentado. Uno de ellos puso en el suelo su muleta, quejándose de dolores en la espalda, así como en su cadera, rodillas, pantorrillas, pie y hombro. El otro se tocó el brazo, mencionando su músculo, que ahora estaba mejor, casi normal, gracias a Dios. Poco a poco empezaron a hablar de otros asuntos. La gran señorita fue despachada de una manera cariñosa y lenta como «una mujer que diabólicamente era llena», y el niño que llevaba consigo era seguramente un nuevo fragmento de la parroquia, «el muchacho de algún conde de Holje, liado con una moza en algún lugar equívoco».

Martin escuchaba, cada vez con más miedo de ser descubierto. Debería haber dicho «Buenas noches» al entrar ellos, pero no había podido decidirse a hacerlo. Había estado ausente con sus pensamientos al venir ellos. Ahora le parecía que era demasiado tarde decirlo.

Su conversación siguió, girando sobre la parroquia, donde el destino de vez

en cuando había intervenido contra el propio destino, hablando de la muerte y Anton, al que habían enterrado, y de la gran suerte. Al final se desviaron a sus propios, anchos y oscuros recuerdos, lejos de la parroquia, llegando a Sidney y Malaca. Sus voces empezaron a sonar apagadamente en el conjunto de su conversación. Los dos viejos marineros estaban ahora sentados como magos, entonando sus canciones, recordando cuando habían transportado té. Martin olvidó todo el resto de lo que habían dicho. Se mecía con ellos, en la oscuridad, en la eterna corriente de sangre y sal.

Los dos habían sido marineros y habían visto a una bailarina negra en Madrás, con campanas en sus muslos.

—Sí, era en aquella época —dijeron, golpeando las muletas al compás.

Conocían todas las inmensas «sábanas» de los viejos transatlánticos, así como las goletas y los bergantines, y las composiciones de sus velas. El chicote más largo del barco era el petifoque y el más corto la cuerda del badajo de la campana de guardia. Hablaron de los siete mil nudos del Mar: el nudo de la ballena, el nudo del aparejo, el nudo de la estrella, el nudo del diamante, el ojo de Elisabeth y el ojo del Viento.

Un deber duro que cumplieron tiempo atrás con sus miles de variantes. Desde Australia llegaron siempre merced a nuevas brisas del Oeste, los vientos y las aguas. De la miseria del siempre helado viento del Oeste, con sus púas de hielo, semejantes a relámpagos blancos y tiesos en el aparejo, lo levantaron en un último viaje de desesperación. Bajo trozos doblegados y una vela fueron impulsados por los azules y coléricos huracanes australianos, y un día fueron lanzados a los bajos vientos alisios con piernas blandas y con las encías enfermas. Habían estado arrodillados sobre la cubierta durante varios días, fregándola con piedra pómez, ya que la disciplina era diabólicamente dura. Aquellos vacilantes barcos se movían gracias al viejo carbón, llevando trigo. Venían de Woolloomooloo, una ciudad bautizada por un pueblo de bárbaros, ya extinguida, gente brutal, con bumerangs grasientos. Parecían niños que practicaban un juego del cual no podían salir. Woolloomooloo, la ciudad con sus ocho oes.

Estos marineros envejecían. Un viejo marinero casi nunca muere obeso.

En una ciudad de Inglaterra existe un museo. En una de sus oscuras salas hay un buque, un buque de carne salada y seca, dura como carrasca, habiéndose endurecido por sí misma, como la piel de un hipopótamo; estays y cuerdas hechos con tendones, cascas por buey salado, velas por carne de oveja, cubiertas y bitácoras por huesos y astillas. Todo hecho por un contraestre, sí, hecho por un contraestre, cuyas bolas de los ojos están pudriéndose en Essex.

Estaban contando, pesando en sus recuerdos en la balanza del otro. La muleta golpeaba al compás como una polea en un tifón de Nihon. Al final empezaron a reñir, gruñir y regañar, discutiendo el calor de la Corriente del Golfo, su anchura sobre el curso al este de Tampa Fla.

Entonces vino una persona de la parroquia y encendió la luz para los magos, el gato y el niño en el rincón. Entonces se descubrió la presencia del niño, lo que produjo un extraño alboroto.

En el camino que conducía a Ede estaba la casa-hogar del distrito para enfermos, apareciendo amarilla y distinguida entre los troncos, en el parque de pinos. La enfermera principal se llamaba hermana Malin y era, al mismo tiempo, ama de llaves y administradora. Tenía cincuenta y ocho años y llevaba gafas. Para ayudarla, tenía una ayudante, la cual era un poco histérica y procedía de Uppsala. Ninguna de las dos hablaba en dialecto, un idioma correcto de Uppsala y, por esta razón, tenían un poder especial sobre todos los demás, ya que la gente de Gadesjö hablaba un dialecto tan feo que hasta se daban cuenta ellos mismos y, consiguientemente, se sentía de cierta manera oprimida, inferior en su lenguaje y de segunda categoría. Si hubiera vivido Birger Jarl ²², hablando su sueco tan sonoro y correcto, hubiese podido reinar sobre esta comarca, solamente hablando de cualquier cosa, del tiempo o de las pulgas de los nabos. Las dos mujeres en el bosquecillo de pinos eran conscientes de ello y, por esta razón, hablaban aún con mayor corrección, sí, quizá nunca habían hablado tan correctamente en sus casas, en Uppland. Gorjeaban, proferían exclamaciones y risas de campana, matizando como dos tordos. A los jóvenes enfermos de difteria y escarlatina les parecía, entre los dolores y los ataques de fiebre, como si hubieran llegado a la mejor sala del sueco correcto del propio paraíso. Suero y sueco correcto. Remedio y música para el oído. Los agradecidos tímpanos de los campesinos sintieron cosquillas de entusiasmo. El médico del distrito, que cada día exactamente a las tres de la tarde venía conduciendo un cabriolé, hizo la ronda, recetando lo que hacía falta o aplicando cánulas, hablando él también un sueco, no completamente, pero *casi* correcto. Esto ayudaba aún más a fomentar la idea, que ya tenían los niños, de que en Uppland y Sörmland existía lo realmente extravagante y correcto, sí, a lo mejor vivía Dios mismo allí. De todas formas, de allí arriba parecía venir todo lo correcto, todo lo distinguido y bonito. A lo mejor estaban sentados también los niños en Norrland y Bohuslän, mirando fijamente hacia las llanuras de Uppland. Probablemente. Todos los libros, la geografía, la historia natural, el catecismo, el libro *Los suecos y sus caudillos* y los libros de pieles rojas estaban escritos en el sueco oficial. Todos los que venían de Mälaren y Hjälmaren hablaban como los libros.

En la escuela, los niños se enteraron de que su propia provincia se llamaba «El jardín de Suecia», pero nunca podían creerlo completamente, ya que sus almas eran como una flecha del tiempo, dirigida hacia la fineza de Uppland.

La señorita Tyra, que naturalmente también venía *de arriba*, trataba bastante con la hermana Malin. Todos los días paseaban juntas un poco. Se iban en la

22

Antiguo rey sueco. (N. del T.)

dirección hacia Ede. En una pequeña villa, tres kilómetros más lejos, vivía la tercera amiga, la cual, anteriormente, había trabajado como institutriz en Skane. Esta mujer luchaba con su boca, hablando alternativamente el auténtico dialecto de Skane, mezclado con el de Blekinge y el idioma correcto, según su estado de ánimo. Se llamaba Anna y la llamaban señorita. El tonto nombre de «tía» no se utilizaba en esta provincia. Fue más tarde importado *de arriba*. Los niños decían «¡Señorita!». El nombre de tía fue pronunciado solamente por los niños con calcetines. De esta clase de niños había tres en la parroquia, pero Martin no trataba mucho con ellos. Los vio solamente, de vez en cuando, pasar con su institutriz, la hermana Elly (la cuarta amiga en el cuadrado de Tyra). Entonces olía a colonia, entonces fue gorjeando el sueco correcto. El lujo pasó por delante, muy cerca, y la gente tomaba aliento.

A veces, cuando el distrito carecía de enfermos epidémicos, estaba casi cerrada la casa-hogar para enfermos en el bosquecillo de pinos. Entonces no se veía en la curva el cabriolé del médico del distrito. En estas ocasiones, Tyra y la hermana Malin daban largos paseos y estaban sentadas mucho tiempo en la casa de la señorita Anna. Ella tenía una glorieta tan bonita y toda su pequeña villa estaba rodeada por un bosque de hayas.

En tales interrupciones de las epidemias, la ayudante de Uppsala andaba sola por la casa-hogar para enfermos, preparando comida para dos personas y luchando en las habitaciones de los enfermos contra los eventuales restos de bacterias. La hermana Malin volvió al anochecer a su casa-hogar para enfermos, cenando después en la glorieta de la señorita Anna, haciendo encajes de bolillos y bordando, mientras comentaban «los casos». Era una clase de chisme con una gotita de medicina dentro. Las democratizadas mujeres de la civilización estaban sentadas con blancos y planchados puños de enfermera, lejos de todo lo bruto, gorjeando sobre los casos más benignos. Al verlas, se hubiera podido creer fácilmente que el mundo era bueno. «Las atrocidades» comentadas y tratadas en la glorieta eran muy, muy pequeñas, casi bonitas. El dolor que un pequeño perro había causado a su ama, el problema de las flores favoritas y un poco de esto y aquello, un poco de leal charla, de vez en cuando con la voz apagada (ya que alguien podía escuchar en el bosque de hayas), alguna pequeña confidencia que por el cuchicheo y el aire misterioso fue aumentada hasta tener importancia, pero que no era otra cosa que los blancos santurrones de las pequeñas charlas en el viento de unas mozas de la limpieza.

La atmósfera era bastante desconcertante. La hermana Malin llamaba a Martin «buen chico» al hacer él un recado. Cuando estaba serio, dijo: «No debes estar tan malhumorado, niño», o algo parecido. Algo bonito, un poco gallardo, algo convencional, una espiritual alimentación de gorrión con pequeños, prudentes trozos, que, con su superficialidad coqueta y temor en el fondo, insultaba y ofendía un poco, insultando a la vida en el niño, a la vida en la vida. Era una atmósfera aplicada en *La revista del hogar*, debajo de la cual se ocultaba un histerismo un poco cacareado y débilmente dominado.

Tyra participó en esto como un miembro nato, pero no podía, más bien por razones orgánicas, incorporarse completamente. Estaba un poco demasiado llena y manifestaba su lozanía en los acentos y sus aires. La señorita Anna se acercaba a su estilo, y de solo a solo eran frívolas. En algunas ocasiones, Martin se enteraba de cosas que nunca habría esperado de ellas.

Más tarde, en el verano, venía la hermana Elly, incorporándose al círculo de amigas en una fiesta de café en la glorieta. Se había llevado consigo a sus tres protegidos de calcetines. Fueron acariciados como príncipes e invitados a tomar jarabe. Éstos repetían delicadamente: «¿Qué decía usted, tía? ¿Qué decía usted, tía?»

«Seguramente son sordos», pensó Martin, al cual también habían dado un vaso de jarabe, tomándolo a sorbos, sentado, más abajo del césped, junto al sendero. Estaba sentado, escuchando. El tono de la hermana Malin era muy diferente al hablar con los chicos de los calcetines. Era algo tan suave, algo tan «así que dices eso». En el lenguaje vulgar, esto se llamaba adulación.

A los tres niños, mimados por estar siempre en el centro de la confitura, les dejaban durante un rato que gorjearan libremente. Contaban de sus pequeñas bravatas con botones y bolas, «un pequeño perro» y «al practicar yo en el piano ayer». Después de un rato Martin se inclinó, marchándose después de haber devuelto el vaso de jarabe a la hermana Malin, la cual estaba sentada con la boca abierta, escuchando a sus pequeños ángeles, completamente seguros de su herencia y que, por causa de los recursos de su origen, ya se habían bañado en Smögen y ya habían tirado pelotas de nieve en la cumbre de Snehaetten un día en pleno verano. La hermana Malin parecía un poco irritada, al entregar Martin el vaso, olvidando su amonestación obligatoria de gallardía, brío y lo demás que, de lo contrario, pertenece a lo sano de un cerro de lino. Todavía, después de haber recorrido Martin un buen trozo de camino hacia la casa-hogar para ancianos, podía ver delante de sí la boca abierta de la hermana Malin, tal como un agujero en el aire, limpiado con la pasta «Stomatol».

Al llegar a «la casa», era la hora de servir el café a los asilados. Ya estaban reunidos en los pasillos. El idiota Emanuel, con su enmarañada barba; Johan *el Doble*, con su voluptuosa y penetrante mirada de arándano; Sven *el Ciego*, el cantero, el cual andaba a tientas junto a la puerta, pasando las palmas de sus manos por la pared grasienta, encontrando el rincón donde estaba la escupidera, escupiéndola en ella ciegamente, pero seguro. Había empezado a tomar rapé él también.

En la parte femenina estaba Anna *la Choza*. Por las tardes estaba la primera en la puerta, ya que le gustaba mucho el café. Se apoyaba pesadamente sobre su gruesa muleta, mirando de forma escrutadora. «Parece que has llegado tarde, señor.» En un abrir y cerrar de ojos, Martin colocó las treinta y ocho tazas y platos, repartiendo igual cantidad de cucharitas y setenta y seis terrones de

azúcar: dos para cada asilado. La nata no fue colocada sobre la mesa en una fuente, sino que fue vertida en la gran cafetera y, de esta manera, resultó igual para todos. La cocinera María no estaba dentro por el momento, ya que el verano era bonito. Al lanzar de paso una mirada por la ventana hacia las orillas del riachuelo, la vio desnuda, fuera, en el agua. Aprovechaba la oportunidad de bañarse durante la hora de la comida. Entonces estaba libre de las miradas de los ancianos ocultos en los arbustos. Sin embargo, ahora fue Martin quien se quedó de pie con la cafetera. María nunca podía estar segura. Si la desnudez no fuera atractiva, tampoco lo sería la vida. Se alteró y se sonrojó, quedándose allí y olvidando a los asilados, inclinando demasiado la cafetera y derramando café en el propio empeine de su pie. Exactamente en este momento gritó Anna *la Choza*, la cual se había *puesto* enfurecida por la tardanza. «¡Toca! ¡Toca ahora! ¡Toca por el diablo, señor!» Entonces colocó él la cafetera, cogiendo el bastón de madera y golpeando en el gong de acero con toda su fuerza: «¡Entrad, asilados! ¡Entrad, asilados!» Se encargó voluntariamente del gobierno, inspeccionando la entrada, hosca y severamente como César o un cabo campesino. Los asilados no se fijaban en eso. Cada uno estaba dentro de *lo suyo*, dirigiéndose al café junto a la mesa de herradura, tomándolo, inclinando sus cabezas y probando sus cuerdas vocales con un susurro. Martin le dio a Anna *la Choza*, de manera que nadie lo observara, un terrón extra de azúcar. Ella sonrió como Pío X, bamboleándose en dirección a su sitio al lado de la pequeña, puntiaguda y enferma del estómago anciana *Ack-Ack-Ack*, dándolo ella a su vez, «de manera que nadie lo observara», a Elna, una anciana con mirada y sonrisas cascadas. Elna había pasado difíciles años de preocupación religiosa, había estado en el manicomio de Lund durante tres años y, por fin, había sido enviada aquí. A veces acostumbraba hablar con Martin sobre este tiempo en «Lonn», como lo pronunciaba ella, y no sin un cierto orgullo y conmovedora finura. Habló de los pueblos y los árboles que habían vislumbrado por delante del tren en el cual ella iba. Describió este tren y este, para ella, tan importante viaje. «Al pararse el tren en Ousby, por haberse presentado algunas pequeñas dificultades, sí, entonces *el guardia* me dio barquillos.» Pronunció con especial amabilidad *el guardia*. «Pero en Hässleholm, nunca lo olvidaré, allí entró el malvado en el tren. *El guardia* no lo vio, pero yo sí. Le indiqué a él y entonces el guardia lo echó fuera. "Ahora seguramente se mató", dijo el guardia. "No, seguro que no lo hizo", dije. "El diablo es inmortal". Entonces el guardia se echó a reír. Y también se reía el médico asistente que nos acompañó. Fuimos en un vagón especial. Oh, sí, era tan bonito allí abajo en Skane.»

Gustosamente, Elna se detuvo en el propio viaje. No lo olvidó. Había sido bonito. Y había sido el único viaje que había hecho en su vida. En la casa-hogar para ancianos era la amiga de Anna *la Choza*. Anna *la Choza* se dedicaba un poco a la masonería con ella. A pesar de todo, nunca hablaron entre ellas de religión, estando de acuerdo, aproximadamente, como están dos piedras fundamentales.

A lo mejor, Anna *la Choza* tenía algo de una conciencia de la conciencia, una

especie de corazón de juicio lógico y fraternal, que aplicaba en su trato con Elna, ya que Elna estaba devastada por Dios y no podía ser más devastada.

— ¿Cómo está usted, Elna? — preguntaba a veces Tyra.

— Sí, sí, aquí no se está mal — contestó Elna.

Con esto quería decir que se encontraba bien, que se sentía a gusto. Su lenguaje era muy personal. Al mimado gato de la casa-hogar para ancianos lo llamaba *Kurran*; tenía su cesto y su fuente en su habitación. Siempre encontró el correcto camino en los pasillos sin equivocarse nunca de puerta. No, en la habitación número catorce tenía su departamento y su casa en este mundo. Allí se fue para ronronear una canción bajo las arrugadas manos de Elna, bebiendo a lengüetadas un poco de su leche de polenta.

Otra anciana se llamaba Lena *la Cesta*. Venía de una choza de cestero en la parte norte de la parroquia. Tenía ochenta y tres años y era extremadamente supersticiosa. En su juventud había estado en Pomerania — allí habían estado la mayoría de los cesteros de la parte norte de Lister y oeste de Göinge— aprendiendo trenzar en cruzado, y en forma de corazón. También estaba en la residencia para ancianos su hermano Patrik. También él había estado en Pomerania, pero no había vuelto como ella a casa después de siete años, sino que se había adherido allí durante cuarenta años. Había trabajado como mozo de establo en doce haciendas de Pomerania. Sus piernas estaban completamente estropeadas, dobladas en todas las direcciones, y eran semejantes a dos gruesas y torcidas raíces de un árbol. Andaba con dos muletas, lanzando aquello que debería ser llamado una pierna, pero que parecía un tocón ambulante. De vez en cuando, bamboleándose, iba al pasillo de las ancianas para saludar a su hermana Lena. No tenían nada que decirse uno al otro, pero «debía ser así». Se sentó un poco, todo lo que podía «sentarse», ya que «así debía ser». Permanecían sentados, escuchando el reloj, cuyo tictac habían oído en Tollstorp, un reloj con dos grandes pesas de piedra, las cuales, relucientes por haber sido tocadas por centenares de manos sudorosas, subían y bajaban en la pared. Le habían dejado a ella traerse el reloj de Tollstorp. Además tenía algunas otras cosas, por ejemplo, la oleografía con *El corazón de Jesús*, un artículo típico de Nuremberg. Jesús estaba allí con ojos suaves, con piel de niño, con su barba negra y bien cuidada. La capa estaba un poco bajada y el diafragma abierto. El Maestro señalaba con un blanco y flexible dedo hacia dentro a un corazón, rojo como las cerezas, en su seno. Martin había visto la misma imagen en innumerables casas. Enfrente estaba colocada la famosa oleografía *Caza de lobos detrás de una troika*. Además de esto había algunas oleografías más, tal como «así debía ser». Las personas no tenían ningún sentido de la imagen, pero, de todas formas, querían tener imágenes. Esto era una cosa sobre la cual Martin, más tarde en su vida, reflexionó con frecuencia. Naturalmente, era una costumbre que pasaba de choza en choza, de casa en casa, sin quererlo decir nunca en profundidad, si bien existía en cada rincón del país. Era como una epidemia de grabados. Una clase de imágenes sentidas a tientas en azul sirena.

Lena y Patrik estaban sentados entre estas cosas, callándose, ya que no tenían nada que decirse uno al otro. Oían los pesados pasos de medianeros de sus ya hacía tiempo muertos padres, que se encontraban en el reloj de pesas, mirando de vez en cuando a los vacíos cuadros de costumbres, que con sus simples, superficiales membranas de óleo, año tras año, habían hecho bajar la vista a una gente oprimida bajo una miseria largamente atormentada y trotando lentamente, desordenando luz y sombra, noche y día, una gente que creía — más con incredulidad— en lo que «así debía ser», pero que nunca estaba segura, nunca segura de nada. Solamente salvar elevados precipicios y aguardar, como se decía. Aguardar y nunca conseguir nada. Pero siempre con terror. Siempre terror. De adentro, de afuera, de arriba y de abajo. Y, de todas formas, existían muchas cosas bonitas, aún mucho para querer y asombrarse en el mundo. Siempre mucho para querer en las casas ruinosas, donde la nata corría, como una gota de oro, del pezón de la cabra al volver Patrik a la casa desde Pomerania, con sus piernas torcidas y con el yeso mortal de la solidificación en una pierna y en las articulaciones femorotibiales.

A lo mejor era como Patrik decía a Martin, al intentar los periódicos, en sus centelleantes cromolitografías de alquitrán de la crisis, reproducir la segunda matanza en el Somme: «Sólo la gente mimada y perezosa quiere tener guerra. Es gente a la que no ha asustado ni arañado el dolor; gente que nunca ha visto al Diablo andar en el pantano del bosque, soplando la helada hacia el labrantío del pobre, sííí, gente que nunca ha tenido calambre junto a la azada de la turba, ni ha sentido el cáncer del estómago arder como un fuego de carbón del infierno ya aquí en esta vida. Los que no *tienen* el dolor, lo buscan. Lo vi en Pomerania en el año 71. Salían y entonces cantaban. Después volvieron con sólo un ojo y ropas hechas jirones, queriendo tener honor y que se hablara de ellos y sintiendo lástima de ellos en su país de Pomerania. Y sentían lástima de ellos y era lo que deseaban, aunque muchos tenían cabeza para arrepentirse y maldecir lo lastimoso. Pero entonces era demasiado tarde. Así es la mayoría de la gente. Están buscando la lástima, lástima, lástima. Pienso que hasta buscan al Diablo mismo. El héroe quiere llamarse el "pobre —él— héroe", pero no pobre. Así dijo Gussum-Kalle en su día. Y él era, de todas formas, un hombre que, heroicamente, había participado en la guerra danesa-alemana.»

Patrik contó también cómo sus piernas se habían torcido de esta forma en Pomerania. Había trabajado como mozo de establo, montando a caballo durante cuarenta años en las llanuras de Pomerania, donde se cultivaba la tierra utilizando el tiro de cuatro caballos.

—Tengo tiros de anilla —dijo—. A los mozos de Pomerania les dan eso a causa de los helados estribos, las pesadas anillas campesinas de Pomerania. Se ponen como el hielo. No notas nada durante el primer año, pero si montas a caballo durante cuarenta años, tendrás que comprar muletas después, y llegarás al asilo de caridad cojeando o en una silla de ruedas. Porque aquí estoy sentado yo, tú. Mírame, tú. El mozo de Pomerania, ja, ja, ja. ¿Por qué diablos no me hice

cestero como los demás?

Nunca podía perdonarse esto de no haberse hecho cestero.

Entonces hubiera vagabundado todavía por los alrededores de Småland. Con rectas y magníficas piernas. Gordo y grueso, lleno de cestos colgados tanto por delante como por detrás. Semejante montón de cestos siempre ha sido el abrigo de todos los hombres en Ljungtava. Solamente fui yo quien se marchó allí abajo, al infierno de Pomerania. Ahora debería verme aquel Von Goldenkreutz, el diablo de Prusia. Por las mañanas recibió a todos los caballos dentro, en el patio empedrado. Estábamos haciendo igual que en artillería. *Achtung*, gritó el jefe. «Estaba de pie como un gallo, ordenando salir al sol», como se dice. Espero que también él recibiera su bala. Era un tipo hosco. El que juega con la pólvora también debe ser víctima de la misma pólvora.

El humor de Patrik cambió a medida que sentía el dolor y cada uno de sus diferentes humores tenía sus verdades. Alguna vez se puso furioso por todo, sentado en una silla y golpeando a su alrededor con las muletas, como un salvaje. Entonces quería tener solamente su soledad y sus gritos. En estas ocasiones no quería articular. Un día semejante, la señorita Tyra metió su cabeza por dentro, preguntando, como de costumbre:

— ¿Cómo andamos?

Él no contestó. Solamente tiró una de las muletas contra la puerta. Tyra escapó del golpe, saltando a un lado. La muleta golpeó fuertemente en la puerta, como un tronco de abeto. Ella la cogió del suelo, colocándola de nuevo inclinada hacia el brazo de la silla. Al mismo tiempo, lanzó una mirada severa a Patrik.

— ¿Es que Patrik no está en plena posesión de sus facultades mentales? ¿Está enfadado conmigo?

Le dirigió una mirada húmeda, sacudiendo la cabeza, como si quisiera desprendérsela.

— Sí, estoy loco, señorita. Loco de dolor. ¿No puedes darme algo? ¿Darme veneno? Tú, que te llamas enfermera.

— ¿Veneno? ¿Qué quiere usted decir, Patrik?

— Quiero decir veneno. Veneno del que mata.

— De esta manera no debe hablar nadie, Patrik.

— Puedes decirlo tú, que no tienes ningún dolor.

— ¿Es difícil? Pero opino...

— ¿No existe algo que se llama morfina?

— Sí, pero no quieren que lo demos aquí en el asilo.

— No, no, puede que no. A lo mejor ha sido tonto pedirlo.

— Pero los polvos suelen calmar un poco. Le puedo dar una bolsita de polvo.

— No, sudo tan diabólicamente con ellos, que es mejor no tomarlos. Sigo sufriendo entonces.

Tyra se quedó. Miró por la ventana, manoseando sus carnosos labios.

Parecía como si ella, en sus pensamientos, estuviera buscando otro pequeño remedio... ¿masaje, apósito? No, ya lo había probado. Y se acordó de lo que había dicho el médico del distrito: «Efectos de raquitismo en la niñez. Irregularidades en el esqueleto y en los miembros. Estrechamiento especialmente en los empeines del pie y en las rodillas. Ha estado mucho sentado, ¿verdad? ¿Montando en caballos? Sí, en Pomerania. Nada que hacer. Un caso ortopédico omitido. Intenta con un poco de "Antipyrin". Agua hervida. Aire fresco.»

—Tengo unos polvos que se llaman «Antipyrin» —dijo Tyra—. ¿A lo mejor...?

—No, no vengas aquí con tus polvos. Lo único que ayuda a mis nudos — indicó con un dedo huesudo a una de sus deformadas rodillas, hinchadas como un jarro— es un *gato*. Pero, entonces, hay que tener piernas como carriles de hierro y yo no las tengo, así que eso no va bien. Una vez vi cómo sacaron atornillando una locomotora entera, que había descarrilado en el pantano Goosen. Pero estas cosas no las entiendes tú, chica. ¡Ay! ¡Ay! ¡Ay! ¿Por qué diablos estás aquí mirando con la boca abierta, cuando, de todas formas, no puedes hacer nada? Deja de preguntar cómo estoy. Me encuentro infernalmente mal, ya lo sabes. Estoy como en el infierno. Dame una copita de morfina o como diabólicamente se llame, si no, puedes irte al infierno, chica.

—Sí, pero mi mejor Patrik.

—¡No, tú, *yo* no! Me pongo solamente peor. Y, entre otras cosas, no estés allí estirando tus grandes pechos. Estas cosas son difíciles de contemplar para un lisiado, ¿comprendes? ¡No, márchate!, antes de que te dé con la muleta en la cabeza.

Con un intento de dignidad conservada, Tyra se retiró por la puerta. Se quedó un rato en el pasillo, escuchando cómo Patrik empezaba a quejarse. Era una clase especial de lamentación, medio cloqueada, una especie de conversación inarticulada entre los dolores y el sufriente. Bajó pensativamente la escalera. En el pasillo inferior tropezó con Martin. Él volvía de la escuela con los libros bajo el brazo, silbando el himno *La iglesia de los padres en el país de Suecia, la sociedad más bonita de la Tierra*.

—Ya sabes que te he ordenado no silbar —empezó Tyra, sin saludarle—. Aquí viven ancianos que necesitan tranquilidad. Ésta es una casa para ancianos, ¿lo entiendes?

—Sí, señorita —dijo avergonzado.

Y, por dentro, se puso verdaderamente furioso consigo mismo por haber silbado. Al mismo tiempo, se sintió abatido, de repente muy triste, casi desesperado. La señorita nunca le había hablado tan fuerte antes.

La señorita Tyra desapareció, recta y fría, dentro de su habitación. Martin dejó sus libros en su cuarto, entrando después en el comedor y empezando a poner la mesa para el café, mirando fijamente las tazas vacías sin obtener ninguna contestación. Las aletas de la nariz empezaron a temblar, surgiendo

dentro de él una tristeza que parecía sofocante. Quería gritar como Elida. Por primera vez notó la intensidad de la profunda dependencia de su alma y sus sentidos hacia Tyra. La bendijo a causa de haberle reñido por silbar, dándole gran importancia al asunto. Se mordió los labios —los cuales acababan de silbar— hasta hacerse daño, empezando a sangrar; se los mordió hasta reventárselos. ¿Para qué le servían? ¿Para qué le servían estos malditos labios? Tan pronto hubo tocado la campana para anunciar a los ancianos que el café estaba servido, se fue del comedor, abriéndose paso hacia el grupo de asilados, los cuales estaban entrando, alcanzando las puertas exteriores de vidrio. Fuera, todo era bonito. El mes de mayo. Se apresuró a descender hasta el riachuelo, se despojó de su ropa y se puso a caminar por el agua. Estaba fría a causa de la corriente. Tras permanecer dentro del agua un rato, se acostumbró, nadando un poco hacia fuera, oblicuamente a lo largo de la corriente, ya que el riachuelo no era ancho: escasamente veinticinco metros. Sacó un poco de *Potamogeton*, el cual crecía en alfombras flotantes. Abajo, en el agua aleteaban las ninfáceas tal como una bandera cortada en la corriente, haciendo llegar un cosquilleo de frío alrededor del cuello. Un cardumen de una clase de carpas huyó a una afluencia del riachuelo, reluciendo como el trigo en la siembra. A veces acostumbraba tapar la boca del riachuelo, haciendo aparecer, utilizando un bastón, unas miles de carpas. Por lo menos capturó cincuenta cada vez de este modo. Generalmente las soltaba todas otra vez, metiendo la fuente en el agua, con lo cual desaparecían las carpas rápidamente y todas al mismo tiempo, como una lluvia de flechas. Solamente una vez se le ocurrió la idea de freír algunas. No dio buen resultado, ya que eran tan pequeñas que hacían parecer a los otros peces muy gigantes. Eran tan pequeñas como el menor cuchillo de nácar de Tyra. Después de haberlas frito en una pequeña tapa de lata tenían un aspecto lastimoso, miniaturas trágicas con ojos reventados por el calor del fuego. Las comió conforme a su deber. Sabían casi solamente a lata. Pensó que, con sal, servirían a lo mejor en tiempo de carestía, imaginándose, en un tonto entusiasmo de fantasía, una clase de carestía, en la que las personas estaban sentadas junto a arroyos, cloqueando tristemente, friendo carpas en cajitas de hojalata.

Con frecuencia jugaba su imaginación en tomo del riachuelo. Podía ser la balsa de Brunbäck, pero también el río de Licking o algún otro río, donde llegaban los indios corriente abajo.

De vez en cuando, preferentemente durante las noches del domingo, venía Edvin y, entonces, jugaban un rato mediante estas imaginaciones, equipándose un poco con las armas de madera de los indios de la niñez y avanzando a hurtadillas entre los espesos avellanos, un poco avergonzados, descubriendo de alguna manera su propia ingenuidad. Una noche de domingo visitaron a una compañía de exploradores que había levantado su campamento en un vallecito, donde empezaba el bosque de hayas. Los exploradores los saludaron con una amabilidad reservada, una clase de cortesía correcta, precoz y presumida. No se

estableció ningún contacto entre las partes. Edvin y Martin tenían un presentimiento de hipocresía de niño, aunque no llegaban a pensarlo. Se marcharon de allí, después de haber sido espectadores de un castigo. A un explorador, que había blasfemado durante el día, le echaron una taza de agua fría en la manga de su camisa. Al volver a casa, ambos convinieron en que el acontecimiento había sido ridículo y, para realmente convencerse de ello, blasfemaron bastante fuerte. Ello supuso seguramente una manifestación de envidia hacia los exploradores (con cuchillos y sombreros), pero, ¿qué más? Por lo menos no tenían el presentimiento de haber visto por algún agujero el Mundo.

El verano se hizo más y más bonito. El solo cantado por el mar corría hacia el interior del valle de Gonarp y el ruiseñor visitó aquel año el pueblo de Nättra, así como también casi todas las parroquias de Blekinge. Cantaba al lado de la tumba de Chapman en el cementerio de Augerum, gorjeando en Mörrum, Fjälkinge y Näsrum, sí, voló todo el camino hasta Okened, cantando muy cerca del brezo. Las gentes se fueron en grupos, voluntariamente, de sus chozas de cesteros, sentándose en los matorrales y escuchando. Eran ancianas con pañuelos de cabeza, viejas cesteras, que habían pasado más de la mitad de su vida en Pomerania. Su lenguaje, una mezcla del dialecto de los alrededores del brezo y el de Pomerania, parecía proceder de Vendel. Muchas ni siquiera entendían lo que decían. Sin embargo, las ancianas con sus pañuelos de Pomerania se juntaban como brujas en el páramo, donde el sendero del brezo desaparecía en dirección a Göinge. Allí estaban sentadas, al lado de una choza mejor que las otras, examinando las ripias de los cestos, escuchando al ruiseñor entre su charla y tomando café y hablando de Pomerania. Por los páramos que todavía no estaban cubiertos por bosques, en el norte de Lister, y por las llanuras alrededor de Straal, se habían acostumbrado a mirar hacia la lejanía. Muy lejos, veían estrecharse el sendero hasta desaparecer como una raya fina semejante a un cabello. El sendero se parecía a las rayas que partían de sus coronillas inclinadas; pero yendo a lo largo de este brezo hacia la puesta del sol, hacia las nubes de arándanos del oeste, donde los relámpagos serpenteaban, entonces se veía y notaba que el sendero era algo más que un sendero. Entonces semejaba diez mil pisados suelos hollados: suelos de muertas y olvidadas casas de Willand, Herul y Vendel. Sí, aunque las ancianas no lo notaban, donde estaban cacareando junto al café hasta olvidar el ruiseñor, estaban de todas formas tan unidas al brezo que conocían su alma. Vivían en una enemistad con el bosque y la gente del bosque. Compraron su madera de ripia de la gente del bosque, pagándola tacañamente y charlando de lo demás que vivía en el bosque hasta matarlo.

Quizás el brezo una vez había sido una clase de seco comienzo de orlas pertenecientes al mar. A lo mejor lo notaban las ancianas. Siempre había un tono

de orgullo en su charla de estar «fuera» en el brezo de olas y en el largo coro de abejorros del verano, el cual cantaba la canción de la miel del brezo sobre diez kilómetros enteros. Una anciana que se llamaba Kajsa *la Gris* notaba esto tan claramente hasta que un día, junto al terriblemente agrio café, propuso el título común de «nosotros marineros» para todos los cesteros. Entonces inclinaron sus cabezas todo el grupo de charladores, golpeando a los otros en sus espaldas y tirándoles los pañuelos de cabeza. Todas habían estado en Pomerania y estaban de acuerdo con sus vidas. Habían sentido el mismo penetrante viento de Pomerania, las mismas ripias de sarga del Oder, el mismo bambú de las Indias y los mismos pecados con los soldados en las guarniciones de Pomerania.

Sin embargo, con aquel verano tan bonito que había atraído el ruiseñor hasta el brezo de Örkened, venía también algo más. Desde el camino del bosque se desataron largas cadenas de personas, abriéndose paso hacia el brezal. Hombres con uniformes estaban en la primera fila, indicando, y otros hombres, gente del bosque, los seguían, quitando el brezo en cada sitio donde los primeros habían indicado. En la última fila venían muchos niños, apretando con una jarra provista de un muelle de hierro encima de cada sitio indicado.

El grupo se abrió paso entre las escasas chozas del brezo. Al caer la noche, había llegado a la mitad del camino de la puesta del sol. Entonces volvió al bosque, si bien apareció otra vez el día siguiente. En algunos días, la dirección de silvicultura había sembrado y plantado alternativamente todo el brezal. La gente del brezo permanecía sentada y en silencio. Los hombres fumaban sus gangueantes y agrias pipas, hechas de raíz del brezo, temblando sus manos visiblemente al dibujar sus modelos con fuego en los cestos. Las ancianas resollaban.

Por la noche del séptimo día, en el brezo ya no se oía más el ruiseñor, sino solamente los pájaros vulgares. Las plantas de abeto habían empezado a crecer.

Algunas noches más tarde se podía ver una anciana andar bamboleándose con una muleta en una mano y un cubo en la otra. Andaba, errando de un lado a otro, como un erizo, independiente del antiguo sendero del brezo de los tiempos de herul. Era Kajsa *la Azul*, una anciana meditabunda y sin dientes, la hermana de Kajsa *la Gris* y su contraste. Cada noche durante, por lo menos, catorce días se llevó arrastrando el cubo lleno hacia el brezo, andando, errando de un lado a otro. Iba de una planta a otra, regándolas. Con salmuera. Y con su muleta sacó las semillas.

Esto ocurrió a mediados de julio. Al final de julio ella murió por decrepitud y esfuerzo excesivo, pero entonces también habían muerto casi todas las plantas. La vieja sonreía mientras agonizaba en su lecho. Como un negro tronco fue llevado su ataúd a lo largo del sendero del brezo hasta el coche fúnebre, el cual estaba esperando en la carretera, junto al linde del bosque. Pero, ¡las plantas, las plantas también susurraban muertas!

—¡Ningunas ramitas de pino alrededor de mí!

Fueron sus últimas palabras. Y tampoco se cortaron ramitas de pino para

colocarlas junto a su ataúd.

Cinco días después del entierro de Kajsa *la Azul*, llegó la inspección de la dirección de silvicultura. Después llegó también el fallo bastante rápido. Todo fue descubierto y el Estado mandó desalojar a todos los que vivían en el brezo. La noticia con su motivo apareció en letras grandes en el periódico del lugar: *Tremendos actos infames contra el bosque recién plantado en Ljungtavan*.

Por esta razón la casa-hogar de piedra para ancianos tuvo que recibir al final del verano a cinco pensionistas más; tres ancianas y dos ancianos, los cuales se mezclaban con los otros asilados en los pasillos, obedeciendo el bastón oficial de Martin, su badajo de madera: el palito para la comida.

Para él, un día era igual que otro. Solamente el verano mismo tenía acontecimientos a cada momento. Martin había crecido y sus sentidos, sangre y alma, se habían despertado. Tenía que empezar a cortar el seto de su ansia y su lejano bambú de las Indias, convirtiéndose solamente en un instrumento para llamar a la comida y anunciar el café y el bacalao.

Los del brezo no tardaron mucho en hacerse notar, vertiendo su inquietud en la casa-hogar para ancianos, llegando a tener su manera intrigante y charlatana enemigos entre los asilados. El primer combate fue con Dios y Anna *la Choza*.

Entre los que habían venido del brezo estaba Tussa, famosa en toda la comarca como intrigante y charlatana. Siempre estaba metida en el remolino de las charlas, enredándose en los rumores junto al café y buscando tantas faltas como flores de brezo existían en el brezal.

Era como un telégrafo infernal, un instrumento falso, en el cual el diablo mismo gustosamente tocaba las canciones más machaconas una y otra vez. Siempre algo «nuevo» para ella, siempre algo nuevo y diabólico en que meter su uña de charlas.

Tropezó con Anna *la Choza* en el pasillo de la segunda planta.

—¿Cómo les va a ustedes con Dios allí arriba, en Ljungtavan? —preguntó Anna *la Choza*.

—Oh, bastante bien —refunfuñó Tussa, rascándose en el cabello de brezo—
. ¿Y tú?

—Gracias, yo confío en la providencia de Dios.

—Pues entonces está bien —contestó Tussa impertinentemente.

—No parece como si tú opinaras así —cortó Anna *la Choza*—; ¡parece como si pensaras que has venido aquí para jugar, vieja!

—Déjame en paz —cortó Tussa.

—¡En paz, en paz, mierda! Pero llegará el día en que exclames: ¡montaña, ven y cúbrenos! Así dice la Sagrada Escritura.

Tussa se rió casi involuntariamente.

—¿Así que conoces tanto la Sagrada Escritura? ¡Qué cosa! No, yo no soy tan sabia. No tengo tiempo.

Anna *la Choza* miró detenidamente a la charlatana desde el pañuelo de

cabeza hasta los zapatos.

—Es verdad, tú eres de los que han estado en Pomerania.

—Sí, tú.

—Y en Pomerania casi no saben que existe un Dios; allí hay la vanidad de las vanidades.

Se acercó, cogiendo los hombros de Tussa.

—Acompáñame y entra en mi habitación —dijo.

Tussa la siguió de mala gana y, en seguida, Anna *la Choza* cerró su puerta con llave, metiéndose ésta en el bolsillo de su falda. Tussa se quedó tiesa, de pie y temerosa y con sus mandíbulas temblando como con escalofríos.

La Biblia estaba sobre la mesa, como un trozo de granito de las duras rocas de Dios. Anna *la Choza* avanzó, leyendo con voz alta y amenazadora. Tussa se estremeció como el brezo en una tormenta de otoño.

Al llegar los últimos días del verano, avanzó por la comarca la epidemia de la fiebre tifoidea. María cayó enferma al mismo tiempo que Tyra. Corrían los peores rumores. Un hombre del pueblo ya había muerto. La casa-hogar para enfermos se llenó de casos sospechosos, los cuales tenían que ser aislados. Tyra y María fueron las primeras en ser trasladadas. Durante varios días, Martin solamente pudo enterarse de que estaban muy enfermas. Corrió de un pasillo a otro, sin preocuparse de las horas de las comidas. Estaba como loco. A todos los que se tropezó, hasta a los asilados, les preguntó:

—¿Cómo está hoy la señorita, está un poco mejor hoy?

La mayoría de ellos contestó solamente con un murmullo y los odió por esta razón. Era exactamente como si el asunto no les concerniera mucho. Los odió porque no consideraban el asunto como algo enorme e inaudito.

No les dejaban entrar en la casa para enfermos, ni siquiera en el parque. En la blanca verja estaba colocado un letrero de papel:

Debido a la grave índole de la epidemia se prohíben visitas hasta nueva orden.

Se quedó junto a la entrada de la verja para ver si salía la hermana Malin. Al fin, después de media hora, salió ella, atravesando el parque y preguntando por qué estaba él allí mirando con la boca abierta.

—No estoy mirando con la boca abierta. Quiero saber cómo está la señorita Tyra.

Miró, conmovedor, a la hermana Malin, pero ella sonrió fría y desconsideradamente. Al seguir él mirándola y suplicando delante de sus ojos, ella dijo solamente:

—Cuídate de ti mismo, mi niño, no debes correr por aquí, siendo tan gruñón.

Entonces se marchó de la verja.

—Muchas gracias por sus palabras tan amables —refunfuñó él, mientras las lágrimas resbalaban por sus mejillas—. ¡Muchas gracias! ¡Muchas gracias! ¿Tampoco puede usted decirme cómo está María?

Pero la hermana Malin ya se había marchado.

Ella tenía dificultades con los enfermos y estaba cansada y hosca. Y él lo entendió de la manera como hacen los niños, desde el punto de vista de su vida, *su hambre, su ansia*.

De esta manera anduvo llorando durante tres días. Casi no comió nada. Contestó resoplando a todas las preguntas y no saludó a nadie. Al enterarse de que también la señorita del asilo de caridad con siete brazos había enfermado, sintió una perversa satisfacción, una clase de consuelo. La enfermera y la cocinera interinas, las cuales ahora dirigían el asilo, se preguntaban quién era el chico mimado que estaba mirando oblicuamente y que erraba como un loco, abajo, entre los avellanos, sin saludar a nadie ni comer.

La señorita interina salió, llevandoselo para dentro. Era una persona con la nariz respingona y con mirada seria y bondadosa. Sus ojos eran de un color demasiado azul claro. Su cabello era sumamente claro, más claro que la paja seca de setiembre. Sus maneras eran francas, pareciendo su alma tan clara y dorada como el sol al resplandecer en el centro del trigo.

Lo cogió por los hombros y le preguntó:

—¿Por qué estás tan salvaje, mi niño?

No contestó, pero tampoco pudo dejar de mirar sus claros y grandes ojos, que no contenían ningún enigma, sino solamente la pura franqueza, la alegría de la luz del día, la voluntad del día de trabajo, aunque le parecía que tenía las manos demasiado duras, pero era... Sí, era más bondadosa que Tyra, pero no de *la misma manera*.

—Ahora tienes que intentar comer un poco —dijo, acariciándole las mejillas.

Se desprendió de ella, corriendo a un rincón, quedándose allí mohíno.

—¿Cómo está la señorita Tyra? —preguntó, mordiéndose su mano.

La contempló con un aire de hostilidad, que se convirtió en una sonrisa rebelde y triste, la cual escondió mordiéndose varias veces la mano. Sangraba.

La clara samaritana que tenía ante sí no podía mentir. Sin embargo, intentó contestar evasivamente. Sus ojos relampaguearon. Ella le hizo a su vez una pregunta:

—La señorita Tyra era buena, ¿verdad?

Él no contestó, notando que ella había hablado de Tyra en tiempo pasado. Se abalanzó hacia la interina con toda su fuerza.

—¿Vive la señorita Tyra? —gritó con voz ronca—. ¿Vive? ¿Vive? ¡Quiero saber si está viva!

La golpeó con sus puños cerrados en el pecho hasta que ella lo sujetó y dijo lo que él *no quería oír*:

—¡No! ¡Está muerta!

Este libro se imprimió en los talleres
de GRÁFICAS GUADA, S. A.
Virgen de Guadalupe, 33
Esplugas de Llobregat.
Barcelona